Gatos sin Fronteras
Andanzas y fortunas de Remo, un gato callejero
Antonio Burgos

Aquel día de perros 1
Mil Rayas 5
La casa de los gatos 7
El gato Fernández 10
Curro, el perro objetor 13
Las siete vidas de Mil Rayas 15
¡Mira qué cosa más linda! 18
La primera lección gatuna 20
Roma 23
Los barcos negreros de los gatos 24
Roma era Remo 28
¿Será un lince este gato? 31
De gato ilegal a gato con papeles 34
Un mujeriego machista 38
Con airbag y paracaídas 43
Y Dios creó al gato 45
Un conservador toma el té 50
Selva con alfombras 54
El espejo de la madre 56
¡Este gato ha despintado! 59
Los gatos no tienen Ratón Pérez 63
Como el perro y el gato: muy bien 66
Defensa del gato negro 68
Todavía no nos pide mayonesa 71
El viejo cazador 74
Este gato habla latín 76
Las tres razas de hombres 80
¡Qué cuatro gatos! 81
El copyright y dos euros 85
Remo me saca de la televisión 88
El Evangelio según los gatos 90
La civilización es gatuna 93
Los gatos toman la Bastilla 97
El Siglo de las Luces felinas 99
Reina con gato 103
Manolo de La Moncloa 105
El gato está reunido 108
El gato de piso 112
Los gatos más antiguos de Occidente 116
Los gatos de la cárcel y la gata Manoli 118
Los romanos VIC (Very Important Cat) 120
Lenguas de gato 122
Todos los gatos son mi gato 124
Epilogo escrito por mi gato Remo 129

A Isabel, que con Remo me volvió a traer la felicidad y la curiosidad de la infancia.

Si quieres escribir sobre seres humanos, lo mejor que puedes tener en casa es un gato.
Aldous Huxley

Aquel día de perros

Aquel día de perros creímos, ilusos de nosotros, ignorantes, inexpertos, que éramos Gatos sin Fronteras. Que, erigidos como en una ONG unifamiliar de protección a los animales, habíamos adoptado un gato aquella mañana de invierno como de cuento de Charles Dickens, fría y lluviosa, con el cielo plomizo, con las paredes húmedas, en que Isabel trajo a casa dentro de su bolso del gimnasio por el que asomaba su cabecita aquel pirraquita mojado, aterido de frío, tiritando, con las patitas y las orejitas heladas, el hociquito goteándole, que el portero había encontrado abandonado, maullando y deambulando abajo en el jardín de casa y que por mucho que lo ponía otra vez en la calle para ver si encontraba el camino de la casa y de la madre que había perdido, volvía insistentemente al portal, como cumpliendo un destino escrito en las estrellas de las infinitas noches gatunas.

Estábamos completamente equivocados.

De recoger a un gato abandonado, nada.

Ahora finalmente hemos podido saber la verdad.

La verdad es que hemos descubierto que los que estábamos abandonados éramos nosotros.

Que somos nosotros quienes tenemos la inmensa suerte de que nos permita vivir en su casa un gato romano, bello y elegante; un gato armónico, distinguido, porque a diferencia de los hombres, no hay gatos cursis, no hay gatos horteras, no hay gatos ineducados, no hay gatos soeces, no hay gatos vulgares: un gato escultórico como de Louvre y egipcio como de Museo Británico cuando se sienta; fotogénico cuando se mete bajo una almohada y asoma su cabeza picarona con los ojos verdes muy abiertos y las orejas muy erguidas; rey destronado de un imperio perdido, emperador sin orbe, descubridor sin Finis-terre, conquistador sin legiones, sultán de miles de noches de tejados y pájaros, que, solitario y magnánimo, nos concede el raro e inmenso honor de permitirnos vivir junto a él porque le caemos simpáticos.

¿He dicho permitirnos? Bórrenlo inmediatamente. Eso era al principio, hace mucho tiempo, cuando era un gato infante, un gatito niño. Al principio nos lo permitía. Ahora ya, gato adulto, todo un Señor Don Gato, nos lo exige.

Ahora sabemos que sí, que el gato es un animal de compañía. Pero no como suele entenderse. El gato es un animal de compañía porque nos exige vivir a su lado para que seamos nosotros los que le demos compañía a él. Y ojo si no se la damos, si lo dejamos solo más horas de las habituales o si nos atrevemos a irnos de fin de semana y dejarlo en casa con abundante comida seca en sus aposentos. A la vuelta nos mirará con el desprecio infinito de una reina ofendida y tardará mucho tiempo en concedernos el perdón en forma de maullido. Nos ignorará hasta nueva orden. Lo leímos en Derek Bruce: «Para mantener una verdadera perspectiva de lo que valemos, todos deberíamos tener un perro que nos adore y un gato que nos ignore.» Lo confirmamos con sir Harry Swanson: «No puedes nunca ser dueño de un gato; en el mejor de los casos te permite ser su acompañante.»
Hemos llegado a comprender que el gato tiene sobradas razones para su soberbia. Es el animal más independiente, más libre, más egoísta, menos adulador que pensarse pueda. Por eso carga con esa mala fama de arisco. Lo que sentenció, admirado, Chateaubriand: «Me gusta del gato su carácter independiente y casi ingrato que le impide atarse a quien sea, la indiferencia con que transita de los salones a su originario callejón. El gato vive solo. No necesita sociedad alguna. Sólo obedece cuando quiere, o simula dormir para observar mejor y araña todo cuanto puede arañar.»
El gato sabe que habiéndonos permitido vivir en su casa llega a hacerse imprescindible en su absoluta inutilidad, ahora que en nuestras casas no hay ratones ni en nuestras ciudades ratas que nos traigan la peste de Albert Camus o de los infiernos de El Bosco. No son ni mejores ni peores que los hombres, en la observación de Jean Baptiste Say. «Se le reprocha al gato su gusto por estar a sus anchas, su predilección por los muebles más mullidos donde descansar o jugar: igual que los

hombres. De acechar a los enemigos más débiles para comérselos: igual que los hombres... De ser reacio a todas las obligaciones: igual que los hombres una vez más.»
El gato lo sabe, y de ahí su orgullo. Sabe que el hombre hizo del caballo arma de guerra; de la paloma, mensaje de secretos de Estado; del pez, alimento; de la vaca, calzado para sus pies; de la oveja, lana para su vestido. El gato sabe que el hombre aprecia a la gallina por sus huevos; al esturión por sus huevas; a la abeja por su miel; al avestruz porque sus plumas sirven para decorar coristas en el Folies Bergére o en el Radio City Hall; al halcón porque sus aprendidas habilidades cetreras limpian de pájaros los pasillos de aterrizaje de los 747 en los aeropuertos.

El gato sabe que, con su excepción, casi todos los animales de la creación forman en la Naturaleza el gran híper del hombre. Cuando empezaron a caer aquellas cuatro gotas y Noé introducía en su Arca aquellas parejas de animales, estaba en realidad como rellenando los anaqueles de subsistencias del supermercado de la Historia de la Humanidad.

Aún no me explico qué pintaba el gato en el Arca de Noé.

Es más: le considero a Noé el mérito imponderable de haber podido conseguir que un gato y una gata entraran en el Arca. ¿Qué les haría? O mejor: ¿qué les daría? Porque, indudablemente, a cambio de nada seguro que no entraron. Les tuvo que prometer probablemente paraísos de ratones y de peces para que los gatos accedieran a entrar en el Arca. Y aun así y todo, el gato y la gata no se quedarían muy conformes, y refunfuñarían con el lomo arqueado y la cola inmensamente gruesa cuando vieron que aquel truhán los había encerrado.
Supongo que al cabo de pocos días le ocurriría a Noé con su arca como a nosotros con nuestro Pirracas: que estaba eternamente agradecido a la inmensa generosidad del gato, que le permitía navegar en su arca hasta que llegó aquella paloma con un ramo de olivo en el pico.
Paloma que por supuesto no se comió el león en su reinado de la selva, ni el perro adulador que le lamía las manos y hacía carantoñas a Noé.

La paloma se la comieron, obviamente, los dos displicentes y orgullosos gatos del Arca.

He podido comprender todo esto porque nuestro gato nos ha revelado su verdad a través del evangelista de los gatos, que es Garfield. Dice Garfield en una de sus Verdades Gatunas reveladas a los hombres: «Tigres, leones, panteras, elefantes, osos, perros, focas, delfines, caballos, camellos, chimpancés, gorilas, conejos, pulgas... ¡Todos han pasado por ello! Los únicos que nunca hemos hecho el imbécil en el circo... ¡somos los gatos!»

Este libro, pues, es como un largo desmentido que, en nombre de mi gato, hago en tiempo y forma a ese infundio que han levantado contra la estirpe felina. Es absolutamente falso que el gato sea un animal domesticado. Sigue siendo libre. Nadie es dueño de un gato. Ni los que se creen amos de un gato. El gato es la criatura más libre del mundo, libertad que ha obtenido sin necesidad de revoluciones ni guerras. El gato está aboliendo la esclavitud a cada instante, no reconocen amo ni señor, saben que nacieron libres e iguales desde mucho antes de 1789.

Los gatos están en el mundo para desmentir la falsa creencia de que todas las cosas fueron creadas por Dios para servir al hombre, al que hizo a su imagen y semejanza. Dios también creó al hombre para servir al gato. Quizá la verdadera imagen de Dios sea el gato, no el hombre, como lo vio Leonardo da Vinci: «El más pequeño gato es una obra maestra.» No hace falta que Dios la firmara, añado, porque se ve su estilo y su técnica sin necesidad de peritación.

La mejor Estatua de la Libertad no es una escultura monumental rodeada por la mar, ante el Battery Park de Nueva York. La mejor Estatua de la Libertad es un gato sentado en el que hasta que llegó a casa creíamos que era nuestro sillón preferido. Vamos, en su sillón. Los gatos saben siempre escoger el lugar matemáticamente exacto donde causan más molestias a quienes, qué ilusos, se creen sus amos y que acaban comprendiendo que la mejor regla de urbanidad que hay que mantener en nuestras relaciones caseras con estos personajes es la paciencia.

El gato es un monumento a la independencia. Cada gato es Simón Bolívar y el General San Martín en una sola pieza. A un gato no se le puede enseñar a coger una pelota, porque no admite amos ni reconoce dueños. El gato desaparece cuando quiere, vuelve cuando quiere. El gato no tiene pedigrí ni entrenamiento. El gato solitario y buena persona.

Los gatos, jacobinos, librepensadores, revolucionarios, ácratas, destronan reyes a cada instante y ocupan sus tronos en forma de sillón favorito. Libertinos ejércitos siempre en combate, invaden incluso los más secretos rincones del vestidor donde la hasta entonces dueña de la casa creía que guardaba a buen recaudo sus pañuelos de seda o sus bufandas de lana, tan cálidas para dormir una siesta sobre ellas. El gato lleva dentro una Guía Michelín que le dice sin error posible dónde están los tres soles del lugar más confortable de la casa.

Nadie ha podido domeñar a un gato, amaestrarlo con domas y habilidades. Nadie ha podido apacentar un rebaño de gatos. Nadie ha transportado cargas en recuas de gatos, ha logrado que los gatos tiren de carruajes, arrastren trineos por la nieve o corran en disputa para que los hombres se jueguen su dinero. No ha habido titiritero capaz de hacerlo bailar sobre dos patas al son de un tambor. Hasta el toro bravo acaba siendo domesticado por el matador, que le enseña cómo tiene que embestir a su muleta, y les llaman bravos a los toros más torpes y traidores a su raza, a los que terminan aprendiendo lo que los hombres quieren que hagan, por algo un ruedo es siempre un heredero arquitectónico, histórico y sociológico del circo romano. Contemplar una redonda faena de muleta es asistir a una sesión de doma de un animal salvaje que termina haciendo lo que el hombre quiere. Por el contrario, la lidia de un toro manso es el reconocimiento de que el animal no ha perdido su instinto; que no se deja embaucar por las telas que los toreros llaman «los engaños»; que no quiere ser amaestrado por el matador-domador para embestir, por lo que busca atraparlo y herirle con sus astas, porque sabe que es quien maneja el pretendido engaño; y por lo que busca luego la salida de la misma puerta por la que entró, para afirmar su salvajismo en el campo que no ha olvidado.

No hay domadores de gatos, como de leones; ni desbravadores de gatos, como de caballos, que hasta aprenden estilos de doma, inglesa, vaquera, tejana. No hay gatos de San Bernardo que auxilien a los montañeros extraviados en la nieve, porque no hay hombre en el mundo capaz de poder poner a un gato un barril de ron colgando de un collar, y menos un collar. No hay gatos que guíen a los ciegos, porque su solidaridad termina en su propia felicidad. No hay gatos que sirvan al hombre en sus cacerías, porque su orgullo no les permitiría entregar la pieza cobrada, y menos si osó matarla alguien que no es él, supremo cazador de selvas imposibles alfombradas en las moquetas de los pasillos de las casas. No hay gatos que olisqueen droga en las maletas que llegan a las cintas de entrega de los aeropuertos, porque no admiten más habituación al tóxico que su dependencia de la exquisitez de su lata de mousse de salmón y trucha. No podemos dejar al gato vigilando la casa contra los ladrones porque, por liberales, están contra cualquier forma de violencia, son rousseaunianos y no pueden imaginarse que exista el robo, pues ellos todo lo toman porque todo es suyo, el mundo entero es de cada uno de los gatos que existen en él, es suyo hasta ese calcetín que descubrimos al cabo del tiempo que escondieron cerca de su cama. Lo escribió Jean Cocteau: «Prefiero los gatos a los perros, porque no hay gatos policías.» Y Cocteau no hablaba de oídas. Era gatófilo. Tenía un gato que se llamaba Karoun, al que consideraba como «el rey de los gatos» y al que le dedicó su libro «Dróle de Ménage».

No hay gatos policías porque todos son gatos ladrones: ladrones de la belleza de sus movimientos acolchados y neumáticos. Cuando una modelo aprenda a moverse por una pasarela con la elegancia de un gato, habrá logrado el ideal de la belleza. Si nos gusta Naomi Campbell es porque quizá sea una enorme gata negra que les da suerte a los modistos para los que desfila.

El gato, en el mejor de los casos, llega a doméstico, nunca ha domesticado. Doméstico porque vive en la casa, cuando se ha dignado renunciar temporalmente a su libertad callejera, a la que vuelve en cuanto se lo ordenan el celo o sus inmensas ansias de aventura en libertad. Casa que, por supuesto, es la suya, nunca la nuestra. Todo amo de gato sabe que los gatos no aceptan más dueños que ellos mismos, soberanos gatos dueños de su propio destino.

La gatera en la puerta del cortijo o en el cristal de la ventana de la casa es siempre un Arco de Triunfo que los hombres erigen en homenaje a la suprema libertad del gato. El gato, todo lo más, puede ser doméstico en cuanto señor de esa casa, maravilloso y consentido «okupa» plenipotenciario. Aunque quizá no podamos hablar de «gato doméstico». Entre el sustantivo «gato» y el adjetivo «doméstico» hay una irresoluble contradicción de términos. Son gatos que todo lo más se dignan estar en las casas, nos conceden ese honor. Nos dejan el enigma que formuló C. MacKenzie: «El único misterio sobre el gato es saber por qué ha decidido ser un animal doméstico.»
Los gatos son los que encuentran en el hombre un divertido animal doméstico que les sirve, se pone a sus pies, les da de comer, les lleva al veterinario y les limpia todos los días la arena de su cajón sanitario.

En el antiguo Egipto fueron dioses y eso no se olvida tan fácilmente.

Un gato es siempre como un displicente noble venido a menos, que a pesar de su absoluta ruina nos da orgullosamente en toda la cara con sus blasones. El gato no encuentra razones para obedecer a ningún otro animal, aunque camine sobre dos piernas, se crea la medida del mundo y se llame a sí mismo hombre.

El gato pasea su independencia desde el antiguo Egipto a la Inglaterra del Imperio donde la Reina Victoria de Inglaterra sentía pasión por los gatos, hasta el punto de que su favorita, White Heather, una gata persa, sobrevivió a la muerte de la soberana, pero siguió viviendo como una reina en el palacio de Buckingham hasta bien entrado el reinado de Eduardo VIL De la Roma clásica de los gatos del Coliseo a los Estados Unidos donde a la muerte de Kitten, el gato del presidente John Fitzgerald Kennedy, se publicó una nota necrológica en un diario de Washington en la que se leía: «Contrariamente a los humanos en su posición, Kitten no escribió sus memorias ni buscó sacar provecho de su estancia en la Casa Blanca.» Casa Blanca donde se dice que el presidente Theodore Roosevelt conversaba con sus gatos Tom y Slipper sobre el canal de Panamá o donde Socks, el más famoso inquilino de la mansión presidencial, recibía durante el mandato de Bill Clinton más de cien mil cartas de admiradores al año. Cartas que eran puntualmente contestadas por un equipo de voluntarios que firmaban las respuestas con la huella impresa del gato. Desde la Antigüedad en que el gato dejó de ser salvaje para dignarse vivir junto al hombre hasta nuestros días, contra la general Socks, un gato blanco y negro elegido para acompañar a Clinton en la Casa Blanca.

Ya lo dijo en 1611 Sebastián de Covarrubias, cuando en su «Tesoro de la lengua castellana» hace el elogio del gato: «El gato es animal ligeríssimo y rapacíssimo, que en un momento pone en cobro lo que halla a mal recaudo; y con ser tan casero jamás se domestica, porque no se deja llevar de un lugar a otro si no es metiéndole por engaño en un costal, y aunque le lleven a otro lugar se vuelve, sin entender cómo pudo saber el camino. Él es de calidad y hechura del tigre.»

En este libro se cuenta la historia de cómo se ha cumplido una vez más la sentencia de Marcel Mauss: «El gato es el único animal que ha conseguido domesticar al hombre.» Remo, al menos, nos ha domesticado a Isabel y a mí. Remo: por la condición europea y romana de su raza imperial y latina, ése es el nombre de nuestro dueño.

Porque aunque ciudadanos libres, tenemos que reconocer que somos súbditos de un gato.
Y que estamos encantados de serlo. Ni Julio César cuando conquistaba el mundo con sus legiones; ni Felipe II cuando en sus reinos no se ponía el sol; ni Napoleón cuando pintaba con la tricolor los hielos de la estepa rusa; ni la Reina Victoria, en todo el esplendor colonial del Imperio Británico, tuvieron tanto poder como Remo, emperador romano hasta del último rincón de esta casa. La suya, claro: ya no la nuestra.
Donde se digna permitirnos vivir.

Mil Rayas

Siempre son confusos y felices los recuerdos de la primera infancia. Maestros del colegio donde empezamos a aprender las letras que luego fueron nuestro oficio, amigos de aquellos juegos en los que dos y dos todavía no eran cuatro con la tabla de sumar responsabilidades escolares, parientes lejanos o paisajes cercanos. De aquellos años felices recuerdo amaneceres ante tazones de leche migada con pan duro de la noche anterior, el arroz de los domingos, el sonido de los tranvías que pasaban ante los abiertos balcones de la casa en las noches del verano. Aquel mar de la playa de las vacaciones, por el que navegaban faluchos de velas latinas que a la tarde traían al muelle el copo de plata que descargaban en el resbaladero.

Y Mil Rayas.

Mil Rayas fue el gato de mi niñez.

No dejé de ser niño cuando los compañeros picardeados del colegio de monjas me dijeron que los Reyes Magos eran los padres y que el Ratón Pérez no existía y era nuestra madre la que nos dejaba un regalo debajo de la almohada cuando se nos caía un diente de leche.

Dejé de ser niño el día que Mil Rayas se fue de casa. Cuándo y cómo ocurrió es algo que nunca he llegado a poner en pie, en la confusión del recuerdo de la felicidad infantil perdida.

Como tampoco recuerdo cuándo llegó Mil Rayas a la casa. Sí, y perfectamente, cómo era: atigrado, silencioso, como neumático y flotante en sus garras, en las que escondía sus uñas para jugar conmigo, cuando por las noches se venía a dormir en mi cama. Yo dormía de niño con un perro y un gato. El gato era Mil Rayas. El perro era una bolsa de agua caliente para mis pies ateridos en aquellos años de tanta lluvia, tanta humedad, tanta miseria, tanto frío en mi verdadera patria de la infancia.

—Ven, que te voy a poner el perro... Mi madre le decía el perro a aquella bolsa de caucho que llenaba de agua caliente en la cocina, de un caldero que había puesto a hervir en el fogón de carbón. Con el mismo cazo de servir el cocido iba sacando el agua e iba llenando aquella bolsa de goma rojiza que guardaba entre polvos de talco cuando llegaban las calores del verano, para que no se apulgarara. Y secándolo con una toalla del agua que había rebosado del tapón de rosca, me dejaba el fingido perro calentito entre los pies, vestidos para la noche con los patines de lana que ella me había hecho con sus largas agujas de punto.

Mil Rayas ya estaba allí, sobre la colcha, a los pies de la cama. No se dormía sin juguetear conmigo, ante la admiración de mi tía María, que fue la que me enseñó a amar a los animales y a las libertades. Mi tía María, siempre tan inconformista y rebelde como el gato, era la principal valedora de Mil Rayas. Ledecía a mi madre:
—Mira si el gato es bueno que hasta esconde las uñas para juguetear con el niño...

A Mil Rayas le puso este nombre mi padre. Por las mil rayas negras que tenía sobre el lomo, simétricas como una mancha de tinta echada en un papel doblado mágicamente para adivinar la suerte.

En realidad, más que aquellos dibujos atigrados, lo de Mil Rayas era un homenaje al oficio de mi padre. Mi padre era sastre. Y en aquellos largos veranos se llevaban mucho los trajes de mil rayas. Luego he sabido el origen de esta tela veraniega en los trajes de caballero. Fue a raíz de 1898. Cuando España perdió sus últimas colonias de Cuba, Puerto Rico y Filipinas también se quedó sin aquella tela de rayadillo en el uniforme tropical de sus tropas expedicionarias. Los últimos de Filipinas o de Santiago de Cuba vestían una guerrera y un pantalón de dril de mil rayas. En el Fuerte del Morro de San Juan de Puerto Rico pude acordarme de mi gato Mil Rayas y de aquel taller de

sastrería de mi infancia, cuando contemplé en un museo histórico de uniformes militares de la colonia un maniquí vestido con el rayadillo de un artillero español de finales del XIX.

Cuando España perdió las colonias, los almacenes de los fabricantes catalanes de tejidos estaban llenos de piezas de rayadillo. Millas y millas de tela de mil rayas, con las que hubiera podido llegarse otra vez hasta las perdidas colonias, hasta Puerto Rico o La Habana. Fue entonces cuando para salir de estos excedentes de telas coloniales y tropicales a alguien se le ocurrió poner de moda para los caballeros las chaquetas de aquel tejido, los trajes de mil rayas, como civilizando los uniformes militares.

He llegado a pensar que todos aquellos excedentes de piezas de mil rayas fresquitas y tropicales de las fábricas catalanas llegaron al taller de sastrería de mi padre. La entrada del verano era en casa la llegada de los aprendices de la tienda con piezas y piezas de algodón de mil rayas. Como aquella tela encogía al ser lavada, antes de cortarla, mi padre la mojaba. La pila del inmenso lebrillo del lavadero siempre estaba llena de metros y metros de tela de mil rayas puesta a remojar. Y luego, cuando ya se habían empapochado bien, puestas a secar en los alambres de la azotea, que era el territorio preferido de Mil Rayas. Aún está maullando Mil Rayas pidiendo una cabeza de sardina de las que acaba de asar mi madre, bajo el sol cegador del verano que seca las piezas de la tela chorreante, colgada en los alambres, con un fondo de sonidos de tranvías que vienen desde la calle, y Mil Rayas paseando entre sus colombroñas piezas de tela.

Probablemente Mil Rayas era la reencarnación de un soldado colonial de Caballería muerto en una carga de los mambises, cuando su sangre manchó aquel rayadillo glorioso y dominador.

Por eso probablemente Mil Rayas era tan feliz.

Mil Rayas sabía que más se perdió en Cuba.

Y que más se había de encontrar jugando conmigo.

Con sus uñitas retraídas, el pobre, para no arañarme.

La casa de los gatos

Los urbanistas odian a los gatos. Le Corbusier dijo que *la casa es una máquina de vivir*. Le Corbusier no se merece que ahora esté con todos los honores en la historia de la Arquitectura y, lo que quizá sea más efectivo, en los billetes suizos de 10 francos. Le Corbusier probablemente odiaba a los gatos. De otra manera no se explica que sí, que la casa de la arquitectura contemporánea, de la Bauhaus acá, sea una máquina de vivir. Pero de vivir los hombres únicamente, se entiende. No de vivir los gatos. Las naciones y ciudades civilizadas, como Gran Bretaña, como Alemania, como las pequeñas poblaciones de la costa Este americana, como la campiña lombarda, como Venecia, como Roma, mantienen casas de toda la vida, como las casas que pintan los niños en el colegio, con sus ventanas simétricas y su tejado. Casas pensadas para los gatos. No como estas espantosas construcciones en manzanas abiertas de nuestras ciudades contemporáneas, sin tejados, sin ventanas puestas por un maestro de obras a la exacta medida gatuna, para que ellos puedan escapar tranquila y libremente por ellas en las noches de luna de enero y celo de primavera.

Si tomamos Nueva York como símbolo de la arquitectura contemporánea, Nueva York es un inmenso monumento cruelmente edificado contra el gato. Ni al peor enemigo de un gato (por ejemplo, un perro, un ratón o un arquitecto) se le ocurre diseñar una ciudad así, concebir así la construcción de sus casas. ¿Qué hace un gato en un rascacielos? ¿Cómo sale un gato a requebrar de amores a una provocadora gatita blanca con ojos celestes desde el piso 38 del Empire State Building? ¿Hay algún arquitecto en la sala que sepa explicarme cómo llama un gato al ascensor? Y en el más que probable supuesto de que el gato sea más listo que el arquitecto que le hizo esa trampa en forma de rascacielos y haya logrado llamar al ascensor y entrar en su cabina, una vez que está dentro, ¿cómo sabe a qué tecla del cuadro de mandos ha de darle para bajar hasta la calle de las gatas voluptuosas y sicalípticas, si en unos países hay que darle a la G, en otros a la E, en aquéllos a la P y en éstos a ninguna letra, sino al número 0?

En todo el mundo existen estrictas ordenanzas de la construcción para que los edificios no sean trampas contra los invidentes o contra los minusválidos. Como hasta ahora no tienen representación en las Naciones Unidas ni hay una Unicef felina o una Cruz Roja internacional gatuna que defienda sus derechos y remedie sus calamidades, nadie piensa en la prohibición de las terribles barreras arquitectónicas contra los gatos. No hemos tenido en cuenta la apreciación de ítalo Calvino: «La ciudad de los gatos y la ciudad de los hombres existen una dentro de otra, pero no son la misma ciudad.»

Mil Rayas no tenía en aquella casa de frente a la Catedral la menor barrera arquitectónica. Salía del piso, subía la escalera hasta la última planta, donde estaban el lavadero, el cuarto de las criadas y la azotea, y se hallaba en la más deseada de sus libertades: rodeado de tejados por todas partes, menos por una, por donde, además, veía el paraíso en forma de palomas. Eran las palomas que anidaban en los aleros neoclásicos del Sagrario de la Catedral. Yo las había visto llegar, la tarde del recibimiento triunfal de la ciudad a Eva Duarte de Perón. Soltaron palomas en honor de la dama argentina que venía a socorrer con sopa de estrellitas y latas de carne nuestra hambre casi animal, y las palomas se quedaron, asustadas, allí en aquellos aleros catedralicios, donde anidaron. Mil Rayas también las vio llegar.

Y más de una cazó. Porque en la libertad del caserío sin barreras gatunas, Mil Rayas había descubierto a sus mil colegas de la casa paredaña, donde vivía aquel fotógrafo enamorado de los gatos, entregado a ellos más que a su oficio de retratista de galería. Era toda una casa entera para dos personas solas: el fotógrafo, no sé si viudo, y su hermana soltera.

Y para decenas y decenas de gatos de todo pelaje y condición.

El último piso de la casa entero, la azotea, el lavadero, todo estaba ocupado por los gatos. En la planta baja estaba la galería del fotógrafo, con su escaparate de amarillecidos retratos de novios vestidos de soldados en una guerra de la que quizá no volvieron y de novias imposibles de horquilla en el pelo y cuello de encaje en la floreada bata de percal que acabaron casándose con otro. Dentro,

la vieja cámara de cajón, con su paño negro con el que se cubría el fotógrafo como en un número circense de magia, al que nunca faltaba el más difícil todavía del fogonazo del magnesio.

Se comentaba en el barrio que al fotógrafo no le iba nada bien con su negocio. Mi madre decía, y eso que le gustaban los gatos a mi madre:
—¿Cómo le va a ir bien, si nada más que entras en la galería hay un olor a meados de gatos que te tira de espaldas?

Los gatos eran los dueños no sólo de la casa, sino hasta señores de la ruina de aquel fotógrafo y de su hermana. Los pasamanos de la escalera estaban carcomidos, no por la polilla, sino por años y años de generaciones y generaciones de uñas gatunas afilándose en ellos.

Y allí se iba Mil Rayas cada vez que podía, o mientras yo estaba en el colegio. No sé si con el sonido de los tranvías o con la luz de la tarde, calculaba exactamente la hora en que la criada me traía de vuelta del colegio. En el descansillo de la escalera estaba siempre Mil Rayas esperándome, tras haber puesto fin precipitadamente a sus incursiones a la casa del fotógrafo, que enfurecían a mi madre, que reñía a las criadas:
—A ver si conseguís que Mil Rayas no se vaya a casa del fotógrafo, porque en esa casa hay mucha mugre y mucha porquería, puede coger algo malo y pegarle un empeine al niño.

El empeine... Terrible mal, que ahora hubiera recibido la denominación de ETG, Enfermedad de Transmisión Gatuna. El empeine era como una seca erupción que te salía en la piel, que se quedaba áspera, rugosa, picándote si te tenía que picar, como una sarna. Mil Rayas me pegó algún que otro empeine, a pesar de que escondía sus uñitas.

Yo sabía que Mil Rayas, tan bueno, no tenía la culpa. El empeine se lo habrían pegado a él quizá las palomas triunfales, que desde sus aleros de los nidos de la Catedral pasaban a la azotea de la casa del fotógrafo, donde acudían a comer el pan remojado que les ponía, como los migotes del tazón de mi desayuno.

No se supo nunca en el barrio si era por las dotes cazadoras de los gatos del fotógrafo o por las necesidades del puchero de su maltrecha hacienda, pero la realidad es que la proliferación de palomas de la Catedral siempre estuvo perfectamente controlada por el equilibrio ecológico que suponía aquella casa donde hasta el último escalón olía a meados felinos.

Aquella nostálgica ciudad de tejados y azoteas quizá fuera la culpable de la desaparición de Mil Rayas.

Una tarde, al volver del colegio, Mil Rayas no estaba esperándome en la mesetilla de la escalera. Lo busqué con todas mis ansias por toda la casa, subí a la azotea, trepé por las bardas de sus tapias avizorando tejados.

Y no pude encontrarlo.

Mi madre nunca me lo supo explicar.

O no me lo quiso explicar.

Lo que me contaron las criadas fue más terrible y deseo-razonador aún que aquello de que los Reyes Magos son los padres que me dijeron entre burlas los niños picardeados de la clase.

Lloraba por Mil Rayas aquella noche, la cama estaba más sola que nunca, únicamente con el perro de agua calentita. Apenas pude dormir pensando en lo que, como un cuento cruel, me contaron las criadas:
—Eso ha sido que a Mil Rayas se lo ha llevado el tío del saco.
—¿El tío del saco?

—Sí, es un hombre que va por las noches por ahí con un saco al hombro, y gato que ve, gato que coge y lo mete dentro del saco.
—¿Y qué hace con los gatos?
—Los mata y luego los ponen de tapa en los bares como si fueran conejos.

Aunque mi tía María me consolaba, y me decía que las criadas eran unas embusteras, que sería que Mil Rayas se habría perdido buscando novia por los tejados, no pude olvidar durante muchos años, en los temores infantiles, aquella visión del tío del saco como jinete del Apocalipsis de los gatos. Desde entonces nunca he vuelto a comer conejo. Aborrezco el conejo.

Cuando veo que en alguna venta de carretera ponen conejo, no puedo apartar de mi pensamiento que mi Mil Rayas querido hubiera encontrado su reencarnación como conejo en un guiso de arroz.

El gato Fernández

Nada marca más la infancia de un niño que la pérdida de su gato. Es como una adelantada idea de la cercanía de la muerte. Terrible. Después de todo, tuve suerte con el fin último para el que fue creado Mil Rayas. Mucho más desgarrador fue lo de Josemi con su gato Fernández. Desde que Josemi me contó la historia de cómo desapareció su gato Fernández comprendo más ese deje de tristeza que he encontrado a veces en su mirada de hombre.

Esto de contarnos historias de nuestros gatos respectivos es costumbre de los militantes de Gatos sin Fronteras. Cuando nos encontramos con otro amante de estos dictadores libérrimos que nos confiesa sus secretas predilecciones, nos ponemos a hablar de nuestros gatos como lo que son en realidad: alguien de la familia.

A veces hasta sacamos de la cartera su fotografía.

Como Josemi me supo gatófilo, me abrió las tristezas de su corazón y sus recuerdos. Y me contó la tragedia de Fernández.

Fernández era un gato de la más ilustre estirpe: Felis Viator. Dicho en latín suena más como de Linneo, o al menos a registro riguroso y exigente de pedigrí de pureza de sangre y prueba de hidalguía gatológíca. Felis Viator suena mucho mejor que gato callejero, que tal era Fernández.y Fernández apareció por su cuenta en casa de Josemi. Una casona de Galicia con escudo blasonado en la piedra de su fachada. El padre de Josemi tenía en el garaje la preciada prenda de un coche descapotable extranjero, cuando tener un auto de importación era lujo inalcanzable. Una mañana, cuando el padre de Josemi iba a emprender un viaje y abrió el maletero del deslumbrante descapotable para poner el equipaje, se encontró con que dentro, acurrucados en una manta de lana inglesa que allí había, estaban dos gatos callejeros que nadie supo nunca cómo habían llegado hasta allí. Amante de los gatos, el padre de Josemi aplazó por unas horas el inicio del viaje hasta que los dos gatos quedaron perfectamente instalados en la casa. Y bautizados.

Aquellos dos señores gatunos que a tan buena posada se habían acogido empezaron a ser inmediatamente Hernández y Fernández, como los dos detectives de los álbumes de Tintín. Hergé dibujó a dos gemelos que actuaban al unísono, vestían idéntica ropa y hablaban de la misma forma, completando incluso el uno las frases del otro. Así eran Hernández y Fernández, dos señores gatos blancos y negros, a los que sólo les faltaba el sombrero de hongo, pareja en la que podían distinguir a Fernández por una mancha singularísima que en la boca traía.

A Josemi le hicieron los dos gatitos la misma ilusión que Mil Rayas a mí, y toda la familia los protegía. Alguna extraña enfermedad que de cuna trajera acabó pronto, ay, con la vida de Hernández, en aquellos tiempos en que no había clínicas veterinarias donde llevar a los gatos a deshoras y de urgencia. Pero a Josemi le quedaba Fernández, gato señorial en la casa blasonada, que empezó a darse la gran vida. Desde el primer momento, Fernández no solamente tuvo su cuna propia en aquella casa de tan altas cunas, sino hasta su propio baño. La madre de Josemi tomaba todos los días al gato, muy resuelta, y le decía:
—Ven, que vamos a bañar a Fernández, porque hay que acostumbrarlos a que se bañen todos los días.

Baño, naturalmente; nunca ducha, qué horror. La casa de Josemi es de esas casas donde la ducha es considerada una ordinariez burguesa y hasta ahí podíamos llegar. Nada, nada. Baño. Baño de sales y albornoz, baño humeante de toalleros calientes, en tina llenada por una criada a la hora y la temperatura justas.

Así bañaban a Fernández todos los días. Lo tenían a cuerpo de rey, en aquella casa tan monárquica. De comer, nada de sobras de pescado, como se estilaba en la época, sino latas de foie-gras. La madre de Josemi lo decía:
—El brillo que les sale a los gatos con el foie no les sale con el pescado...

La madre de Josemi sabía mucho de gatos. Antes había tenido a Damasquino, un gato persa, solemne como un obispo de Constantinopla, que paseaba por la casa como en procesión, llevando al cuello el pectoral de un cascabel de plata prendido con una cinta de seda con los colores de la bandera de España.

Y tanto cuidaban, atendían y mimaban a Fernández, compañero de juegos y de travesuras de Josemi, que la cocinera le tomó envidia y manía. La cocinera se llamaba Santa y realmente lo era como cocinera estupenda. Pero el diablo más satánico como vecina de un gato en la cocina. Santa no sólo no dejaba entrar a Fernández en la cocina bajo ningún concepto sino que, cuando no estaban los señores, le daba unas palizas de muerte al pobre Fernández, con el sacudidor de la lana de los colchones o a escobazos.

Josemi se dio cuenta inmediatamente de los malos tratos, al ver cómo Fernández salía de estampía en cuanto aparecía la cocinera. Fernández le tenía auténtico pánico gatesco a Santa. Se lo decía a su madre:
—Mamá, Santa le pega a Fernández, y yo no quiero que a Fernández lo traten mal...
—Anda ya, Josemi, ésas son figuraciones tuyas. Santa es una santa, ¿cómo le va a pegar a Fernández?
—Que sí, mamá, que le pega, que Fernández es muy mansito y nada más que ve a Santa, sale corriendo...

Se confirmaron los malos presagios de Josemi. Comprobaron que, en efecto, la cocinera daba unas crueles palizas al gato. Pero era tan buena cocinera... Y costaba en aquella época tanto trabajo encontrar una buena cocinera...

Se planteó el gravísimo dilema como problema de familia: había que optar entre la cocinera y el gato.

Ganó la cocinera.

Con gran pesar de Josemi y de sus padres.

La solución para la perdida batalla del gato fue buscarle una casa donde lo cuidaran bien. A Fernández le buscaron una buena casa: la de una persona amante de los gatos conocida de la familia, que se llevó, gustosa, a Fernández. Fernández bajó de escalafón social, pero no de atenciones de Josemi, que en las tardes de vacación escolar acudía puntualmente a visitar a Fernández como una obra de caridad no con el gato, sino con su tristeza de haberlo perdido. Los nuevos dueños de Fernández le celebraban lo listo que el gato era, lo bien educado que venía, su inteligencia en cazas y ratones.

Hasta que una tarde llegó Josemi a ver a Fernández y Fernández ya no estaba. Lloró. Lo consolaron diciéndole:
—A Fernández se lo han llevado los del circo, Josemi.

Josemi pensó: «Claro, como es un gato tan listo, y hace esas cosas tan divertidas cuando juega conmigo, como da esos saltos y se sube a esos sitios tan altos para coger lo que le haya puesto, se lo han llevado los del circo para que haga esas cosas ante el público...»

El niño Josemi pidió a su madre que lo llevara al circo, para ver a Fernández. Allá que fueron una tarde. Ilusionado en su silla de pista, a Josemi no le interesaron los payasos cuando salieron tocando el saxofón y dándose sonoras bofetadas, ni la equilibrista contorsionándose sobre el alambre del redoble del tambor, ni los caballos que galopaban en círculo por la pista. A Josemi se le encendieron los ojos de ilusión cuando anunciaron que iban a salir los perros futbolistas. Eran unos perros

espantosos, horrendos, vestidos ridiculamente con unas camisetas de listas, como fingiendo dos equipos en liza, que anunciaron como que jugaban al fútbol, pero que en realidad pinchaban globos a mordiscos sin ninguna gracia. «Ahora después de los perros saldrá Fernández con los gatos saltimbanquis, como saltaba conmigo en el desván», pensó Josemi.

Pero salieron los elefantes, y pusieron las jaulas y salieron los leones con su domador y con su acompañante medio desnuda.

Y Fernández no salió nunca.

—Mamá, ¿pero a Fernández no lo habían traído al circo porque era el gato más inteligente?
—Será que no lo han sacado hoy, ya saldrá otro día.

Tal rabieta cogió Josemi, que tuvieron que llevarlo otro día más al circo, a ver a su gato Fernández de artista de la pista.

Salieron de nuevo los odiosos perros futbolistas con sus globos y sus ridiculas camisetas, y salieron los payasos del saxofón, y salió la equilibrista del redoble de tambor, y salieron los dos elefantes tontorrones y grandotes, y salieron los leones dentro de sus jaulas, con su domador con su medio desnuda acompañante y su uniforme como de húsar en ruina.

Y tampoco salió Fernández.

Fue a la noche cuando Santa, la cocinera, que de santa no tenía absolutamente nada, le dijo cruelmente a Josemi:
—Niño, Josemi, es una tontería que vayas más al circo a ver al gato, porque el gato no va a salir nunca. Al gato se lo llevaron los del circo, desde luego, pero era para echárselo de comida a los leones...

Josemi no ha vuelto nunca a ir al circo.

Odia el circo.

Y odia desde aquella noche con toda su alma a los leones.

Y eso que Josemi es monárquico y dicen del león que es el rey de la selva...

Curro, el perro objetor

Desde Que se fue Mil Rayas, siempre quise tener un to. En mi casa de niño nunca hubo gato que volviera a ocupar el trono vacío de Mil Rayas, quizá Mil Rayas era un gato republicano, Rey sin orden dinástico que asegurase la sucesión en su corona de sanguinolentas plumas de palomas cuando las apresaba en la medianera casa del fotógrafo.

A falta de gato, tuve que conformarme con un perro durante los años del veraneo del Bachillerato. Un perro con aficiones de gato, todo hay que decirlo. Era Curro, un perro perdiguero propiedad del señor que nos alquilaba cada verano aquella casa de la sierra. Nos alquilaba la casa vacía de muebles, que habíamos cada mes de junio de llevar desde la ciudad, pero con servidumbre y grandeza de perro, de Curro, que aunque no vivía allí durante todo el año, sino con su amo, en cuanto nos veía llegar con las calores del día de San Pedro se unía como uno más a la familia. Cuando cada verano llegaba al pueblo, el perro me estaba allí esperando, moviendo el rabo. Se venía al campo conmigo, corriendo detrás de mi bicicleta, y hasta adivinaba las trochas por donde íbamos a las albercas o a las balsas de los arroyos a bañarnos. Y cuando llegaba septiembre y en el tren nos volvíamos a la ciudad, Curro seguía al vagón por toda la vía, hasta que, extenuado, comprendía que otra vez había llegado el otoño.

Ahora he comprendido que Curro, por solitario y pacífico, era un perro gatuno, aun siendo cazadora su raza serrana, de perdices al ojeo y liebres corredoras. Curro se pasaba las horas conmigo, venía corriendo tras mi bicicleta en el paseo de cada tarde. Curro se ponía junto a nuestra mesa a la hora del almuerzo, sabedor de que algo caía, y más habiendo sido declarado por mi tía María, que adoraba a los animales, especie protegida en el espacio natural de nuestra casa. Mas, como perro limpio y elegante en su no confesa vocación gatuna, en cuanto le dábamos un hueso de chuleta de cabra de las que estábamos comiendo, la tomaba en su boca y se iba al corral con ella, donde se la comía en un apartado lugar.

Curro era quizá un gato que, como entonces estaba mal visto, no se atrevía a salir del armario de los perros.

Porque Curro era el único perro objetor de caza que he conocido. Un perro pacifista, antibelicista, al que, al contrario que sus congéneres y correligionarios, se aterrorizaba con la caza. Un día de verano ya vencido, cuando septiembre otoñeaba con el levantamiento de la media veda, el dueño de la casa y del perro me pidió que le prestara a Curro para ir de cacería, pues durante todo el verano lo consideraba más mío que suyo. Naturalmente que se lo dejé.
Noté que Curro se despedía de mí con ojos tristes cuando, atraillado con la jauría cazadora de su madre, su padre y sus hermanos perdigueros, allá que iba cuesta arriba de la calle empedrada con su verdadero dueño, sus amigos cazadores y sus escopetas, camino de un campo de olivos en sazón y perdices en los regajos.

A Curro todo aquello de la escopeta y la caza le traía absolutamente sin cuidado. Quería ser gato o quería quizá ser toro bravo. Lo que le gustaba era que yo cogiera una toalla y lo toreara. Lo enseñé a embestir sin que me tropezara en el engaño ni me mordiera la toalla.

Por eso no me extrañó verlo volver a casa jadeante aquella mañana venatoria. Se me acercó y vi que en sus ojos aún traía el miedo.

Sin que me lo contara su verdadero dueño, imaginé lo que había ocurrido.

Sabía que a Curro le espantaban los disparos. En el verano pueblerino lleno de fiestas y de cohetes, Curro corría despavorido hacia mi cuarto y se escondía bajo mi cama, temblando, con las patas contraídas, lleno de pánico en cuanto se oía el estallido del primer restallante volador. Si se asustaba con los cohetes y huía hasta encontrar mi cobijo, ¿cómo no habría de huir cuando empezó a sonar la cartuchería cazadora del calibre 12 en las escopetas de dos cañones?

El verdadero dueño de Curro me confirmó a la tarde mi sospecha, cuando la partida volvió con los otros perros cazadores de la rehala, trayendo amarradas a sus cinturones las muertas perdices. Me acusó poco menos que de perversor de perros y corruptor de perdigueros:
—¡Has maleado a Curro con tantas caricias, tantos mimos y tanto darle bien de comer! Los perros tienen que hacer vida de perros, y no vida de señoritos como les dais vosotros. ¿Pues no que vamos por el campo, y a la primera perdiz que vemos, me echo la escopeta a la cara, le aventó dos tiros y el perro que sale corriendo si hay que correr, espantado?

Su verdadero dueño, como desconocía las secretas vocaciones y tendencias de Curro, no sabía que era un perro pacifista, un perro objetor de caza que estaba haciendo conmigo la prestación social sustitutoria como sucedáneo del gato que nunca pude volver a tener y que por eso se pegaba aquella vida tan poco de perro durante el verano. Curro también disfrutaba cada año de sus vacaciones de cazador y de su veraneo con nosotros.

Y aquella mañana cazadora de septiembre Curro tuvo la valentía de salir del armario de los perros objetores de caza.

Las siete vidas de Mil Rayas

Una vieja dama inglesa, rica y viuda, que cuida a su gata mimada en su casa de Londres entre butacas de cretona y muebles Victorianos es una maltratadora de animales comparada con los vecinos de la ciudad de Bubastis en el antiguo Egipto.

En el antiguo Egipto, a los gatos se les consideraba lo que en verdad son: dioses. Dioses destronados de su Olimpo o de su Cielo por un ejército infernal de ángeles malos en forma de perros o de ratones, mas dioses al fin y al cabo. Elevándolos a la condición de dioses, los egipcios asimilaron al gato a la magia divina de la Luna y del Sol.

Ya quisiéramos los europeos actuales parecemos a los antiguos egipcios, cuando en el Oriente Próximo no había otro problema que buscar el contento de Bastet, la gatuna diosa de la protección, la diosa de la belleza y del placer. La Diosa-Gata, con cuerpo de mujer y cabeza de gato.

A Bastet, símbolo del amor y de la procreación, de la fertilidad, protectora de las mujeres embarazadas, divinidad amiga de los hombres y los niños, se la veneraba en Bubastis y en Saq-qara le levantaron un templo, el Bubasteion. Era la diosa a la que se ofrecían los sagrados gatos, alimentados con pan remojado en leche y pescados del Nilo. Bastet era como la Venus del Gato que nunca pintó Velázquez, que como buen señorito andaluz que era, siempre andaba en sus cuadros entre escopetas regias y perros de Corte, sobre un fondo de paisaje que seguro que era un cortijo.

Bastet era también la personificación de la Luna. El astro mágico de las noches de los gatos. Los egipcios la consideraban como la diosa lunar, que representaba el calor que fecunda.

En aquel Egipto donde los turistas americanos aún no realizaban cruceros por el río Nilo ni se retrataban junto a las pirámides o enviaban a Oklahoma tarjetas postales con su fotografía, el gato era el animal sagrado. Gatos sagrados y venerados, como vacas en la India del Imperio, como caballos en Jerez o en Texas. Eran exhibidos en una cesta para recibir el homenaje de la población y luego sus cuerpos eran embalsamados y momificados. No quiero ni pensar lo que dicen los historiadores, que los gatos eran sacrificados en honor de Bastet. Prefiero imaginar que los gatos, venerables sacerdotes del culto de la diosa, morían de viejos, venerables y respetados, antes de ser depositados en los primeros cementerios de gatos del mundo, que no son los ingleses, sino las necrópolis gatunas de Beni Hassan, de Saqqara, de Bubastis.

Las gatas de la diosa Bastet eran consideradas por los egipcios como el ideal de la belleza, Venus con pirámides nacida entre las espumas del río Nilo. El rasgado de los ojos que usaban las egipcias era una imitación de los ojos almendrados de la Diosa-Gata Bastet, cosa que pudimos comprobar con Elizabeth Taylor, que no fue verdadera gata sobre el tejado de cinc caliente hasta que Joseph L. Mankiewicz le dio el papel de Cleopatra, la reina que parecía una gata y que tenía por cierto una gata que se llamaba Charmaine, por la que sentía auténtica adoración.

Como los antiguos señores del campo de Andalucía a sus caballos, los egipcios les guardaban luto a sus gatos cuando morían: todos los miembros de la familia se rasuraban las cejas como señal de aflicción y dolor, tonsura a la que ni los británicos, con su culto al gato, han llegado en nuestros días. Sin tener que escribir un libro sobre su gato, Herodoto nos dejó la sorpresa de ver a todo el antiguo Egipto faraónico venerando a los suyos: «Cuando en una casa egipcia se declara un incendio, sus habitantes se preocupan muy poco del fuego y mucho de sus gatos. Los protegen, los vigilan y, si alguno, fuera de sí, logra escapar y precipitarse a las llamas, la aflicción abate a los egipcios. Cuando un gato muere de muerte natural, todos los habitantes de la casa se rasuran las cejas. Colocan al gato embalsamado en un compartimento secreto y lo transportan a la ciudad de Bubastis.»

El rey Tolomeo XII, padre de Cleopatra (de la de verdad, no de Liz Taylor), fue incapaz de impedir la muerte por linchamiento de un romano despistado que por descuido había matado a un gato. Las

leyes penales para los asesinos de gatos sagrados eran tan estrictas que ni el propio Faraón podía indultarlos.

Era tal el respeto que los egipcios tenían a sus gatos que Cambises II, rey de los persas, pudo tomar la ciudad de Pelusa escudando a su ejército con gatos. Los asaltantes no sé qué habilidad usaron, que apresaron cuantos gatos pudieron, con lo difícil que es atrapar un gato si él no quiere entregarse. Los colocaron en primera línea de combate. La estratagema provocó la rendición de las huestes egipcias, que rehusaron lanzar sus armas contra el invasor ante el temor de matar a alguno de los sagrados gatos. Antes que los escudos humanos de las guerras contemporáneas, en el antiguo Egipto inventaron los escudos gatunos, pues ante el temor de lastimar a los gatos, los egipcios no atacaron al conquistador persa.

Conquistador persa que por cierto tenía nombre de raza de gata de vieja dama inglesa, rica y viuda, que cuida a su gata mimada en una casa de Londres con butacas de cretona, muebles Victorianos y fotografías de heroicos antepasados de la guerra de los bóers.

Deificados, los antiguos egipcios pensaban que los gatos después de siete reencarnaciones volvían a tomar carne mortal en un ser humano; de ahí el universal refrán de «siete vidas tiene el gato».

Y las tienen en verdad. Puedo asegurarlo sin haber estado ni en el antiguo Egipto ni en el actual, ni ganas que tengo de estar allí, con la calor que hace en Egipto y con la cantidad de moscas y de cosas malas que tiene que haber en el actual Egipto.

Sé que el gato tiene siete vidas, mitología egipcia aparte, porque Mil Rayas las tuvo. A lo largo de mi vida vi muchas veces preciosos gatos romanos, atigrados, con sus simétricas rayas pardas y negras, sus panzas como de lunares negros de la bata de una bailaora flamenca, y al admirarme de su belleza tuve siempre la completa seguridad de que eran reencarnaciones del Mil Rayas de mi infancia. La última vez se me había dado la oportunidad de verlo reencarnado en Zúrich, donde mi hijo Fernando ha sentado plaza de suizo. Fernando, que sigue siendo mi primer Gato verdadero, me sabe fiel observante de la egipcia religión del culto al gato, y cuando estrenó casa en la montaña zuriquesa de Hóng me llamó para comunicarme su descubrimiento:
—Sí, la casa es muy bonita, pero además, se ha presentado aquí un gato, de los que a ti te gustan. Es un gato visitante. Vive en la casa de al lado, pero como sabe que a mí también me gustan los gatos, viene cada noche de visita. Se pone en la ventana de la cocina y toca en los cristales y maúlla para que me dé cuenta de que ha llegado. Entra en la casa y a veces hasta echa aquí un sueñecito. Como no sabía qué ponerle de comer para agradecerle la visita, le di una yema de huevo, ¡y le encanta! Ahora ya le he comprado comida seca en el supermercado, y se pasa aquí a veces el día entero, porque le dejo abiertas las puertas del jardín para que entre...

Gato tan simpático, aunque suizo, no podía ser más que latino. Romano y atigrado por más señas. Porque en Suiza tienen la cara borrosa y desagradable de tanto frío y tanta Banca hasta los gatos. Los gatos de Suiza son tan ariscos como el silencio de las herméticas caras largas de los ciudadanos helvéticos que van en los tranvías, donde nadie hace un gesto ni pronuncia una palabra, con la mirada perdida, con la alegría por encontrar. Los suizos deben de ser probablemente gatos calvinistas, no como nuestros gatos romanos, católicos y apostólicos que conocieron la Contrarreforma de la alegría frente a la aburridísima seriedad del luteranismo.

El Gato Visitante de casa de Fernando era lo menos suizo que encontré en Zúrich. Por descontado que no maullaba en alemán, como los otros gatos, o en alemán suizo, como los gatos con menores saldos en sus cuentas corrientes del Credit Suisse o de la UBS.

El Gato Visitante, cuyo verdadero nombre es Koto, amable, sinvergonzón, rebelde e independiente como buen gato, era exactamente igual que Mil Rayas. Nada arisco. Pude comprobarlo a fondo en mi inmediata visita a Fernando, a cuya casa, a la caída de la tarde (allí, aproximadamente, a las dos y media o las tres), llegó el Gato Visitante egoísta y puntual, buscando sus yemas de huevo y su comida seca.

El Gato Visitante de mi hijo Fernando en Zúrich ha sido la penúltima de las reencarnaciones de Mil Rayas en sus siete vidas.

¡Mira qué cosa más linda!

La última y definitiva de estas reencarnaciones de MíI Rayas se me apareció una mañana de invierno en la puerta del escritorio.

Mejor sitio no podía hallar Mil Rayas para su gloriosa aparición, en la culminante reencarnación de su séptima vida, ya definitivamente a mi lado. Porque más tarde supe que Théophile Gautier, mágico como buen amante de los gatos, había tenido una premonición de aquel momento exacto: «Los gatos se complacen en el silencio, el orden y la quietud, y ningún lugar les conviene mejor que el escritorio de un hombre de letras.»

Ocurrió que como cada día, cuando la mañana va de retirada y estoy terminando de trabajar el texto del artículo cotidiano, Isabel entró al escritorio a saludarme, al volver a casa desde el gimnasio. Venía tan guapa como cada día, más joven como cada día, que en el último viaje la tomaron en Suiza por la novia del atendedor del Gato Visitante, no por su madre.

Traía Isabel como siempre colgado del hombro su inmenso bolsón negro con los útiles y la impedimenta del ejercicio que se trae de vuelta a casa y no deja en la taquilla junto a los gratoos perdidos con tanto esfuerzo, trabajos y sudores que cada día la tienen más guapa y joven. Yo creo que los espejos del gimnasio de Isabel son su retrato de Dorian Gray donde se refleja la cinta de correr o la bicicleta estática.

Y no se acercó como otros días a preguntarme quién había llamado o qué de nuevo había, sino que se paró en la puerta del escritorio, sabiendo que eternizaba con su marco el cuadro de un momento imborrable de alegría, y me dijo, señalándome el bolso, sin quitárselo del hombro donde colgado lo traía:
—¡Mira qué cosa más linda te traigo aquí de regalo!

Como en la fotografía de un almanaque, por la negra bolsa del gimnasio asomaba su cabecita picarona... ¡un gato!

Se le veía la cabeza mojada. Asomaban sus dos grandes ojos verdosos, asombrados como bolas del mundo en el momento de la Creación. Sobre aquella cabecita se estiraban muy erguidas dos enormes, pero enormes orejas.

Tenía frío. Estaba mojado. Tiritaba. El día era ciertamente de perros, no de gatos, y el gatito tenía en sus pelillos toda la borrasca del frío y la lluvia del invierno húmedo y gris.

Me levanté, y como pude, agarrándolo por las patas, no tomándolo con la palma de la mano abierta por la panza, inexperto de mí, lo saqué del bolso del gimnasio donde componía aquella estampa conmovedora.

Acurruqué en mis brazos aquella cosa tan chica y tan linda. Bajo su pelo mojado sentí el calorcito lleno de vida de su panza peluda. En un instante se me vino todo el peso del tiempo encima. Mi madre volvía a mimarme en aquella casa de los balcones abiertos a los tranvías, cuando todos éramos niños, y felices, y el mundo estaba bien hecho en las tardes de pan y chocolate. Me salió de los hondones de la memoria el sentimiento de compañía que hace tanto tiempo había perdido:
—¡Pero si es como el Mil Rayas!

No. No era como el Mil Rayas.

¡Era el Mil Rayas!

Quizá el Mil Rayas pudo escaparse del tío del saco y mi madre lo había encontrado abandonado por los tejados gatunos del cielo y me lo había traído en el bolso del gimnasio de ese espejo de su

serenidad y su cariño que es la mujer que quiero, que es como ella, su viva estampa del alma, y que se llama Isabel.

La primera lección gatuna

Al principio creí que el que Isabel me traía asomando cabecita en su bolso del gimnasio era gato de tienda de mascotas, que finalmente se había decidido a comprar.

Llevábamos meses parándonos embobados ante los cristales de los escaparates de las tiendas de animales, donde estaban en venta pequeños gatos blancos, moriscos y españolísimos gatos de tres colores, gatos de angora, gatos siameses, gatos abisinios, gatos ingleses de pelo corto que jugueteaban ensayando golpes de boxeo contra una pelota o dormitaban plácidos sobre un lecho de trizas de papel de periódico.

Más de una vez Isabel estuvo tentada de entrar a comprar alguno de aquellos gatos:
—Por favor, mira qué cosa más pequeña, qué lástima de gatito, ahí encerrado... ¿Por qué no nos lo llevamos?

No nos llevamos ninguno porque no eran como Mil Rayas. Porque eran gatos ilustres, con linaje y pedigrí, gatos que podían probar la nobleza de sus cuatro apellidos ante la Real Maestranza Felina o cruzarse de caballeros en la Orden Felina de Calatrava o en la Real Orden de Malta de los gatos, que debe de ser la más eficaz orden para que los mininos no se atraganten con las bolas de pelo que degluten sin saberlo al asearse tan pulida y concienzudamente como lores en el baño humeante.

Los que vendían en las tiendas de animales eran todos gatos con el manto azul de la Jarretera, gatos con la Legión de Honor, gatos con la Medalla del Congreso, gatos de la Real Academia de los Gatos, gatos comendadores, gatos marquesones, pares gatos del Reino del Marqués de Carabas que se habían quitado las botas para estar más cómodos.

Aristogatos.

Yo no quería un gato noble, sino un gato burgués. Vamos, un gato de clase media gatuna, sin tantos pujos de pureza de sangre y raza ni pergaminos de linajes. No me importaba que mi gato fuese enviado directamente a la hoguera por la estricta observancia de la Inquisición felina, al no ser gato castellano viejo, sino ladino gato cuarterón callejero, cruzado de mil razas extrañas que a mi tierra vinieron.

Y esos gatos no podían alcanzar el estrado de honores de las acristaladas jaulas de los escaparates en las tiendas de mascotas.

Cuando la vi llegar con aquella cosita tan linda de listas asomando en su bolso pensé, no obstante, que Isabel habría encontrado finalmente en alguna de esas tiendas este pequeño gato callejero, europeo, común, romano, rayado, atigrado, parduzco y negro, que tiritaba entre mis brazos.

Como Mil Rayas.
Le pregunté dónde lo había comprado:
—No, no lo he comprado, me lo he encontrado abajo en el portal, estaba perdido. Mira el pobre, lo han abandonado y lo tenía recogido el portero.
—A lo mejor es de alguien, que se ha escapado de alguna casa...
—No creo. El portero me ha dicho que ha estado toda la mañana rondando por aquí por el jardín, como buscando a su dueño o a su madre. Que lo ha llevado a varios portales de por aquí cerca, para ver si volvía a su casa, pero no, que el sinvergüenza se volvía otra vez aquí, por muy lejos que lo pusiera. Hay que ser cruel para abandonar una cosa así de linda, o para no echarle cuenta y dejar que se escape... ¿Qué, te gusta?
—¿Pero cómo no me va a gustar, si es como encontrar otra vez a Mil Rayas?

Gata madre al fin y al cabo, protectora madre gata de nuestro otro Gato, el verdadero, que se llama Fernando, es arquitecto y vive en Suiza, Isabel me sacó al momento, expeditiva y amparadora, de

las mágicas nostalgias infantiles entre cuyos brazos tenía a aquel pequeño gato atigrado de las orejitas y los ojitos inmensamente grandes, para traerme a la realidad de la enorme responsabilidad que habíamos asumido en aquel mismo instante ante el Dios de la Creación y la Historia de la raza felina:
—Parece que el pobre tiene hambre, vamos a ver qué podemos darle de comer hasta que abran las tiendas.
—Y el hombre a lo mejor quiere hacer sus cositas...

Lo secamos con una toalla, cosa que nos agradeció con la mirada de sus grandes ojos. Dejó de tiritar. Parecía que iba entrando en calor en aquel frío mediodía de invierno.

Lo llevamos a una terraza cubierta, donde en el plato de una taza de té le pusimos lo único presuntamente comestible por un gatito que encontramos en toda la despensa y en una nevera sin pescado: jamón de York. Pensamos en darle una yema de huevo, pero no era tan adulto como su corresponsal el Gato Visitante de Fernando en Zúrich y pensamos que podría sentarte mal. En cuanto a la leche, habíamos leído que los veterinarios aseguraban que le sentaba mal a los gatos, con lo que le gustaba a Mil Rayas, antes que las modas de las dietas bajas en grasas y en calorías impusieran también su dictadura a las mascotas domésticas.

Nada, nada, jamón de York hasta que abran las tiendas y podamos ir a comprarle comida de gato. Y como eran las dos de la tarde y hasta las cinco por lo menos no abría el supermercado cercano donde vimos la consola de comidas perrunas y gatunas, le pusimos, cortado a tiritas, un trozo de jamón de York en aquel platito de la taza de té.

Se lo comió el pobre con ansia de hambre de siglos.

Parecía que le estaba quitando el hambre a todos los gatos callejeros.

¿Qué edad tendría? ¿Podría comer ya alimentos sólidos, o estaría todavía siendo amamantado por su madre? ¿Le sentaría mal el jamón de York?

Démosle al pobre agua, para que le ayude a pasar el mal trago.

Le pusimos un cenicero de cristal como bebedero, con un agua que también tomó con ansia tras su abandono.

Mientras, seguíamos preguntándonos, sin poder tener respuesta, por su edad:
—Tiene que ser muy chico, no debe de tener más de un mes...
—Pero si come solo es que es mayor...

¿Un mes, dos meses? ¿Cuándo habría nacido? ¿Cómo sería su madre?

Llegamos a una conclusión definitiva: a pesar de lo mucho que nos gustaban, no sabíamos absolutamente nada de gatos.

Fue entonces cuando aquel gatito, que aún no tenía nombre, que a pesar de su pelo era más morisco que romano en tanto no bautizado, empezó a darnos sus primeras lecciones.

Una vez comido y bebido, Isabel pensó maternalmente que aquel gatito tendría que hacer sus cositas y que iba a empezar lo que, inexpertos, temíamos: que nos iba a poner la casa perdida de orines y excrementos.

¿Qué ponerle a un gato recién recogido en su abandono a modo de cuarto de baño, cuando son las dos de la tarde, las tiendas están cerradas y la alfombra del salón es una pena que la vaya a empezar poniendo perdida?

Isabel pensó en una caja de zapatos. Trajo del vestidor una caja de zapatos, aún con los papeles de seda que envolvían el último par que se había comprado, y se la pusimos en la terraza de la que el gatito ya se había adueñado como su casa que era.

¿O era gatita? Bueno, lo que fuera. Aquello tan precioso, tan pequeño y tan lindo.

Nada más ver la caja de zapatos, el pobre, ¿o era la pobre?, entró en ella como pudo, se agachó, flexíonó, abriéndolas, sus patitas traseras, levantó altivamente el rabo y se puso a defecar. Le había entrado al pobre una diarrea enorme, no sabíamos si a causa del jamón de York o si por alguna enfermedad que de la calle traía.

El gatito, ajeno a todo, aplicadísimo, continuaba entretanto dándonos su primera lección de educación y comportamiento de personaje burgués estricto en el cumplimiento de sus normas de urbanidad.

A duras penas, como buscando la arena que no había en el improvisado cajón, la tierra que no se nos había ni pasado por la imaginación traerle provisionalmente de algún macetón de la terraza, estaba el hombre allí como podía, con las manitas de sus garras abiertas, intentando tapar sus excrementos... ¡con los papeles de seda de los zapatos que estaban dentro de la caja!

Y casi lo consiguió.

Logró medio tapar con los papeles de seda aquello verdoso y viscoso, tan espantoso a la vista, que había defecado estrictamente dentro de la caja de zapatos.

Fue entonces cuando Isabel le dijo el primer piropo. Entonces no sabíamos que ellos agradecen mucho más estos halagos intangibles si al mismo tiempo se les da el premio material de un caramelo de queso o de pescado como galardón por su aprovechamiento, constancia y buena conducta:
—¡Es más limpio este gatito!

Aquel gatito y todos los gatitos son muy limpios. Los guarros y asquerosos son los perros, que llenan de excrementos las aceras y los jardines de nuestras ciudades, pero ésta es la hora en que nadie ha podido encontrar a un gato haciendo desvergonzadamente sus necesidades en la vía pública, y encima sin cubrirlas luego con tierra o arena.

Y fue entonces también cuando nos entró la duda sobre el sexo de aquel ángel en forma de gato:
—¿Es gatito o es gatita? Que estamos hablando de gato, y a este gato, Isabel, yo no le veo los testículos ni su cosita por ninguna parte...

Llegamos a la conclusión de que aquel desamparado gato era una gata.

Roma

Hacía ya lo menos una hora que había llegado y aquella gatita no tenía aún nombre.

Isabel me preguntó:
—¿Cómo vamos a llamar a esta pobre gatita tan desamparadita y tan linda?

Ante los animales, el hombre puede sentirse como Adán en el Paraíso cuando le iba poniendo nombre a todas las cosas del mundo aún calentito, recién salido del horno de la Creación divina. Yo podía ponerle el nombre que quisiera a aquella gatita linda y romana, que olisqueaba por los cuatro rincones de la terraza donde la habíamos dejado, como estrenando el mundo del mismo modo que Adán. Al menos el mundo de nuestra casa.

Podía haberle puesto Habana, porque aquella gata, como la capital cubana, era un viejo sueño de mis nostalgias.

Podía haberle puesto Venecia, otro sueño en forma de ciudad, recordando las orondas gatas que dormitan sobre los puentes de los canales, como todopoderosas pinturas bizantinas en sus mandorlas de niebla.

Sin dejar de la mano el itinerario sentimental de ciudades queridas, podía haberle puesto Caleta, como homenaje al Cádiz de mi adoptiva nación.

Pero resumiendo todas las afirmaciones del alma y mirando su pelaje atigrado de romana, de gata del Coliseo, de gata llegada quizá a mi tierra hace mucho tiempo, cazando ratones en las naves de César Augusto que venían a por el aceite de la Bé-tica cuyas ánforas tiraban luego en el vertedero del monte Testaccio, no lo dudé:
—Esta gatita, Isabel, se va a llamar Roma.

No tuve que explicarle que esta gatita se va a llamar como las raíces de nuestra cultura y de nuestra historia, como el tronco de la lengua que me honra haciéndome escribir en ella, como los fundamentos de nuestro Derecho y como las claves de nuestras creencias religiosas.
Roma.

A Roma parecía que se lo habían dicho. Dejó de deambular por la terraza y se plantó en la puerta de la cocina.

Exactamente igual que las gatitas desvalidas del Coliseo se plantarían en el imposible caso de que fueran abandonadas por sus madres o arrojadas del paraíso de las ruinas imperiales.

Pero en la mirada de aquella gatita, que por romana y senatorial debía de saber hasta latín, noté un cierto aire burlón.

Me miraba como un epigrama de Marcial.

Habrían de pasar aún unas horas para saber por qué.

Los barcos negreros de los gatos

En vez de almorzar en tiempo y forma, tomamos un aperitivo generoso a modo de comida, cuando nos acordamos de pronto que las tiendas de mascotas de los hipermercados no cierran a mediodía. ¡A comprarle todo su ajuar a la gata!

Cuanto antes teníamos que proveer a Roma de su necesario ajuar hogareño, al tiempo que como un servicio de urgencia preguntábamos las generales de la ley de adopción gatuna a aquel dependiente que otras veces contestó a nuestras dudas sobre los gatos siameses y de angora que en venta tenía y que nunca le compramos porque no eran como Mil Rayas.

Llegamos a la tienda de animales y por primera vez comprobamos que no son tan inútiles ni caprichosos los miles de hasta entonces insólitos artículos que venden. Me acordé del anuncio de periódico de aquel gran almacén pionero de las grandes superficies, cuya publicidad proclamaba que allí se podía encontrar desde un alfiler a un elefante. Si para Roma hubiéramos necesitado un alfiler o un elefante en versión gatunas, allí lo habríamos encontrado.

El dependiente hizo pacientemente las veces del servicio de atención al cliente del Departamento para Dueños Novatos de Gatos. En nuestras peticiones nos íbamos poniendo en todas las necesidades de intendencia y logística de Roma.

-¿Qué hay que darle de comer?

Nos sacó un envase de comida seca para gatos ya destetados, entre 1 y 6 meses de vida, con lo que no había problema en el cálculo de edad.

-¿Dónde puede hacer sus cosas?

Nos enseñó el estante de los cajones sanitarios de arena, y elegimos para Roma uno de color rojo, glorioso como un estandarte de las legiones de Julio César al que sólo le faltara el acrónimo de S. P. Q. R.
-¿Y cómo le enseñamos a hacer aquí sus cosas?

Supimos entonces que más por gata que por romana, Roma había nacido sabiendo latín. Con el instinto de hacer sus aguas mayores y menores en un cajón sanitario, de cuya limpieza ella sería la primera en encargarse, con tal de que estuviera bien provisto de arena.

Descubrimos entonces la grandeza y servidumbre del saco de arena para el cajón sanitario de Roma. Esa arena que se acaba justamente en el momento en que la que hay ya huele demasiado y hay que sustituirla. Tanto huele, que ya el Señor Don Gato, limpio entre los limpios, le hace estrictamente ascos a hacer allí sus cosas.

Nos dio el comprensivo dependiente una lección sobre las distintas clases de arena, la perfumada, la compacta, la desinfectante, y hasta nos hizo el elogio de la arena sintética, plástica, de maravillosas propiedades absorbentes y desodorantes. Por supuesto que la desechamos. Una gata como Roma que venía directamente del Coliseo no podía tener más que verdadera arena de circo romano o albero de plaza de toros, que para el caso es lo mismo.

Entonces dijo Isabel:
- ¡Ah, y dormir! ¿Dónde la acostamos?

Pasamos a la sección de camas gatunas. Mullidas cunas con telas impresas con personajes gatescos de los dibujos animados. Historiadas camas como con dosel, camas como de castillos gatunos, de parador nacional felino, de hotel con encanto gatesco, con un techo protector. Camas en forma de cubos misteriosos, con apasionantes agujeros para que la gata entre y salga. Nos

decidimos por una cuna acolchada y espumosa, ovoidal, que nos pareció hecha a la exacta medida del lomito, tan flexible, de Roma.

Comprado todo lo cual, el dependiente nos dio el último y útil consejo de la sección de atención al cliente del departamento de Dueños Novatos de Gatos Abandonados Recogidos de la Calle:
—Si la han recogido abandonada en la calle, conviene que la lleven cuanto antes al veterinario para que la desparasite y le ponga unas vacunas.

Con la elección del veterinario no hubo problema: nos dio el teléfono y la dirección de la clínica de animales de la central de la cadena de tiendas de animales. ¿Pero cómo llevábamos a la gata hasta el veterinario? ¿No se escaparía del coche y volvería a su primigenia condición de callejera y libre? Comprobamos que cada pregunta que le hacíamos al dependiente, que la oía con una sonrisa de comprensión y justificación, había sido hecha ya antes por miles de novatos adoptadores, porque no hubo el menor problema en la resolución de nuestro insoluble problema de traslado de aquella cosita con orejas y rabito hasta el veterinario
—Lo mejor es que le compren ustedes un transportín, y así lo tienen además para cuando la vayan a llevar de viaje.
Había visto aquellos transportines en los mostradores de facturación, en los largos pasillos de los aeropuertos de ciudades civilizadas, amantes de los animales. Jaulitas con su rejilla y sus respiraderos, con su asa, como maletines de ejecutivos para llevar los importantísimos documentos vivos de una gatita. Elegimos uno de color rojo, confortabilísimo, con su interior de colchón de dibujitos gatunos.

Se veía el transportín turbo, transportín con cierre centralizado y casi elevalunas eléctrico, y daban ganas de ser gato para que lo llevaran a uno allí dentro por lo menos hasta el aeropuerto JFK.

Cargando con todo aquello, cama, comida, transportín, ah, ¡y el bebedero, que se nos olvidaba el bebedero!, elegimos uno de dos senos, que el dependiente nos explicó que servían el uno para el agua y el otro para el pienso de la comida seca.

Y como nos vio con tantas dudas y preguntas, nos entregó un libro:
—Aquí le explican todos los cuidados que necesitan los gatos y todas las recomendaciones que deben tener en cuenta.

Con aquel «Libro de los Gatitos», que así se titulaba el volumen, nos estaban dando en realidad el Código de Entrega al Gato, ley estricta donde las haya, cuyos artículos debíamos cumplir en adelante fielmente como súbditos de nuestra gata. Tengo entendido que Napoleón redactó una cosa así para los hombres.

Cargando pues con todo aquello, ya sin olvidos, y hemos de reconocer que sin tener en absoluto en cuenta los euros que nos dejamos en la caja, salimos de la tienda y lo cargamos todo en el maletero del coche. El dependiente nos informó muy amable que el Libro-Código de Exigencias del Gato era gratuito, gentileza de la casa fabricante de comida seca. Ni los gatos se escapan de ser objetos del deseo publicitario como consumidores que son.

Al llegar, recibimos la primera caricia de Roma, que le pasó a Isabel su arqueado lomo por la pierna, levantado el rabo como una bandera de paz. Entonces aún no sabíamos que era un reconocimiento de dominio por parte de los gatos. No es que la acariciara: es que la hacía suya, que no es lo mismo. Pero como las mujeres, cual gatas de Bastet, son listas e intuitivas, Isabel lo comprendió al instante:
—¡Mira la pobrecita cómo se alegra de que hayamos vuelto!

Sacamos el bebedero, abrimos el paquete de comida seca, llenamos con él uno de los dos senos y con agua el otro, y Roma, como si no hubiera hecho otra cosa en su vida, allá que se puso a chascar las croquetitas olorosas con sus dientecillos de leche.

Luego pasó a la otra banda, y sacó su lengua para pegarle lametones al agua. Me sorprendió ver aquella lengua, rugosa y blanquecina:

—¡Mira, Isabel, la lengua de Roma es exactamente igual que las lenguas de gato de chocolate de las confiterías!

Roma era tan exquisita que tendría dulce lengua de chocolate. Porque de su exquisitez nos dio inmediatamente la segunda lección.

Tomamos el cajón sanitario, abrimos el saco de arena y se lo llenamos. Le quitamos, por fin, la caja de zapatos asquerosa donde la pobre nos dio la primera lección de su urbanidad y aseo, y pasó a darnos la segunda. También como si hubiera estado en aquella terraza de nuestra casa toda su corta vida, y como si en ella no hubiera hecho otra cosa, trepó Roma como pudo hasta dentro del cajón, olisqueó la arena, con sus dos garras hizo un agujero en la alisada superficie arenosa con que la habíamos dejado, se dio la vuelta, se como sentó e hizo allí su cosa, aún la pobre con la diarrea del jamón de York.

Nos quedamos asombrados. ¿Quién le había dicho a Roma que allí, precisamente allí y no en la alfombra del salón como nos temíamos, era donde tenía que hacer la pobre sus cosas? ¿Cómo había podido aprender lo que no le habíamos enseñado? ¿Cómo lo tapaba todo tan a conciencia? Inexpertos y novatos, creíamos que a los gatos hay que amaestrarlos para estas necesidades elementales. No sabíamos que nacen sabiendo, que Roma sabía mucho mejor que nosotros lo que tenía que hacer.

Y mucho mejor que nosotros se lo pudiéramos enseñar. Allí, evidentemente, quien más sabía de gatas no éramos nosotros: era la gata. Porque en cuanto hizo sus cosas, observamos con sorpresa y satisfacción que con la misma diligencia y resolución con que antes de la deposición había hecho el agujero en la arena, ahora lo estaba tapando concienzudamente con sus dos manitas, zas, zas, sin tirar un solo grano fuera de la roja bandeja. Y no se quedó tranquila, ni salió del cajón sanitario hasta que lo olisqueó todo y comprobó que aquello quedaba en perfecto estado de revista y policía.

¿Eran todos los gatos así, o es que habíamos recogido a la gatíta más limpia del mundo? Quise pensar en honor de la Honorable Raza de los Gatos Callejeros que debía de ser algo que Roma traía en sus genes. Sería pasión de adoptador de gatas callejeras, pero había visto orgullosas y displicentes gatas con certificado de denominación de origen como un buen vino de Burdeos o de Borgoña, gatas de pelo largo, gatas con cintas coquetonas en el cuello, y me parecían todas mucho más torpes y tontorronas que aquella listeza que Roma desparramaba por sus anchos ojos, bajo de sus dos inmensas orejas. Roma tenía unas orejas que no le correspondían ni a la cabeza ni al cuerpo, orejas como romanas Bocas de la Verdad. Y unos ojos grandes como la luna de abril.

En los gatos, pensé, tiene que ocurrir igual que en los hombres. Cuando en la triste esclavitud los hombres eran capturados en África y llevados en barcos negreros a la América del algodón y la caña, aherrojados y hacinados en las bodegas, durante la travesía sólo podían sobrevivir los más fuertes y robustos, los más resistentes a las enfermedades y las privaciones. Vendidos luego en el mercado, en los duros trabajos morían a chorros muchos más. De modo que cuando Lincoln abolió la esclavitud, la injusta naturaleza de las cosas había hecho una selección natural de la raza. Lincoln liberó de la esclavitud a la raza negra en el momento justo en que quedaban los mejores para ganar la Super Bowl, la liga de la NBA o la medalla de oro olímpico en los 100 metros lisos.

A los gatos sin pedigrí ni raza de concurso, callejeros, europeos y comunes, atigrados romanos o multicolores moriscos, blancos y negros o canelita en el pelaje, ha tenido que pasarles algo igual. Wan sido siglos y siglos de gatos callejeros perseguidos, de gatos quemados como agentes del Maligno, de gatos azotados, de gatos buscándose los pobres la vida por su cuenta, sin ONG uni-familiares que los adopten según el programa solidario de Gatos Sin Frontera. Los más débiles, los enfermos, los menos valerosos, los menos decididos, han ido muriendo a lo largo de los siglos, en la ecológica selección natural del equilibrio entre las especies. Han llegado a nosotros solamente los gatos callejeros más fuertes, más resistentes, y por eso ahora ganan la Super Bowl Gatuna, la NBA Gatuna y llevan todos, como traía Roma, la medalla de oro de la Olimpiada de la Supervivencia Gatuna.

Roma es uno de estos gatos triunfadores en la supervivencia. Esa es la nobleza de su estirpe, el triunfo del ingenio ante las adversidades. Por eso es tan lista que se lo sabe todo sin que se lo enseñemos.

Más lista que el hambre que millones de gatos callejeros, cuya sangre trae en sus venas, pasaron tirados en el arroyo a lo largo de los siglos.

La gata callejera que hemos recogido sabe buscarse la vida como nadie. Por eso ha llegado viva tras su abandono.

Me dio mucha pena pensar que incluso entre los propios hermanos de la misma carnada que Roma, quizá los más débiles murieron los pobrecillos abajo en el jardín o tirados en la calle, antes de que los pudiera recoger el portero y dárselos a Isabel para que los metiera en su bolso del gimnasio y me los subiera a este escritorio donde ahora, ay, les estoy dedicando unas líneas de elogio funeral por todos los gatos callejeros caídos en todas las guerras por la supervivencia de su raza.

Parecía que Roma tenía en el brillo de sus grandes ojazos como bolas del mundo, con la alegría de su vida nueva, la llama eterna del monumento al Gato Desconocido.

Roma era Remo

Las sorpresas y descubrimientos no cesaban. No creo que el almirante Cristóbal Colón, el día de 1492 que llegó a América, ni los astronautas Neil Armstrong, Edwin Aldrin y Michael Collins cuando en 1969 arribaron a la Luna descubrieran repentinamente tantas y tan complejas cosas como nosotros el día del año de gracia de 2002 en que Roma llegó a casa.

Igual que nosotros habíamos almorzado antes de lo acostumbrado, Antonio el Portero también volvió tras su descanso de la comida antes de lo que solía. Mucho antes de su hora oficial de entrada en la conserjería de la casa. Amante de la Naturaleza, de la mar, de los árboles y las flores como es, lo sentimos cómplice de nuestra adopción, corresponsable de la ingente tarea que nos habíamos echado a la espalda.
-¿Cómo sigue el gatito?
-No, es una garita...
-Eso venía a decirles, que aunque no se le vean sus cositas, es un gato.

Al ir a su casa a almorzar, Antonio había ido a comentarle la adopción a un vecino que tiene varios gatos en su casa. Quien le explicó lo que ahora nos detallaba:
-Es que los gatos tan pequeños no tienen su minina fuera...
-Entonces, ¿por qué les llaman mininos?
-¡Eso digo yo! Pero verá usted...

Había tomado a la que hasta aquel preciso instante había sido Roma, la había puesto sobre la mesa de la cocina y la aún pregonada gata aparecía como el cadáver de la lección de anatomía del cuadro de Rembrandt cuando el portero nos fue explicando, señalando al pobre animal en sus partes más íntimas:
—He visto en casa de mi vecino cómo tienen sus cositas los gatos y cómo las tienen las gatas, y éste es macho de todas, todas, porque aquí detrás es donde tienen los testículos, ¿no los ven ustedes aquí señalados en este bultito, debajo de la cola? Lo que ocurre es que me ha dicho mi vecino que cuando son tan pequeños, de un mes o de dos meses como me ha dicho que debe de tener éste, aún no les han bajado sus partes, y sin minina al aire y sin testículos, a los que no entendemos nos parece que son gatitas, pero es un gatito.

Así cayó Roma.

La llegada de Antonio el Portero fue como la de los bárbaros a la Ciudad Eterna a efectos del nombre de la provisional gata. En un instante cayó el imperio glorioso de Roma con su nombre femenino.

La miré, mejor dicho, lo miré, a su carita de macho recién incorporado a filas del Ejército de los Gatos Caseros, y le dije, pensativo:
—Roma, lo malo es que ahora te vamos a tener que cambiar el nombre. Aunque seas gato romano, de la misma Roma, no puedes ir por la vida con un nombre de mujer, y tú sabes mejor que nadie que Roma es una mujer, una matrona voluptuosa y poderosa que aunque tiene encima sus años sabe mantener el esplendor de la juventud perdida.

No lo dudé ni un momento. Vi en mi memoria fuentes, pinos, rotos fustes de columnas, termas, capiteles corintios, los latines que estudié en los relatos de Julio César, y sobre el recuerdo del bronce imperial de la escultura de la Loba Capitolina le dije bautismalmente, como si derramara sobre su cabeza toda la latinidad de las aguas del Tíber.
—Ya que no puedes ser Roma, te dejaremos las consonantes y te cambiaremos sólo las vocales. Para que no renuncies a la romanidad de tu pelaje, tú serás Remo.

Tan pequeño, allí sobre la mesa de la cocina, lo vi como buscando la ausencia de su hermano Rómulo.

Las generosas ubres de la Loba Capitolina las tenía más que aseguradas en el doble seno de la comida seca de su bebedero.

Si aquel Remo de la leyenda había fundado la imperial ciudad de Roma, este Remo de la realidad estaba fundando el imperio de su poderío sobre las siete colinas de las butacas de casa.

Y como este dichoso gato me está obligando a estudiar mil curiosidades que me despierta, como si otra vez estuviera en el colegio con su encarnado Mil Rayas, en el libro de Historia de Roma refresqué a la noche lo que casi olvidado tenía del Bachillerato y de la Facultad. Supe así que, aunque solución de emergencia tras el cambio de género ante la caída del imperio remenino de Roma, la de Remo podía haber sido bastante gustada nominación. Aquel Remo, como este Remo, fue el perdedor ante su hermano gemelo Rómulo. Que en la lucha entre dos hermanos gemelos recogidos y amamantados por la Loba, a causa de la disputada herencia de la fundación de la Ciudad Eterna, del Aventino al Palatino, Remo osó franquear la linde que Rómulo había trazado con el surco de un arado. Fue entonces cuando Rómulo, como Caín a Abel, le dio muerte. Y que Rómulo construyó las murallas de Roma sobre el cadáver de su hermano Remo.

Menos mal, gato Remo, que tú eres hijo único.

Y en cuanto a perdedor, lo eras hasta ahora. Porque Antonio el Portero, como un sacerdote romano, nos explicó los buenos hados que por vez primera habían llegado a alguien con tu nombre. Muy serio,*señalándole con el dedo, como si el gato lo pudiera entender (cosa que luego hemos llegado a saber que es cierta, que el gato entiende lo que se le dice, con tal de que se le diga despacito), le dijo al gatito, que ahora se había sentado, egipcio y escultórico, sobre sus patas traseras:
—Bueno, Remo, ya que te llamas Remo te voy a decir una cosa: ¡qué suerte has tenido y qué vida te vas a pegar! En mejor sitio no has podido ir a caer. Igualito vas a estar aquí que por ahí tirado por la calle como te encontré...

Y luego nos dijo a nosotros:
—Este gato tiene algo como mágico, como si estuviera predestinado a quedarse aquí con ustedes. Mire usted, desde por la mañana temprano estaba por ahí abajo el pobre, dando vueltas, despistado, maullando, muerto de frío, y yo me decía: «Este gato está perdido, a ver si le ayudamos a encontrar su casa.» Y lo cogía, y me lo llevaba a otro portal, para ver si el pobre se orientaba. Y lo dejaba allí. Pero, nada. Al momento, otra vez el gato aquí, se volvía. Venga a maullar, venga a querer estar conmigo. Y yo, otra vez a llevarlo lejos, a ver si se orientaba la criaturita. Y el gato, otra vez de vuelta. Así qué sé yo la de veces, y, nada, el gato volviendo siempre. Hasta que llegó doña Isabel, se bajó del coche, lo vio conmigo y entonces fue cuando se prendó de él y se lo subió. ¡Anda que no vas a estar bien aquí ni nada, Remo...! ¡Te ha tocado el gordo de la lotería de los gatos!

Cambiando sólo la letra inicial de su nombre, Remo era tan afortunado como Nemo, el gato que ocupó el número 10 de Downing Street durante el mandato de Harold Wilson. Realmente los ingleses no eligen jefe de Gobierno ni mucho menos inquilinos del 10 de Downing Street. Las elecciones son tan reñidas en el Reino Unido porque realmente se decide en ellas qué gato es el que va a pasar a vivir mucho mejor que la Reina en Buckingham en la residencia del primer ministro. Allí, durante la batalla de Inglaterra en la segunda guerra mundial, una de las máximas preocupaciones de sir Winston Churchill era poner a salvo a Jock, su gato de pelo castaño, durante los ataques aéreos. Su afecto por el animal era tal, que el gato se hallaba presente junto a Churchill en las reuniones donde el consejo de ministros trataba sobre la marcha de la guerra y de la liberación de Europa por los aliados.

Churchill, con todo el poder de la Inglaterra aliada en la Segunda Guerra Mundial, sabía que no era nada al lado de su gato, cuando decía: «Los perros nos miran como sus dioses, los caballos como sus iguales, pero los gatos nos miran como sus subditos.»

Churchill era subdito de la Graciosa Majestad de Jock.

Probablemente Jock confirmaría a sir Winston su sospecha de que Hitler en realidad era un perro alemán llegado a más, un perro cuartelero austríaco que se hacía pasar por pastor alemán. Los perros suelen ser dictadores. Los gatos están siempre a favor de la democracia: cada hombre, un gato. No me extraña que a Napoleón le aterrorizaran los gatos, aunque les tuviera que hacer la propaganda para acabar con las plagas de ratas; tenía demasiado poder y demasiadas ansias de dominar al mundo como para no odiar la continua declaración de independencia del gato.

Cuando Harold Wilson, venía diciendo, ocupó Downing Street porque se lo permitió Nemo, su gato y verdadero primer ministro de su gabinete, le preguntaron al embajador italiano en el Reino Unido qué le gustaría ser si volviera a nacer. Con una sonrisa, contestó, pensando en Nemo: «Me gustaría ser gato en Londres.»

Remo miraba al portero, porque se sentía mucho más y mejor que un gato londinense en el que se hubiera reencarnado un diplomático italiano.

Porque, hablando de Italia, era como si Remo le estuviera asegurando al portero que él estaba volviendo a escribir la Historia de Roma.

Conviene que a veces la Historia, como en el caso romano de Remo, sea escrita por los perdedores. Estoy plenamente convencido de que en aquel fratricidio el culpable no fue otro que Rómulo.

Lo que pasa es que, como suele ocurrir, hemos cargado toda la culpa del crimen sobre la víctima.

¿Será un lince este gato?

Todavía nos quedaba la incógnita de su rabo. Lo de su rabo es simplemente una forma de llamar a la cola de Remo.

Con exactitud y propiedad debe ser su larguísimo, delgadísimo, desproporcionado rabo.

Delgado, delgado por las hambres y privaciones que había pasado, que se le adivinaban una a una las costillas bajo sus pelillos atigrados, aquel gatito nada más que era orejas, ojos y rabo.

Llegamos incluso a dudar de que fuera gato.

¿No sería acaso un lince que a pesar de todas las protecciones se había escapado del Coto de Doñana para llegar al espacio mucho más protegido de nuestra casa?

Otra vez a los libros, otra vez a ver cómo es un lince. La verdad es que las fotos de linces que venían en los libros eran bastante parecidas a Remo, sus mismos ojos de listo, sus mismas inmensas orejas desafiando como dos signos de interrogación ante el mundo.

Tan poco sabíamos de linces como de gatos. Porque aprendí luego que los linces precisamente son rabones, no tienen cola. Incluso una hermosa leyenda dice que el lince perdió la cola porque Noé se la pilló con la puerta del Arca al entrarlo en ella antes del diluvio universal.

La duda del lince nos la trajo el portero. Como si hubiese hecho un curso acelerado en anatomía gatuna, Antonio el Portero, que aún subió tres o cuatro veces más aquella tarde para ver cómo seguía Remo y cómo nos iba con él, viendo su larga cola, se quedaba pensativo y nos comentaba:
- Este gatito es muy raro para ser gato. Mire usted la cola, tan larga, yo no he visto nunca un gato con tantísima cola. Y luego, las orejas. Y lo largo que es, parece que está cruzado con lince, no sé, o con gineta, o con gato montes. Pero un gato corriente desde luego no es.

El tiempo le ha dado la razón. Aunque callejero, Remo desde luego que no es un gato corriente. Es un gato listísimo. Con más vista que un lince. Que nos enseñó miles y miles de cosas no sobre los gatos, lo cual no tendría el menor mérito, sino sobre los hombres, desde la primera hora en que llegó.

Con su duda, el portero nos planteaba la vuelta del gato a sus orígenes, Darwin de la evolución de la especie. Por muy doméstico que sea desde hace cuatro mil años, el solitario gato siempre recuerda a su antepasado el gato salvaje. Remo, a pesar de su desvalimiento, aun recién destetado como venía, recordaba gloriosamente pasados de gatos salvajes entre los dioses egipcios, o ancestros más recientes, como aquella gata Suzi que el misionero francés Albert Schweitzer llevó consigo a África, donde fue adorada como una diosa por los nativos de las tribus. Schweitzer, aquel gatófilo que dijo: «El hombre tiene dos medios para refugiarse de las miserias de la vida: la música y los gatos.»

Las primeras horas las pasó Remo tan felices como las más recientes entre nosotros. Familiarizado en poco tiempo con la casa, como si siempre hubiese vivido en ella, fue tomando posesión de sus primeros territorios preferidos, antes de que hiciera suya, como ahora, la totalidad de su superficie, en la que nos tiene como de realquilados con derecho a gato.

Pasaba de la cocina al salón, aprendió a recorrer los pasillos, a saber dónde estaba nuestro cuarto y nuestra cama.

Nadie le enseñó cuál era, hasta entonces, el lugar preferido de Isabel en el sofá de la salita de estar. No hay pérdida: el lugar preferido por Isabel en el sofá de la salita de estar es exactamente el que desde aquel día ocupa Remo. No tenía ni dos cuartas de largo ni levantaba una del suelo cuando ya aquella noche, sentados en la salita a ver la televisión, llegó muy diligente Remo y no sé cómo se las avió, pero el caso es que no paró, ni dejó parar a Isabel, hasta que consiguió que se levantase, para

que él pudiese ocupar, como un glorioso ejército invasor, exactamente el calentito y mullido hueco del sofá donde la hasta entonces dueña de la casa se sienta para ver sus programas favoritos. Como si fuera un académico, Remo es un gato con sillón propio. Entre nuestras paredes empezó a cumplirse estrictamente el dictado de Mark Twain: «Una casa sin un gato, un bien alimentado, bien cuidado, bien reverenciado gato, puede ser una casa perfecta, pero ¿cómo puede llegar a demostrarlo?»

Desde aquel primer momento comenzó la que llamo la diligencia laboral de Remo, su aplicación profesional. No crean que los gatos están ociosos, que son perezosos como cuentan. Eso es la leyenda negra de los gatos. Yo, que en realidad soy el agente de relaciones públicas que ha nombrado Remo para cuidar su imagen en esta sociedad mediática que le ha tocado vivir, puedo desmentirlo rotundamente.

Los gatos están todo el día atareadísimos.

Remo, al menos, lo está. Si no fuese un gato conservador con ideas liberales y sospechara que se trataba de un gato rojo, de un gato radical, diría que casi es un gato estajanovista y soviético. Sabe que está en la sociedad de mercado y de la libre competencia y no para de trabajar en todo el día, seguramente porque piensa que si no rinde suficientemente en su cuenta de resultados de satisfacciones gatunas lo despedimos y nos buscamos otro gato como presidente ejecutivo de la intimidad de esta casa.

Está Remo con nosotros y ahora se va rápidamente a la terraza, porque ha oído que los pájaros están piando en sus nidos del atardecer; ahora se acuerda de que tiene que comer y se va a su terraza en busca de la comida seca que nos dijeron el primer día que tiene absolutamente todos los minerales, proteínas, hidratos y vitaminas que necesita; o ahora escucha de pronto un ruido en el otro lado de la casa y allá que va, como si fuese el gato policía que Cocteau no llegó a conocer, a investigar qué ha ocurrido.

Desde el primer día a Remo se le ve ir por la casa muy diligente y resuelto a todas las obligaciones que él solo, tan responsable, se ha puesto, como si le fuera la vida en ello, como si temiera llegar tarde. Porque no tiene reloj (al menos hasta ahora), que, si no, seguro que lo miraba de vez en cuando.

He visto a los ejecutivos de Wall Street salir a las 9 de la mañana de la Pensilvania Station y dirigirse presurosos a su trabajo, maletín en mano. He visto a las enfervorizadas brigadas de obreros cubanos marchar sobre las bateas de los camiones, carretera de Rancho Boyeros adelante, hacia los campos de la gran zafra de caña de azúcar de Fidel Castro. He visto en Moscú salir del metro a los funcionarios del Soviet Supremo para dirigirse a sus burocráticas tareas en las oficinas del Kremlin.

Ninguno de ellos iba con la silenciosa y diligente prisa con que Remo marcha por el pasillo cuando se acuerda de pronto de que tiene que ir al cajón de arena para hacer sus importantísimos trabajos, mucho más numerosos y variados que los de Hércules. Trabajos en los que se pierde por la casa:
—¿Dónde se habrá metido Remo?
—Estará por ahí dedicado a las labores de su oficio...

Perdiéndose, es como un torero que nos dijera: «Dejadme solo...»

Solo lo dejamos aquel primer día, que era gato independiente que no gustaba de excesivos manoseos y caricias, y solo lo seguimos dejando. Solo durmió aquella primera noche en su acolchada cuna de la terraza, junto a su comedero de doble seno, no lejos del cajón de la arena.

Estaba tan delgado y era tan pequeño que a Remo le sobraba camita por todos lados.

Como le sobraban orejas.

Como le sobraba rabo.

Como le faltaba cariño.

De gato ilegal a gato con papeles

Aquella primera mañana con gato en casa, cuando iba camino de la terraza cubierta del lavadero donde habíamos dejado a Remo para ver cómo estaba después de su primera pernoctación de cinco estrellas gran lujo gatuno, recordé despertares infantiles del 6 de enero, cuando iba ver qué me habían dejado los Reyes Magos en los zapatos puestos junto al balcón.

Remo ya estaba despierto. Era lógico. Los gatos duermen de día y cazan toda la noche, hasta el amanecer. Lo había aprendido, en curso de urgencia, leyendo antes de dormirme el «Libro de los Gatitos», donde decía que estos personajes prefieren dormir de día, muchas y largas horas, para estar luego bien despiertos por la noche, en su instintiva vocación de dedicarse a la caza nocturna... de calcetines que sacan de los cajones, de hojas de plantas de interior del salón que mordisquean y de frascos de especias que tiran y rompen desde las baldas de la cocina donde estaban únicamente para que llegaran ellos.

Remo, glotón, empezando a desquitarse de la historia de privaciones callejeras de todos sus antepasados, se había comido toda la comida seca que le habíamos dejado puesta. Isabel me dijo:
- Sale a ti. ¿Mira que si a este gato también le gusta como a ti levantarse por la noche para ir a la cocina a buscar chocolate, dulces o lo que encuentre? No estoy dispuesta a gastarme en el gato las mismas fortunas que te cobra luego tu dentista por comer tantos dulces...

No, no sale a mí en los dulces.

Remo no va a tener el menor problema de diabetes en su vejez, porque no es chuchón y además las golosinas que le encantan, sus caramelos preferidos, son de queso o de pescado. Ya aquella mañana descubrimos que a Remo no le gustan en absoluto los dulces, cuando le dimos un trozo de bizcocho del desayuno y lo despreció olímpicamente, después de olisquearlo. Eso sí, curiosidad sí tiene por todo lo que vea que estamos tomando o vamos a tomar. Desde aquel primer día de su estancia como huésped ilustre al que hemos entregado las llaves de oro de la casa, no hay plato en la mesa, taza de té o cerveza en el salón o bombón de chocolate en la salita de estar que no se acerque a olisquear en cuanto lo ve. Tras su primera interesadísima y después displicente inspección olfativa, comprobamos entonces que el más apetecible trozo de jamón o el más refinado bombón suizo no merecen los honores de sus dientecillos desgarradores. En tales casos se va, se mete en mi escritorio y busca sobre la mesa alguna perdida gomilla de guardar disquetes de ordenador. Las gomillas le encantan. Las devora. Son como su caviar. Una exquisitez.

Y como Remo se había comido todo su pienso seco, le llenamos de croquetitas su rojo cuenco, para disponernos más nosotros que él a su primera visita al veterinario.

No nos costó ningún trabajo, ¡oh, sorpresa!, meterlo en su transportín. Me acordé de unas palabras de los titiriteros ambulantes, al modo del «más difícil todavía» circense, que solía decir mi madre para expresar su alegría cuando había conseguido algo que inicialmente presentaba dificultad y había logrado completar con maña más que con fuerza: «¡Ya está el gato en la talega y la cabra en el último palo!»

Ya estaba el gato en la talega de su maravilloso transportín así como de Viajero Frecuente, de gato con Tarjeta Platino, de gato de Sala VLP, de gato de Gran Clase o por lo menos de gato de Business Class.

Lo bajamos en el ascensor y no protestó, como tampoco exteriorizó la menor muestra de desagrado ni inquietud dentro del coche cuando lo subimos a él, por descontado que en el asiento trasero, que es donde deben viajar los niños-gatos según las normas de tráfico de los vehículos de transporte felino. Isabel como siempre se puso a conducir y yo, detrás, iba al cuidado de la jaula y de Remo.

Tan tranquilo y aparentemente contento iba en la breve prisión de su transportín que, dándome pena, le abrí la rejilla, lo saqué y lo tomé entre mis manos, poniéndolo a mirar por la ventanilla. Nos detuvimos ante un semáforo junto a una arboleda donde piaban los pájaros. Al oírlo, Remo se irguió y se puso a mirarlos con ojos golositos.

Sus genes no le traicionaban en absoluto. Aunque había sentado cómoda plaza de mimado gato de piso, sus ancestros callejeros le mantenían los genes de cazador del bosque y de la noche perfectamente en su sitio.

Mas volví pronto a meterlo en su jaula, no fuera que empezase a hacer de las suyas, a cumplir con sus obligaciones. Por ejemplo, a abalanzarse contra la cabeza de la conductora para jugar con la horquilla de carey de su pelo.

Así llegamos hasta la clínica del veterinario, transportín en mano.

Igual que Roma resultó ser Remo, el veterinario resultó ser una veterinaria: Eva. Nada más entrar en aquel divertido ambulatorio gatuno con las paredes decoradas con cartelones de aparatos digestivos gatunos y de tablas de crecimiento gatuno, aparte de enormes retratos de guapísimas y coquetísimas Gatas Miss Mundo y de macizos y atléticos Gatos Míster Universo, advertimos que a Eva le encantaban los gatos tanto como a nosotros, pero con conocimiento de causa y con su título de licenciada en Veterinaria colgado en la pared de su despacho como de pediatra de Remo.

Le contamos la historia del gato abandonado y recogido y nuestro deseo de que le diera todas las atenciones, todas las vacunas, todas las medicinas que necesitara. Tomó Eva a Remo entre sus brazos como a un niño lactante. Lo manejaba con mucha mayor destreza que nosotros. Y empezó a decirle los mismos arrumacos que los pediatras a sus pequeños pacientes:
- ¿Qué te pasa a ti, tan chico y tan delgadito? ¿Te han abandonado a ti en la calle o es que te han quitado de tu mamá y te has perdido? Ven aquí, que te vamos a ver...

Remo, evidentemente, la comprendía. Sobre la aséptica mesa gatuna de operaciones donde lo había puesto en la parte de clínica del gatesco ambulatorio, Remo miraba atentísimo a la veterinaria, sin rechistar, sin pestañear, dejándose hacer cuando le abría la boca para mirarle los clientes; cuando le apretaba las zarpas para extenderle y examinarle las uñas; cuando le levantaba la cola para mostrarnos por dónde tenían en su momento que bajar esos testículos que echamos de menos cuando nos creímos que era Roma y hembra. Tomó Eva una lupa y le miró las interioridades peludillas y blanquecinas, como de cueva del Pleistoceno hasta con pinturas rupestres, de aquellas enormes orejitas.
—Tranquilo, Remo, que no te voy a hacer nada, te vamos a desparasitar.

Le tomó una muestra de no sé qué parte del cuerpecillo hético en cuyo lomo se le señalaba el costillar, la puso en un portaobjetos, la miró por el microscopio y, resuelta, le dio una pastilla. Luego supe que dar una pastilla a un gato es hazaña más trabajosa y requiere esfuerzos más ímprobos que conquistar el Everest, rescatar los restos del «Titanic» o ganar el Nobel de Física. Pero Eva lo hizo con tal resolución que Remo se tragó aquella pastilla sin decir este maullido es mío. Continuaba paralizado sobre el aluminio aséptico y frío de la mesa de operaciones, consintiendo que, aunque gato, Eva le hiciera cuantas perrerías tuviese por conveniente. Como fue pincharle luego las dosis de las vacunas, cuyas inyecciones recibió como un caballero, apenas con maullidito que casi no le salía del cuerpo. Por lo que al final se comió, goloso, el primer caramelito de premio que recibió en su vida:
- ¡Toma, que te lo has merecido, Remo!

Le preguntamos qué era aquello. Nos explicó lo de los caramelos gatunos:
- A estos caballeretes les encantan, y como se acostumbren a que se les den cuando hacen algo bien, se consigue enseñarles muchas cosas. Ah, antes de que se me olvide: la comida. De comida, no conviene que le den ustedes mucha de lata, porque les hace trabajar demasiado su hígado y además se ponen muy gordos, los gatos tienden a la obesidad.

Lo volvió a meter en su transportín con habilidad admirable y pasamos a la mesa de su despacho, donde tecleó ante la pantalla del ordenador los datos de la historia clínica del personajazo. Aprendimos en un momento muchísimo. Por el proceso de su dentición, de sus dientecillos de leche, Remo apenas tendría dos meses. Era de raza europea común, con pelaje atigrado del que llaman romano. No tenía la menor enfermedad, más que un cierto grado de desnutrición y menor peso del que le correspondía a sus días de vida. Eva lo había desparasitado y vacunado. Nos indicó un plan de comidas, nos dijo que le buscáramos un rascador para que no nos estropease los muebles de la casa; que le cortáramos las uñas de vez en cuando; que, si se dejaba, lo bañáramos. Que pusiéramos el cajón de arena lejos de la comida, porque Remo era muy limpio y muy delicado como buen gato. Nos hizo un didáctico resumen verbal del «Libro de los Gatitos».

Eva estaba decididamente de parte de Remo. Los gatos tienen esa suerte. Aún no se tiene noticia de un solo veterinario que haya quitado a un solo gato del tabaco, del café, del azúcar y del alcohol, y miren en cambio los médicos con los hombres. Aún no se tiene noticia de un solo veterinario que le haya reprendido al gato porque hace una vida excesivamente sedentaria, ni le ha indicado que le conviene andar por lo menos una hora todos los días y otra media hora por lo menos de ejercicio en la bicicleta estática. En el peor de los casos, los veterinarios suprimen a los gatos sus delicias de gurmés de las latas de comida para condenarlos al control de calorías de la comida seca, tan espantosa como todas las dietas de adelgazamiento.

Y al callejero gato sin papeles, hijo de padres desconocidos, gato cunero y expósito, gato como inmigrante ilegal, gato latino que llegó a casa en su condición de espalda mojada, el Servicio de Inmigración y Naturalización de Eva lo documentó perfectamente y al instante.

Mucho antes de aparecer en este libro, el nombre de Remo ya estaba en los papeles.

En sus papeles legales.

Eva le extendió un documento oficial con el formato de pasaporte. Era, en efecto, su pasaporte gatuno, pero también su tarjeta de la Seguridad Social, su carné de conducir, su tarjeta Visa Oro, su partida de nacimiento, su fe de soltería, su certificado de antecedentes penales, toda la burocracia de carnés y papeles que nos gastamos los humanos, en una sola y cómoda pieza.

Su Carné de Gato.

Remo era ya un gato con carné. De un plumazo de Eva sobre las hojas de aquel cuadernillo oficial, con el escudo de la nación, Remo era un gato oficial del Reino de España. Así rezan sus papeles oficiales, que tienen el número 0353086: «Reino de España. Cartilla Sanitaria para Perros y Gatos. Especie: Felina. Nombre: Remo. Raza: Gato común europeo. Capa: Atigrado. Sexo: Macho. Pelo: Corto.»

Allí están, Remo, como tú sabes mejor que nadie, selladas y firmadas por Eva, todas tus vacunaciones y desparasitaciones, y las señas y código postal de la casa de la que te has adueñado. Ese cuadernito oficial del Reino de España es el pasaporte que deberás enseñar en la frontera de los gatos viajeros para que te dejen salir del país cuando te hayas hecho rico con este libro y decidas darte la gran vida corriendo mundo.

También pone allí en tu pasaporte, Remo, tu fecha de nacimiento. Mejor dicho: la fecha aproximada que calculó Eva como la de tu nacimiento, según el crecimiento de tus dientes.

Comprenderás, Remo, que intencionadamente no ponga aquí esa fecha.

Alguna vez me lo agradecerás.

De esta forma, el día de mañana, cuando hayas salido ya en muchos otros libros y papeles y seas un venerable, patriarcal y famoso gato sénior e ilustre, un señor mayor, a quien los gatos más jóvenes

que empiezan en el oficio quizá hasta llamen respetuosamente Maestro, podrás permitirte la suprema coquetería masculina de quitarte años.

Un mujeriego machista

Conoció Remo a su mejor amiga: Laura. Se hizo desde el primer día su íntimo amigo. Laura es la señora que por las mañanas trabaja en los cuidados de la casa, entre los que puso desde aquel día como los más principales y urgentes las atenciones a Remo. Laura ama a los animales. Laura tiene en su casa un viejo perro. Quizá por la vejez de su perro, que ya no siente curiosidad por nada, quedó prendada por la infinita e inocente novedad del pequeño Remo.

Laura fue para Remo como la madre que le habían quitado. O como su secreto amor. Remo es un mujeriego. A Remo, qué le va a hacer el pobre, le gustan desde pequeños las señoras. Le alabo el gusto. Las señoras tienen mejor olor, mejor tacto que los hombres. Su voz es más dulce, más aguda, y por eso su prodigioso oído, radar mucho más poderoso que el más sofisticado de la NASA, se orienta mucho mejor con el timbre de la voz de las señoras.

Lo he observado. Viene a casa un matrimonio de amigos, y el señor le trae completamente sin cuidado a Remo. Bien es verdad que llevo también observado que los hombres les echamos bastante menos cuenta a los gatos que las señoras cuando vamos a casa de esos amigos tan extraños que tienen un gato.

Cuando llegan son las señoras, nunca los hombres, las que se fijan en el gato, que, curiosón impertinente, sale a recibirlas:
—¡Ay, qué gatito más pequeño y más gracioso tenéis!

Tan interesadas se muestran contigo, Remo, que les tenemos que contar la historia de tu llegada, porque se creen, fíjate, que te hemos comprado en una pajarería o en cualquier mercado de esclavos gatunos y perrunos, a ti, precisamente a ti, que eras libre rey de la selva del jardín cuando te dignaste subir a casa.

Tú, Remo, estarás harto de oír a Isabel cómo le narra tu historia a sus amigas. Ten en cuenta en su descargo que algunas de ellas son de noble cuna, y siempre muy preocupadas por los árboles genealógicos, y el árbol de tu genealogía es tan ilustre como el naranjo del jardín en que apareciste, ese árbol que cada primavera trasmina la casa con el olor de sus flores blancas. Descuida, Remo, que de aquí en adelante no tendrás que seguir oyendo cómo Isabel relata tu origen a las amigas. Si le das el «nihil obstat» y el «imprimatur» a estas páginas, cosa que espero y te suplico, lo que haremos si te parece cuando se acerquen a acariciarte y a hacerte carantoñas las amigas de Isabel que vienen a verte será entregarles un ejemplar de este libro, para que sepan con qué gato se están jugando los cuartos. Espero que se lo quieras firmar con tu garrita derecha cuando te pidan que se lo dediques como gato autor de bestsellers.

Se lo dedicarás muy especialmente, por ejemplo, a Encarnación, la íntima amiga de Isabel, la que estudió Enfermería con ella, un encanto de señora. Le pondrás una dedicatoria que no querrás que veamos los demás, porque sé, Remo, que estás locamente enamorado de esta señora, ¡como se entere su marido, la que te va a dar, gato ligón y sinvergüenza! Parece que hueles a Encarnación cuando llega a casa a charlar con Isabel y a merendar con ella. Claro, la tienes marcada como tuya, igual que la esquina de la alfombra del salón que señalaste con tus garras desde tus primeros días. Son las prodigiosas y mágicas glándulas que tienes en las garras, en tu quijada, con las que dejas la huella indeleble de tu toma de posesión. Esas glándulas son como la bandera de las barras y estrellas que colocas para decir al mundo que has conquistado el Iwo Jima de las piernas de una señora, de la comida de lata que dejaste en tu bebedero para comértela más tarde, porque estás desganado o harto, del sillón Luis XV del salón que tomaste iba a decir como tu trono regio, pero luego explicaré que debe de ser más bien tu sillón presidencial de la República Gatuna de esta casa, territorio libre de perros y de ratones. Con esas señas que dejas, de tus misteriosos olores, te aseguras la propiedad de cuanto te place del mundo. Si llegan otros gatos que deseen como suyo lo que tuyo ya es, olerán esas marcas que dejaste y desistirán de posesionarse de tus propiedades.

El gato demuestra su cariño o sus inmensas ganas de posesión haciendo presión sobre el ser amado con su cabeza o con un lado de su cara, con el maxilar. Luego frota todo su costado y finalmente enreda su cola alrededor de lo que está haciendo suyo. Si se agacha uno para acariciarlo, aumenta su frotamiento, y a veces hasta te lame la mano, haciéndote ver que te considera completamente gato, completamente suyo. Tras lo cual, muy displicente, terminado su versallesco ritual de saludo completo, se sienta y se lava el pelo de su costado. Dice Desmond Morris que todos estos frotamientos que se traen tienen significados especiales. El gato practica la elegancia del intercambio social de olores contigo. Esas glándulas odoríferas de sus sienes, sus mandíbulas o de la base de su cola te están poniendo el indeleble sello de su olor. Sin que te des cuenta, el gato te marca como suyo, te impregna de un olor que sólo él percibe. Cuando se lame el pelo tras saludarte tan cariñoso y restregón, está anotando en su memoria de olores tus señas de identidad olorosa.

Creemos que les ponemos a los gatos chips de identificación, pero es justamente al contrario. La veterinaria, Remo, te puso ese chip, bajo la piel peluda de tu cuellecito, para cuando tienes que viajar, en tu condición de gato VIP con tarjeta platino de usuario frecuente de las líneas aéreas. Antes, mucho antes, tú nos habías puesto tu chip, el de tu olor. A nosotros, a los invitados que te caen simpáticos, a los territorios que te son más gratos en la casa. Con el frote de esas glándulas prodigiosas es como si le fueras poniendo tu marca registrada, tu copyright, a tu territorio y tus personas queridas. Como si colocaras la placa de bronce de tu empresa a la entrada de tus cosas: «Propiedad de Remo Limited.»

Encarnación, cuando llega, te coge en sus brazos, te acaricia, te mima. Y te dejas acariciar y traer y llevar, porque la sabes tu defensora ante su amiga Isabel, cuando hasta te da besos y hace el elogio de tu olor, que no sé si te gustará:
- Lo que más me gusta de este gato es lo limpio que es y lo bien que huele. Es un gato que no huele a gato asqueroso.

Claro, con esos madrigales de urgencia que te dedica, ¿no vas a estar enamorado de Encarnación? Así le pasas el lomo con ese erotismo gatuno por sus piernas... que por cierto las tiene preciosas, ¡anda que no tienes buen gusto ni nada para las señoras, Remo Donjuán, gato Tenorio! Encarnación, cada vez que viene a casa, es tu Inés, a la que le haces la escena gatuna del sofá. Viéndote junto a Encarnación e Isabel, enfermeras de profesión las dos, sé que estás en realidad rindiendo un homenaje a Florence Nightingale, la fundadora de la enfermería moderna, que estuvo en la guerra de Crimea acompañada por sus gatos, cuyos nombres eran como un libro de Historia: Bismarck, Gladstone, Disraeli y Hourí, una gata de angora que le regaló agradecido un soldado turco al que curó y salvó de la muerte. Tú eres, Remo, el soldado turco al que Isabel salvó de la muerte y al que Encarnación da más vida todavía, porque las dos son una Florence Nightingale para ti solo.

Leyendas aparte, lo que te pasa, Remo, es que hay que explicar a quienes no conocen a tu especie que tu prodigioso oído está más hecho para las mujeres que para los hombres. Te gusta que las mujeres te halaguen el oído. Oyes mejor a las mujeres por el tono más agudo de su voz. Lo comprobamos contigo a cada instante. Te perdías, pequeñísimo o más mayor por la casa, y no oías mi voz llamándote:
- ¡Remo, Remo!

Hasta tuve que inventarme el ardid del cascabel. El cascabel de un collar que intentamos ponerte con estos fines, pero que tú, indómito gato, te quitabas en cuanto te lo colocábamos, sacando tus orejas por debajo de su correa. Comprendí entonces el valor de la vieja fábula de los ratones que querían poner el cascabel al gato. No sólo es difícil para los ratones, sino para los humanos. El gato, cumpliendo con su obligación, se quita inmediatamente el cascabel. ¡Cualquiera le pone el cascabel al gato!

Agitaba entonces el cascabel de la reliquia de lo que pudo haber sido tu collar y acudías, saliendo con una cara de sueño espantosa de algún ignoto y remoto rincón de la casa.
Acudías al cascabel por el tono de su sonido, como acudías presuroso en cuanto la voz más aguda y agradable de Isabel te decía:
- ¿Hay por aquí un gatito lindo?

Conmigo no apareces ni aunque te llame gatito lindo o gatito precioso, sino incluso emperador de Roma o faraón de Egipto, como no sea con el reclamo del cascabel. A la voz de Isabel, aunque esté preocupada por otras cosas y no te dedique el menor piropo, es que no fallas: allá que estás como un solo gato. Como un solo hombre. Cuando te pierdes por algún armario, sofá, estante de biblioteca, rincón de butaca o almohada de la casa, te busco y nunca te encuentro, escondido y ausente. Pero apareces al momento cuando Isabel, con su aguda voz cariñosa de mujer, te dice:
- ¡Adiós, Remito, adiós, que yo ya me voy!

Si, además, hace sonar el manojo de llaves de la casa y se acerca a la puerta, es que no falla: allá que apareces, con cara de recién despertado, desperezándote con tu arqueado lomo, hincando tus garras para el estiramiento gimnástico en cuanto encuentras para poder clavar tus uñas, o con los ojos muy abiertos, como al niño que acaban de descubrir haciendo una travesura.

El timbre agudo de la voz de las señoras te encanta. Y veo con agrado que te gustan las mismas señoras fantásticas del cine que a mí. Cuando estamos viendo una película por el satélite, afortunadamente sin anuncios de comidas para perros, estás quizá dormitando, como Hornero, en tu sillón, pero sin equivocarte de oficio, y al instante sabes las señoras importantes del cine a las que tienes que prestar atención. Estábamos viendo «La Dama de Shanghai» y cuando hablaba Orson Welles no le prestabas la menor atención. Pero cuando en el impresionante final de la secuencia de los disparos sobre los espejos se oyó el grito de Rita Hayworth, despertaste y te pusiste a admirarla en la pantalla.

Tienes buen gusto para las señoras, Remo, tanto como mi maestro Manuel Halcón, y eso que a él le gustaban los perros, horror, el Corito que mandó al campo para que no oyera el disparo con el que se suicidó:
- Que el Corito se vaya al campo a vivir su vida, que yo tengo que vivir la mía...

Te encanta Rita Hayworth y, como a mí, quedas impresionado con el fachón de Katharine Hepburn. Lo mismo que en «La Dama de Shanghai» te ocurrió con «La Reina de África». Hablaba y hablaba Humphrey Bogart a bordo de la barca, por los rápidos del río, y no le dabas la menor importancia. Pero te levantabas y orientabas tus orejillas hacia Katharine Hepburn cada vez que hablaba o gritaba en la aventura la estupenda señora.

Temo, Remo, que no estaremos de acuerdo el día que veamos «Niágara». Sé que vas a saltar como un donjuán la tapia de un convento cuando oigas la espantosa voz chillona de Marilyn Monroe. Te tiene que encantar la voz chillona de Marilyn Monroe. Y hasta ahí podíamos llegar, Remo...

En justa correspondencia a lo que a los gatos os gustan las señoras, ellas también os prefieren sobre los hombres. Los caballeros las prefieren rubias, pero las rubias, y las morenas, y las pelirrojas, los prefieren gatos, según anónimo papel de sociología gatuna que lo explica. Por diversas y profundas razones. Las señoras saben que al gato les da igual que no se depilen las piernas, que se acarician con ellas de todas formas. Muchas señoras piensan que ojalá todos los maridos fuesen gatos: no acostumbran leer la prensa deportiva en la mesa; no meten baza cuando están hablando; unas cuantas caricias son suficientes para satisfacerlo; no protestan si vuelven a la casa y la cama está sin hacer; no pasan el dedo para ver si hay polvo sobre los muebles; no critican a sus amigas y están encantados con todas ellas; no tienen nunca que preguntarse si su gato las estará engañando; no critican su forma de conducir, ni su for-toa de derrochar el dinero hasta que la tarjeta de crédito echa humo de tanto pasarla por las cajas... Y, además, no salpican alrededor del retrete, sino que todo lo hacen precisamente ¡dentro! de su cajón de arena.

Y como buen mujeriego que eres, Remo, te gustará que se digan estas cosas de ti, que vas de macho con las señoras. Me perdonarás, pues, si cuento aquí a estos señores que están leyendo tu libro las buenas relaciones que hiciste con Laura, tu pareja de hecho de las mañanas, mientras ella va trabajando en las labores de la casa y tú la vas siguiendo cuarto por cuarto, como ayudándole, fijándote mucho en todo lo que hace. Porque eres un gato no sólo macho, sino encima machista, y sé que piensas que los hombres no deben hacer esas cosas, pero estoy seguro de que con tantas horas al lado de Laura ya has aprendido, Remo, a pasar la aspiradora, a arreglar las camas, a

cambiar las sábanas, a regar las macetas, a retirar el desayuno, y me imagino que incluso a poner la ropa a secar al sol de la terraza donde inicialmente te colocamos. Si te hablo de estas cosas es porque sé que te gusta que te hablen, Remo, gato dialogante, tolerante y comprensivo. Mientras estoy trabajando en el escritorio oigo por toda la casa que Laura se pasa la mañana ha-blándote, como una persona responsable que eres. Observo que te gusta que te hablen, que te traten como a una persona y no como a un gato callejero. Lo sé porque estabas mirándola atentísimamente, metido dentro del cesto de la ropa limpia y recién lavada como te encanta, asomando tu cabeza entre camisas y manteles, cuando la otra mañana estaba Laura planchando. Tú no le quitabas ojo de encima y Laura, tan convencida como resuelta, te estaba diciendo:
- Fíjate bien cómo plancho para que aprendas, por si a ti te hace falta planchar el día de mañana...

Laura se encarga cada mañana, antes que de ningún otro asunto de la casa, de las necesidades de Remo. Nada más llegar y dejarnos los periódicos del día sobre la mesa del desayuno se dispone a limpiar el cajón de arena de Remo, a llenar de agua su bebedero, a ponerle más comida seca si la devoró toda, como suele, a lo largo de la noche. Le da cariñosas y maternales órdenes de trabajo al gato:
- Venga, Remo, que vamos a hacer las camas...

Y allá que va Remo, diligentísimo, con esta especie de madre adoptiva que le salió desde el primer día, que lo cogía entre sus brazos, lo acunaba y al gato parecía que se lo estaban diciendo, de lo coscón que se quedaba:
- ¿Quién es lo más bonito y lo más chico de esta casa?

«Remo», parecía que le contestaba aquel gatito romano que no levantaba ni una cuarta del suelo, y que en pocos días vimos que iba el pobre entrando en carnes. Cada vez se le señalaban menos las costillas.

En lo de hacer las camas, Remo sigue cumpliendo perfectamente con sus obligaciones gatunas en su ayuda a las tareas de la casa. Cuando Laura coloca la sábana bajera, Remo salta inmediatamente sobre la cama y no hay forma de lograr que se quite de allí. En el mejor de los casos, se sube sobre la mesilla de noche, y en el exacto momento en que Laura extiende la sábana encimera, el gato se mete debajo de ella muy quieto. Y sigue creyendo Remo que Laura no se da cuenta de que hay un gato dentro de la cama cuando por fin pone las mantas y la colcha. El entonces ya está en su otra actividad favorita: meterse bajo las almohadas y dejar las huellas de sus patas sobre la hasta entonces lisa superficie de la cama recién hecha.

Remo aprendió muchas cosas con Laura, pero muchas más Laura con Remo. Gracias al gato, Laura aprendió pronto una nueva dimensión de los instrumentos de limpieza, en la que nunca habíamos pensado. La escoba, por ejemplo, no está hecha para barrer la casa: la escoba está hecha para que el gato se suba encima, jugando con ella. La fregona tampoco está hecha para limpiar los suelos de la casa; la fregona sirve, en realidad, para que Remo se suba sobre sus vendos de algodón y juguetee trepando sobre ellos hasta el momento justo en que va a mojarlos en el cubo, instante en que sale corriendo para demostrar que permite magnánimamente usos alternativos para la fregona.

Laura fue la primera que le puso diminutivos al histórico y legendario nombre de Remo, llenos de ternura. Ahora ya es un gato mayor y no le gustan los apodos, pero Laura pronto empezó a llamar Remito a Remo:
- Remito, ven, no seas malo...

Y muchos otros cariñosos nombres, todo el tronco de derivados del suyo, que se los decía como cantinela y aún se los llama:
- Ven, minino, Remo, Remolino...

Y otras veces, cuando Remo está jugando con el papel de cocina como el perrito del anuncio de los rollos para el cuarto de baño:
- ¡Remoquete malo, no te comas eso! ¿Tú no ves que me hace falta para trabajar?

Y siempre su arrumaco preferido, cuando con su carita de gato inteligente la está viendo trabajar o la toca con la manita para llamar su atención:
- ¿Quién es el gato más pequeño de esta casa?

Cuando la mira con su cabecita ladeada y sus ojos picarones, dejándose querer, Laura le dice todavía, aunque es ya gato adulto, aquella como canción sin música, juego de palabras con sus diminutivos y aumentativos, que en su predilección amorosa le inventó cuando todavía era un gatito baby y huérfano de toda orfandad: Aunque seas Remolino, Remolino o Remoquete, Remojado o Removido, Remolón o Remolacha, tú sigues siendo, Remito, el más chiquetito de la casa...

Hasta que Laura no termina su trabajo y se va de casa a primera hora de la tarde, no sin que Remo vaya a despedirla, remoloneando con sus remoquetes, hasta la puerta del ascensor, el gato no pertenece ciertamente a nosotros. Y tan señorial y episcopal es en su jurisdicción mitrada, que le digo a Laura:
- Aparte de Remolino y Remoquete cuando está echando la mañana con usted, a partir de la tarde este gato pasa a ser Don Remondo, Laura...

Remo es tan episcopal como Don Remondo de Losaña, el obispo de Segovia que conquistó Sevilla con San Fernando III de Castilla y León y que fue su primer arzobispo. Es mi Don Remondo bastante arzobispal cuando está sentado en la sede del mejor sillón de la casa:
—Mira a Remo haciendo de Don Remondo, lo orondo que está Don Remondo...

Y también le hago su cancioncilla:
Remo orondo y sabiondo, Don Remondo de Losaña, gatito carirredondo, ¿qué gato es el más orondo que pasea por España?

Desde sus primeros días de señor de la casa observé que mientras Laura estuviera en su faena no se dignaba entrar en mi escritorio, a subirse aquí en la mesa y a estar calentito bajo el calor de la luz que, acodada en su flexo, da sobre el teclado y la pantalla del ordenador. Sólo si a Remo le aburre como el discurso de un político la tarea que esté haciendo Laura se digna venir a ver cómo trabajo. Le encanta ver cómo otros trabajan. Remo, como callejero de estirpe y cuna, es como esos viandantes que cuando hay una obra se paran a ver cómo trabajan los albañiles, y pueden pasarse allí las horas muertas observándolos. Con la diferencia de que el trabajo de Remo es ver trabajar. Cómo será su afición, que la vez primera que teniéndolo a su lado puso en marcha Laura la aspiradora, salió huyendo como una exhalación. Pero comprendió que el ruido de la aspiradora entraba dentro de sus laborales observaciones del trabajo ajeno. Y como es gato que sabe que tiene que cumplir la maldición bíblica gatuna de ganarse la comida seca observando el sudor de los demás, pronto se acostumbró a algo para él tan molesto e incomprensible al principio como el ruido del motor de la aspiradora.

Era pequeñísimo, aún estaba ensayando boxeos con sus manitas para dominar sus garras y saltos hasta la imposible altura alpina de una silla para robustecer sus patas, cuando ya se acostumbró, sin que huyese, al ruido de la aspiradora. Como en todos sus importantes descubrimientos, Laura interrumpió mi trabajo cuando vino al escritorio, orgullosa de su magisterio sobre el pupilo, para comunicarme la importante noticia:
—Venga usted, que es digno de ver... ¡Remo ya no se asusta ni sale corriendo cuando pongo en marcha la aspiradora!

Le dije a Laura que el gato estaba, en verdad, aprendiendo a pasar la aspiradora. Estoy seguro que ya sabe. Lo único que ocurre es lo que he dicho: que es tan mujeriego como machista, y cree que esos trabajos están reservados a la condición femenina, que un hombre que se tenga por tal no puede descender a ellos.

Con airbag y paracaídas

Los otros aprendizajes, los gatunos propiamente dichos, los cursó Remo con aprovechamiento y rapidez. El «Libro de los Gatitos» nos explicaba cómo era su comportamiento, el entorno que desean, cómo muerden, por qué arañan, qué quieren decir con su cuerpo cuando arquean el lomo o se les mueve el rabo que no mueven ellos, sino que se mueve solo y por su cuenta. Todo eso lo sabía Remo de cuna. Nosotros, nosotros éramos los que no lo sabíamos. Más que aprender nada, porque él traía en sus genes conocimientos de Enciclopedia Británica y de Larousse con todos sus apéndices, los que en realidad tuvimos que aprender éramos nosotros. Nosotros éramos los novatos. Nosotros éramos los que apenas teníamos unos días de vida gatuna. El, por viejo, se las sabía todas. Nos estaba dando a cada instante la lección de que se las sabía todas.

No en balde era Mil Rayas y había vivido ya nada menos que siete vidas.

Lo primero que nos enseñó Remo fue que un perro no tiene absolutamente nada que ver con un gato.

Empezando por donde termina: por el rabo.

Nos lo enseñó Eva, cuando lo estaba examinando como en Oficina de Inmigración y Remo empezó a mover el rabo como si fuese un perro. Acordándome de cuando el objetor perro Curro estaba contento con las chuletas que le daba, torpe de mí, dije:
- ¡Qué contento se ha puesto!
- ¡No! - me cortó, tajante, Eva- . En los gatos es todo lo contrario que en los perros. Cuando un gato mueve el rabo es porque está el pobre muy enfadadito, y tengan cuidado, porque si pueden, les muerde y les araña.

Me enseñó Remo que el rabo es la única parte de su perfecta anatomía que no controla. Si misteriosos son los ojos de los gatos, siempre abiertos como una luna llena o como un sol que se pone en la línea de horizonte del mar, el rabo es inquietante.

En la ortografía de la Naturaleza, el gato termina en un signo de admiración.

Cuidado con ese signo de admiración. Es parecido al peligroso y preocupante signo de admiración que traen los programas del ordenador y que te aparecen de pronto en pantalla cuando aquello se va a colgar en el mejor de los casos, y en el peor se te va a borrar el disco duro.

Al comienzo de mi sumisión a la compañía de Remo no lo comprendía, pero ahora sé que el gato no tiene incorporados los drivers del rabo en el disco duro de su cuerpo complejo y flexible. Por eso no puede hacer carrera con su rabo, como la hace, adulador, el perro. Dios, que es perfecto, creó al gato como lo tenía que hacer. Pensaría Dios en el paraíso:
- ¿Para qué le va a servir al gato dominar su rabo, si es un glorioso animal independiente y libre, y no es un servil perro esclavizado que tiene que contentar a su amo meneándolo ante él como un metrónomo del compás de su interesada adulación?

El gato no tiene que ocultar sus sentimientos, como advirtió Hemingway. Tanto le gustaban a Hemingway los gatos, que en su finca cubana de La Vigía llegó a tener más de cincuenta, a los que les dedicó una habitación de la planta superior. Hemingway bautizaba a sus gatos con nombres que tuvieran el sonido S, Boise, Missouri, Lasco o Ambrossy, porque decía que esa sibilante los atraía especialmente. Y llegó a decir de ellos: «Los gatos tienen una absoluta honestidad emocional; los seres humanos, por una razón u otra, pueden ocultar sus sentimientos, pero el gato, no.» El rabo del gato no engaña a nadie. El rabo del perro está engañando continua e interesadamente a su amo.

Me acuerdo de la adivinanza infantil del colegio, que se cumplía con Mil Rayas:
- ¿Sabes por qué los gatos, cuando se les acaricia el lomo, levantan el rabo? Para decir que allí se termina el gato.

O para decir que allí empiezan sus prodigios. Comenzamos a conocer y a comprender al pequeño Remo con la tarjeta de presentación de aquel inmenso y larguísimo rabo, tan desnutrido y desvalido como todo su cuerpo escuchimizado, necesitado aún de muchas bolsas de comida seca para gatos baby.

Supimos luego que hay todo un lenguaje del rabo del gato. Por la de cosas que podía expresar con su rabo, comprendimos que Remo tenía un telégrafo de banderas. Y nos aprendimos su secreto código Morse. Si el rabo está curvado ligeramente hacia abajo, el gato está relajado y cómodo. Si ligeramente elevado y suavemente curvado, está empezando a interesarse en algo. Si erecto, pero con la puntita doblada hacia adelante o hacia atrás, el gato está muy interesado y amistoso. Si totalmente erecta y la puntita vertical, el gato está ofreciendo un saludo amistoso y alegre. Si moviéndose vigorosamente de lado a lado, el gato está bastante mosqueado. Si erecto y totalmente esponjado, un rabo bien gordo, inmensamente gordo, el gato está mostrando agresividad hacia otro gato o ser no deseado (incluido hombre al que no le gustan los gatos) que se ha introducido en su sagrado territorio. Si está hacia abajo y esponjado, el gato tiene miedo. Si elevado y esponjado, está felizmente persiguiendo algo que le gusta. Si totalmente hacia abajo, tal vez entre las patas, está mostrando su derrota o siendo sumiso.

Cosa bastante rara e insólita: ¿un gato sumiso? No lo creo, aunque lo diga el código Morse de la cola del gato.

El gato no puede controlar su rabo del mismo modo que usted sabe dónde está, pero no cómo se acciona, el airbag de su coche, ni puede controlarlo. El airbag sabe lo que tiene que hacer sin que usted se lo ordene. El rabo del gato, lo mismo. En realidad, el rabo es el airbag del gato. Dios creó a los gatos como los buenos automóviles: con airbag incorporado. Cuando en la Edad Media se les asociaba con la brujería, los gatos eran quemados vivos en las plazas de las ciudades europeas, como en un trailer de la película de miedo de la Inquisición, por brujos, librepensadores y filósofos peligrosos. O eran arrojados desde las torres de las iglesias. Los gatos lograban siempre caer de pie y escapar, lo cual les venía aún peor, porque quienes los lanzaban al vacío se convencían aún más de que eran brujos, en la repetición de la idea egipcia de las siete vidas del gato o en la mía, que no soy nada egipcio, de las siete vidas de Mil Rayas. Los gatos se salvaban de las persecuciones gracias a la Lista de Schindler de su propio cuerpo, en el que la cola es fundamental para su legendario equilibrio, como una pértiga en manos de un funámbulo o una sombrilla sobre la silueta de una equilibrista. Gracias al airbag con que Dios los creó, cuando los gatos sienten que su cabeza no está derecha, se enderezan sin pensarlo. Por eso nunca se lastiman cuando caen desde una altura, aunque no sea la de la torre de las persecuciones, sino la de la mesa de la cocina, cuando Remo cree que la superficie del periódico que se ha quedado fuera de su borde es tan dura como toda la tabla:
—¡Qué gatazo se ha pegado el pobre, que se creía que el papel de ese periódico radical era tan duro y rígido como su contenido!

Cuando cae, el gato aterriza sobre sus pies sea cual fuere su posición. Siempre tiene dispuestas puertas y rampas y extendido el tren de aterrizaje para tomar pista, que va el artista. La flexibilidad de su columna vertebral, una maravilla de versatilidad, le permite girar en el aire mientras va cayendo, relajando los músculos y haciendo mínimo el impacto de la caída. Ni el más experto paracaidista aliado del desembarco en Normandía tomó tierra en Francia con la seguridad, la suavidad y la destreza con que Remo llega al suelo cuando se ha caído de la mesa donde estoy leyendo los periódicos durante el desayuno. En la hoja de servicios de su instinto y en los siglos de experiencia de los genes de todos sus antepasados, Remo tiene anotados muchos más saltos en paracaídas que la más veterana división aerotransportada del Ejército de Estados Unidos.
Cuando se acaba de despertar de sus larguísimas y frecuentes siestas, junta las cuatro patas y arquea el lomo, y compruebo que Remo está mostrándome orgullosamente su para-caídas.

Y Dios creó al gato

Aprendiendo, si hay que aprender sobre gatos, por si Remo me examinaba, que me examinaba y me sigue examinando todos los días con sus inmensos ojos, y además como los catedráticos más estrictos, sin decir palabra mientras me escucha muy atentamente... Aprendiendo sobre Remo comprendí pronto por qué este gato es tan mujeriego y además a las mujeres les gustan tanto los gatos.

Hay quien llega a afirmar que los gatos son en realidad mujeres. Y te hacen el siguiente razonamiento:
Los gatos hacen lo que quieren.

Raramente te escuchan.

Son del todo impredecibles.

Cuando tú quieres jugar, ellos prefieren estar solos.

Cuando tú quieres estar a solas, ellos quieren jugar.

Esperan que les concedas todos sus caprichos, y, ay, de ti si no se los otorgas.

Son malhumorados y dejan pelo por todas partes.

Te vuelven loco y además te cuestan mucho dinero, que gastas gustoso.

Por todo lo cual llegan a la siguiente conclusión: los gatos son reencarnaciones de mujeres...

Mujeres u hombres, los gatos son bastante más perfectos que el más perfecto de los humanos. Ya quisiera un campeón de paracaidismo caer como cae Remo, como con amortiguadores en sus patas; ya quisiera un campeón de salto de longitud hacerlo como él lo hace, tomando impulso en un instante con sus patas traseras, como sin darle importancia.

Pregúntenme lo que quieran sobre la superioridad de los gatos frente al hombre, lo que explica más que suficientemente nuestra sumisión a estos personajes que se han quedado con nuestra casa y que si nos dejan vivir en ella es porque les caemos simpáticos.

De momento, en proporción, el gato es 15 veces más grande que el hombre.

Los gatos son los mamíferos con los ojos más grandes en proporción a su cuerpo.

Mientras los humanos tenemos 206 huesos, los gatos tienen 237 y 513 músculos. Los huesos de más los tienen muy repartidos entre la columna y la cola, lo que les da una flexibilidad que ya quisieran los que se pasan las horas en el gimnasio. Los discos que tienen entre sus vértebras son más gruesos que los humanos y se estiran, giran y contraen. Estos anillos intervertebrales le dan a su columna vertebral unas posibilidades de flexión que ni los acróbatas, ni las primeras figuras de los ballets, ni los campeones gimnásticos de barra fija han logrado tener en sus trabajadísimos cuerpos.
No hay ningún gato con lumbago, ningún gato con escoliosis. Ningún gato tiene que operarse de hernia discal, y mira que se pegan gatazos los pobres cuando han calculado mal la distancia de un salto o la solidez de la pista del mueble de la casa donde tenían slot para poder aterrizar...

Gracias a esos huesos de superioridad en el «goal average» sobre los humanos, el gato puede adoptar esas posturas que nos parecen casi imposibles, hacer un giro de rotación mientras realizan un movimiento de traslación, como si fueran unas pequeñas y peludas bolas del mundo. Para saltar o para coger ese objeto de decoración que pusimos mucho más alto en la estantería para que el gato

no lo alcanzara, pero que acaba tomando y tirando al suelo, Remo puede aumentar la longitud de su cuerpo hasta en un once por ciento. Puede recorrer cinco veces la longitud de su cuerpo de un salto, que es como si yo pudiera saltar un largo de piscina olímpica.

Ojalá.

Cuando salta, es digno de ser observado: atleta consumado, primero se concentra, muy quieto, como si le fuera la vida en ello, mirando el lugar hacia donde piensa dirigirse, las coordenadas de su misión, como un artillero que estudiara las coordenadas Lambert de un objetivo. Cuando menos se espera o antes de lo que pensamos, pero siempre cuando a él le da la real, gatuna gana, tomando impulso con las patas traseras ejecuta limpiamente un salto que es al mismo tiempo un estallido de fuerza y de suavidad. Las patas delanteras recuperan el equilibrio en una décima de segundo, y nunca cae con brusquedad, siempre como con frenos ABS en las cuatro patas, ya sea el salto de longitud o de altura, en este caso con la pértiga eficaz de su larguísimo rabo. Como su lomo es estrecho, puede colocar muy juntas sus patas delanteras, como la quilla de la proa de un barco que cortase el aire.

Y si, cosa rara, le falla el estabilizar de la cola, he leído que este armónico animal tiene un sistema exclusivo de alarma en su toma de aterrizaje: tiene un líquido en el oído interno que le chapotea en ese caso, como la burbuja del nivel de un alba-ñil, y le desencadena un reflejo autocorrector que les asegura casi siempre caer de pie. Una vez que ha aterrizado en su objetivo, hace volver el líquido maravilloso a su sitio con un divertido movimiento de cabeza. Este como giroscopio o estabilizador automático es el más perfecto y complejo de entre todos los animales.

Los gatos ven seis veces mejor que los humanos en la oscuridad, y eso que dicen que de noche todos los gatos son pardos. Sí, sí, pardos... ¡Pues anda que no distinguen bien ni nada los colores en la oscuridad! Con razón a las luces reflectantes de los bordes de las autopistas las llaman ojos de gato. La visión nocturna del gato es tan superior a la del hombre, sin necesidad de visores de rayos infrarrojos, gracias al Tapetum Lucidum, una estructura de su ojo compuesta por células capaces de funcionar como espejos, amplificando el más tenue rayo de luz. Sus ojos son como lupas para poder detectar el menor brillo nocturno de esos malditos roedores. Aunque se creía que eran incapaces de distinguir los colores, ya sabemos que pueden ver el azul, el verde y el rojo. Por eso quizá elegimos en rojo todo el ajuar de Remo y todos los gatos se enamoran en los dibujos animados de gatitas con los ojos celestes.

Los verdes ojos de Remo se concentran en la presa excluyendo todos los demás objetos de su campo visual. Ni la lechuza del logotipo de la Revista de Occidente, filosófica y or-teguiana, miraba con la fijeza con que Remo observa esa media de Isabel que quiere coger para jugar. Porque el ojo del gato, en ese momento, lo único que ve con total nitidez es lo que necesita: la ansiada presa de caza. Lo demás es una masa borrosa, como un plano general desenfocado sobre el primerísimo plano de su atención. Es como la letra pequeña que no va al examen de caza que aprueba con sobresaliente a cada instante. Porque Remo tiene en sus ojos un teleobjetivo más preciso que la mejor cámara fotográfica alemana, que los mejores prismáticos. A veces me parece ver que pone sobre ellos: Zeiss. Remo tiene un «zoom» en su mirada que le acerca a su deseo todo aquello que le llama la atención y que quiere hacer suyo.

Sus ojos aprovechan toda la energía de la luz, es como si siempre estuviesen atrasando y adelantando el reloj como nosotros con los horarios de verano y de invierno. La visión de estos caballeretes se ve mejorada por un mecanismo de reflexión: en la parte posterior del ojo tienen una capa de cristales reflectores que envían de nuevo a la retina la luz no utilizada. Hasta el último átomo de luz utilizan para que no se les escape un maldito roedor o ese pasador que estaba en la mesilla de noche, que vieron cuando nos estábamos quitando la camisa y les encantó, y que se acaban llevando a su cama como preciado trofeo de incursión de caza nocturna, cuando nosotros ya estamos en el séptimo sueño con la luz del cuarto apagada.

Los gatos tienen doscientos millones de células olfativas, mientras que el hombre sólo cinco millones. El área de su cerebro reservada al olfato es también mayor que en el hombre. Y disponen,

además, de una nariz supletoria que los hombres no tenemos, como una nariz de repuesto o de refuerzo: cuando un gatito abre la boca para oler algo está ocupando un órgano ubicado en la parte superior de su boca, en el velo palatino, debajo de la nariz, el llamado órgano de Jacobson. Ni el más experto catador de Burdeos, ni aquel bodeguero de Jerez que recibía el apelativo de La Nariz, como Frank Sinatra era La Voz o Raquel Welch era El Cuerpo, tiene el olfato que Remo. Gracias a Dios que a los gatos no les gusta el vino, porque echarían atrás cosechas y cosechas de las mejores marcas.

Su olfato es catorce veces más sensible que el del hombre. Utilizan su naricilla y su anexo palatino de nariz para comunicarse y relacionarse con el entorno, no para cazar. Eso es propio de los perros —me informa Remo orgullosamente—, que necesitan la nariz para oler sus presas. Aunque no sé hasta qué punto. El gato utiliza el olfato para reconocer a su presa preferida, que contra lo que se piensa no es el ratón, sino el hombre que se cree su dueño. Remo puede saber dónde estoy o dónde he estado sólo olisqueando el aire. Así me encuentra siempre y no hay forma de esconderse.

El gato puede percibir sonidos aproximadamente dos octavos más altos que el hombre. Tiene treinta y dos músculos en cada oreja, que le funcionan como antenas parabólicas orien-tables, que pueden dirigir hacia la fuente del sonido. Remo oye hasta el vuelo de una mosca y no en el silencio de la noche, sino cuando está puesta la televisión. Antes de que se usaran en los equipos de filmación de las televisiones, los gatos inventaron los micrófonos direccionales con sus orejitas.
Por eso a este Remo le gusta tanto el silencio. Porque no puede soportar los ruidos. En el oído de un gato, el tictac de un reloj suena cuatro veces más fuerte. ¿Se imaginan que los gatos hubieran de asistir a los mítines políticos, cómo sonarían en sus pobres oídos las palabras de los exaltados líderes cuando atacan a sus adversarios? Por eso Remo me recuerda tanto a Curro, mi perro objetor. La celebración, tan ruidosa y pirotécnica, de la Nochevieja, cuando los muchachos tiran petardos y los vecinos cohetes, es un suplicio para sus oídos. Descuida, Remo, que visto cómo te molesta, no pienso llevarte ni al 4 de julio en Battery Park ni a las Fallas de Valencia. Y reconozco el homenaje a Laura que representa el hecho de que cada mañana soportes el espantoso ruido de los decibelios de la aspiradora, a toda pastilla sobre las alfombras. ¡Lo que se hace por una mujer!

La vez primera que llovió con fuerza, llegó Remo a mi escritorio y se asomó con curiosidad a la ventana. No paró hasta que, a pesar del frío, se la abrí. Se sentó en la ventana viendo aquella lluvia intensa y como tropical, interesadísimo, aunque sin mostrar la menor gana de bajar hasta la terraza a mojarse. Pero pronto la lluvia devino en tormenta y en cuanto se vio el fogonazo del primer relámpago presentí lo que ocurrió al momento. Cuando sonó la descarga del trueno aterrador, Remo salió corriendo con la misma velocidad que antes el rayo. Desapareció por la casa, lleno de pavor.

Volvió a recordarme a mi perro Curro.

Remo es un gato de infantería que ha hecho los cursos de Estado Mayor y que odia a la artillería.

Remo y todos los de su especie pueden oír simultáneamente cientos de sonidos que ni el hombre ni el perro podrían ser capaces de detectar y analizar por separado y ni mucho menos juntos. Gracias a sus orejas orientables son incluso capaces de oír la corriente eléctrica residual, la que va por los cables eléctricos hasta con los electrodomésticos apagados.

Remo se entera antes que nadie de que alguien va a llegar a casa. Sabe perfectamente el sonido que hace el ascensor antes de que llegue a esta planta, y que viene precisamente a esta planta, no al piso de arriba ni al de abajo. Cuando Isabel llega, antes de que suene en el descansillo de la escalera el manojo de sus llaves abriendo la puerta, ya ha salido Remo lanzado desde el rincón de la casa donde estuviera para esperarla.

Un gato tiene cuatro hileras de bigotes a cada lado de la cara; cuando el animal está tranquilo permanecen de lado, mientras que se disponen hacia atrás si está en posición de ataque o defensa. A pesar de bigotudos, los gatos son tan listos que no sienten ninguna dependencia de la máquina de afeitar, al contrario de los hombres. No saben los gatos lo que se ahorran en hojas de rasurar o en nuevas máquinas eléctricas de afeitar.

Hacen muy bien los gatos dejándose el bigote, sin que se conozca aún ningún gato presumido que se haya rasurado.

Cuando la oscuridad es total, los bigotes sustituyen a los ojos. Los bigotes son el complicado sistema de ayudas a la navegación para sus vuelos nocturnos. Ni a Dalí, con el juego propagandístico que les sacó, ni a Charlot, con lo universales que hizo los suyos, les sirvieron tanto los bigotes como a Remo. Téngase en cuenta que Hitler tuvo que imitar el bigote de Charlot porque los liberales gatos europeos de entreguerras no le hubieran permitido que se los copiase para negarles la libertad de su independencia.

Aun en las noches quietas del verano los bigotes pueden percibir mínimos cambios en la atmósfera. Por eso Remo corretea por la casa en un día de sol: porque el boletín de predicciones del Servicio Meteorológico de su bigote le dice que va a llover. Antes de que se nuble, se pone a dar carreras por la casa como los locos. La gente echa a correr cuando llueve, para no mojarse; los gatos, previsores, corren mucho antes de que llueva. Cuando llega la lluvia siempre les coge ya corriendo. Porque no usan paraguas, que a ellos no les sorprendería nunca la lluvia en caso de que lo gastaran.

Este radar meteorológico le permite al gato también caminar entre objetos que apenas ve, como si sus bigotes fueran otro par de ojos. Aunque no vea a su presa, puede determinar su posición exacta con los bigotes y con sus orejas orientables. Este avión AWAC que Remo tiene en su cabecita le permite alcanzar el objetivo con el bombardeo de su salto y de sus garritas con un error de sólo unos centímetros desde una distancia de decenas de metros.

Y aparte de predicción meteorológica, también tiene una suerte de Observatorio de Sismología, con mágicas dotes adivinas. No se crea que usa estas capacidades con fines catastróficos, sino en su versión más amable y cariñosa. Así sabe cuándo va a abrirse la puerta o cuándo va a llegar el ascensor a casa. Tiene un tacto especial, en cuanto propio y único de su especie: las negras y sensibles almohadillas de sus patas registran cualquier vibración. Aunque en casa tenemos instalada una alarma conectada con una Central de Alerta, que debemos inutilizar en parte de las habitaciones cuando Remo se queda solo durante el fin de semana y la activamos, su sistema es mucho más eficaz, y no puede ser cortado por los ladrones ni quedar fuera de servicio por un corte de electricidad con las baterías agotadas. Los gatos, con el tacto de la sensibilidad de estas almohadillitas de sus patas, son capaces de percibir un terremoto días antes de que suceda. Registran incluso vibraciones que no son capaces de acusar los modernos aparatos científicos de medición. A los indios de las películas del Oeste se les iban las mejores. Más que pegar la oreja a la tierra para oír si el caballo de John Wayne se acercaba cabalgando por la llanura les hubiera valido tener un gato y preguntárselo:
- ¿Qué, gato? ¿Viene ya el Séptimo de Caballería?

Regimiento que, a su vez, si hubiera tenido entre sus efectivos a Félix el Gato o al gato Tom (sin Jerry, claro) no habría sufrido la matanza de Little Bighorn.

Son exploradores natos, Livingstone y Stanley en una sola pieza. Tienen un excepcional sentido de la orientación. Dicen que se orientan observando una combinación de la luz del sol y del campo magnético de la Tierra. Es como si tuvieran el más perfecto de los GPS. Todos conocemos historias de gatos que han recorrido cientos de kilómetros para volver a su casa, si eran entregados a personas que no les gustaban y los llevaban lejos. Distancias enormes de centenares de kilómetros, para volver a reunirse con sus dueños, desde lugares donde nunca habían estado y recorriendo caminos que nunca habían conocido.

Y para que estos señores no vayan a creer, Remo, que me tienes tan dominado que sólo les explico tus cosas buenas, habré de decir, a pesar de ser tu agente de relaciones públicas y publicidad, que tu mandíbula de gato no puede moverse lateralmente. Que no puedes percibir los sabores dulces. Que careces de pestañas, por eso no pestañeas cuando nos miras. Que cuando tan a conciencia te lavoteas, pasando tu lengua hasta por el último rinconcillo de tu cuerpo, pierdes casi la misma cantidad de líquido en la saliva como si orinaras. Que detestas el olor de la cebolla y del vinagre,

aunque sea de Módena. Y más cosas, que no te cuento, Remo, para que no sigas poniendo esa displicente cara de disgusto.

Sabrás comprender que en algo tenías que ser inferior a nosotros los hombres... Ya sé que al revelar tus defectos te sentirás ofendido en tu infinito orgullo de ser gato, muy digno de la «Oda al gato» de Pablo Neruda:

El hombre quiere ser pescado y pájaro,
la serpiente quisiera tener alas,
el perro es un león desorientado,
el ingeniero quiere ser poeta,
la mosca estudia para golondrina,
el poeta trata de imitar la mosca,
pero el gato
quiere ser sólo gato
y todo gato es gato
desde bigote a cola,
desde presentimiento a rata viva,
desde la noche hasta sus ojos de oro.

Ahora, Remo, en mi descargo y como ofrenda ante tu herido orgullo, ten muy en cuenta que lo que sí te digo es que si no existiera Dios habría que inventarlo al conocer la maravilla del cuerpo con que te ha creado en tu perfección de querer ser sólo gato.
Ese cuerpo tan perfecto no puede haberlo creado más que alguien tan Perfecto como Dios.

No tuvo más remedio que ser Dios quien crease este pequeño diosecillo mágico.

A quien verdaderamente creó Dios a su imagen y semejanza de perfección no fue al hombre: fue al gato.

Quizá para que el hombre, junto al gato, pudiera creerse superior, en la observación de Víctor Hugo: «Dios hizo el gato para ofrecer al hombre el placer de acariciar un tigre.»

Después de lo de la mandíbula y las pestañas, estarás ya más contento con estos elogios, ¿no, endiosado Remo?

Como, insaciable en tu soberbia, sé que no estarás todavía satisfecho del todo porque hablé de tus carencias, espero dejarte feliz, halagado y complacido si hago mío lo que dijo Mark Twain de ti: «Si se pudiera cruzar al hombre con el gato, resultaría una mejora para el hombre.»

Un conservador toma el té

Hay quienes, apasionados por estos señores de nuestras casas, llevan todavía más allá mis sospechas sobre la predilección gatuna de Dios a la hora de la Creación. Si Dios es perfecto, le tienen que gustar los gatos más que los perros.

Cuando lleguemos al Cielo, fundamentalmente gracias a los méritos que hemos hecho durante nuestra vida bregando con nuestro gato y por cómo nos lo recompensará Dios, no nos extrañará, por tanto, ver que en la puerta del Paraíso está perfectamente taladrado un agujero circular... ¡hay una gatera! Porque me imagino que Dios llevará a los justos al cielo acompañados de sus gatos. Un paraíso sin gato, ni es paraíso ni es nada. Si aquello es la gloria, los que amamos a los gatos no podemos entenderla sin los gatos a nuestro lado.

Hay apasionados de los gatos, fans de los gatos, gatófilos profesionales, que llevan mucho más allá de estos pensamientos mi intuición sobre la predilección divina en la creación del gato. Incluso divulgan una anónima reescritura felina de la Biblia, que circula a uno y otro lado del Atlántico:

«En el primer día, Dios creó al Gato. En el segundo día, Dios creó al hombre para servir al Gato. En el tercer día, Dios creó a todos los otros animales de la Tierra para servir de potencial alimento al Gato. En el cuarto día, Dios creó el Trabajo, para que el hombre pudiera faenar duro para el bienestar del Gato. En el quinto día, Dios creó entretenimientos y diversiones para el Gato. En el sexto día, Dios creó la ciencia veterinaria para preservar la salud del Gato y, al tiempo, vaciar los bolsillos del hombre. En el séptimo día, agotado, Dios intentó descansar, pero... ¡tenía que limpiar la bandeja del Gato!» Para nosotros, cuando acababa de llegar a casa de manos de la amparadora Isabel, era como si Dios acabara de crear a Remo y nos lo hubiera entregado. Los primeros días se los pasaba en sus tres aficiones favoritas, que aún conserva: comer, dormir y jugar. Comía con ansias las croquetitas de la comida seca para gatos recién destetados. Dormía bastante, aunque será que se va haciendo viejo, cada vez duerme menos. Eso de que los gatos llegan a dormir hasta dieciséis horas diarias será cierto para otros gatos, no para Remo, que ni de niñito dormía tanto.

Y jugaba.

A su antojo, con cuanto encontraba. A su aire. Despreciando, obviamente, los juguetes que le traían los amigos de casa, sabedores de su llegada. En los primeros días, Remo recibió, a saber, pelotas con cascabeles interiores, esferas de alambre que apresaban a un ratón de peluche, balones de fútbol americano hechos con esparto para que los arañase. Nada le gustaba tanto como los juguetes que encontraba por sí mismo. Todo cuanto estaba en la casa era un posible juguete de Remo, a saber: los cordones de mis zapatos, el cable de los auriculares de la radio de Isabel, las madejas de lana de la caja de la costura. Es incierto que la lana sea empleada fundamentalmente en el tejido de prendas para el hombre. La principal función de la lana de las ovejas es ser enrollada en una madeja para que los pequeños gatos jueguen con ella.

Remo iba poco a poco tomando posesión del imperio de la casa, con enclaves coloniales bien defendidos. Notamos cómo marcaba su territorio, pasando extendidas sus pequeñas garras sobre todo aquello que encontraba confortable o apetecible. Por supuesto que pasó sus garras sobre el lugar exacto de las preferencias de Isabel en el sofá de la salita de estar. Y en determinados ángulos de determinadas alfombras, sobre los que se tendía como un lord inglés en la butaca de su club. Cuando notábamos que el gato había desaparecido, sabíamos que yendo a uno de estos lugares favoritos lo encontrábamos allí, adormilado o en su otra ocupación favorita: contemplando el mundo, dando la razón a sir Walter Scott: «Los gatos son misteriosos; pasa más por su mente de lo que nunca podríamos imaginarnos.» Remo empezó pronto a filosofar por su cuenta, contemplando el mundo. Desde que era muy pequeño comprobé que tampoco desmentía a don Miguel de Unamuno: «Mi gato nunca se ríe o se lamenta, siempre está razonando.»

No hay explorador más intrépido ni cazador más avezado. Cuando a la caída de la tarde, con la exactitud de su agenda, que repite día a día los mismos movimientos y ritos, se pone en la terraza a oír los pájaros de los árboles del jardín y de la calle que se están acostando en sus nidos, se pone como pensativo, cavilando la manera de poder cogerlos. Como un general que en su Estado Mayor estudia con la plana mayor la forma de atacar al enemigo.

Y siempre está jugando. No sé si yo con él o él conmigo. Ya sabemos que el gato no nos acaricia: se acaricia contra nosotros. Y no juega contigo; se sirve de ti para sus juegos. Desde muy pequeño me daba toda la impresión de que empezaba a utilizarme para jugar conmigo. A sus horas, cuando él quería, no cuando me apetecía ver cómo el pequeño gato iba, con los juegos, aprendiendo el dominio de sus armónicos movimientos.

Este gato es conservador y programado. Para mí que tiene agenda o incluso un palm, donde apunta todas sus obligaciones y las repite mecánicamente todos los días. Observamos que aunque dicen que los gatos duermen de día y trabajan, cazando, de noche, Remo se despertaba al tiempo que nosotros, y con nosotros se venía a tomar el desayuno.

Como Isabel se suele despertar antes que yo, Remo, al verla levantada, comprende que ya es hora de que yo también deje de dormir para estar junto a él. Si ve que Isabel llega al cuarto donde él duerme y no voy yo, al momento viene a despertarme.

Se sube de un salto a la cama, me toquetea los pies sobre la colcha y si con ello no me despierta, sube hasta la almohada y me toca en la cabeza. Siempre lo hace con exactitud de reloj despertador. Y justo a la hora en que debo despertarme. No cumple tampoco así el rebelde e individualista Remo lo legislado sobre costumbres de gatos, como la ley que formuló Jim Davis: «Los gatos saben por instinto la hora exacta a la que van a despertarse sus amos, y los despiertan diez minutos antes.»

No, Remo no adelanta. Ni atrasa. Ni los gatos suizos, cronómetros, sumergibles y antigolpes, tienen que ser tan exactos como Remo. Este gato tiene un reloj en la barriga. Me despierta justamente a la hora en que debo. Que es cuando él quiere, claro. Igual que existe el meridiano de Greenwich, la hora de la costa Este y el Tiempo Universal Coordinado, cada gato marca la hora de su propio TUC. Al que deben ajustarse todos los husos y los usos horarios de todos los meridianos de la casa. El gato es una máquina tan perfecta, hermosa y exacta como un reloj. Repite todos los días sus mismas preferencias y caprichos, sus mismos itinerarios por la casa, sus mismas manías. La verdad es que los gatos son un poco maniáticos y a veces se ponen maníaco-depresivos.

Después que me ha despertado, Remo se viene con nosotros a desayunar. Remo logró tener pronto su propia taza de desayuno, hartos de que se subiera a la mesa para tomarse el té con leche de Isabel. A Remo le gustaba desayunar té con leche. No cualquier té, sino ¡precisamente el té de Isabel! Comenzó echándoselo cada mañana en el propio plato de su taza, hasta que Remo nos exigió tener su propio servicio de té. Como queriéndola hacer suya para siempre, tiró desde la mesa, jugando, una taza a la que se le rompió milagrosamente sólo el asa en la caída. Isabel le dijo:
- Ea, Remo, por fin lo has logrado. ¡Ya tienes tu propia taza de desayuno!

Allí le pone ahora su poquito de té con leche y allá se lo toma, como un gato británico, en su taza de porcelana, con sus floreados dibujos color púrpura sobre el blanco del fondo que confunde con la leche cuando el desayuno va unicamente de leche. En esos casos, Remo mete la mano hasta el fondo de la taza no sé si para comprobar que, en efecto, hay leche o para saber si está a la temperatura que le gusta.

En cuanto al té con leche del desayuno, hasta ahora está tomando Earl Grey, aunque no descarto que en el futuro nos exija otras preferencias personales de Ceilán o de jazmín. Como tampoco que Isabel tenga que hacer como la emperatriz Zoé, la esposa de Constantino IX Monómaco, gran príncipe de Moscovia, que hacía comer a su gato junto a ella en un suntuoso plato de oro. Quizá este gato quiera hacer carrera política y con su afición al té se prepare para presentarse como candidato a gato del 10 de Downing Street o a gato de La Moncloa. Por el Partido Conservador, naturalmente. Este gato dejó de ser socialdemócrata o laborista el día que lo recogimos de la calle.

Y al lado del té, repite cada mañana su integración en los periódicos del desayuno. Espero que Remo no me exija que le traigamos cada día «The Times» para buscar temas de sus discursos electorales. Hasta ahora se conforma con los cuatro o cinco diarios que se suelen leer en casa. Mientras los repaso durante el desayuno y los leo después, anotando en un papel las noticias que me interesan o recortando sus páginas, Remo está muy atento a mi lado, sentado sobre la mesa. Es la primera contemplación del trabajo ajeno que hace en el día, antes de que luego, de acuerdo con su programa laboral inexorable, pase a acompañar a Laura en todas y cada una de sus faenas en la casa.

Mientras veo los periódicos, Remo se sienta sobre el mazo de los que esperan la lectura. A veces, cuando me ve interesado en un artículo o en una noticia, abandona su asiento de los otros periódicos del día y se me viene a sentar precisamente sobre el que tengo abierto. Debe de estar aprendiendo a leer, porque se fija mucho, con un interés inusitado, en aquellas páginas que me llaman la atención. Hasta el punto de que cuando quiero pasarlas para seguir la lectura, he de decirle:
- ¿Te importa, Remo, que pasemos esta página del periódico, o quieres leer otra vez el artículo tan bueno que ha publicado este amigo en su columna diaria?

En cuanto a los periódicos, tiene sus preferencias. De ahí que sepa que es un gato conservador. A casa llegan periódicos de todas las tendencias e ideologías. No crean que Remo los acepta todos para sentarse sobre ellos. Podía sentarse sobre el más progresista y crítico con el gobierno, pero no le gusta. No he conseguido que se siente sobre él. En cambio, está dando vueltas y vueltas sobre la mesa, olisqueando, hasta que, ¡por fin!, he puesto arriba, al tomar otros para leer, el diario más conservador y reaccionario de cuantos a casa llegan. Ahí es donde más le gusta sentarse. ¿Será que los periódicos conservadores se imprimen en un papel mejor y mucho más agradable a las almohadillas de las patas de los gatos que los progresistas? Podría ser una explicación. Isabel difiere:
—No, es que este gato es demasiado conservador...

Y tanto. Repite minuto a minuto y espacio a espacio su tarea laboral a lo largo del día, siempre lo mismo. Cuando llega Laura para comenzar su trabajo, abandona hasta el periódico conservador al que está suscrito y se pone a acompañarla en el gongorino discreto oficio del dulce mirar. Luego sabe que me encuentra tecleando en el escritorio, y allí se me sienta sobre la mesa. No en cualquier parte de la mesa, sino precisamente sobre la alfombrilla del ratón.

En mi mesa, Remo ha convertido la alfombrilla del ratón en alfombrilla de gato.

Le encanta sentarse junto al ratón del ordenador. A veces juega con él. No sabía Bill Gates que su revolución tecnológica iba a llegar a este punto: que los gatos jugasen con los ratones, con tal de que fueran digitales. Por muchos esfuerzos que hizo su precursor en los avances de la Humanidad, Gutenberg no logró que los gatos jugasen con los ratones que vivían entre los chibaletes de las imprentas.

Más que con el ratón, Remo juega más todavía con la flechita de su puntero sobre la pantalla. Como es un gato puntero, le encanta el puntero del ratón. Ni el más refinado de los juguetes que le regalaron de gato bebé le gustó nunca tanto como la raya vertical del cursor del ratón sobre la virtual página en blanco del procesador de texto, cuando estoy escribiendo. Se pone a mirar atentísimamente la pantalla, sentado sobre la mesa, y con su zarpa me va dejando la huella de las garras en la pantalla, conforme va intentando sacar de lo que supone espacio con profundidad aquella mosca volandera y extraña a la que hago dar vueltas poniendo bajo mi mano un ratón que no es Jerry ni Micky, sino Bill, Bill Gates.

Y le encanta la publicidad de Internet. Los publicitarios que evalúan los impactos de las barras de anuncios en los sitios de Internet deberían tener muy en cuenta el interés con que Remo recibe esos mensajes promocionales, sobre todo cuando se trata, como es habitual, de imágenes con movimiento. Remo devora con sus manitas esos anuncios.

Y sigue así, aplicadamente, toda su tarea diaria. Al cabo de la mañana, acude a despedir a Laura cuando ha terminado su trabajo y se marcha, no sin antes salir a recibir a Isabel, oyendo el ascensor y su llave en la puerta antes que nadie cuando vuelve de su diaria visita al gimnasio. Sabe que es hora de que empiecen los olores de la comida en la cocina y siempre tenemos que echarlo del mismo sitio a la misma hora, cuando ve en marcha el micro-ondas y se pone a olisquear o me ve poner los platos sobre la mesa y se dispone a quedarse a almorzar sin que lo hayamos invitado.
Viene luego la larga siesta. Como buen gato español, Remo es gato de siesta. Siesta siempre en los mismos sitios exactamente, sobre el mismo sillón de la salita, el mismo lugar del sofá del que previamente ha expulsado a Isabel. O se viene a dormirla conmigo a mi cama. Cuando le hemos reñido porque ha hecho alguna travesura, entonces nos castiga él a nosotros, yéndose a dormir su siesta lejos de la salita donde estamos viendo la televisión o charlando. Nos impide entonces reírnos con el modo preferido que tiene de ver la televisión: sobre la pantalla, asomándose de arriba abajo, dejando caer su rabo sobre la imagen. Le encanta cómo la electricidad estática de la pantalla le eriza los pelitos de la cola.

Cuando Remo nos castiga con su ausencia, perdiéndose por la casa, comprobamos luego que siempre se va al mismo sitio. O bien debajo de nuestra cama, o bien al salón. Pero siempre al mismo sitio de la parte inferior de nuestra cama o siempre al mismo lugar del salón. Y con los muchos muebles que hay, siempre se coloca sobre el mismo brazo del mismo sillón, que señaló como suyo, pasándole las almohadillas de sus garritas, recién llegado a la casa.

Cuando lo veo sobre ese brazo de ese su sillón, le digo a Isabel:
- Ya ha vuelto Remo a su antiguo Egipto.

Porque se pone justamente en la misma postura que la Esfinge de Keops. Es como una esfinge con cabeza de gato. Debe de ser su homenaje a Baudelaire: «Cuando los gatos sueñan, adoptan actitudes augustas de esfinges reclinadas contra la soledad, y parecen dormidos con un sueño sin fin; mágicas chispas brotan de sus ancas mullidas y partículas de oro como una fina arena vagamente constelan sus místicas pupilas.»

O un homenaje a Jules Renard: «El ideal de la calma es un gato sentado.»

Selva con alfombras

Remo jugaba, jugaba y jugaba. Para descubrir el mun-o. Como ahora lo ha descubierto, piensa, piensa y piensa. Para sacar sus consecuencias filosóficas, no hay duda.

Remo es filósofo.

Aunque no sé si de la Escuela de Frankfurt, si kantiano, si hegeliano.

Filósofo rancio debe de ser quizá, por lo conservador que es, por lo que supongo que será un filósofo tomista y clásico, un gato escolástico, razonando silogismos en su Trivium y su Quatrivium latinos de gato católico, apostólico y romano acerca de la cortina y su cordón, cuando el aire de la ventana abierta la agita y se pasa las horas contemplándolas con una persuasión y un convencimiento que estoy seguro no gastaba Newton ante la manzana ni Arquímedes ante el agua de su bañera. Comprendí la verdad de la observación de Hippolyte Tai-ne: «He estudiado muchos filósofos y muchos gatos. La sabiduría de los gatos es infinitamente superior.»

Los gatos son filósofos de vida contemplativa. Tan beatíficos como monjas contemplativas en la clausura del piso.

Remo jugaba, jugaba y jugaba, pero con todo menos con sus juguetes. Con los que le compramos en las sucesivas visitas a la tienda de animales o con los que le trajeron mis protectores:
Benjamín el Cazador, que desde el primer momento tuvo a Remo por colega sin escopeta; Ángel, el dueño de la Tai, una patriarcal gata siamesa que hace muchos años vive con él, señora de la casa del pueblo, cuyo olor le reconoce Remo en los zapatos que le olisquea cada vez que llega a casa en sus días de servicio; o Antonio, amante de los perros que tiene en su casa, padre de una hija que trabaja en una tienda de animales, como su homónima Eva la veterinaria, y que pronto colmó a Remo de toda clase de artículos promocionales de las marcas de comida seca, de juguetes maravillosos y hasta de un prodigioso cajón sanitario que le trajo, con cubierta y con una puerta para entrar y salir, y con filtro antiolores. Un cuarto de baño de lujo para Remo, que de usar los gatos grifos en su aseo, seguro que los hubiera tenido de oro, como los yates de los millonarios. Le dije muy serio a Remo:
- Da las gracias a Antonio, porque te ha regalado un cuarto de baño como los que anunciaría Isabel Preysler si fuera gata...

Remo, que cada día iba estando más educado, aunque igual de independiente y montuno, lo miró y se dignó darle las gracias. Antonio, al traerle un regalo, una nueva colección de fotos de gatos impresas sobre un imán para que la pongamos en la puerta de la nevera, un paquete de demostración de un nuevo pienso que han sacado para estos caballeros, con el que se relame como un gastrónomo al probarlo, lo toma en sus brazos y le dice:
- ¡Tito!

A Remo se ve que le halaga ese tratamiento cariñoso y familiar. A pesar de su finísimo oído, no sabe que es apócope de su diminutivo, que Antonio le está llamando «Ga-Tito». Debe de ocurrir que se cree que Antonio le trae tantos regalos porque se considera su sobrino. Vamos, que es de su familia, hermano de su hija Eva, la que lo colma de regalos de su tienda de mascotas.

Remo jugaba de pequeño, como todo lo que hace, a hora fija. Cuando se hacía, pronto, la noche de aquel primer invierno y me veía en la salita de estar, me sonsacaba y no paraba de invitarme al juego. Tenía que decirle:
- Vale, vamos a tu oficina...

Su oficina era el salón. Donde le encantaba que tomara cualquier juguete de los que le había regalado Antonio, o mejor todavía cualquier viejo cinturón, trozo de cuerda con una de sus

cascabeleantes pelotas atada en un extremo, cinta de elástico de la caja de la costura; todo lo que sirviera para hacérselo mover, girar, agitar. Todo le servía para jugar a cazador. Si le llevaba, arrastrándola, la pelota por el suelo, daba saltos increíbles para atraparla. Le salía la genética de estos admirables gatos, que pueden llegar a cazar, si se lo proponen, siete mil ratones en un año.
Detrás de sus orejas y de sus inmensos ojos abiertos y todo en tensión, Remo se ponía y se pone agazapado y dispuesto al salto sobre la presa como el pequeño tigre que es, porque sabe que el salón no es el salón, que es una selva. Lo que pasa es que yo aún no me había enterado. Qué torpe soy. Estas plantas de interior, este palo del Brasil y esta quencia por cuyos troncos sube y cuyas ramas mordisquea y deja señaladas como de su propiedad con sus dientecillos, son en realidad tremendos árboles del bosque selvático, por más que yo no me haya enterado.

Como tampoco me había enterado de que la pelota era, en realidad, un ratón, un pájaro, una pieza apetecida. Le subía la pelota hasta la altura de mis ojos y allá que daba increíbles saltos, multiplicando por muchos dígitos la longitud de su lomo, con sus zarpas por delante, para cogerla. Remo saltaba muchas veces su altura. Y ni sé cuántas su longitud, cuando se agazapaba en un extremo del salón, como confundiéndose con el monte de la alfombra, para terminar saltando sobre la para mí fingida presa y supongo que para él verdadera.

Una y otra vez, nunca se cansaba de jugar ni de ensayar con mayor perfección cada vez la capacidad prensil de sus garras. Como un pequeño boxeador sin ring y sin campana que marcara el final de los asaltos. Porque nunca se cansaba.

Pronto entendí que Mil Rayas, en esta reencarnación, no escondía las uñas, sino que arañaba.

Y cómo arañaba.

Pero era sin querer.

Era que el pobre Remo, cuando lo cogía para mimarlo, a lo que me respondía y me responde siempre con un brevísimo maullidito, aún no sé si de agradecimiento o de queja, se iba a caer porque aún no había aprendido yo cómo sostenerlo con el brazo extendido por debajo, a lo largo de toda su panza peluda, y entonces intentaba asirse y me arañaba.

O era porque yo creía que en aquel momento quería que se le acariciara, o acariciarse él conmigo, a lo que daba inmediatamente un mentís en forma de zarpazo. El gato acepta de buen grado las caricias hasta que tiene por conveniente. Como es el director, siempre es él quien decide poner el rótulo de «the end» en la película de las caricias. Que no siempre es un final feliz. De pronto decide que se acabó lo que se daba y muerde la mano que mece la cuna, digo, la mano que acaricia su lomo o su mentón, lo que más le gusta, que le pasen la mano bajo el mentón, donde él difícilmente llega con sus patas en sus prolijas tareas de limpieza y aseo. Las caricias prolongadas llegan a un punto en que repentinamente se convierten en una sensación insoportable para el gato. Somos nosotros quienes debemos medir cuánto deben durar esas caricias. Adivinar la hora de su puntual reloj interno. Porque cuando llega el momento de su hartazgo, el gato dice que no te conoce absolutamente de nada y te muerde o te araña.

Por cómo veáis de arañadas las manos de quien tiene un gato sabréis el tiempo que hace que llegó a su casa. Llega un tiempo en que el gato ya no te araña. Porque tú ya no te atreves a hacer nada contra su voluntad y equilibrado sentido de la medida hasta para las caricias.

Porque él te ha enseñado finalmente a ti tu obligación.

Lo que tú tienes que hacer para que él no cumpla con la suya de arañarte.

O de darte un bocado doloroso y sangrante.

Hincándote sus dientecillos como afiladísimas agujas sin más hilo que el reguerito de sangre que deja en tu mano.

El espejo de la madre

Desde el primer momento comprendí que Remo era un gato de vuelta al ruedo.

Porque era un gato de dos orejas y rabo.

¡Qué dos orejas y qué rabo!

Sus dos orejas inmensas y grandes, que conforme ha ido creciendo se les han ido proporcionando con la cabeza, hasta el punto de que ahora creemos todo lo contrario que cuando lo recogimos del arroyo, que tiene las orejas más bien chicas y que en modo alguno puede ser confundido con un lince.

En todo caso, con un tigre, por cómo salta con la enorme fuerza de sus dos patas traseras, cuando se agazapa. O por cómo, cuando está sobre nuestra cama, queriendo a la noche acostarse donde no le corresponde y siempre presente, pega esos saltos tan armónicos y amortiguados tomando impulso de las cuatro patas a la vez.

Como era un gato de dos orejas y rabo, de larguísimo rabo, y como al igual que sus congéneres no tenía el gusto de conocer ni de manejar esa cola, hacía eso tan divertido que suelen los gatitos cuando se encuentran con el rabo: que se creen que no es suyo, que es un rabo que pasaba por allí y que se les ha pegado a la parte posterior del lomo y que, por tanto, han de coger.

Era como un tiovivo dando vueltas sobre sí mismo, a la imposible caza de su propio rabo. Era como una clase de Física recreativa para explicar el movimiento continuo o la rotación de la Tierra. Se quedaba quieto, arqueaba el flexible lomo, acercaba su boca al rabo, y en cuanto le iba a echar mano, ¡zas!, él mismo se lo alejaba.

Con un enfado bastante considerable, que le hacía volver a dar vueltas y más vueltas, como loco.

Al poco tiempo logró atraparlo, con la ayuda de esas patas que sólo los gatos pueden poner así, como contorsionistas, por encima de la cabeza. Entonces, en la nostalgia de la madre, se dedicaba a tomar el biberón de su propio rabo. A chuparse el rabo como la teta de la madre un lactante. Se ponía el rabo espantosamente feo, mojado, como cartilaginoso. Un horror de rabo.

Benjamín el Cazador, cuando lo vio aquella mañana dedicado a la autolactante tarea, nos reveló la fórmula magistral de la cultura tradicional del campo:
- Eso lo hacen todos los gatos, chuparse el rabo... ¿Pero sabe usted qué les hacen en los cortijos para que no se los chupen? Les frotan el rabo con guindilla. Yo creo que si le damos a Remo un poco de guindilla en la cola dejará de chupársela, porque además he visto que si sigue lamiéndosela se le acaba despelechando, como con una calva feísima.

Buscamos en la despensa el frasco de cayena que Isabel usa para los espaguetis, trituramos unas cuantas de aquellas rojizas semillas y entre Benjamín el Cazador que lo sujetaba y yo que se las extendía sobre los pelos mojados y revueltos, al punto aplicamos sobre el rabo del pobre Remito, toda la cultura campesina tradicional.

Fue santo remedio. Intentó Remo volver a chuparse el rabo, pero en cuanto sintió el picor de la cayena, desistió. Se puso a hacer gestos de asco y desagrado, y a sacar su lengüita como de chocolate, que le quemaría al pobre...

Trasladó entonces sus nostalgias lactantes, y las mantiene a veces todavía, a cuanto tejido de lana, suave y mullido, se encontrara. Lo advertimos una tarde que dormía en el asiento del sofá de donde había destronado el muy jacobino a Isabel, colocando allí la guillotina de sus garras. Era una tarde de frío e Isabel, como su gato, dormitaba en asiento secundario del sofá, porque por respeto le había cedido desde entonces la derecha del asiento a Remo. Y en un momento advertí cómo el gatito había metido su cabeza entre los pliegues de la manta y se había puesto a chuparla,

concentradísimo en ello, con los ojos completamente cerrados de delectación, con las orejitas muy gachas, caídas y pegadas a la cabeza.

Tomaba apariencia de recién nacido.

Al tiempo que chupaba la manta, en los bucles de los pliegues extendía las garras de sus dos manitas, apretando con ellas, como si tomara la teta de la madre que, ay, ya no tenía. Era como si amasara con sus patitas aquel pan de lana, intentando sacar más leche de su perdida madre.

¡Nos dio una lástima verlo, tomando el calor de la lana inglesa de la manta como el pecho de su madre!

Le hemos visto luego, hasta ya mayor, repetir este rito de la nostalgia de la madre. Con una toquilla de lana, con un chaleco de punto, con todo lo que suave al tacto caía en sus garras repetía Remo algo para un ser humano siempre tan grato como el retorno a la infancia:
- ¡Míralo, ahí está el pobre soñando que está con su mamá!

Por eso tenía los ojos cerrados. Porque soñaba olores de madre. Dicen que hay una cierta similitud entre el olor de la leche materna de las gatas y algunos productos utilizados para lavar la lana.

Lo comprendo mejor que nadie. En el fondo, soy como Remo. Con este libro, es también como si yo tomara una manta de la vieja casa de los balcones abiertos a los tranvías y en su olor evocara el de los jazmines que mi madre se ponía en el pelo.

Remo hacía las mismas cosas que todos los gatos, pero otras eran bastante extrañitas. A todos los dueños de gatos nos parece que sólo nuestro gato hace esas cosas extrañas, pero hasta en los rasgos de personalidad están repetidos.

Remo, por ejemplo, no ronroneaba, ni ronronea. Mil Rayas sí que ronroneaba, como si le sonase el borboteo de agua de una fuente en una gruta interior, con ese ruido como de cañerías que les sale a los gatos de los cortos trayectos de su reducido aparato digestivo. Los gatos tienen un aparato digestivo de cercanías, mientras el de los hombres es de largo recorrido. Ellos tienen llamadas locales en sus estomaguitos e intestinos; nosotros, de larga distancia. Menos mal. En algo somos superiores a estos personajes...

Dicen que los gatos ronronean no sólo cuando están felices, sino también cuando tienen miedo y cuando duermen. Remo es feliz y no ronronea. Duerme si hay que dormir, en ese sueño sagrado del que nadie osa despertarle, y no ronronea. Cuando tiene miedo, sale corriendo como las balas, pero nunca ronronea. Sí que es rarito y suyo este Remo.

Cuando Mil Rayas se ponía a ronronear, mi tía María, que me enseñó junto con su liberalismo su amor por los animales, me decía:
- Mira, ya está el gato haciendo el carretón.

Era como si pasara una carreta de ruedas de maderas, tirada por bueyes, por un camino de leyendas celtas. Remo nunca ha hecho el carretón. Ni cuando se pone en postura de gato cateto, de gato de pueblo, y le digo:
- Remo, no te pongas de gato cateto, que eres muy lindo, ponte mejor de gato egipcio del Museo Británico, de gato del Louvre, porque tú eres un gato de museo.

Como gato cateto, como gato de los pueblos a la puerta de su casa, se pone acostado sobre sus cuatro patas pero sin la elegancia de poner las delanteras extendidas, como la piedra de una esfinge egipcia. O sin esa otra elegancia museística y escultórica de sentarse sobre sus patas traseras, arqueado el cuerpo sobre las dos delanteras, rectas y armónicas cuando enseña los pelillos de su pechera color canelita.

Un gato sentado es un homenaje a la calma. A su máxima utilidad en la casa, que no son los ratones: es estar sentado majestuosamente, para que lo admiren.

Cuando Mil Rayas se ponía de gato cateto, hacía el carretón. Remo ni en esas raras ocasiones en que pierde su natural elegancia y sentido de la proporción, que diría que, como una bailarina, parece ensaya sus posturas y movimientos ante el espejo. Hace verdad el pensamiento de Guillermo de Aquitania: «La elegancia quiso cuerpo y vida, por eso se transformó en gato.»

Pero este gato de la Real Compañía de Ballet Gatuno de Moscú, del Bolshoi de los Gatos, no puede ensayar ante el espejo sus armónicos movimientos porque no se reconoce en ellos. Lo vimos en cuanto entró el primer día en el vestidor de Isabel, con todas las puertas de tres de sus cuatro paredes recubiertas de espejos, que multiplicaban la imagen del gato hasta el infinito.

Ah, quizá por eso se entusiasmó tanto con «La Dama de Shanghai», porque se creería en la escena final que Rita Hay-worth era Isabel entre los espejos del vestidor...

Ante esos espejos, Remo no reconoce su propia imagen. En todo caso, la ajena. Hasta que descubrió qué era eso tan raro del cristal azogado que tenían estos señores que habían usurpado su casa, a veces se agazapaba ante el espejo donde veía un animal que no debía parecerle de su especie, porque no se ponía en actitud agresiva, abriendo la boca y refunfuñando, ni erizaba los pelos de su cola hasta convertirla en un felpudo cilindrico. En esos casos en que fijaba su atención en aquello que estaba allí, y que no sabía que era un espejo ni un gato, se lanzaba sobre ello tras mucha observación y aguardo.

¡Y se pegaba el pobre unos porrazos más grandes, de narices contra el espejo!

Pero las más de las veces no reconocía en el espejo ni la imagen propia ni la ajena. No suponía tampoco que aquello fuese otro gato; por ejemplo, el gato dueño del rabo con el que juega dando vueltas y más vueltas hasta lograr atraparlo. Dicen que los gatos no identifican su propia imagen ante el espejo porque reconocen más por el olfato que por la vista. Y el del espejo no puede ser otro gato, porque no huele de bien como Remo, este gato tan limpio y aseado. Huele a espejo. Pero cuando pongo mi mano sobre ese espejo, por muy alta que se la coloque, salta al momento, como si fuera a encestar una canasta en un partido de la NBA.

A lo mejor Remo ha leído el poema de Borges a su gato Beppo:
El gato blanco y célibe se mira
en la lúcida luna del espejo
y no puede saber que esa blancura
y esos ojos de oro que no ha visto
nunca en la casa son su propia imagen.
¿ Quién le dirá que el otro que lo observa
es apenas un sueño del espejo?
Me digo que esos gatos armoniosos,
el de cristal y el de caliente sangre,
son simulacros que concede el tiempo
un arquetipo eterno. Así lo afirma,
sombra también, Plotino en las Ennéadas.
¿De qué Adán anterior al paraíso,
de qué divinidad indescifrable
somos los hombres un espejo roto?

¡Este gato ha despintado!

Remo reconoce su territorio y sus propiedades. Entre esas propiedades, nosotros y todas las personas cercanas a la familia.

A Antonio el Portero, su descubridor y rescatador, le tiene respeto infinito y veneración casi temerosa. Cuando a media mañana sube a traer la correspondencia del día, Remo le sale a esperar a la puerta, le tiene cogida la hora, y se deja coger en sus brazos. Cuando lo cogen otros en sus brazos, se tira al suelo inmediatamente, rehusando caricias. Pero a Antonio el Portero parece que le paga la larga deuda de su acomodo dejándose acariciar. Cuando el gato se le remueve entre sus brazos, como queriendo salir corriendo, le hace una grave admonición:
- ¡Que como no te estés quieto te echo otra vez a la calle!

Y allá que se queda, mirándolo a la cara, muy serio.

Con una infinita mirada de agradecimiento.

No por haberle encontrado esta casa, como el portero cree, sino por haberle ayudado a encontrar la casa que era suya y había perdido entre reencarnación y reencarnación. Antonio le tiene cogido el punto G al gato. Lo acaricia bajo la barbilla, mentón abajo, donde no puede llegar con sus manos en las complicadas contorsiones que hace para lavarse. Cuando le rasca bajo la barbilla es como si lo hipnotizara o le diese en el lugar exacto para inmovilizarlo. Acariciándolo así, se le queda quieto, quieto, quieto, tiempo y tiempo en sus brazos.

Dicen que todos los gatos se llevan a sus territorios cuanto les pertenece, pero hallo en Remo una rara habilidad para portar las cosas en la boca, entre sus dientes. Advertí que desde muy pequeño cogía con la boca los juguetes más queridos y se los llevaba a su cama, dejándolos allí como en guarda y custodia. Con paso apresurado iba de un extremo a otro de la casa, llevando en la boca sus preferencias. Le decía a Isabel:
- Yo creo que este gato tiene aficiones de perro...

Segurísimo que las tiene. Ningún gato, como Remo, viene detrás de nosotros, como un perrito, cuando nos desplazamos por la casa. Como una pegatina. Y saliendo mucho después que nosotros, pasillo adelante llega siempre primero a la meta. Nadie se da cuenta de cómo pasa entre nuestras piernas sin rozarnos, en su loca carrera, que suena sobre las moquetas como galope de caballo sobre la ceniza de la pista de un hipódromo.

A Remo, señor de la noche como todos los gatos, no le gusta que nos acostemos pronto. Y cuando me ve ponerme el pijama, inmediatamente trae en la boca su juguete preferido, el ratón de peluche. Él sabe que yo sé para qué me lo trae: para que se lo tire, jugando. Y así hago. Tomo el ratón de peluche y se lo arrojo lo más lejos que puedo, fuera del cuarto de dormir, hacia el pasillo, a ver si así consigo ponerme la blusa del pijama. Pero antes de que tenga puesta una manga, allí que está Remo de vuelta, con el ratón en la boca, como un perrito. Ha ido corriendo en tropel, lo ha cogido, se ha venido de vuelta y ahora lo pone sobre la cama, como para decirme que es temprano para acostarse, que él quiere más juego. Y otra vez que se lo tiro, y otra vez que va galopando, hasta atraparlo y traérmelo de nuevo en la boca, exactamente igual que un perro cazador entrega a su amo la pieza cobrada. No se cansa de jugar al perro conmigo por las noches. Cuando entre lanzamiento y lanzamiento de ratón de felpa he conseguido terminar de ponerme el pijama y meterme en la cama, aún sigue trayéndolo en la boca una y otra vez.

Pero aunque sea un gato con aficiones de perro, es mucho más limpio que un perro. Los gatos ganan a cada instante el Premio al Animal más Limpio. Son como anuncios de detergentes de sí mismos, resisten toda prueba del algodón, que no engaña sobre su limpieza. Los excrementos de perros en las aceras son un problema municipal de limpieza en todas las ciudades, mientras que nadie dice absolutamente nada de las micciones de gatos. Cuando por la meada de un gato los ayuntamientos sacan bandos sobre los perros, ordenanzas de tenencia de perros, reglamentaciones

para paseo de perros. Los perros son un problema municipal, colectivo, mientras los gatos son una solución individual, una delicia de uso personal.

Con exactitud de reloj, cuando Remo está con nosotros o anda atareado en las labores propias de su especie, de repente deja cuanto está haciendo y se dirige muy derecho a su cajón de arena. Al instante oímos su tarea de zapador de los granos de arena, zas, zas, haciendo un agujero para hacer sus cosas o bregando con sus manos para, después de haberlas hecho, taparlas a conciencia, en una orografía de montoncitos. Lo hemos llevado en su transportín de viaje, y a veces ha estado hasta seis horas en el coche y no ha ensuciado nada. Se ha aguantado el pobre las ganas, y hasta llegar al destino y tener su bandeja portátil o volver a casa y disponer de su cajón rojo de siempre no ha ensuciado nada el pobre.

Y el meticuloso aseo personal. El gato está todo el día lavoteándose con su larga lengua, lamiéndose a conciencia. Se pasa la lengua por el lomo, por las patas, las usa como cepillo de baño, como esponja, como manopla. Mil Rayas también lo hacía, y mi tía María repetía el saber popular:
- Este gato se está lavando, vamos a tener visita...

Si fuera cierto que el gato se lava cuando vamos a recibir visita, nuestra casa estaría todo el día como una feria, repleta de gente. Porque Remo está escamondándose continuamente. Hasta se pasa la lengua una y otra vez entre los dedos, por las uñas. Le digo a Isabel:
- Ya está este gato haciéndose la manicura. Si fuera gata, hasta te pediría el bote de laca...

Remo, cazador al fin y al cabo, está siempre cuidando para tenerlas a punto sus armas más poderosas: las garras. No contento con que se las cortemos, o que se las limpie, constantemente engancha sus zarpas sobre sofás y tapicerías para eliminar las capas más superficiales y estropeadas de sus uñas.

Le compramos un rascador, como nos recomendó Eva la veterinaria. Una tabla forrada de cuerdas de esparto, preparada para que Remo se afile allí sus uñas.

Pero nos dice que el rascador, mejor que lo usemos nosotros. Que él no encuentra mejor rascador que la tapicería de un sillón Luis XV del salón. Hemos llegado a pensar que es ciertamente un Rascador Luis XV. Quizá por el principio físico de la llamada Ley de Reposición del Mobiliario: «El deseo por parte de un gato de arañar sádicamente un mueble dado es directamente proporcional a su costo material y su valor artístico.»

Y no sólo cuida sus zarpas anteriores para arañar los muebles o cazar colchas y cortinas. También se mordisquea las patas traseras, cuyas uñas son las que más se desgasta al tomar impulso para los saltos.

El rascador, por tanto, no lo necesita en absoluto. Lo que sí parece que necesita a veces es una bicicleta. Pero no una bicicleta cualquiera, sino una de carreras. Una bicicleta del Tour de Francia. Cuando apresa algo como suyo, el ratón de felpa que le trajo Antonio entre sus muchos regalos o la manga del chaleco de punto que me pongo para trabajar, lo toma con sus manos y se lo lleva hacia la panza. Y allí, sus patas traseras se ponen afanosamente a golpearlo rítmicamente, como si pedalease en una bicicleta estática de gimnasio, con igual ahínco. Es graciosísimo verlo pedalear contra su ratón de felpa, contra mi manga, contra todo cuanto coge:
- ¡Mira, ya está Remo haciendo la bicicleta!

Le faltan dos ruedas y unos pedales bajo sus patitas para parecer talmente que está bajando a tumba abierta el Tourmalet o el Aubisque.

Es un gato bastante Lance Armstrong.

Que, como marca la tabla, se defiende panza arriba con resistencia numantina. No debe de haberme concedido muchos derechos de propiedad, porque no he logrado, con la de horas que le llevo echadas a su persona y a su cuidado, lo que dicen es el signo de máxima entrega de un gato: que te

deje acariciarle la panza sin que te pegue el mordisco o sin que con sus patas traseras, pías, pías, pías, te hagan la bicicleta.

Sí nos concede, en cambio, otros raros privilegios, como el del baño. Será que lo acostumbramos desde muy pequeño, pero se deja bañar. Se deja enjabonar con champú infantil, para que no le escuezan los ojos, y enjuagar y lavotear. Comenzamos metiéndolo en una tina pequeña y cuando ya no cabía allí, lo pasamos a la bañera. Se le llena de agua caliente y al comienzo, cuando ve que corren los grifos, no está muy conforme. A veces araña cuando se le va a introducir en su baño. Pero, una vez dentro, está encantado con el agua caliente. Juega con la ducha-teléfono. Se deja remojar el culete y las patas, que le echemos agua sobre la cabeza. Se sienta sobre el agua y se deja hacer, con todos sus pelos pegados al cuerpo y el rabo otra vez extremadamente delgado, como cuando lo recogimos.

Aseguran que bañar a un gato es una de las artes marciales.

Aseguran que ni el más experto luchador de kárate se escapa de tus manos como un gato enjabonado y mojado. Algunas veces Remo ha intentado alguna huida desde el agua del baño, jabonoso y resbaladizo como palo de cucaña. Pero es tan comodón que su instinto de lucha acuática sucumbe ante el placer del agua calentita.

Nuestra mayor sorpresa fue en el primer baño. Por cómo aquel gato desmentía al refranero. No huía del agua, sería que no se trataba de un gato anteriormente escaldado. Y por cómo con el remojón cambiaba de color y de pelo. Íbamos a secarlo en una enorme toalla de playa cuando Isabel advirtió, sorprendida:
- ¡Que este gato ha despintado con el agua y se le han borrado las rayas! Que este gato ha desteñido...

Es sólo un instante, cuando acaba de salir del baño y lo rodeamos con la toalla.
Sale del agua como si fuera un largo gato de los que pinta Giacometti, no un gato clásico. Es como si con el agua pasara del Museo de Arte Clásico a las salas del Museo de Arte Contemporáneo. De ser el gato de «Las Hilanderas» de Veláz-quez o el gato del «Retrato de Manuel de Zúñiga» de Goya, a ser como un gato picassiano, un gato de Paul Klee.

Con el agua y con los mojados pelos pegados al cuerpo, deja de ser atigrado para convertirse en una masa pardusca y húmeda, de incierto color. Como un gato de raza Cornish Rex. Hasta que lo secamos. Entonces vuelven a aparecerle las listas simétricas, en su pelo atigrado, tan suave y como leopardo de abrigo de señora, que Isabel le pasa la mano y exclama:
—No, no ha despintado, pero a este gato se le ha puesto el pelo de peletería...

De peletería cara, cara, cara. Se le pone el pelo avisonado, suavísimo.

Pero él cree que no suficientemente limpio, por mucho que lo hayamos escamondado. Ni suficientemente seco, por mucho que lo hayamos frotado con la toalla de playa. No se considera bañado del todo hasta que no ha terminado la larga faena que comienza al salir del aclarado, lavado y centrifugado con los frotamientos de la toalla. Tras pasar por nuestro túnel de lavado, nos enmienda la plana. Claro, le pasa como cuando llevamos el coche a lavar: que nunca quedamos contentos, porque siempre le dejan alguna mancha sobre la puerta o en el parabrisas.

Por eso Remo saca su larga lengua porosa, muy plácidamente, y se seca por su cuenta todo el cuerpo, lamiéndose a conciencia.

No nos lo quiere decir, pero sabemos que detesta ser un gato mimado y lavado, que huela a champú infantil.

Es un gato que quiere ser gato.

Y que quiere oler a gato.

Cuando su pelo ha quedado tan sedoso que Isabel le pasa la mano por el lomo y exclama: —¡Este gato es de peletería!

Y le comenta al interesado:
-Tú no me vas a entender, porque no lees las revistas de moda. Pero que sepas, Remo, que estás tan suave que pareces un gato de visón, un gato vestido por Nelsy Chelala o por Elena Benarroch...

Los gatos no tienen Ratón Pérez

A la noche, en cuanto oscurecía, como si cada día barruntase lluvia, emprendía carreras alocadas de un lado a otro de la casa. Daba saltos contra las paredes, recorría un ritual circuito de velocidad que había establecido sobre los muebles del salón, por encima de sofás, sillones y butacas, tomando las curvas con tal impulso que derrapaba sobre las alfombras, desplazándolas y deslizándolas sobre el suelo. Emprendía persecuciones imaginarias de ratones imposibles, daba piruetas en el aire... Sabíamos que no se había vuelto loco, que no anunciaba el diluvio universal. Sabíamos que estaba jugando, echando a volar su imaginación, en las horas de la noche que daba horizontes infinitos a su instinto depreda-torio. Como los gatos duermen tanto que hasta sueñan despiertos, Remo soñaba con presas fantasmas, acechaba a roedores inexistentes, saltaba sobre pájaros imaginarios.

Hasta que una tarde dejó de pronto de jugar. Antes había dejado de comer. Observamos que tenía el comedero con las mismas croquetitas secas con que se lo habíamos llenado. Estaba el pobre tirado en el suelo, recostado, de perfil, como se pone ahora por el verano, y eso que era pleno invierno. Se le acercaba una pelota y ni la miraba. Se levantaba, daba tres pasos tambaleantes y se volvía a tumbar, como si se le hubiesen aflojado por dentro todos los flejes, tuercas y resortes.
- Eso es que está empachado de tanto comer. Dale agua, verás cómo se reanima.

Y lo acercábamos al bebedero, y ni fuerzas el pobrecillo tenía para mantenerse en pie. Daba unos pasos torpones y dubitativos, tambaleándose, y otra vez se tumbaba en el suelo.
- ¿A ver si este gato va a estar malo?

Lo tocamos, y su lomito de pelillos atigrados ardía. De la pregunta pasamos a la certeza:
- Este gato está malo...

Remo estaba muy enfermo. Y como suele pasarles a los niños pequeños cuando se ponen enfermos, la gravedad se presenta precisamente en fin de semana, y no podíamos localizar a Eva, su veterinaria. Buscamos entonces en las páginas amarillas y encontramos que existía un Servicio de Urgencias Veterinarias. Llamamos, concertamos la urgente cita y allí nos encaminamos. A Isabel le dio tanta lástima, verlo tan postrado, que ni lo puso en su transportín. Lo tomó en brazos:
- Venga, Remito, que vamos a llevarte a las Urgencias de Pediatría Gatuna...

Dos veterinarias estaban de guardia gatuna en la clínica, esperándolo. Comprobaron los datos de vacunaciones y desparasitaciones de su cartilla sanitaria, lo pusieron sobre la mesa de auscultaciones y Remo se quedó el pobre como con su Eva de siempre: quieto, paralizado, acobardado. Le miraron las cavidades de las orejas, los dientes, y le pusieron el termómetro en el recto, que el pobre aceptó con un maullido y una infinita tristeza en la mirada. A los pocos minutos se lo quitaron:
- Este gatito tiene una fiebre altísima, tiene 44°.

Qué cara no nos verían las veterinarias, que nos dijeron:
- No, no se alarmen, la temperatura del gato es superior a la de las personas: su temperatura normal es 38 grados. Hasta los 39 grados es normal para un gato. Pero así y todo el pobrecito tiene un fiebrón...

- ¿Y qué será?

- Creemos que es una bronquitis, o quizá un trastorno intestinal. Está todavía mudando los dientes, tiene dientes de leche. Y cuando mudan un diente, los pobres se los tragan, y les causan unos desgarros enormes en el aparato digestivo.

Claro, era cosa del Ratón Pérez. Los gatos que están mudando los dientes no esperan que el Ratón Pérez les traiga un regalo, porque ¿cómo les va a traer a los gatos nada un ratón? Un ratón a un gato, aunque sea el Ratoncito Pérez, nada más que le puede traer disgustos. Como se los trajo a Remo, que sabedor de que no podía poner el diente de leche debajo de la almohada de su cama, se lo tragó.

Allí mismo sobre la mesa de auscultaciones le inyectaron una dosis de choque de antibióticos, a lo que respondió el pobre con otro maullidito muy hondo, que le salía del alma, y con otra carita de pena. Y le dieron una pastilla. Las veterinarias tenían una destreza admirable en el arte de administrar una pastilla a un gato, otra arte marcial, casi más difícil que bañarlo. Ya saben la parábola del Evangelio Gatuno: es más sencillo que pase un camello por el ojo de una aguja que una pastilla por la boca de un gato. Le abrieron la boca y, zas, le largaron al pobre el pastillazo. Le recetaron unas gotas de antibiótico para que se las mezcláramos con la comida, ocho gotas cada doce horas, durante diez días. Y nos recomendaron que le diéramos una aspirina infantil, que habríamos de repetírsela si notábamos que la fiebre no le bajaba. Nos alarmaron con efecto retroactivo:
—Menos mal que lo han traído, porque estos gatitos tan pequeños no soportan unas fiebres tan altas. Se hubiera muerto el pobrecito de seguir así un solo día más...

Le dimos la pastilla con mayor facilidad de lo que pensábamos. Con su resignación al tragarse la aspirina infantil cuando Isabel le abrió la boca y se la introdujo, Remo desmentía el Postulado de Alien sobre la Medicina Gatuna: «Una pastilla dada a un gato tiene en sí misma la energía suficiente como para alcanzar la velocidad de la luz al salir escapada de la boca del mismo.»

Y desmentía también Remo con su sumisa predisposición a tomar aspirinas infantiles aquel divertido texto que me había enviado Mercedes, mi amiga azafata con gato, que me puso un correo electrónico con las anónimas instrucciones de «Cómo dar una pastilla a un gato». A ella se las había mandado una compañera que tiene una gatita que se llama Renata, a la que no hay forma de dar una pastilla. Esas instrucciones decían:

1. Coger el gato en vuestros brazos como un bebé. Poner el índice y el pulgar derechos a ambos lados de su boca y con cuidado aplicar presión en sus carrillos mientras sujetáis la pastilla en la mano izquierda. Según abra la boca, meter la pastilla rápidamente y dejar que el gato cierre la boca y se la trague.

2. Recoger la pastilla del suelo y al gato de detrás del sofá. Repetir el proceso inicial.

3. Coger al gato de debajo de la cama y tirar la pastilla lamida.

4. Coger una nueva pastilla y al gato en el brazo izquierdo sujetando las patas traseras fuertemente con la mano izquierda. Forzar a que abra sus mandíbulas y empujar la pastilla al fondo de su boca con el índice derecho. Mantenerle la boca cerrada diez segundos.

5. Recoger la pastilla de la pecera y al gato de encima del armario. Buscar ayuda de otra persona.

6. Arrodillarse en el suelo con el gato atrapado entre vuestras rodillas. Sujetarle las cuatro patas firmemente, ignorando sus gruñidos. La otra persona debe sujetarle la cabeza firmemente e introducir una regla de madera en la boca del gato. Soltar la pastilla a lo largo de la regla y agarrar al gato del cuello para que trague.

7. Coger al gato del raíl de las cortinas. Coger otra pastilla y apuntar en la lista de la compra una regla y unas cortinas. Barrer los cristales del jarrón que había en la mesa.

8. Envolver al gato en una toalla dejando sólo su cabeza visible y echaos encima de él. La otra persona pone la pastilla en una pajita y fuerza con un lápiz una abertura en la boca del gato mientras sopla la pajita como una cerbatana.

9. Comprobar el prospecto para ver que la pastilla no es dañina para los humanos. Beber un vaso de agua para quitarse el mal sabor. Poner una tirita al ayudante en el brazo y limpiar la alfombra de sangre.

10. Ir a buscar al gato a casa del vecino. Coger otra pastilla. Meter al gato en el armario dejando sólo la cabeza fuera sujeta con la puerta. Abrirle la boca con una cuchara y lanzar la pastilla dentro de su boca con una goma.

11. Buscar un destornillador para arreglar las bisagras. Ponerse hielo en la mejilla y comprobar cuándo fue la última inyección antitetánica. Tirar la camiseta a la basura y coger una nueva del armario.

12. Llamar a los bomberos para bajar al gato del árbol. Pedir disculpas al vecino que se chocó contra la valla al esquivar al gato. Coger la última pastilla del paquete.

13. Atarle al gato las cuatro patas a la mesa del comedor. Ponerse los guantes de trabajo. Meter la pastilla al gato en la boca dentro de un trozo de filete. Sujetarle la cabeza y echarle medio litro de agua hasta que trague.

14. Pedir ayuda para ir a urgencias. Esperar mientras nos dan los puntos en dedos y antebrazo y nos quitan los restos de pastilla del ojo. Parar en la tienda de muebles de camino de vuelta a casa para comprar una mesa nueva.

15. Llamar a la Asociación Protectora de Animales para que busque una casa nueva para el gato...»

Ninguno de los quince apartados de este Manual de Instrucciones que me envió Mercedes la Azafata tuvimos que aplicarlo con el revivido Remo.

Que nos demostró que es verdad lo de las siete vidas. A la mañana siguiente estaba otra vez haciendo de las suyas, pegando saltos para atrapar su pelota atada al extremo de un largo elástico y chascando con sus dientes las croquetas de la comida seca. Cumpliendo todas las leyes de la Física Gatuna. La Ley de Oiens sobre el Comedor: «Todo gato, no importa su ubicación original, estará presente en toda mesa donde se esté sirviendo comida.» La Ley de Pattison sobre el Desinterés: «El nivel de interés de un gato en algo será inversamente proporcional al esfuerzo que su dueño esté haciendo para captar su interes sobre ese algo.» La Ley de Young sobre el Sueño: «Todo gato dormirá con las personas siempre que sea posible, en una posición corporal tan incómoda para las personas como sea posible.» La Ley de Ondinet sobre Comportamiento Aleatorio: «Todo gato siempre buscará, y generalmente encontrará, el sitio más confortable dentro de una habitación seleccionada al azar.»

Remo siguió su vida absolutamente gatuna y no tuvimos que darle más aspirina infantil.

Seguramente acabó convenciendo al Ratón Pérez para que le trajera caramelos de queso como regalo, porque o bien no se tragó más dientes de leche o bien no le causaron ya aquellos terribles desgarros.

Como el perro y el gato: muy bien

La idea de escribir este libro me surgió al recibir un correo electrónico que me puso Mercedes la Azafata tras leer el artículo que publiqué en la revista «Hola», donde contaba someramente la historia de la llegada triunfal de Remo a casa, como un emperador romano que entrara glorioso en la Urbe tras victoriosas campañas en las Galias y en Hispania. A través del correo electrónico, que por supuesto Remo leía sentado en la alfombrilla del ratón que ha convertido en alfombra voladora de sus sueños de gato, Mercedes me hizo ver que somos muchos los que formamos parte de la legión sin banderín de enganche de Gatos sin Fronteras.

Mercedes y yo nos intercambiamos experiencias sobre nuestros gatos respectivos y saqué en consecuencia que todos los que nos suponemos dueños de gatos tenemos los mismos sentimientos y experimentamos las mismas sensaciones, creyendo, ilusos de nosotros, que eso no le ha pasado antes ¡absolutamente a nadie! con ningún gato. Igual que los enamorados creen que nadie antes ha sentido amor, o al menos con tal fuerza, los ciudadanos con gato nos creemos estar estrenando un delicioso mundo que, como todo en esta vida, ha sido ya inventado antes por alguien.

En un primer correo, me contó Mercedes cómo Benito, su gato, tiene casi el mismo heroico, noble e ilustre origen que Remo: el abandono callejero. También es Felis Viator. Me contó la historia: «No sabes cómo me gustó en el "Hola" el artículo sobre tu gato Remo, porque yo adopté por las mismas fechas a uno que le he puesto Benito. Una amiga encontró a Benito y a dos hermanos suyos en una bolsa de plástico, vivos, pero se los estaban comiendo las hormigas. ¡Qué cantidad de gente cruel! Colocaron a los demás, pero además hay mucho racismo, y al pobre Beni, como es negro, nadie lo quería. Así que me lo quedé. Le puse como condición que Gus, un perro terrier escocés maravilloso que tengo hace siete años, le aceptara, y como éste es un santo, Benito se ha quedado con nosotros. Ahora te puedo escribir tranquilamente porque ha encontrado por las mañanas un sitio donde descansar de la noche, pero casi todo lo hacemos juntos: escribir el correo, coser o leer el periódico.»

Más tarde, mandándome una foto de Beni como correspondencia a la de Remo que le envié en archivo adjunto a un mensaje, Mercedes me comentó otro día lo que ya observé en Remo y en Curro, que las aficiones de perros y de gatos hay veces que alcanzan la tierra de nadie: «Te sigo hablando de mi Beni y de mi Gus; porque tener perro y gato es como tener dos hijos, que suelen ser diferentes pero a los cuales quieres con sus diferencias. Mi Gus tiene mucho de gato; yo creo que por eso se llevan bien los dos. Excuso decirte que Benito es mucho más listo; pero también va por el partido independiente; es muy bueno, está muy bien educado y es muy cariñoso, igual que Gus. Duermen los dos conmigo. A Beni lo que más le gusta es que lo metas dentro de la cama, bien al fondo de las sábanas.

Durante la noche sale y se pone sobre la colcha, aprovechando los huecos que dejo yo con las piernas. Ya le hemos convertido en un Farinelli; así dice mi hija que se apellida de segundo apellido, porque de primero le ha puesto C..., porque muerde como una pantera. Lo castró una amiga que tengo veterinaria; me dijo que no era malo que bebiera leche; es que a algunos gatos les da diarrea, pero si le sienta bien... A Beni le encanta la leche. Como le gusta comer el pienso de Gus, y el otro, que es un santo, lo deja. Sería genial que escribieras un libro sobre los gatos; la verdad es que cuando hablas con gente que tiene animales, te mueres de risa con las cosas que hace cada uno, y sólo las entendemos los que somos amigos de animales.»

Y más tarde volvió Mercedes a guiarme por el secreto mundo de la desconocida y nunca bien pregonada coexistencia pacífica entre perros y gatos: «Benito se lleva bien con Gus porque el primer contacto que tuvo con un animal que no fueran sus hermanos (que, por cierto, son Mil Rayas auténticos, luego mi Beni es el gato negro de la familia), repito, sus primeros contactos fueron con una perra. Cuando Virginia, la hija de Silvia y Tomás, se encontró a los gatitos en una bolsa, llenos de hormigas y a punto de morir, los llevó a su casa. Entre tú y yo, Silvia y Tomás sí que no son de Gatos sin Fronteras, sino de Animales sin Fronteras, porque tienen cuatro perras y dos gatos, Tom y Mina, la novia de mi Beni, todos de recolección callejera, que eso sí que tiene mérito, amén de cuatro hijas. Pero a lo que iba: Virginia llega a casa con la bolsa, los tres gatitos y las hormigas

correspondientes, y según sale Benito de la bolsa, se va derecho donde Connie, una de las perras, a comer, claro. Connie, lejos de rechazarlo, le dio su primer baño: le quitó las hormigas con la lengua; y hasta que vino a mi casa, eran madre e hijo inseparables. Creo que el hecho de relacionarse con todo tipo de animales (hombres, perros, insectos) es lo que le ha hecho a Beni ser un gato multirracial. A los humanos nos pasa lo mismo: cuanto más viajamos y más gente conocemos, menos racistas somos. Como dicen los modernos, Beni es un gato de fusión.»

Ya Beni y Gus son para mí tan cercanos y conocidos como Remo y el recuerdo de Mil Rayas. Mercedes la Azafata me tiene al tanto de las andanzas de Beni en cuanto vuelve a Madrid tras sus viajes de trabajo a Nueva York, México o San Juan de Puerto Rico. Igual que los arqueólogos cuando hacen una excavación dejan una parte del terreno en su primitiva cota, para que se adviertan los estratos en los que van profundizando, así tengo archivadas en el procesador de textos las palabras de los mensajes de Mercedes. En ellas tengo la referencia de los sentimientos universales que despiertan los dormilones gatos. Pienso que todos los gatos de todos los tiempos y de todas las naciones son de divertidos y adorables como nuestro gato cuando leo a Mercedes: «La semana pasada lloraba de risa, porque estaba en el baño de casa, maquillándome para ir a volar, y me doy la vuelta y veo a los dos tarados, en posición de descanso mirando atentamente cómo me arreglaba. No pueden vivir el uno sin el otro, ni Beni sin Gus ni Gus sin Beni, hasta el punto que he llegado a pensar que eso que dicen de "llevarse como el perro y el gato" realmente debe de significar "llevarse muy bien". Benito ha pasado de su comida; come del pocilio de Gus; es más carnívoro que de pescado, y cuando salimos de paseo se viene a que le saquemos también. Creo que debería comprarle una correa, y así acabaríamos antes. Sería el primer gato que pasea con un perro. Ahora le tengo en casa de su novia Mina, que es argentina y melosa. Duermen los dos en la cama de matrimonio de Silvia y Tomás, y come de todos los platos. Hemos descubierto que una de las cosas que más le gusta es meterse debajo de las camas, y cuando pasas cerca, te agarra de la pierna para darte un susto, como la madre de Norman Bates; en la nueva casa, estamos utilizando el espacio de debajo de las camas para meter cajas y cosas; Beni es feliz, y de paso juega a darte el susto.»

Defensa del gato negro

Mercedes le llama «negro» a su gato y no pasa nada. Nadie la acusa por eso de racista, ni de xenófoba. Yo digo que Remo es de raza común europea y tampoco pasa nada. Nadie me acusa de ser anticonstitucionalmente un racista que desprecia a los gatos siameses, asiáticos y de ojos rasgados, y prefiere la superioridad aria del europeo. Es una auténtica maravilla poder hablar de gatos con tanta libertad de expresión. Y como los gatos son tan liberales, Beni no se enfada cuando Mercedes nos dice a los amigos que es negro. Beni no acude a la Oficina del Defensor del Gato para protestar porque le hayan dicho «negro», ni ninguno de sus amigos lo denuncia en una carta al director en un periódico.

Beni es negro y está encantado con ser negro.

De igual modo, yo puedo hablar de la raza de Remo, decir que Remo es un gato europeo común y puedo afirmar que la capacidad de supervivencia callejera ha dado mayor ingenio a estos gatos romanos que a los comodones de angora o a los aristocráticos ingleses de pelo corto. Y nadie me llama racista porque defienda la superioridad de la raza de Remo, como tampoco llaman racistas a los amigos que crían caballos de pura raza española (P.R.E.) y defienden la pureza de esa estirpe sobre otros linajes equinos.

Cada dueño de gato es un racista declarado, y nadie le reprende por eso. Cada dueño de gato cree que no todas las razas de gatos son iguales, sino que hay unas superiores a otras. ¿Cuáles son las razas superiores de gatos? Puede que haya varias, pero siempre una con absoluta seguridad: la de su gato de usted, precisamente ésa es la raza superior. Los que tenemos gatos europeos comunes decimos que son los más inteligentes, porque tienen varios doctorados en la Universidad Callejera de los Gatos. Los que tienen gatos de pelo largo dice que son los más pacíficos y mejores compañeros. El que tiene un persa dice que es el gato más plácido y sociable, menos agresivo. El que tiene un siamés asegura que es la raza perfecta, el más extrovertido de los gatos domésticos. En contradicción con el que tiene un abisinio, que defiende su raza como la más activa y juguetona de todas. A esto llega el que tiene un American Bob-tail y asegura que la raza de su gato sí que da animales tranquilos, pacientes, bonachones y dulces. A lo que quien tiene un American Curl contrapondrá que su gato es de una raza que no maulla casi nunca. Y así hasta las más de cuarenta razas conocidas de gatos que existen.

La superioridad de cada una de ellas sobre las restantes depende, fundamentalmente, de la capacidad de argumentación de su dueño.

Y nadie les llama racistas por defender esta superioridad de una raza. Es una maravilla que Mercedes pueda decir con plena libertad que su gato es negro y no «subsahariano» o «de color», y que yo pueda defender la raza de Remo sin eufemismos de procedencia étnica. Remo es de raza común europea, pero en la medida que un gato puede ser común. Ningún gato es común. Cada gato hace cosas más raras que el del vecino. Cada gato está más loco que el del vecino, y obedece menos a su pretendido dueño. Aunque hablen del gato europeo común, Colette, gatófila, nos enseñó que no hay gatos comunes. Que cada gato es excepcional, al menos para su dueño. A Colette su gata Franchette le parecía la más inteligente del mundo, lo mismo que Saha, a la que dedicó su novela «La Chatte».

Como pueden ver, el lenguaje de lo políticamente correcto no ha llegado al mundo de los gatos, ni pueden tacharte de anticonstitucional si hablas de su raza y su color. Al menos hasta ahora, que nunca se sabe.

Hay que reconocer, no obstante, que hasta los pobres gatos negros cargan con el desprestigio social de su color. La gente cree que los gatos negros traen mala suerte, que no hay nada más terrible que

ese gato negro que se te cruza en el camino, y más si va de derecha a izquierda. Puedo decir que es falso. El gato negro da mala suerte según ciertas culturas. A mi madre no le dio ninguna mala suerte un gato negro de peluche que le regalaron cuando se casó. Sería por la llegada a España de la costumbre de la Inglaterra victoriana, en la que se consideraba que si un gato negro se paseaba por delante de unos novios a punto de casarse representaba felicidad y fecundidad para los contrayentes.

Como el mundo del gato es el ancho campo de la libertad, frente a quienes afirman que los gatos negros traen mala suerte, como en Sicilia, donde representa el mal de ojo, sostienen otros que dan muy buen augurio. En Kentucky existe la creencia de que la visita de un gato negro a una casa es señal de buena suerte, excepto si decide quedarse, en cuyo caso significaría infortunio. Los marineros consideraban que traía buena suerte tener un gato negro a bordo, aunque no se podía pronunciar la palabra «gato», pues hacerlo acarrearía grandes desgracias. Igualmente, las mujeres de los marineros solían tener un gato negro en casa para asegurarse que sus maridos volverían sanos y salvos.

Una de las cosas que más me gustan de la ciudad en que vivo es que hay una administración de loterías que, desafiando todos los malos vahídos, se llama gloriosamente El Gato Negro. No debe de ser verdad que la gente crea que los gatos negros dan mala suerte. Para la lotería al menos no es así. Porque cuando llegan las Pascuas y todo el mundo compra lotería de Navidad, las colas más largas para hacerse con los décimos están precisamente en esa administración. Los vendedores ambulantes de la ciudad, desafiando supersticiones, pregonan las excelencias de esta ventanilla de la suerte:
- ¡Llevo un Trece Mil, y es del Gato Negro!

Las mismas colas que se forman para comprar lotería del Gato Negro son las que hay luego, tras el sorteo, para cobrar los premios. De esa cola de los premios de la lotería salen los agraciados con el dinero en la mano y con una cara de alegría que desmiente el falso testimonio xenófobo y racista levantado contra los pobres gatos negros de toda negritud, que no han tenido ni un Léopold Sedar Senghor para su cultura ni un Martin Luther King para sus derechos humanos, digo, gatunos.

Y no solamente en Gran Bretaña, frente a la indefensión de los gatos negros, creen que aseguran la felicidad de las recién casadas si se los regalan. A mi madre se la dio aquel gato negro de peluche que le regaló una compañera de trabajo antes de su boda. El gato negro de peluche, con su joroba arqueada de satisfacción, estuvo en casa toda la vida, resistiendo a nuestros juegos infantiles, en los que hacíamos al gato toda suerte de perrerías.

Y aquel gato negro de peluche de mi madre ha pasado a sus tres hijos como la más preciada herencia. Cuando a su muerte los hijos desmontamos con todo el dolor del mundo su cuarto y nos repartimos como recuerdo sus objetos personales más queridos, los tres queríamos aquel gato sentimental de peluche que se pasó toda su vida sobre un armario, con una cinta roja al cuello, trayendo suerte a la casa. Lo queríamos especialmente yo y mi hermana Fina, dueña de Albero, un romano con el color de la arena de la plaza de toros como su mismo nombre indica, también Felis Viator de origen callejero, salvado de morir bajo las ruedas de los tractores en la nave de máquinas de un cortijo andaluz cuando aún no tenía un mes ni había sido destetado, primo de Remo a todos los efectos de la veterinaria Eva que los cuida a los dos.

Y como los tres queríamos el gato negro de peluche, aquel que de niño suplió tantas noches la llorada ausencia de Mil Rayas cuando mi madre lo bajaba de lo alto del armario y lo ponía en mi cama para que durmiera con él, decidimos dejar el gato en «pro indiviso». Yo soy dueño de la tercera parte de un gato negro que tiene en su ya gastado peluche, que se ha puesto color ala de mosca, mis recuerdos infantiles, y los de Fina mi hermana, y los de Pili, la mayor. Y para que cada cual pueda disfrutar la cercanía de los recuerdos y creer que el alto de ese armario de casa es el de aquella casa, y que aún nos cobija la sonrisa de la madre, acordamos que el gato negro estuviera un año en casa de cada uno de los tres, por turno riguroso. Cada mes de julio, en el cabo de año de su muerte, cuando recordamos a nuestra madre con una misa ante la Virgen de la Antigua de su devoción, la legítima posesión anual del uso y disfrute del gato de propiedad compartida debe pasar

de un hermano a otro por orden inverso a la edad. Este año lo tiene Fina, que vive en casa de Albero, pero el próximo año me corresponde a mí, que vivo en casa de Remo, y el siguiente a Pili, que heredó de nuestra madre el tercio proindiviso del gato negro, pero no su amor por Mil Rayas, y que vive en una casa que no pertenece a ningún gato.

Todavía no nos pide mayonesa

El gato negro de casa de mi madre, como es de peluche, tiene de bueno que no hay que complacerlo a la hora de la comida. Fina mi hermana no le tiene que dar acedías y jamón serrano como le exige su gato Albero, o como yo tengo que buscar todas las delicadezas que Remo impone. Ante las que siempre acabamos claudicando. Porque tanto maulla para conseguir su comida preferida, que Isabel dice:
- Anda, anda, pártele un poco de lomo de pescado a Remito, porque este gato es capaz de pedir la hoja de reclamaciones e ir a protestar a la Oficina de Defensa del Consumidor si no come bien...

Remo empezó comiendo solamente jamón de York cuando llegó a casa y ahora toma hasta caviar. O al menos sucedáneo de caviar. Y mojama también le he dado alguna vez. Y lomos de merluza. O de acedías, como a su primo Albero. Y gambas. Y bacalao. Le encanta el bacalao, oler cualquier cacharro de la cocina donde Isabel haya puesto el bacalao en salazón para desalarlo, beberse el agua salobre como si fuera un néctar de dioses gatunos o la más deliciosa bullabesa de pescado.

En cambio a Remo no le gustan manjares por los que los hombres hasta matan y declaran guerras. Por ejemplo, el jamón serrano que le pirra a su primo Albero, el atigrado de color canelita de Fina mi hermana. Aunque el jamón sea de cinco jotas, cebado en montanera, Remo no lo quiere. Como tampoco se digna tomar pescado en conserva, esas sardinas que unimos siempre a la idea del gato. Ni aunque sea el mejor bonito del Cantábrico ni la más deliciosa melva canutera del Estrecho, no le gustan. No por el pescado en sí, sino por el aceite. Aunque el aceite forma parte de la civilización romana, a este gato romano no le gusta el aceite del olivo de la diosa Minerva. Será que no quiere grasas de ningún tipo para conservar, coqueto, la línea y enamorar gatas en celo.

Estaba por decir que sí que es melindroso y exquisito este gato.

Pero no. Es sencillamente gato.

Tiene, como gato que es, el sentido del gusto menos desarrollado que los hombres. Dicen que estos caballeros tienen un veinticinco por ciento menos de papilas gustativas que nosotros y, al revés que los perros, no son golosos. Los caramelos para gatos con los que Remo se relame cuando se los damos como premio serían una delicia para los diabéticos: son de pescado o de queso, no de azúcar. Entiende qué quiere decir la palabra «caramelo». Le decimos:
- ¡Caramelito, Remo!

Y allá que va flechado al mueble en cuyo cajón sabe que lo guardamos, intentando abrirlo con sus patas.

Únicamente por esto de que no sea goloso ni chuchón más que de caramelos de queso nos libramos de que nos pida azúcar para echar a su té con leche en el desayuno. Este gato gastrónomo posee no obstante un sentido a medio camino entre el gusto y el olfato, ese órgano en el paladar que no tiene el hombre. Por eso pone cara de catador de vinos de Burdeos cuando olisquea algo que va a comer: los olores le entran por la boca y le ascienden por dos orificios situados detrás de los dientes delanteros y que conducen a una diminuta cámara donde se concentran y se absorben, lo que significa que los olores pueden, literalmente, saborearlos. Estoy viendo que un día Remo me sale hablando como las contraetiquetas cursilonas y rebuscadas de algunos vinos: «Esta lata de atún y pollo que me has dado tiene un fuerte sabor a granja y marea vacía que deja en el paladar un recuerdo almendrado de limones salvajes del Caribe y frutas del bosque de la huerta de la abuela, con una gran huella retronasal a ratones colorados.»

Remo es un gato instalado de la sociedad del bienestar. No le pasa como a Mil Rayas, que era un hambriento gato de posguerra, un gato de cartillas de racionamiento. Mil Rayas se alimentaba con las sobras de la casa. Su comedero estaba en el cubo de basuras de la cocina, donde metía la

cabeza a ver qué encontraba. Remo, como todos sus congéneres, tiene calles especiales dedicadas en esas ciudades del consumo que son los hipermercados. En la televisión aparecen anuncios de comidas para gatos. En las revistas vienen gatas elegantes o gatos chulos, retratados a todo color, con cara de contentos y satisfechos: anuncian comidas secas o delicias de latas de alimentos elaborados para ellos.

Hablan muy bien de la sensibilidad de una sociedad estas industrias alimentarias para gatos. Esos estantes llenos de comida para gatos, de arena para los cajones sanitarios de los gatos, de camas para gatos, rascadores para gatos y juguetes para gatos dan la razón a Bernard Shaw: «El hombre es civilizado en la medida en que comprende a un gato.» Y que se gasta un dineral intentando comprenderlo. Y se la dan a Brigitte Bardot: «Por supuesto que se puede querer más a un gato que a un hombre. De hecho, el hombre es el animal más horrible de la creación.»

Los gatos han dejado de pertenecer al Tercer Mundo de los cubos de basura y han accedido a la sociedad de consumo. Mil Rayas, si comía pescado, eran las raspas, pellejos y cabeza del que nos tomábamos nosotros. En el mejor de los casos, mi madre le compraba en el mercado un puñadito de jureles, el pescado más barato; o, todo lo más, de boquerones. Ahora esos pescados son exquisiteces de los restaurantes. En un restaurante especializado en pescado, el metre me lo ofreció el otro día:
—Le voy a poner unos jureles fritos, riquísimos. Eso era lo que antes se decía un pescado de gato, pero ahora son una exquisitez, porque apenas se encuentran.

Los gatos están instalados en su propia sociedad del bienestar y ya no quieren ni el pescado de gatos. Lo desprecian. Nosotros nos tenemos que comer el pescado de gato. Ellos se relamen con sus latas de comida húmeda, ¡qué universo de refinamiento culinario, sin necesidad de placa de vítrocerámica ni de microondas! Los bocaditos de pollo y ternera, la mousse de salmón y trucha, la terrina de hígado y cordero... Un estante de comida de gatos en un supermercado es bastante parecido a la enumeración de menús de los restaurantes de la Guía Michelín.

Lo que me extraña bastante es que si dicen que a los gatos lo que más les gusta es cazar ratones, ¿cómo a nadie le ha dado por fabricarles comida de lata con sabor a ratones?

Estos gatos consentidos comen todos de cinco tenedores. Aunque les venga mal para la línea. Eva la Veterinaria nos advirtió de los peligros de las latas cuando le comentamos que le encantaban aquellas primeras de «Gatitos, Gatitos» que le compramos y que se comía relamiéndose:
- La comida húmeda de lata es muy grasa y les hace trabajar mucho su higadito...

Remo debe de tener un hígado a prueba de bombas. ¡Claro, como no se va de copas, y como no bebe güisqui con soda ni tónica con ginebra, ni siquiera cerveza, pues tiene un hígado a estrenar! Y contra lo que dicen los manuales gatescos, pasa sin el menor esfuerzo de la nieve al trigo, del pienso seco a las comidas de lata. O a sus huevas de merluza o de bacalao, frescas, que es su verdadero manjar de dioses egipcios. Un día que Isabel las estaba haciendo a la plancha, notamos que el gato no se apartaba del fogón de la cocina, hasta que en un descuido le echó mano a una hueva y, caliente y todo como estaba, se la comió con ansia en un rincón. Huevas precisamente a la plancha. Como nos tiene dominados, le compramos más huevas, e Isabel se las hizo cocidas, recordando yo cómo mi madre le hacía los jureles a Mil Rayas. No crean que le hizo mucho caso a las huevas cocidas. Se las tomó, sí, pero como haciéndonos un favor de mera educación gatuna, por no dejar plantada la comida a la señora que lo invitaba. Las siguientes huevas y las otras, y hasta las que se ha tomado ayer, se las hicimos de nuevo a la plancha y mostraba ante ellas una rara complacencia de lomo arqueado y rabo completamente tieso y levantado, presentando armas.

De momento no nos ha exigido mayonesa para las huevas, aunque todo se andará.

Mas como omnívoro que es, no crean que tras estas fiestas patronales de las huevas a la plancha, o del pulpo, que también le encanta, crudo y bien troceado, hace luego ascos a la comida seca de su dieta habitual. Aunque sea comida seca baja en calorías, porque como buen gato de la sociedad posindustrial del bienestar también debe tomar sus precauciones de báscula. No hay nada más feo

que un gato gordo y barrigón, que un obeso gato. Por mucho que coma, Remo conserva la línea. ¿No la va a conservar, si no para en todo el día de hacer ejercicio de saltos y carreras? Le pasa como a todos los gatos, que llevan esa ventaja sobre los hombres, que se acerca bastante al ideal de belleza gatuna. Lo he observado en los anuncios de productos de belleza, de vestidos, de modas para las señoras. Vienen en la publicidad unas modelos estilizadas y delgadas, hermosísimas, que no tienen nada que ver con las señoras gordas que vemos en la parada del autobús o de tiendas. A los hombres que aparecen en la publicidad les pasa igual. Anuncian la colonia, el jabón de afeitar, los pantalones vaqueros con unos muchachos con el estómago pegado a la espalda, atléticos, guapetones. No tienen nada que ver con el oficinista barrigudo que compra esos productos. En cambio los gatos igualan quevedescamente con la belleza de su vida el pensamiento de la imagen de sus productos alimenticios. Remo es bastante parecido a los gatos que vienen retratados en los envases de pienso seco. Todas las gatas son bastante parecidas a las gatas «top models», a las gatas como de «Marie Claire» o de «Cosmopolitan» que vienen en las etiquetas de las latas de deliciosa comida húmeda.

El sibaritismo de la comida no se corresponde con la bebída. De momento no nos ha exigido vino en las comidas, ni es un ordinario gato americano que coma con cocacola. Le basta y le sobra con el agua. Que ha de ser limpia y fresca. En cuanto hay una mota de comida seca que ha caído en el bebedero y se ha esponjado en su líquido, no bebe ni gota. Dicen que los caballos sólo beben el agua que esté muy limpia, transparente. Los gatos les ganan. Son más exigentes todavía para el agua que los caballos. De milagro no nos pide agua mineral. Sin gas. Porque una vez metió su hocico en un vaso donde Isabel tomaba agua con gas, ¡y pegó un salto enorme al sentir las cosquillas de las burbujas en sus narices!

Como un aragonés con la bota o un castellano con el porrón, a este gato andaluz de la Bética romana le encanta beber a morro en el grifo del fregadero de la cocina. De un salto se encarama allí y olisquea el grifo con su naricilla. Señal cabalística de sus preferencias, que sabemos significa que quiere que le abramos el grifo a caño libre. Aun cuando tenga agua de sobra en su bebedero, le encanta lamer con su lengua áspera el agua que sale, fresca, del grifo, aun en pleno invierno. Le resulta divertido hacer cabriolas y equilibrios para conseguir el agua del grifo, encaramado entre los dos senos del fregadero de la cocina, más que tomarla tranquila y monótonamente de los dos senos de su rojo bebedero.

Y le pega tales lametones y lengüetazos al caño libre del grifo, que con la fuerza que trae el chorro del agua, se salpica todo y se pone la cabeza completamente mojada. Con un movimiento enérgico, se sacude el agua.

No lo han descubierto aún los estudiosos de los gatos, pero suponemos que se trata de la ducha de este gato tan limpio, que no sólo le gusta que lo bañemos, sino que se ducha por su cuenta con el pretexto de beber a morro en el grifo.

Porque cuando ya está bien bebido y bien remojado, después de sacudirse con un fuerte desplazamiento de cabeza, se baja del fregadero y se pone a secarse a conciencia, solemne y parsimoniosamente.

Con la absorbente toalla de baño de su lengua.

El viejo cazador

Aquel día que salimos a almorzar con unos amigos dejamos a Remo, como solemos, encerrado en los aposentos privados de su terraza y del cuarto donde tiene su cuna. Algo que no nos perdona, que lo dejemos solo y además que lo encerremos, con lo que no tiene la menor posibilidad de que a la vuelta nos demos cuenta de sus infinitas habilidades para tumbar portarretratos, para quitar cojines de los sillones o para meterse en un armario y ordenarlo a su modo y manera, esto es, sacando todos los jerséis de lana y todas las corbatas, o dedicándose a poner la ropa interior de Isabel donde él cree que debe de estar: en el pasillo. Todo gato con señora en casa sabe que las mujeres están pero que muy equivocadas. Que el lugar más adecuado para tener los sujetadores es el pasillo. Los gatos, aparte de mujeriegos, son fetichistas. No hay nada que les guste más que un sujetador de señora. Sí, hay algo que les gusta más que el sujetador en sí, que el fetichista olor a su dueña: colocar esa prenda donde ellos creen que debe estar. Y una vez ordenado el armario y puestos los sujetadores donde ellos creen que corresponde, meterse dentro del armario. Remo se mete en los armarios y se queda allí quieto, entre lanas, calentito. Cuando uno menos lo espera, abre un armario, ¡y el gato que le salta! Otras veces se mete en su paraíso del armario sin que nos demos cuenta. Por las mañanas, cuando me estoy vistiendo, se viene a mi cuarto y me observa muy fijamente. Sabe que la corbata es ese añadido de seda que los hombres nos anudamos al cuello para que antes el gato de la casa pueda juguetear a modo. Sabe que los calcetines están sobre la cama no para que nosotros nos los pongamos, sino para que ellos se los lleven en la boca. Vestirse con gato al lado es un deporte que merecería la calificación de olímpico, porque cuando has conseguido que te devuelva el calcetín que se llevó es cuando adviertes que ahora lleva en la boca el cinturón. Y que cuando, finalmente, te vas a poner la chaqueta que tienes sobre la cama, no hay en el mundo edredón más calentito ni colchón más mullido que tu americana. A los gatos les encanta acostarse sobre la chaqueta que nos tenemos que poner para que así, si ellos son de pelo largo y nuestra chaqueta es azul marino, todos los amigos puedan saber que tenemos un gato en casa.

Un gato que cuando estabas vistiéndote andaba dando vueltas por allí, deseando que te quedaras en pijama todo el día, y del que nunca te acuerdas cuando vas a cerrar el armario. Sólo al cabo de las horas oyes un lejano maullido, muy triste y continuado, por la casa. No ves al gato por ningún lado, y te gustaría tener sus orejas orientables y su capacidad de captación de ruidos para saber de dónde procede aquel SOS en forma de tan triste maullido. Hasta que por fin te acuerdas de que cuando te estabas vistiendo el gato andaba por allí, tratando de impedírtelo. Vas al cuarto de dormir, abres el armario, y no falla: ¡allí está el gato!

Que naturalmente ha tenido todo el tiempo del mundo para ordenarte según su criterio todo el interior del armario, hasta que, terminada la faena, se ha puesto a maullar para que lo saques, porque ya no le divertía aquello absolutamente nada.

Para evitarnos estos ordenamientos de armarios lo dejamos encerrado cuando salimos. Nunca nos lo perdona al llegar, qué le vamos a hacer. Así hicimos aquel día que salimos a almorzar. Al volver, ya avanzada la tarde, esta vez no nos recibió con el infinito desprecio con que nos paga sus prisiones, sino que nos miró con ojitos de satisfacción y desafío.

Tanto la terraza como su cuarto estaban llenos de plumas. Plumas grises, cenicientas, por todo el cuarto, por la terraza, sobre los cuencos de su bebedero. Isabel fue la primera que entró y lanzó un grito:
- ¡Qué asco, Remo ha matado un pájaro y se lo ha comido!

Remo me miraba y me decía que tenía una dueña que no lo comprendía, ni cuando le ordena los sujetadores ni cuando vuelve al circo romano de su pelaje, gladiador de pájaros en la Farsalía de los árboles. Remo, que sabe que en estas cosas lo comprendo mejor que Isabel, me decía que había cumplido con el artículo Io de la Constitución de los Gatos, que dice que todo gato que tenga a su alcance un pájaro debe matarlo inmediatamente para que vean que efectivamente es un gato, ¿o qué se habrán creído estos señores?

De las plumas del pájaro quedaban todas.

De la carne del cuerpo del pobre pájaro, nada.

Remo se había afirmado en su condición de carnívoro, por lo que evité que Isabel entrara a contemplar el escenario de la lucha que había tenido el pobre con el pájaro, más desgraciado todavía, que se había llevado la peor parte. Por toda la terraza había rastros sanguinolentos de trozos de aquel pájaro inexperto que no tuvo la precaución de advertir que en aquella terraza había un gato dispuesto a afirmar su personalidad a cualquier precio.

Tomé una escoba y barrí como pude todo aquel plumerío. Cuanto más se barría, más iban las plumas de un lado para otro, y Remo jugando con ellas, como refocilándose en su hazaña venatoria. Y se metía en su cuna, toda llena de plumas, como la huella de dónde habría llevado al pájaro en su boca, como absoluta posesión, una vez que le dio caza.

Luego tomé una fregona y limpié con torpeza los reguerillos rojos de la sangre del pobre pájaro.

En un rincón me encontré, qué espanto, el pico del pobre pájaro.

Remo estaba decidido a que no lo tuviéramos por blandengue gato de piso y en nuestra ausencia había decidido preparar el espectáculo de su fiereza para que nunca pensáramos tal cosa.

Lo más espantoso de cómo quedaron los aposentos privados de Remo tras su solitaria lucha con el pájaro despistado fue aquel sanguinolento pico en un rincón.

Los gatos no son omnívoros como dicen.

No comen picos de pájaros.

Este gato habla latín

Su terraza es la terminal desde donde despegan continuamente los vuelos de sus infinitas ansias de viajar con el pensamiento. Remo se pone en la terraza y se queda allí las horas muertas, agazapado y pensativo, ante la vida de la Naturaleza. Parece que, complacido y Narciso, está recitándose a sí mismo el poema «A un gato» de Jorge Luis Borges:

No son más silenciosos los espejos
ni más furtiva el alba aventurera;
eres, bajo la luna, esa pantera
que nos es dado divisar de lejos.
Por obra indescifrable de un decreto
divino, te buscamos vanamente;
más remoto que el Ganges y el poniente,
tuya es la soledad, tuyo el secreto.
Tu lomo condesciende a la morosa
caricia de mi mano. Has admitido,
desde esa eternidad que ya es olvido,
el amor de la mano recelosa.
En otro tiempo estás. Eres el dueño
de un ámbito cerrado como un sueño.

Remo, con su mirada, es el dueño de los pájaros que vuelan o se posan sobre los alambres de los tendederos de las azoteas de las casas cercanas. Los atardeceres son la larga contemplación de los árboles florecidos de cantos de pájaros. Quizá les hable a los pájaros. Con su silencio. Remo me ha enseñado que el silencio es una forma de expresión como otra cualquiera. Bellamente menos ruidosa. Los enamorados se dicen muchas cosas sin necesidad de palabras. El gato, si nos quiere, también nos dice muchas cosas sin palabras. Sus gracias, travesuras y di-vertimentos son como infinitos chistes sin palabras que nos arrancan una sonrisa. Los gatos son dueños de sus silencios y gracias a que no hablan nunca llegan a ser, como los hombres, esclavos de sus palabras.

He llegado a comprender perfectamente lo que Remo me quiere decir con sus silencios, entre maullido y maullido. Remo ha aprendido a callar, cosa que muchos hombres no logran en toda su vida. Remo es la perfecta explicación de las palabras de Paul Morand: «Los gatos son incomprendidos porque no se dignan explicarse: son enigmáticos únicamente para quien ignora la potencia expresiva del mutismo.»

A Remo, en la música callada de la partitura de sus silencios, no se le quita del pensamiento aquel primer pájaro que mató, lo cual fue una fácil victoria a domicilio: el pájaro se le entró en su cuarto, no tuvo que salir a buscarlo por los árboles a los que un gato sabe siempre cómo subir, pero nunca cómo bajar sin que haya que llamar a los bomberos.

Decepcionado porque no puede cazar esos pájaros, Remo está muchas veces tan contrariado que coge moscas.

Literalmente.

Pero coge moscas como nosotros: con las manos. Está quieto, observando su presa que revolotea y de pronto, pega un salto y en el aire, con una agilidad increíble, da como una palmada en el vacío, juntando sus dos garras.

De puro milagro no nos pide un matamoscas para cazarlas.

Porque nunca le he visto que dé la dentellada sobre la mosca, ni el zarpazo con una sola pata. No. Siempre es a palmadas. Iba a decir que como aplaudiéndose a sí mismo de lo bien que coge las

moscas. Pero no está para aplaudirse ni para que lo aplaudamos. Así debe de ser dificilísimo para un gato coger moscas.

Por eso se mosquea.

Y bastante. No maulla, en ninguna de sus modulaciones infinitas, cuyo código expresivo cualquier dueño de gato aprende a traducir, como si hubiera un Método Assimil para Comprender a los Gatos o un Diccionario Español-Gato, Gato-Español. Según el maullido, sabemos si el gato quiere llamar nuestra atención, que le abramos la puerta para ir a su cajón sanitario, que abramos la alacena donde tenemos las latas de su comida húmeda, o quiere sencillamente que le dejemos tranquilo durmiendo su larga siesta, porque somos unos pesados con tanto acariciarle. Porque no tenemos en cuenta lo que observó el conde de Rivarol: «El gato no nos acaricia, se acaricia con nosotros.»

Los gatos pueden, digamos, vocalizar en torno a cien sonidos diferentes, mientras que los perros sólo diez clases de ladridos. Hay que echar, pues, muchas horas junto al gato para licenciarse en Filología Felina y llegar a comprender lo que quieren decirnos con esas inflexiones de su maullido. O con sus bufidos, cuando arquean el lomo en señal de defensa, se les erizan los pelos del rabo asombrosamente y sacan sus dientes y sus zarpas.

Pero con las moscas, contrariados, los gatos hablan. Emiten voces gruñonas, nerviosos, excitados, frustrados al no poder darles caza.

Esto de los gatos habladores se lo había oído a las hermanas Pombo, que me contaron que en Santander, en casa de un familiar que acababa de fallecer, estaban en el velatorio cuando llegó la criada asustada:
- ¡Señora, corra, venga usted, que el gato está en la cocina y ha roto a hablar!

Ya lo creo que los gatos rompen a hablar. Es más: estoy convencido de que los gatos hablan perfectamente. Lo que ocurre es que son tan egoístas y tan peseteros que los muy ladinos sólo lo hacen cuando lo exige el guión.

Y después de cobrar, claro. Los gatos cobran bien cara la exclusiva de hablar: sólo las grandes productoras cinematográficas y los grandes grupos de la industria de la comunicación pueden permitirse el lujo de pagarles el dinero que exigen. Por eso los gatos solamente hablan en las películas, en las tiras cómicas y en los dibujos animados, cuando les han hecho un contrato en tiempo y forma como Tom, Félix, Garfield o los Aristogatos.

Como a Remo le pagamos tan bien en especie y corremos generosamente con todos sus gastos de manutención, alojamiento y sanidad, se digna hablar ante nosotros, para dejar a Laura por embustera, pues en sus continuos piropos mañaneros le dice:
- A este gato nada más que le falta hablar...

Iba un día a decirle a Laura que a Remo le pasa como a aquella perfecta escultura de San Bruno, de la que siempre dicen los guías turísticos que la enseñan que si no habla es porque se trata de un cartujo. Pero más tarde supe que a Remo no le falta hablar. Porque habla. Rompe la regla de su silencio cartujano siempre y cuando haya una mosca que lo justifique. Para Remo la mosca es como el guión de Hanna y Barbera o de Walt Disney, o como el contrato con los estudios Universal o Columbia Pictures. Cuando hay mosca de por medio, habla.

Fue Isabel quien como aquella tata que nos contaban las Pombo lo advirtió:
- ¡Corre, ven, que Remo está hablando!

Hablaba obviamente con una mosca, la maldecía, porque no había forma de que pudiera cogerla. Emitía unos sonidos monosilábicos casi articulados, sordos, guturales, entrecortados. Casi más de pato que de gato. Remo dialogaba con la mosca, la insultaba, la atemorizaba con sus voces. Sonaban algo así como:
- ¡Túg, cuág, mág!

Isabel lo observó. Estaba el gato en su aguardo de la mosca sobre el cristal de su terraza, con la mirada fija en ella, sin dejar de seguir emitiendo aquellos refunfuñeos como de exclamaciones.

¿O serían tacos?

No me extrañaría que este gato tan educado y cortés, puesto en el trance de su contrariedad ante la mosca, dijera palabras malsonantes. Tacos. Es para decirlos, cuando no se puede atrapar una mosca. ¿No los decimos nosotros los humanos, cuando no podemos conseguir lo que para nosotros equivale a una mosca? ¿Por qué no han de decirlos los gatos? Probablemente el gato Tom, cuando no podía atrapar al ratón Jerry, maldecía rayos y centellas con estos mismos tacos que Remo le dedica a la mosca. Me parece que como las películas de dibujos animados son para niños, lo censuraban por malhablado y le hacían exclamar frases de admiración más políticamente correctas para un público infantil.

Pero hablar, lo que se dice hablar, Remo habla cada vez que lo exige el guión de su lucha con las moscas y su posterior frustración de no poder apresarlas como quisiera.

Cuando se mosquea con las moscas.

Isabel que lo vio allí, plantado en su terraza, sin quitar ojo a la mosca en el cristal y largando por esa boquita, dijo:
- ¡Este gato está hablando etrusco!

Le dije, en un análisis filológico de urgencia:
—De etrusco, nada... Lo que habla es una lengua de la península itálica, pero posterior en el tiempo. Como es romano, este gato está hablando en su idioma, que es el latín.

Remo, en efecto, por su condición de gato romano, habla latín.

A veces estoy por parafrasear al emperador Carlos: «Hablo en español a Dios, en francés a los hombres, en italiano a las mujeres... y en latín a mi gato.»

Aunque no fuera romano, es un gato tan listo que sabe hasta latín.

Con esa sabiduría y todo, a veces no consigue atrapar todas las moscas que quisiera.

En cambio sí acaba con todas las cucarachas que se le ponen a tiro. Desde que llegó Remo a casa gastamos bastante menos en insecticida. Hasta el punto de que cada vez que lo vemos enseñándonos la cucaracha con orgullo de cazador alardeando en el casino del pueblo de las piezas que ha cobrado, le digo a Isabel:
- A este gato le gusta tanto cazar cucarachas que más que Remo parece Baigón...

Y hormigas. En las raras ocasiones en que su lengua-friegaplatos deja restos de comida en el cuenco donde se la ponemos, acuden las hormigas a sus aposentos. En tropel. Las mata a zarpazos, prolija y concienzudamente. Las mira primero con mucho cuidado, las ve moverse, y, en el momento justo, ¡zas!, el zarpazo. Y cuando alguna se le resiste, viene a nosotros como en señal de protesta, gruñendo y maullando, casi tan mosqueado como cuando no logra atrapar a una mosca. Es como los clientes de los hoteles que bajan airados a recepción a protestar porque se han encontrado una cucaracha en el cuarto de baño. Remo nos protesta cada vez que encuentra una hormiga en su cuarto, caso de que no pueda matarla.

Tenemos suerte, porque hasta ahora no nos ha pedido el libro de reclamaciones para protestar indignado porque ¡en su cuarto hay hormigas!

Y si algún día las cosas van mal económicamente y no tengo posición para la comida de Remo, para la arena del cajón de Remo, para la veterinaria de Remo, para los caramelos de Remo y para la reparación de todo lo que Remo rompe en casa, gracias a estas aptitudes podré buscarle una buena

colocación. No en otra casa donde los dueños estén dispuestos a renunciar a su soberanía y ser colonizados por el gato, sino que le buscaré un empleo más fijo y seguro: de funcionario público. Como cazador de palomas. En muchas ciudades hay problemas graves con las palomas, que con sus excrementos destrozan la piedra de los monumentos. ¿Cagan más ahora las palomas que antes? No, es que ahora hay menos gatos que se las coman. Más que apresar palomas y poner redes y dispositivos eléctricos en las fachadas de los monumentos, tendrían que contratar gatos, hacer funcionarios municipales o de los departamentos de Patrimonio Artístico a ejércitos gatunos que lograran el equilibrio del ecosistema. ¿No ponen halcones de cetrería en los aeropuertos para que los pájaros no choquen contra los aviones? Pues habría que hacer reservas municipales, autonómicas y estatales de hermosos, lustrosos, solitarios, independientes gatos que metieran a las palomas en cintura.

Si el ayuntamiento contratase a Remo, descuiden, que no habría el menor problema de equilibrio ecológico con la natalidad disparada de las palomas.

Acababa con todas, como acaba con todo bicho volante que entra en sus territorios.

Las tres razas de hombres

Aparte de saber latín, como sabe también más que riján, que es gato sabiondo y filósofo rancio, las dotes de Remo para la psicología son infinitas. Quienes conocen bien al género humano no son los historiadores, ni los sociólogos, ni los psiquiatras, ni los antropólogos. Los que conocen bien de verdad a los hombres son los gatos. Igual que los hombres hablan de razas felinas, cada gato, y Remo lo hace, divide al género humano en tres grandes grupos:

1. Las maravillosas personas que adoran a los gatos.
2. Los humanos odiosos a los que no les gustan los gatos.
3. Los seres perversos que, aparte de odiar a los gatos, se atreven a decir que cómo se van a comparar con los perros, que donde esté un perro fiel, que se quiten todos estos gatos independientes, egoístas y atormentados. Los que piensan en el mejor de los casos como decía aquel personaje de Lucy Maud Montgomery: «A mí me gustan los gatos, pero nunca he tenido ninguno. Son demasiado exigentes, piden demasiado. Los perros no quieren más que amor, pero los gatos exigen adoración. Nunca han superado la costumbre de ser dioses en Bu-bastis.»

El gato utiliza la perfección de todos sus sentidos en el análisis de la Humanidad a efectos de su clasificación en uno de esos tres grandes grupos. Sus orejas como radares, sus naricillas como escáneres de control de equipaje de mano en aeropuerto, sus ojos como miras telescópicas, el GPS de sus bigotes, el banco de datos de la sensibilidad de las almohadillas de sus garras, todo lo utiliza para obtener y examinar la ficha policial de toda persona extraña que haya llegado a su territorio, y que hasta que no pueda demostrar lo contrario es altamente sospechosa de no gustarle los gatos. Cuando viene a casa un invitado que no conoce o una persona extraña, sea un amigo que llega a tomar unas copas o un mensajero que nos ha de entregar un paquete, Remo, con un solo golpe de vista y un elemental olisqueo, lo examina inmediatamente, saca sus consecuencias y lo clasifica en cualquiera de los tres grupos. Y obra en consecuencia, conectando inmediatamente con él si pertenece al primer grupo. Es un gato completamente consecuente con sus principios y su código de valores, pues sabido es que los gatos liberales-conservadores como el nuestro son ellos muy éticos y coherentes con su código de conducta.

Cuando Remo comprueba que a ese señor que llega no solamente no le gustan los gatos sino que además tiene un perro en su casa, lo que confirma oliéndole los zapatos, se acuerda inmediatamente de que fue dios en Egipto y le aplica el castigo máximo de su particular código penal: el desprecio. No es un gato vengativo. Otros gatos no católicos ni romanos, los gatos árabes de la justicia del ojo por ojo, a éstos que huelen a perros les hacen cuantas perrerías se les pasan por la cabeza. Empezando por la extrema crueldad de darles trato de gatófilos, que es lo que más puede fastidiar a un dueño de perro: que aquel gato asqueroso y peligroso, arisco, atormentado y solitario, dé un salto y se le siente encima... ¡a él, precisamente a él, que odia a los gatos! Tan cruel es este tormento chino al que los gatos perversos someten a quienes los odian, que a veces hasta logran que aquel amante de perros, que no sabe cómo quitarse el asqueroso gato de encima, les digan, con una voz que no puede disimular la falsedad de las palabras:
- ¡Anda, vete, gatito bonito!

Remo no atiende estos halagos. Desprecia a los objetores de gato aunque le llamen «gatito bonito». Sencillamente no los tiene en cuenta. En cuanto los ve entrar por las puertas, les retira los embajadores de sus travesuras y caricias. No cotizan en el Wall Street de sus pasadas de agradecimiento, no figuran en el Dow Jones de su cola levantada de contento. Y como psicólogo que es, tampoco se cree a las primeras de cambio de caricias las palabras melindrosas de los visitantes, al verlo llegar majestuosamente:
- Uy, tenéis un gato... ¡Me encantan los gatitos!

De sobra se huele que quienes dicen que les encantan los gatitos son luego los que no saben cogerlos, y les hacen daño en las patas. Remo les hace la suprema prueba del nueve: lanzarse sobre sus piernas. Escondiéndose tras un mueble, tras una planta de interior, tras una mesa, se

agazapa y se convierte en un instante en el relámpago de la velocidad de vértigo de un gato-tigre que se lanza sobre las piernas y los pies de los invitados. Convirtiéndolos en sus presas, el gato comprueba la veracidad de aquellos elogios sobre la raza felina que dijeron los invitados al verlo en su casa. Y así comprueba el pobre, no sin dolor, que hay señoras que se enfadan, las muy tontas y presumidas, si el gato cumple con su obligación y les hace con sus uñas una carrera en las medias:
- ¡ Ay, que este gato me va a romper las medias!

En tal caso, ante las quejas de la presunta amante de los gatos, Remo la mira, sorprendido e indignado ante su grito, como diciéndole:
- ¿En qué quedamos? ¿No decías que te encantaban los lindos gatitos?

¡Qué cuatro gatos!

Aunque estos amantes de los perros digan de vosotros los gatos tantas injurias, calumnias y difamaciones, tenéis en cambio, Remo, a la lengua de vuestra parte. La lengua española os trata mucho mejor que a los perros. La lengua es gatólatra y gatómana. Cuando la tarde está metida en agua, fría, desapacible, se dice que hace un día de perros, no un día de gatos. La gente lo sabe, y dice eso porque sabe que en esos días de borrasca sólo los perros, tontorrones, están por la calle, mientras vosotros andáis calentitos en casa, en vuestra capacidad infinita de resistir todo el calor de los radiadores de la calefacción y el fuego de las chimeneas, por muy cerca de ellos que os pongáis.

Me da la impresión, Remo, que los numerarios que a lo largo de los siglos han ido redactando las entradas del Diccionario de la Real Academia Española eran más amantes de los gatos que de los perros. O será vuestra ilustre raza literaria. Los perros son más de la pintura, pero menos de la literatura y del pensamiento. Los perros salen favorecidos en los cuadros de Corte, a los pies de un Rey, pero muy perjudicados en los usos de la lengua.

Por lo perversos y agresivos que son los perros. El mundo está lleno de letreros que advierten al hombre: «Cuidado con el perro.» En cambio, no se conoce lugar alguno, casa alguna, campo alguno, en cuya cancela ponga: «Cuidado con el gato.» El «Cave canem» de la Roma clásica no se correspondía con ningún «Cave felem». Y los gatos han sido además tan generosos que no han puesto nunca sobre el redondo agujero de sus gateras: «Cuidado con los hombres.» No se tiene noticia de que ningún gato haya matado a ningún hombre, frente a los perros que llaman asesinos, esos terribles de raza Rottweiler, esos Pitbull, esos pastores alemanes adiestrados para matar por unos dueños sin entrañas.

Mira otro ejemplo, Remo, y alégrate de ser gato y no perro: una acción perversa y aviesa, una jugarreta, es una perrería, nunca una gatería. Por el contrario, ganar la voluntad de alguien con halagos, para conseguir de él alguna cosa, es engatusar, si seréis diplomáticos para lograr todo cuanto se os antoja. Por los troncos de los árboles suben los monos, trepan los loros prensiles; cuando el hombre los imita árbol arriba, no «monea» ni «lorea», sino que gatea. Hasta Sebastián de Covarrubias, en su «Tesoro de la lengua castellana», habla de vuestras habilidades: «Gata, en la galera, es lo más alto del mástil y el subir allá se llama propiamente gatear.»

La lengua os concede, Remo, el máximo honor de la capacidad de ascensión... y tiene además la delicadeza de no mentar la soga en casa del ahorcado al no decir ni palabra sobre eso de que a menudo para conseguir que bajéis de ese árbol hay que llamar a los bomberos.

A cuatro patas andan los caballos, los perros, los toros, los leones. A cuatro patas anda media Arca de Noé y parte de la otra media. A pesar de ello, cuando los niños, en su aprendizaje del andar, comienzan a moverse a cuatro patas, no caballean, no leonean, no tigrean: se dice que se mueven a gatas.

Como pequeños gatos que son.

Covarrubias, gatófilo de la lengua, también os recuerda así: «Ir a gatas, ir tendido por el suelo, como van el gato o la gata para cazar al ratón.»

Y nada te digo, Remo, de vuestra superioridad ante todo lo negativo que la lengua asigna a los perros. Se deja a alguien tirado como un perro, no como un gato. De las mujeres ninfo-manas se dice que están salidas como una perra, nunca como una gata. Cuando se acosa a alguien, se le echan los perros, no los gatos. Un holgazán es un tío perro, no un tío gato. Perro es el hombre despreciable, no el apreciado gato. Muerto el perro, nunca el gato, se acabó la rabia. Los reprobos mueren como un perro, no como un gato. Los malos olores son a perros muertos, no a gatos difuntos. Tratar a alguien como a un perro es maltratarle, mientras el gato está de señor de la casa. Dar gatazo es engañar; vaya lo servido por lo comido, por el perrito caliente. De puro milagro se ha salvado el gato de ser comido en todas las hamburgueserías del mundo en forma de panecillo con salchicha, como gatito caliente.

Cuando se aumenta una noticia se hincha el perro, nunca el gato, veraz y exacto en su absoluta incapacidad para la falsedad y el disimulo. Porque los gatos tenéis tan buena prensa que con las carreras súbitas que dais cuando menos se piensa, quien tal hace sale a espeta perros, no a espeta gatos. Cuando nos proponen artificiosamente una cosa incómoda o desagradable decimos que a otro perro con ese hueso; no podemos desear que a otro gato con ese pescado, porque eso no lo querría ni el gato. La alabanza irónica de la abundancia se mide por ataduras de perros con longaniza, no de gatos con ristras de colas de pescado. Estar fuera de lugar es andar como los perros en misa, no como los gatos en la procesión de la marcha triunfal de Aida en el Egipto de los gatos divinizados y desde entonces endiosados.

No obstante, Remo, convendría que si esto leyere algún académico de la Española, tomara nota de la discriminación de género felino que sufrís en el Diccionario, y que tratara de remediarla. Pues mientras la definición del perro termina con su elogio, diciendo que «tiene olfato muy fino y es inteligente y muy leal al hombre», la del gato concluye con la ordinariez de vuestra utilidad, ya están los hombres intentando que los gatos sirvan para algo: «Es muy útil en las casas como cazador de ratones.» ¿Útil sólo como cazador de ratones? ¿Y no como ejemplar Monumento Vivo a la Independencia y como silenciosa Estatua de la Libertad? Lo mismo que las feministas piden una revisión del Diccionario para librarlo de expresiones machistas, los gatos, Remo, os deberíais dirigir a la Real Academia Española para que en sucesivas ediciones del Diccionario se diga de vosotros que por lo menos sois tan inteligentes como los perros y que en cuestión de olfato, Dios os dotó pero que mucho mejor que a ellos.

De paso, deberíais pedir a la Academia que cuando despectivamente se quiera indicar un conjunto de poca gente y sin importancia no se diga eso de cuatro gatos. Bastará con que sometáis a la consideración de los académicos cuatro gatos, para que vean qué cuatro gatos pueden ser a veces esos cuatro gatos: Williams, el gato de Charles Dickens; Tabby, el gato de Abra-ham Lincoln; Gris-Gris, el gato de Charles de Gaulle: o el que tenía en su casa Domenico Scarlatti y le inspiró para componer «La fuga del gato». Remo, cuando hables con un académico de la Española, dile que mejor que esta ofensa de los ilustrísimos y excelentísimos cuatro gatos aquí citados sería que el Diccionario se refiriese a los catorce ilustres gatos del cardenal Richelieu. En cuanto a Lincoln, di, Remo, la verdad de la Historia: que la bendita idea de la liberación de los esclavos la aprendió Lincoln del comportamiento de su gato. Y proclama, como me has dicho a mí una tarde que te llevé a ver a tus libres colegas gaditanos de los bloques del Campo del Sur, que los gatos abolieron la esclavitud para sí mismos mucho antes, pero muchísimo antes que las Cortes de Cádiz.

¿Y lo del gatuperio, dónde dejamos el agravio de gatuperio? ¿Por qué el embrollo, el enjuague, la intriga han de ser el gatuperio y no, por ejemplo, el perriperio, o el ratoniperio, o el galliperio?

Hasta a los niños chicos les infunden el odio al gato. Cuando un niño pequeño se queda callado y no habla, ¡ya salió el gato a relucir! Siempre hay quien hace la gracia a costa del gato, y le dice:
- Niño, ¿no hablas? ¿Te ha comido la lengua un gato?

Cuando de sobra es sabido que los gatos no comen lenguas de niño bajo ningún concepto. Ni el gato de Herodes comía lengua de niños.

Y más ofensas y desprecios que os hace la lengua, Remo, y que vuestros partidarios no estamos dispuestos a seguir aceptando sin que conste nuestra protesta, como aquí hago en tiempo y forma. Protesto contra el uso de vuestra higiénica y limpísima micción en el cajón de arena como sinónimo de fruslería o capricho, eso injustísimo que dicen: «Por la meada de un gato.» No saben que cuando un gato micciona es que no puede el pobre aguantar más, como cuando se le lleva de viaje y aguanta las horas y las horas en su transportín, sin querer ir al cuarto de baño ni decir que se pare en una estación de servicio, como hacen, sin ir más lejos, muchos señores con problemas de próstata y muchas señoras con carencias de retención. ¡Esos sí que hacen que el coche se pare ante un cuarto de baño por la meada de un gato!

Como gatos panza arriba deberíais luchar hasta conseguir que no se diga eso de «lavarse a lo gato», como si no os asearais tan concienzudamente que luego tenemos que daros el jarabe de malta contra las bolas de pelos que os tragáis con vuestro prolijo sentido de la higiene. Y que nadie repita sin saber la acusación de la dificultad de llevar el gato al agua. Es puro desconocimiento, Remo. ¡Pues no vais derechos y rápidos los gatos al agua ni nada cuando en esa agua se acaba de lavar el pescado o de desalar el bacalao! Como los políticos, padecéis el mal tan frecuente de que os saquen las frases de contexto. Como lo de que el gato escaldado del agua fría huye. Claro que el gato huye del agua fría. Y el hombre también huye, pero mira cómo no lo dice el Diccionario... Claro, porque lo han escrito los hombres, no los gatos. ¿Qué hombre no huye del agua fría la mañana en que ya debajo del chorro de la ducha comprueba con horror que se ha estropeado el calentador, que se ha cortado el gas o se ha apagado la llama del termo? O ese otro agravio de que gato con guantes no caza ratones. Ni ama de casa con los guantes de goma de la cocina puede enhebrar una aguja de su costura, ¿no te fastidia, Remo? Si los gatos hubieran escrito el Diccionario, otras serían las definiciones de muchas voces, giros y modismos.

No hay derecho a que cuando existen manejos ocultos se diga que hay gato encerrado. ¿Por qué no perro encerrado, o ardilla encerrada, o jirafa encerrada?

Y no sólo es el Diccionario. Es también el habla coloquial la que hace esta campaña de desprestigio de vuestra imagen. Aquí hasta el último gato desprecia al gato.

¿Y lo de los gatos en la barriga, Remo, dónde me dejas lo de los gatos en la barriga? Tú que eres un surrealista gato andaluz de la Bética romana, casi como el perro andaluz de Buñuel y Dalí, lo has oído muchas veces. Cuando alguien quiere decir de otro que tiene muy mal carácter e intenciones, exclama:
- Ese tiene gatos en la barriga.

E incluso llega a más, a la hipérbole meridional de:
- Ese tiene en la barriga hasta gatos por estrenar...

¿Y perros no tiene nadie? ¿Es que nadie tiene siete perros en la barriga, perros de presa, perros policías, fieros perros guardianes, perros asesinos?

Y el refranero también os maltrata a los gatos. ¿Por qué esa injusticia de afirmar que de noche todos los gatos son pardos, cuando de noche son también pardos los caballos, pardos los perros e incluso pardas las catedrales góticas si no tienen iluminación artística? O lo de que no hay que buscar tres pies al gato, sabiendo que tiene cuatro. Como tiene cuatro pies el perro, pero no se atreven a mentarle sólo tres, porque menudo bocado le pega el perro a quien a tal se atreva. O ese refrán terrible, que lo debió de acuñar alguien que odiaba a los gatos: «Gato que no caza, ¿para qué lo queremos en casa?» Como sólo alguien que no conocía la perfección de las almohadillas de sus patas pudo pensar aquello de que hasta los gatos quieren zapatos.

Pero con lo que es urgente que terminéis en cuanto constituyáis el Lobby Gatuno o el Grupo de Presión Felina o cuando oficialmente inscribáis en el registro el Partido Independiente de los Gatos Libres es con eso de dar gato por liebre.

Como si mi pobre Mil Rayas hubiera tenido la culpa de que se lo llevara el tío del saco...

El copyright y dos euros

Gracias a Remo he descubierto que los gatos tienen más sentido de la propiedad que el más avariento de los nuevos ricos. Los gatos siempre están dando su pelotazo, al conseguir de inmediato cuanto quieren hacer suyo e intransferiblemente suyo.

Al principio me cabía la duda de que quizá se comportarse tan egoístamente en su condición de gato nuevo rico, llegado a la inmensa fortuna de esta casa por un golpe de suerte al invertir en la Bolsa de elección de portal donde acudir maullando cuando estaba abandonado en la calle. Ni el más arriesgado inversor de Wall Street manejando información privilegiada hizo una operación de Bolsa tan afortunada como Remo en el bolso del gimnasio de Isabel aquella fría mañana en que acabó su abandono.

Luego he podido saber que todos los gatos tienen este sentido acusadísimo de la propiedad. El globo terráqueo no sólo está atravesado por los paralelos y los meridianos. También está cruzado de Sur a Norte y de Este a Oeste por millones de líneas invisibles: las señales indelebles e inadvertidas que los gatos han ido dejando para decir que aquello es suyo y exclusivamente suyo. El gato, pasando su cuello, su lomo o sus zarpas, señala todo aquello que le encanta. El gato marca su territorio arañando y dejando su olor en árboles u otros objetos, preferentemente sillones buenos, tapicerías caras o cortinas delicadísimas de seda. Sus uñas dejan arañazos visibles en los objetos más preciados de la casa o muescas invisibles en aquellos que no tienen ningún valor. Las glándulas odoríferas de las almohadillas de sus manos dejan su olor en todo aquello que les pertenece. El gato no sabe que en la casa no hay más gato que este gato, y por eso se asegura los títulos de propiedad, no vaya a ser que llegue otro gato o a esta loca le dé por recoger a otro minino abandonado en la calle y me quite esto que es mío y con lo que me lo paso tan bien.

Remo le tiene puesta ya a casi toda la casa su copyright.
Porque el gato es mucho más perfecto que el hombre en cuanto a su sentido de la propiedad. Los hombres, para que se nos reconozca una propiedad, tenemos que recurrir a notarías, registros, corredores de comercio, títulos, acciones, actas fundacionales, escrituras de compraventa, derechos de autor. Al gato le basta y le sobra con su propia huella.

Cada gato es registrador de la propiedad de sí mismo.

Cada gato lleva dentro un notario que levanta inmediatamente acta de cuanto le pertenece y le extiende al momento copia original de la escritura de propiedad.

A los gatos no llegaron nunca las teorías de Marx y Engels. Los gatos continúan en su sistema económico capitalista de acumulación de riqueza y de generación de plusvalías en provecho propio, sin el menor sentido de la solidaridad y mucho menos del reparto. Lo cual tiene sus ventajas. Gracias a este sentido capitalista de la propiedad que tienen los gatos no se han conocido en su especie a personajes tan siniestros como Lenin, Stalin o Fidel Castro. Ni en los más duros tiempos del período bolchevique consiguió Lenin colectivizar las propiedades de los gatos de San Petersburgo. Ni las purgas de Stalin acabaron con el sentido de la propiedad de los gatos de Moscú, los únicos que en la capital soviética eran dueños del lugar donde dormían. En cuanto a la Cuba castrista, ningún gato de La Habana Vieja se tuvo que exiliar a Miami tras el triunfo de la revolución de los barbudos ni tampoco mandó Fidel fusilar a ningún gato capitalista y contrarrevolucionario en el paredón de La Cabana. Para mayor ventura de los gatos habaneros, el dictador llamó gusanos y no gatos a los contrarrevolucionarios.

Remo, aparte de latifundista de sus inmensos cortijos de todos los cuartos de la casa, tiene también un sentido casi judío del dinero. Le encanta el dinero, el dinero físico. Como es tan elegante, desprecia quizá la ordinariez del plástico de la tarjeta de crédito, que hasta el momento no nos ha exigido que le saquemos.

Nos dimos cuenta una mañana en que Laura había ido de compras al supermercado. Isabel le dio un billete de veinte euros y la compra ascendió a dieciocho. Así ponía el ticket de compra que Isabel se

encontró sobre la mesa donde siempre deja las vueltas de la compra. Como todos los días, ajustó las cuentas con Laura:
- Laura, aquí pone que han sido 18 euros y recordará usted que le di un billete de 20. Le han dado mal la cuenta: faltan dos euros.
- No, señora, me los han dado de vuelta, dos euros. Los he puesto aquí con el ticket, como todos los días. Eran dos monedas sueltas de un euro, no una moneda de dos euros.
- Pues aquí no están esos dos euros...

Y se puso Laura a buscarlos por la cocina, por toda la casa, por si acaso los hubiera dejado en otro sitio. E Isabel igualmente los buscó, no por el valor de los euros, sino por los engaños con que suelen sorprender la buena fe de Laura los picarones del supermercado.

Las dos lo dejaron por imposible. Los euros de la vuelta del supermercado no aparecían por parte ninguna.

Hasta que a los dos o tres días, vino una mañana Laura al escritorio donde estaba trabajando:
- Venga, venga usted, que este gato es el más sinvergüenza del mundo...
- ¿Qué pasa, Laura, qué trastada ha hecho ahora Remo?
- ¿Usted se acuerda de que la otra mañana faltaban dos euros de la vuelta del supermercado, y que la señora y yo nos volvimos locas las dos buscándolo?
- Sí...
- Pues venga usted, que verá quién ha cogido los euros y dónde los ha puesto.

Laura estaba pasando la aspiradora a la alfombra de la salita y la había levantado. Y allí, debajo de un pico de la alfombra, junto con dos botones y un enhebrador de agujas, procedentes de un descuido de Isabel con su caja de costura, ¡estaban las dos monedas de euro! El capitalista Remo las había cogido de lo alto de la mesa, las había echado al suelo y las había guardado en esa propiedad como quien encierra una joya en una caja fuerte.

Mientras Laura me enseñaba la caja de caudales de Remo, el gato estaba sentado al lado, muy serio, allí mirando, con cara de alegría, como jactándose del capital ahorrado en sus requisas. Laura le decía:
- ¡Sinvergüenza, que tú eras el que te habías llevado los dos euros!

Desde que descubrimos que a Remo le gustaba el dinero más que a Onassis o a Rothschild, no le privamos de liquidez. A Remo no le puede faltar ni agua, ni comida... ni liquidez de dinero de bolsillo. Por eso le dejamos intencionadamente unas monedas de céntimos de euro, de 10, de 20, en el mismo lugar que aquellas tan buscadas de los dos euros de la vuelta del supermercado. Y comprobamos lo que había hecho, porque lo seguía haciendo. Se acercaba muy diligente, le daba a la moneda con su zarpa, la tiraba al suelo, la arrastraba junto a la alfombra y con suma habilidad la escondía debajo.

Ya estamos acostumbrados. Cada vez que pisamos una alfombra y notamos debajo de ella un objeto duro y circular, no tenemos la menor duda: se trata de la cuenta corriente de Remo.

Escuché a Laura decirle, en las conversaciones mañaneras que se trae con él durante su trabajo:
- Mira, Remo, como te gusta tanto el dinero, vamos a tener que abrirte en el banco una cartillita gatuna para tus ahorros.

Remo no ha descubierto aún las excelencias del plazo fijo y, a pesar de la recomendación de Laura, prefiere seguir guardando su dinero como las viejas, debajo del ladrillo, en el calcetín de su alfombra. No de cualquier alfombra, sino de esa alfombra de la salita. Bajo esa alfombra están sus fondos de inversión. Como dice Isabel:
- Este gato está poniendo esa moneda tan dentro de la alfombra que yo creo que ya hasta tiene fondos de inversión...

Con la ventaja de que aunque es un gato inmensamente rico en comodidades y millonario en aventuras, no tiene que presentar declaración de la renta felina ni del patrimonio gatuno. Eso sale ganando, porque hasta el momento no se ha descubierto que haya gatos que sean Ministros de Hacienda Gatuna ni que hagan demagogia electoral con la Reforma Fiscal Felina.

Nos encanta el juego de Remo con el dinero, y ya le dejamos adrede monedas, porque sabemos que las acaba ingresando en cuenta debajo de la alfombra. Cuando lo veo liado con una moneda y con el pico de la alfombra, le digo a Isabel:
- Ya está Remo haciendo sus gestiones de banco. Creo que tiene la cuenta en números rojos, porque ayer le quité cuatro monedas que tenía. Por eso está haciendo urgentemente un ingreso por ventanilla.

Y Laura le continúa con sus propuestas de alta política financiera:
- Remo, cuando me falte dinero en mi casa voy a tener que venir a pedírtelo para llegar a fin de mes.

Como Remo tiene una capacidad de endeudamiento infinita y a su libre disposición, Laura le inventa, como a cada momento, un nuevo apodo bancario y financiero a manera de piropo:
- ¡Anda, Centimito bonito, que gustan mucho a ti los céntimos y los euros! Si llegas a conocer las pesetas, lo que te hubieran gustado, pesetero...

Es completamente lógico que tenga este aprecio al dinero un personaje tan capitalista y con tanto sentido de la propiedad como nuestro gato. Como conservador que es y como capitalista liberal instalado de esta competitiva economía de mercado en que tiene que vivir, estoy convencido de que Remo, en verdad, se está haciendo debajo de la alfombra de la salita su propio plan de pensiones.
Para cuando le llegue la edad de su jubilación en la vejez gatuna.

Remo me saca de la televisión

Nos queda siempre la profunda duda de si nuestro gato nos reconoce como dueños. En el mejor de los casos, reconoce nuestra utilidad. Los gatos sirven para cazar ratones y los dueños les sirven a los gatos para darles de comer y cubrir sus necesidades. Aunque partidarios de la iniciativa privada, de la economía de mercado y de la competencia, los gatos cambian el liberalismo de su independencia por el Estado proteccionista e intervencionista de los amos a efectos muy concretos. Tan concretos como que les den de comer cuando tienen hambre o como que les dejen tomar de la cocina la mejor pieza de la comida que se está preparando.

Cuando Remo me reconoce más como dueño es cuando se le queda vacío de pienso equilibrado su cuenco de comida. Entonces llega donde quiera que esté, se pone a mis pies, me mira y me lanza un maullido característico, como si me dijera:
- ¿Qué clase de dueño de gato eres? Deja inmediatamente eso que estás haciendo y ponme comida. ¿No has visto que el cuenco está vacío?

A partir de ese maullido, guía mis pasos. Se dirige al armario donde sabe que está el saco de su pienso y la caja de latas de sus comidas. En una carrera perfecta de vueltas y revueltas. Por mucho que yo apriete el paso, el gato llega a su destino siempre antes que yo. Se queda allí al lado hasta que comprueba que, efectivamente, estoy cogiendo el frasco hermético donde le guardamos el pienso para que no pierda su aroma y su buqué gatunos. Y cuando ya me ve con el frasco en la mano, emprende a mi paso su camino hacia la terraza de sus aposentos donde está su comedero. Va dos pasos delante, pero como abriéndome camino. Si me detengo, él también se para, y retrocede a mirarme, insolente, como diciéndome:
- Venga, no te entretengas, ¿no ves que soy un gato muerto de hambre?

Pero en el momento en que llegamos a su comedero y le lleno de pienso seco su cuenco, en ese mismo instante, deja de reconocerme como dueño.

Remo se pone a comer como un desesperado y dice que no me conoce de nada.

En esos casos en que devora una comida con fruición, come sentado. Nada más que le falta que le pongamos una servilleta anudada al cuello para su festín. Si se le acerca uno en esos momentos importantísimos, aparta la cabeza del plato sólo por un instante y la vuelve, mientras se relame con su lengua, como diciéndonos:
- ¿Quieren ustedes hacer el favor de dejarme comer tranquilo?

Sabemos lo que le gusta una determinada comida a Remo por cómo se coloca para comérsela. Muchas veces, cuando rápidamente se acuerda de la comida y se va a su sitio para tomar el pienso seco equilibrado, se queda de pie mientras toma, nada, cuatro croquetitas. Le digo a Isabel:
- Míralo, está tomando el aperitivo en la barra, por eso no se sienta...

Cuando en cambio sabe que le hemos puesto sus platos preferidos, como lomos de merluza, o trozos de bacalao desalado, o sus huevas a la plancha, o su pulpo, llega a su comedero y se sienta con toda delectación, como si fuera un crítico de la Guía Michelín, a degustar aquello. Isabel me dice:
- Este gato es tan sibarita que cuando huele que le vamos a poner pescado, hasta reserva mesa en su restaurante. Míralo cómo está ahí de bien sentado, poniéndose como el Quico. No, si a este paso un día nos va a pedir comer a la carta...

Porque los perros comen, devoran, degluten. Los gatos desayunan, almuerzan y cenan. Y a veces toman la merienda y hasta el aperitivo.

El sonido de las croquetitas de la comida seca sobre el vidrio del frasco donde las guardamos repite en el gato las leyes animales de la campanilla en el reflejo condicionado del perro de Pávlov. Con sólo hacer sonar la comida dentro de su frasco, Remo se encamina inmediatamente, muy serio, hacia el lugar donde se la vamos a servir. Más que el olor de su dueño reconoce el sonido de la comida.

Remo solamente me ha reconocido como dueño aquella tarde que salí en televisión. Acababa de publicar un nuevo libro y me hacían una entrevista en directo en el plato de un programa informativo de sobremesa. Almorzamos temprano para ir al estudio de televisión, lo que alteró sus horas de animal conservador. Aunque era mucho antes que otros días, cuando vio que habíamos comido creyó que era la hora ritual de su siesta, que empezó a dormir en la salita, al lado del televisor, sobre su butaca preferida y sobre su cojín exacto. Isabel no vino al estudio de televisión a acompañarme, se quedó en casa para ver el programa. Gracias a ella supe luego cómo Remo me había reconocido como dueño. Terminado el programa, volví a casa y le pregunté a Isabel lo que se suele en estos casos:
- ¿Cómo ha quedado la entrevista sobre el libro?
- Muy bien, pero lo mejor de todo ha sido el gato...
- Si no he hablado una sola palabra del próximo libro sobre los gatos...
- No, es que te has perdido lo mejor. Mira, cuando empezó el programa, Remito estaba completamente dormido, profundo, en su sillón, con la música de fondo del sonido de la televisión, como a él le gusta. Pero cuando saliste en la pantalla y oyó tu voz, se despertó inmediatamente y casi sin desperezarse se puso muy serio y muy preocupado a mirar a tu sillón, porque le resultaba al pobre muy extraño que se oyera tu voz y tú no estuvieras sentado en tu sitio, sino ¡dentro de la pantalla del televisor! Y como no comprendía nada, me miraba muy fijo a mí, como preguntándome qué hacías tú allí, dentro del televisor, como los pájaros de los programas de «National Geographic» que él trata de cazar con su manita, o intenta sacar del televisor, que cree que es una jaula, yéndose a la parte posterior del tubo para ver si desde allí los saca. Remo veía que tú estabas allí, donde los pájaros, en vez de estar sentado en tu sitio. Y después ya fue para darle dos besos al gato: estuvo genial. Cuando comprobó que tú no estabas en tu sillón sino dentro de la tele, se fue para la pantalla, se puso como de pie ante ella, sobre sus patas traseras, y con las garras, ¡quería sacarte del televisor, el pobre, para traerte a su lado! ¡La de manotazos que le dio a la pantalla para sacarte! ¿Y tú te quejabas de que el gato no te reconocía como dueño? Mayor prueba de cariño que cuando te ha visto no podrá darte nunca.

O mayor prueba de querer que todo sea como tiene que ser y que todo esté como tiene que estar y como está siempre.

Con estos gatos conservadores nunca se sabe.

A lo mejor estoy equivocado, y me tiene tanto cariño y se preocupa tanto por mí que quería cuidar mi imagen: sacarme urgentemente con sus garras de aquel aparato de televisión a través de cual, como nosotros, tiene que soportar a veces tanta basura y tanta bazofia.

Sea como fuere, el mensaje era el medio para este gato a lo McLuhan.

El mensaje del cariño gatuno eran sus garras queriéndome sacar del aparato de televisión.

El Evangelio según los gatos

Nunca he podido comprender que hubiera un tiempo en el que estos deliciosos personajes fueran tenidos por demonios. Con razón Remo es tan librepensador y agnóstico, porque sabe que la Iglesia Católica tuvo mucho que ver con la satanización del gato. Aunque aún quedan curas de pueblo con sotana y con gato, la Iglesia siempre prefirió al perro. Todos conocen al perro de San Roque, que no tiene rabo, o a los perros que lamían las llagas de San Lázaro, pero no hay gato alguno que acompañe la iconografía de ningún santo, de ningún apóstol y mucho menos de Jesucristo. ¿Es que en Palestina, en vida de Cristo, no había gatos?

Quizá deba ser San Jerónimo el Patrón de los gatos porque, según la tradición inglesa, es el único que aparece con un gato en su escritorio. Así lo pinta Antonello da Messina en «San Jerónimo en su estudio», que pone en el gabinete del santo a un gato casero y orondo que vive su vida entre los libros de Jerónimo y del que habla el poema anónimo inglés:
St. Jerome in bis study kept a great big cat, it's always in bis pictures, witb itsfeet upon tbe mat. Did he give it milk to drink, in a little dish? When it carne to Friday's, did he give itfish?
I lost my little cat, I'd be sad without it; I should ask St.]eróme what to do about it. I should ask St.]erome, just because ofthat, for he's the only I know who kept a kitty cat.

Poema que yo, como devoto del gatuno San Jerónimo, me he permitido traducir de esta forma:

San Jerónimo en su estudio tenía un gato gordo
que está siempre en los cuadros, pintado bien orondo.
¿Le daba el santo leche a aquel lindo gatito,
la leche calentita de un pequeño platito?
¿he daba el santo al gato los viernes de abstinencia
el pescado que manda la Santa Madre Iglesia?
Si yo perdiera el gato estaría muy triste,
mas no diría a voces: «Gatito, ¿dónde fuiste?»
Porque el santo Jerónimo me echaría una mano
para encontrar al gato, a mi gato romano,
ya que a este santo bueno, le rezo todo el rato,
pues es de todo el Cielo el único con gato.

Hay que conformarse con el anglosajón San Jerónimo porque he buscado tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento y no he encontrado rastro alguno del gato. Quizá una sola mención, de lo más negativa: la amenaza profética de que los gatos «caerían como lluvia sobre las cabezas de los babilonios».

La mala prensa que tiene el gato porque no ha gozado de agentes de relaciones públicas que le dedicaran un libro, como Remo ahora, empieza en las Sagradas Escrituras. Noé entró en el Arca los animales según la orden de Dios: «Entonces Jeho-vah dijo a Noé: "Entra en el arca Tú, y toda tu familia, porque he visto que Tú eres justo delante de Mí en esta Generación. De todo animal limpio toma contigo siete parejas, el macho y su hembra; pero de los animales que no son limpios sólo una pareja, el macho y su hembra. De las aves del cielo toma también siete parejas, macho y hembra, para preservar la especie sobre la faz de la tierra. Porque después de siete días yo haré llover sobre la tierra durante cuarenta días y cuarenta noches, y arrasaré de la faz de la tierra todo ser viviente que he hecho"» (Génesis, 7: 1-4).

Mucho me temo que Noé, hombre de su tiempo, consideraba al gato como animal no limpio, como ser impuro... ¡con lo aseado que es el gato! Seguro que los perros, y los caballos, y los elefantes, y las vacas, le pusieron a Noé el arca hecha un horror pestilente con sus excrementos; porque, además, considerándolos animales puros, hasta llevaría siete colleras de cada uno, las siete colleras venga a hacer sus necesidades por allí en medio... En cambio el pobre gato y la pobre gata que Noé entró en el arca lo primero que hicieron al llegar fue buscar la arena que los catorce caballos y yeguas habían traído en sus cascos al entrar, y con ella hicieron un montón en un rincón para hacer sus cositas sin ensuciar nada...

Hay incluso una hermosa leyenda sobre el gato en el Arca de Noé, Esta leyenda cuenta que Noé, en el Arca, observó que los ratones se habían reproducido a un ritmo vertiginoso, poniendo con ello en peligro la duración de las provisiones embarcadas para, nunca mejor dicho, aguantar el chaparrón. Invocó entonces la ayuda del Señor, quien le indicó que debía acariciar tres veces la cabeza del león. Cuando Noé acariciaba al león, el rey de la selva estornudó, y de sus fosas nasales surgió una pareja de gatos que de inmediato se pusieron manos a la obra, acabando con todos los ratones del Arca y estableciendo de inmediato el equilibrio ecológico en la embarcación.

Si Dios es perfecto, como creemos, suma de todas las perfecciones, lo más probable es que le dijera esto a Noé, sabedor de que iba a crear los ratones allí mismo, quizá para subsanar un lamentable olvido en el momento de la Creación. Porque ¿cómo es posible que a Dios no le puedan gustar los gatos y que le dijera a Noé que eran animales impuros? Si Dios es la representación del Bien y de la Perfección, junto al Triángulo tenía que ser representado con un gato dormilón a sus pies. Dios no puede ser de esos seres perversos que odian a los gatos. El Bosco, Hieronymus Bosch, acertó a verlo perfectamente. Cuando en «El Paraíso» de su tríptico de «El Jardín de las Delicias» pinta a Dios en el momento de la Creación de Adán y Eva, junto a los animales recién salidos del divino horno pone un gato marroncito y rabilargo, feliz porque lleva un ratón en la boca. A Dios le gustaban tanto los gatos que no les prohibió fruta alguna del árbol del bien y del mal de los ratones y las ratas. Ese gato de El Bosco va muy señorón y feliz con su ratón en la boca, pasando por debajo del árbol de la fruta prohibida. Arriba están las manzanas que al poco tiempo habrían de suponer la perdición de nuestros primeros padres.

Y Durero, en «Adán y Eva», también pinta el Paraíso como en verdad tuvo que ser: con un dulce y pacífico gato, que es la antítesis de la serpiente dichosa que nos causó esta maldición de tener que trabajar incluso escribiendo libros sobre los gatos. Durero pinta un gato perfecto, que, al contrario que el hombre, no conoce el mal, y que se lleva divinamente tanto con el ratón como con el perro.
Como en el cuadro de El Bosco o en el óleo de Durero, Dios debe de tener en su paraíso pandillas de gatos buenos para acariciarlos y, si se portan bien, darles de comer el pez que el arcángel San Rafael lleva en la mano, precursor de los anuncios de Whiskas y de Royal Canin. Si los antiguos egipcios creían que los gatos eran dioses, yo no llego a tanto, pero sí afirmo que a Dios le tienen que encantar los gatos, ya que Dios es tan buena persona como los gatos.

Porque todo gato es muy buena persona.

Lo que probablemente le pasa a Dios en materia gatuna es como suele decirse de los errores de los presidentes y de los jefes de gobierno: que la culpa no es de Él, sino de quienes le rodean. Dios se rodeó muy mal de profetas y evangelistas a los que no gustaban los gatos, que probablemente les daban patadas por las calles de la tierra de promisión y por las esquinas de Jerusalén, y por eso no hicieron ni mención de ellos. Porque, vamos a ver: aunque el Nuevo Testamento sea Verdad revelada, ¿quién se lo cree a pie juntillas, en la literalidad de su relato? ¿Cómo va a ser posible que Jesucristo hiciera el milagro de la multiplicación de los panes y los peces y al olor del pescado no acudiera un solo gato? ¿Cómo va a ser posible que Pedro, en su barca de pescador, no llevara un solo gato para comerse los ratones? ¿Cómo iba a ser posible que no hubiese gatos en la carpintería de San José?

Los monoteístas musulmanes lo tienen más claro, y en sus creencias ponen naturalmente un gato al lado del profeta Mahoma. Los que llaman Alá a Dios aseguran que Mahoma, su profeta, tuvo a lo largo de su vida muchos gatos, pero ninguno como su favorita, la gata Muezza. Cuenta la leyenda musulmana que en una ocasión en que la gata dormía sobre la manga de la túnica del profeta, Mahoma prefirió sacrificar su traje, cortándole una manga, antes que despertar a su adorada gata, adormecida en sus brazos. Los musulmanes sí que tenían unos profetas como Dios y Alá mandan...

La pintura ha tenido que venir, como un artístico evangelio apócrifo, a remediar estos errores imperdonables de las Sagradas Escrituras cristianas, redactadas por profetas que odiaban a los gatos y por evangelistas que preferían a los perros. Me creo más lo que muestran algunos cuadros que lo que cuentan los Evangelios. En la Ultima Cena seguro que tenía que haber un gato merodeando la mesa, a ver lo que caía. Ninguno de los evangelistas lo consideró digno de mención,

al contrario que Jaume Huguet, que naturalmente pinta al «Gato cazando durante la Última Cena», como tampoco falta un gato en «La Última Cena» que Cosimo Roselli pinta en la Capilla Sixtina.

Cuando el Ángel anunció a María el misterio de la Encarnación, la Madre de Dios seguro que tenía un gato en su casa, jugando además con la lana de la madeja con la que hilaba. Los evangelistas, que eran perrunos y no gatunos, lo ignoraron. Menos mal que Federico Barocci pintó un gato blanco y gris en su «Anunciación» o que Lorenzo Lotto, en la suya, representó al gato de la Virgen sobresaltado por la llegada del Ángel.

Si portentosa la Anunciación fue, no menos el hecho de que el ángel del divino aviso saliera indemne, sin que se lo comiera el gato de casa de María, el que no dejaba un ratón vivo entre las virutas de la carpintería de José, como prueba el gato pintado en «La Visitación» de Teodoro van Loon.

La Biblia gatuna está en la pintura, no en las escrituras. Charles Le Brun pinta un gato en «El sueño del Niño Jesús», confirmando nuestra tesis del gato de la carpintería de José. Como Leonardo, Murillo o Rembrandt no se olvidan del gato en la iconografía hogareña de la Sagrada Familia. El gato está junto a Jesucristo, a ver lo que cae en el banquete, en «Las bodas de Canaa» de Giuseppe Mazzuoli, o en «La comida en casa de Leví» de Veronés.

Hay que recurrir a la heterodoxia de evangelios apócrifos, falsos de toda falsedad, para encontrar la Verdad que nos imaginamos. En el portal de Belén, junto a la muía y el buey, tenía que haber gatos, y gatos se encontrarían San José y la Virgen en la huida a Egipto, de donde quizá trajeran uno para librar de ratones el taller del santo carpintero.

Si en la Palestina de Cristo estaban los romanos del Imperio de César, a la fuerza tenía que haber gatos, aunque no lo digan los Evangelios. Si andando el tiempo los caballeros cristianos que participaron en las Cruzadas trajeron a Europa desde Tierra Santa gatos de Palestina, a Jesucristo se le tenían que acercar los gatos. Por eso hay que imaginarlo rodeado de gatos, como en este hermoso pasaje de lo que pudo haber sido y no fue por culpa del olvido de los evangelistas:
«Jesús entró en un pueblo y vio a un gatito que no tenía dueño, y tenía hambre y Le gemía. El lo levantó, lo puso dentro de Su túnica, dejándolo reposar en Su pecho.

»Y mientras pasaba por el pueblo dio de comer y de beber al gato, que comió y bebió y Le mostró su agradecimiento. Y Él lo dio a una de Sus discípulas, a una viuda llamada Lorenza, que cuidó de él.

»Y algunos de entre la gente decían: "Este hombre se ocupa de todos los animales. ¿Son Sus hermanos y hermanas, para que les ame tanto?" Y Él les dijo: "En verdad, estos son vuestros hermanos de la gran familia de Dios; vuestros hermanos y hermanas, que tienen el mismo aliento de vida del Eterno.

»Y quienquiera que se preocupe por uno de los más pequeños de ellos, y le dé de comer y beber cuando pase necesidades, Me está haciendo esto a Mí; y quien intencionadamente permite que uno de ellos sufra necesidades y no lo protege cuando es maltratado, está permitiendo este mal como si Me lo hicieran a Mí; pues tal como hayáis hecho en esta vida, así se hará con vosotros en la vida venidera."»

Así debió de ser, así debió ser.

Jesucristo heredó el amor por los gatos del mismísimo Dios padre que los creó tan perfectos y tan divertidos.

La civilización es gatuna

Por esta falta de buena prensa, el gato no ha tenido en la Historia el lugar que le corresponde y ha sufrido interminables persecuciones. La última, la del automóvil que lo mata cuando intenta cruzar una carretera y queda el pobre allí destripado sobre el asfalto, pasándole por encima las ruedas de coches y más coches, sin que nadie se haya apiadado y lo haya dejado al menos acostumbrándose a su propia muerte en la serena soledad de la cuneta.

El gato ha estado tan errante y perseguido como el pueblo judío. Puede ser que la Historia de la Humanidad se hiciera a caballo. De lo que no me cabe duda es que la Historia de la Civilización la hace el hombre con un gato dormitando a sus pies, que según las culturas es un dios o es un demonio. Las grandes culturas pueden ser divididas en dos grandes grupos:

1. Civilizaciones esplendorosas y abiertas, con vocación de universalidad, que adoraban al gato, como el antiguo Egipto, la Roma clásica, la Inglaterra victoriana o la América de entreguerras.
2. Sociedades atormentadas y oscurantistas, cerradas sobre sí mismas, inquisitoriales y crueles, que veían en el gato la causa de todos los males, como la Europa católica de la Edad Media.

En la cuna de la civilización se encuentra siempre un gato. Los egipcios veneraban como dioses a los gatos y estaba prohibido matarlos, bajo pena de muerte. Como era un pueblo civilizado y refinado, cuando a un egipcio se le moría el gato, se afeitaba las cejas en señal de duelo. Esas actrices de las películas del Hollywood de los años 40 con las cejas depiladas y pintadas con un arco de maquillaje negro son en verdad antiguas egipcias que le guardan luto a su gato.

Allí en el antiguo Egipto tienen Remo y todos los Gatos sin Fronteras su Paraíso, su Génesis y sus primeros padres. El Adán y la Eva gatunos eran egipcios, porque dicen que sea cual fuere su raza, la mayoría de los gatos actuales son descendientes del antiguo gato egipcio (Felis lybica), que los romanos importaron a Europa, donde se cruzó con el gato montes europeo (Felis silvestris). Estamos refiriéndonos a los gatos domésticos en Egipto como si fuese ayer por la mañana, por lo que conviene matizar que nos remontamos al año 2500 antes de Cristo. Ayer por la mañana, vamos...

Tanto se quería a los gatos en el Egipto de los faraones, que los que salieron con los romanos fueron gatos sin papeles, gatos ilegales, gatos espaldas mojadas. Las leyes prohibían sacar del país a los gatos sagrados. Según estas leyes que prohibían su exportación, los ciudadanos del antiguo Egipto estaban obligados a que si se encontraban algún gato más allá de las fronteras de su país, debían llevarlo de vuelta a su patria. Matar a un gato se castigaba con la pena de muerte. Las familias poderosas hacían momificar los cuerpos de sus gatos fallecidos. En 1890, en Beni Asan, los arqueólogos descubrieron un antiguo cementerio de gatos en el que se llegaron a contar trescientas mil momias de gatos embalsamados.

A pesar de estas leyes y de que en Egipto no había cupo alguno de exportación de gatos, los marinos fenicios se los llevaban de contrabando. Las naves fenicias llevaban por el Mediterráneo el comercio, la cultura... y los gatos. Las legiones romanas cogían gatos egipcios, escultóricos gatos deificados, como los más preciados trofeos de guerra en su conquista del Nilo. Para los soldados romanos, los gatos simbolizaban la victoria. Había en Roma un Coliseo esperándolos para perpetuar su solemnidad sagrada. Si Cádiz fue fundada hace tres mil años es porque hace tres mil años que hay gatos en la orilla atlántica del Campo del Sur. Si Atenas fue grande, ocurrió gracias a los gatos que llegaron de Egipto en esa especie de baile de la escoba que es la historia de la civilización, en la que de una cuna de esplendor a otra cuna de esplendor los pueblos se van pasando el culto al gato.

Los gatos eran tan preciados que se vendían igual que otros tesoros de Oriente y, en la antigüedad, se encontraban a lo largo de toda la costa mediterránea. Para los antiguos griegos, el origen del gato se remontaba a Artemisa, diosa de la caza, que había dado vida al gato para poner en ridículo a su hermano Apolo, que previamente había creado al león para asustarla.

Los romanos fueron los primeros en introducir el gato en Europa. En Egipto habían aprendido con sangre a valorar al gato. Cuando César ocupó las orillas del Nilo en el año 47 a.C, los habitantes de Alejandría, que se sublevaron contra el invasor, lapidaron a un soldado romano que se había atrevido a matar a un gato. Aprendieron que con los gatos no se pueden gastar bromas, y que había que protegerlos y difundirlos. El avance del Imperio Romano por tierras de bárbaros fue la progresión del culto al gato, refinado, urbano y ciudadano, entre los toscos campesinos atrasados que hasta entonces no conocían otro animal de compañía que el perro.

Poco dura la dicha en casa del pobre, del pobre gato, y la felicidad de aquellos seres privilegiados cayó con el esplendor del Imperio Romano. Les esperaba la larga noche católica de la Edad Media, en que los gatos pasaron a ser odiados y temidos, perseguidos como instrumentos del demonio y compañeros favoritos de las brujas. Debido a sus hábitos nocturnos se creía que tenían trato con el diablo. Esta asociación del gato con la brujería fue culpable de muchos actos de crueldad hacia el gato a través de los siglos medievales.

Lo cierto y verdad es que los gatos venían muy mal acostumbrados y muy mimados de Egipto, y las legiones romanas, demasiado devotas de Marte, no les habían reconocido la verdadera dimensión divina que tenían. Los gatos se volvieron ariscos, independientes, introvertidos, solitarios. Cuando se aparearon con gatos monteses, los descendientes heredaron la sabiduría mística de los oscuros bosques europeos, tan diferentes del soleado desierto egipcio. Con el paso del tiempo, los gatos se fueron haciendo conscientes de cosas que no suelen revelarse a los humanos, y por esta razón ganaron la amistad de brujas y hechiceros. Su agilidad felina y su sentido del equilibrio les permitía viajar en las escobas de las brujas y bailar en los rituales místicos.

Eso fue lo que los perdió. Durante la Edad Media el dantesco oscurantismo antigatesco fue otro fantasma que recorrió Europa. Se alzaron las piras inquisitoriales para quemar a los heterodoxos y a los brujos. Y a sus gatos, especialmente si eran negros, en la doble injusticia de tener que sufrir doblemente, por gatos y por negros. En la Edad Media a los gatos les hicieron toda suerte de perrerías. El gato sí que empezó a sufrir tardíamente todos los terrores del milenio del año 1000, como en una película de Bergman. Desde el siglo xil se les empezó a relacionar con el paganismo y la brujería. Existía una creencia muy extendida que afirmaba que los brujos, y sobre todo las brujas, podían convertirse en gatos, y viceversa. En 1233, Gregorio IX declaró que los herejes adoraban al demonio en forma de gato, lo que dio lugar a una persecución que se prolongó durante siglos. A mediados del XIII, el renacimiento en Alemania del culto pagano a Freya fue suprimido, y sus seguidores fueron relacionados con gatos. El obispo de Co-ventry fue acusado de haber adorado a un gato negro, al igual que acusaban a los Templarios de venerar a los gatos, dignos, por otra parte, de toda veneración.

Empezaron a correr muy malos vientos para los gatos, que se llevaron la peor parte de la irracionalidad del purismo de la ortodoxia.

A los talibanes y a los absolutistas de todo tiempo les gusta mucho emprenderla contra los gatos y contra los liberales.

Los gatos son sus propios dueños, no conocen ni admiten amo ni señor, y esa altanería e independencia fue la que los perdió. Comprobaron entonces lo que andando el tiempo habría de escribir Théophile Gautier: «Es una labor muy difícil ganar el afecto de un gato; será tu amigo si siente que eres digno de su amistad, pero no tu esclavo.» ¿No era acaso señal de su satanismo que no obedecieran al hombre, hecho a imagen y semejanza de Dios? Ergo los gatos son siervos e instrumentos del demonio. Y lo que ahora nos admira del gato lo llevó directamente a su satanización. Sus maléficos ojos brillaban en la oscuridad: eso era obra del diablo. De noche abandonaban sus casas en las ciudades, y por las gateras atravesaban puertas y salían a los bosques: eran hijos de la oscuridad y de la iniquidad. En los cementerios había gatos: el espíritu de los muertos se había posesionado de los gatos. Con sus carreras, predecían tormentas y tempestades: los gatos corrían alocados porque eran ellos los que desencadenaban los elementos contra el hombre por obra del diablo.

Y como los gatos eran diabólicos, había que matarlos, ya que al cumplir los nueve años se transformaban en brujos poderosos. ¿Quién, si no el diablo, era el que les salvaba la vida cuando eran arrojados de lo alto de las torres de las iglesias y caían los diablos de pie?

«Anatema sit»: eso no puede ser más que brujería.

«A matar gatos se ha dicho, cuantos más, mejor.»

Lo dijeron hasta los médicos. Un ilustre galeno de Milán, Jerónimo Cardan, puso en guardia a los vecinos contra los gatos negros, crueles y audaces, argumentando que estaban llenos de humores que causaban melancolía en el hombre.

Como si no fuera lírica y hermosa la melancolía al lado de un gato dormilón...

Y se dispusieron a no dejar sobre la faz de la tierra un solo, diabólico gato de ojos brillantes en la noche. Existían recompensas en dinero por los gatos muertos, que eran quemados en la hoguera, e incluso en muchas ciudades había un día especial dedicado a este rito. La simple posesión de un gato, sobre todo si era negro, bastaba para acusar a una persona de brujería. En Alsacia se representaba al diablo en un carruaje arrastrado por un tiro de cuatro gatos negros. En Inglaterra, Francia y Alemania, en el día de Todos los Santos se iniciaban las fiestas populares con la quema de cajas y sacos llenos de gatos vivos. Los gatos fueron diezmados. En Escocia, los gatos eran empalados y asados vivos durante dos días, en una horrenda ceremonia llamada «La cena del diablo». En París, durante la noche de San Juan, se quemaban gatos vivos en presencia del Rey, hasta que Luis XIV prohibió estas hogueras. En las ferias de los pueblos se incluía el tiro al gato como entretenimiento: metían al gato en un canasto y había que atravesarlo disparándole flechas.

Como venganza, las ratas y ratones, a sus anchas, invadían las ciudades.

Hubo de pasar mucho tiempo hasta que los gatos convencieron a los hombres de que no eran instrumentos del diablo, sino fuente de vida, de serenidad, de talento. La valía de los gatos como depredadores fue reconocida a mediados del siglo XIV, cuando una plaga originada por ratas, conocida como la Peste Negra, atacó a las ciudades europeas. Debido a este masivo exterminio y persecución de los gatos, la población felina disminuyó considerablemente en Europa y en cantidad proporcional aumentó la de ratas. Las prolíficas ratas trajeron la desgracia a Europa: sus pulgas transmitían la peste, que exterminó a casi un tercio de la población de la época. Hasta que vieron que donde quiera que había un gato, un malvado gato, un demoníaco gato, no había ratas ni entraba la peste.

Fue así como los gatos se salvaron a sí mismos y, clásicos y grecolatinos, pudieron conocer la llegada del Renacimiento, una época dorada para ellos. En la Italia del Renacimiento casi todo el mundo tenía un gato, desde los miembros de las casas reales y sus sirvientes hasta el campesinado. La costumbre de tener gatos en casa se extendió después por el Cercano Oriente, y mientras en China los gatos eran considerados como portadores de buenos presagios, en la India, el gato también fue elevado a la categoría de dios.

En la India los gatos tenían un importante papel en ceremonias religiosas y ocultas. Si los ingleses añadieron la India a su Imperio, supongo que fue fundamentalmente porque habían oído que allí los gatos eran tratados a cuerpo de Reina Victoria. Los monjes budistas criaban gatos sagrados. En América del Sur los incas rendían culto a los gatos sagrados, que son representados en las obras de arte precolombino de Perú, lo que demuestra que los españoles del Descubrimiento y Conquista llevaron a América el caballo, pero que cuando Colón desembarcó en la isla antillana de Guanahaní ya estaba allí un gato esperándolo, a ver qué caía de «La Pinta», «La Niña» y la «Santa María». Los gatos continúan siendo adorados en países como Tailandia o China. En Japón, el palacio de Kioto abrió sus puertas en honor de una gata blanca que acababa de parir cinco preciosos gatitos de igual pelaje. Corea debería aprender de estas otras gatófilas culturas asiáticas.

Odio a los coreanos cuando he sabido que tienen en el gato la base de su cocina tradicional. En Corea del Sur, los gatos son criados para su consumo en granjas, dentro de jaulas mugrientas y repletas, apretujados. Como si esto no fuera suficientemente malo, son violentamente golpeados antes de ser degollados para elevar el flujo de adrenalina que es reclamado para incrementar el sabor de la carne y, supuestamente, aumentar la virilidad de los hombres que los comen. Los pobres gatos coreanos son hervidos vivos en ollas a presión para extraerles su jugo para el uso en tónicos. La Sociedad Real para la Prevención de la Crueldad contra los Animales y la asociación People for the Ethical Treatment of Animáis (PETA) han informado que los gatos coreanos son puestos en agua hirviendo dentro de esas ollas mientras aún se encuentran vivos.

¡Así son tan malvados los coreanos en las películas de Kung Fu! ¿Qué puede esperarse de quien se come a un pobre y pacífico gato tras asesinarlo en una olla de agua hirviendo? ¿Cómo puede haber en nuestros días esos crueles regresos a la Edad Media?

En el siglo XVII el gato recupera su prestigio. La Humanidad le encuentra, ay, utilidad, para mantener libres de ratas las ciudades, libres de ratones los graneros y los barcos. Gatos marineros que recorren el mundo en galeones de descubrimiento y conquista, llevando la civilización en sus ojos, tan profundos como el mundo que se va ensanchando. Gatos de la Armada de Su Majestad Británica, invencibles gatos de Felipe II, gatos holandeses y comerciantes. El gato se gana un lugar a la lumbre y una raspa de pescado en la cocina. Ha dejado de ser el brujo inquietante para convertirse en el compañero apacible del hogar. En 1630 son pocas las familias de Londres que no tienen un gato, como relata Daniel Defoe.

Hasta su glorificación por el cardenal Richelieu el gato, ya libre de estos maleficios y persecuciones, no encuentra la plenitud de su grandeza. Se hace animal de Corte por vez primera, conoce la cercanía del poder, por la que los perros realengos y palaciegos andaban desde siempre como por su casa. Ri-chelieu les dio lustre social y cortesano a los gatos, a Gatos sin Frontera podíamos ponerle también de nombre Asociación Cardenal Richelieu. Armand Jean du Plessis, más conocido como cardenal Richelieu, ministro de la Guerra del rey Luis XIII, debe pasar a la Historia como el gran defensor de la bondad del gato. Aunque Richelieu se distinguió también por su persecución de las brujas, fue un enamorado de los gatos, a pesar de seguir estrechamente relacionados con el mundo de la hechicería en la mentalidad supersticiosa popular. Richelieu llegó a tener catorce gatos, que vivían en un cuarto vecino al suyo. Siempre quería tener a mano a un gatito pequeño, que cuando crecía era reemplazado por otro de pocos días. En su testamento legó una importante suma a los gatunos y a sus dos cuidadores, además de una casa y provisiones, pese a lo cual no le sobrevivieron durante mucho tiempo, ya que la Guardia Suiza realizó una auténtica carnicería entre ellos. Entre los gatos del cardenal se contaron Soumise, la favorita; Mounard el fogoso, un felino caprichoso y pendenciero; Gazette; Ludovic el Cruel, gran cazador de ratones; Mimi-Papillon, una gata de an-gora; Felimare, de aspecto atigrado, quizá antepasado francés e ilustre de Mil Rayas y de Remo; Ludoviska, de origen polaco; Roubis sur l'Ongle, tan pulido que apuraba hasta la última gota de leche de su plato; Serpolet, Pyrame, Thisbe, el negro Lucifer, Ranean y Perruque... Ranean y Perruque fueron llamados así porque nacieron en la enorme peluca de un académico apellidado Ranean. El hombre, sin darse cuenta, se puso la peluca con los gatos dentro y se fue a ver a Richelieu. Durante la entrevista comenzó a sentir molestias en la cabeza, y al alzarse la escultural mole de cabello encontró a los dos gatitos, que Richelieu adoptó inmediatamente.

Como cuando Isabel se encontró a Remo.

Como cuando Jesucristo se encontró al gatito abandonado en el pasaje del apócrifo Evangelio Gatuno.

Los gatos toman la Bastilla

Cuando Remo me mira con esa serenidad distante, sin darme la menor confianza por muchas exquisiteces que le haya puesto para comer, comprendo que en la profundidad de esos ojos está la propia Historia de la Humanidad. Hace casi cinco mil años que un hombre está aprendiendo a conocerse a sí mismo mirándose en el espejo del sueño de su gato. Echen las cuentas. Si el gato ya se enseñoreaba de las casas de los antiguos egipcios en el año 2500 a.C. y ahora estamos a comienzos del siglo XXI, hace más de cuatro mil quinientos años que estos caballeretes están dándose la gran vida con nosotros, tras el paréntesis de la Edad Media, que fue como la guerra de los mil años en la octaviana paz que los gatos nos traen a las casas.

Los gatos piden a su lado siempre un Richelieu que les dé su verdadera importancia, porque son brújula de la civilización con su marcha de Este a Oeste, de Oriente a Occidente.

El gato es la civilización misma, o al menos su símbolo.

Donde no hay gatos no puede haber civilización.

Reivindicado en Europa, los conquistadores españoles llevaron a América el caballo en ios galeones de la Flota de la Carrera de Indias, pero más que caballos, en esos barcos irían gatos, aventureros gatos que hicieron el camino de Sevilla a Veracruz. Los gatos, moviéndose siempre de Oriente hacia Occidente, consiguieron convertir las latitudes del globo terráqueo en gatitudes. Los jesuítas franceses llevaron el gato al Canadá, y en 1500 ya hay gatos ignacianos en Quebec. Los peregrinos del «Mayflower» llevaron a Nueva Inglaterra en 1620 unos gatos hechos a la medida del calor distinguido del fuego de las elegantes chimeneas de las casas señoriales de Boston y Filadelfia.

Allí los gatos ya oirían un sonido tan grato para ellos como un enorme cascabel: la otra campana de la libertad que existió en Filadelfia, que desgraciadamente no se conserva como símbolo de los Derechos Civiles del Gato porque su Historia, ay, no la escriben ellos, sino que se la escribimos los hombres. Fue entonces cuando el gato de George Washington, el gato de Thomas Jefferson, el gato de John Adams y el gato de Benjamín Franklin, los llamados Gatos Fundadores, lanzaron la declaración de independencia de su histórico maullido: «Nosotros, el pueblo gatuno de los Estados Unidos de América...»

Los gatos volvían a la ciudad, cuna de su civilización. Los dueños de los gatos de las Trece Colonias leían la Enciclopedia, pero los gatos propiamente dichos soñaban con un paraíso de igualdad, libertad y fraternidad que uno de los cultísimos gatos del cardenal Richelieu, que fue el desconocido Lafayette de aquellos Gatos Fundadores, les había dicho que existió en el antiguo Egipto. Nadie lo sabe, pero el obelisco de Washington evoca exactamente esto: el recuerdo de los derechos gatunos del antiguo Egipto, refundados para el mundo libre exactamente el 4 de julio de 1776, cuando los Gatos Fundadores dejaron su huella estampada en el papel que había envuelto el pescado del río Potomac que se comieron ya en completa libertad, sin dependencia alguna de aquellos perros británicos a los que llamaban reyes de la casa. Ante la ley de la casa de Nueva Inglaterra ya todos los gatos eran iguales y todos juntos mucho más que el perro inglés.

Así se comprende fácilmente el origen gatuno de la Revolución Francesa. A través de gatos marineros que venían a Europa en los barcos de cuatro palos y velas como de etiqueta de botella de güisqui o de grabado en venta en tienda de decoración, pronto los sectores de ideas más avanzadas dentro de la comunidad gatuna europea, los gatos enciclopedistas, los gatos librepensadores, los gatos rousseaunianos conocieron la noticia: al otro lado del mar había una tierra donde los gatos habían conseguido por fin la libertad de estar en el lugar más apacible de la casa, el derecho a tener el mejor sitio en la cocina, a sentarse en el mejor sillón de aquellos señores de casacón y peluca que estaban en aquella casa. Seguidores de los gatos de Richelieu, los gatos de las buhardillas de París se comunicaron los unos a los otros, a maullidos, por los tejados, la proclamación de libertad. ¡Ya estaba bien de que las ciudades estuvieran en manos de los perros, perros de campo, perros

devoradores de pitracos y de hígados sangrantes, perros agresivos! ¡Ya estaba bien de tener que reconocer como reyes de la casa y exclusivos amigos del hombre a aquellos perrazos asquerosos que llenaban de excrementos las calles de París, que levantaban la pata y dejaban su espantoso líquido en cada esquina de las Tullerías!

Fue entonces cuando el 14 de julio de 1789 los gatos revolucionarios recorrieron las calles, tocados con gorro frigio, congregaron a todos los que estaban convencidos de las ideas de libertad proclamadas por Ranean y Perruque, los gatos de Richelieu, y tomaron la Bastilla. Al contrario que los humanos que les acompañaron en aquella hazaña, los gatos no asesinaron a rey alguno ni alzaron guillotina de ninguna clase en las calles. A los gatos les bastó con que salieran huyendo, como hicieron, los perros reales, los displicentes perros que eran hasta entonces ¡los únicos que salían en los retratos de Corte!

En realidad los gatos conquistaron su derecho a estar en la pintura. Derogaron las viejas leyes del campo, que siempre son un perro ladrando para defender la propiedad del hombre sobre una granja o un cortijo, e impusieron las leyes nuevas de la ciudad, que son la libertad de un gato sobre los tejados de nadie, de todos. Como en el antiguo Egipto o en la Roma clásica, la ciudad y el gato volvían a ser la democrática medida urbana de todas las cosas, frente al absolutismo rural y agrario del perro. Perros tenían los reyes y los nobles, en lo más alto de la escala social, y los campesinos, en las capas más bajas. Si la burguesía de la ciudad tomaba el poder era gracias a que los gatos exigían sus derechos. El poder ya no venía de Dios, encarnado en un rey soberano. La soberanía estaba en los tejados, donde los Ciudadanos Gatos, proclamando Libertad, Igualdad y Fraternidad, maullaban:
Allons les chats de la Patrie lejour de gloire est arrivé!

El Siglo de las Luces felinas

Hay que ir a los museos para comprender en su profundidad y grandeza la conquista burguesa de los gatos enciclopedistas que hicieron la Revolución Francesa. El cambio del Antiguo al Nuevo Régimen consiste, fundamentalmente, en que los absolutistas retratos de Corte de Reyes con perro dejan paso a burguesas escenas de género en que ciudadanos libres están pintados con su gato. Velázquez, Carreño, Sánchez Coello pintan a los Austrias a caballo o con perro. Cuando Velázquez se acuerda de los gatos que merodeaban por el muelle de su Sevilla natal y quiere pintarlos en «Las Hilanderas», tiene que resignarse a representarlos en un segundo término, un morisco blanco y negro que disimula entre los vellones de la lana del suelo. Tiene que venir esta revolución burguesa para que Goya, en su «Retrato de Manuel de Zúñiga» del Metropolitan Museum de Nueva York, pueda pintar tres gatos que acechan al pajarito que el niño vestido de gala, con su traje rojo y su fajín de seda, ha sacado de la jaula.

Al gato reivindicado por la Ilustración le sentó muy bien el Romanticismo. El XIX es el gran siglo de los gatos. El Siglo de las Luces de los gatos: una luz de gas, urbana, ciudadana, cívica, burguesa. Muchos escritores y pintores en Estados Unidos, en Francia y en Inglaterra comenzaron a tener gatos en su casa, estimándolos y llevándolos a sus páginas y a sus cuadros.

El gato es rehabilitado literariamente. El gato ha dejado de estar en las terribles moralejas de los fabulistas, como Jean de la Fontaine, que se hacen eco de la mentalidad dominante: el deseo de venganza contra el pobre gato. El gato deja de ser símbolo de la crueldad, del engaño, de la astucia interesada, de la traición a los amigos, de la deslealtad con los amos.

Es el tiempo de Childebrand, el gato de Théophile Gautier, negro y canela, que cita en «La Ménagerie Intime», donde también habla de su otro gato, Don Pierrot de Navarre, que le robaba la pluma de su escritorio, y que fue el padre de Enjoras, que tuvo con la gata Séraphita. Y de otro gato más, Zizi, un gato de angora al que le encantaba lo que nunca he conseguido que haga Remo: andar sobre las teclas del piano. A Remo lo pongo sobre las teclas del piano y se queda muy quieto olisqueando las blancas y las negras. Pero en cuanto da un paso y aquello suena, sale huyendo como gato cuya alma lleva el diablo.

El gato sirve a los escritores románticos para conocer mejor al hombre. Gautier mira a su gato y exclama: «¿Quién puede creer que no hay un alma tras estos luminosos ojos del gato?» Balzac, en «Las penas del corazón de una gata inglesa», toma al gato como portavoz para fustigar la hipocresía de la sociedad puritana inglesa.

Los escritores comienzan a exaltar el encanto literario de la ambigüedad, el misterio y el individualismo del gato.

Evoco como época de esplendor gatuno el tiempo de Cha-noine, el indolente gato de angora de Víctor Hugo. O de los gatos de Edgar Alian Poe: la gata Catterina y Pluto, al que dedicó el relato «El Gato Negro», que lo seguía por toda la casa, enrollándosele en las piernas cuando subía las escaleras, como Remo me sigue por cada lugar de la casa donde voy, cuando dejo el escritorio en cuya mesa dormita. Si yo, en lugar de libros en defensa del gato, escribiera como Poe novelas de misterio, entregaría como él mi pluma, diciendo: «Me gustaría poder escribir con todo el misterio que encierra un gato.»

Thomas Carlyle codifica en el XIX la idea romántica del héroe como motor de la Historia, pero en ninguno de sus biografiados encuentra heroína semejante a su gata Columbine. Ha llegado el tiempo en que los gatos son famosos y tienen nombre propio. Son motores de la historia como el Lutero, Shakespeare, Dante o Napoleón que Carlyle reivindica. Ya el propio Napoleón, nada amante de los gatos, no tiene que verse obligado a alabarlos públicamente para animar a su cría como protección y

remedio para acabar con las invasiones de ratas que se comen las cosechas. El gato está suficientemente prestigiado y pasea orgulloso su lomo por los mejores salones literarios, llega a todas las artes, a las más altas clases sociales. Alexander Borodín tiene dos gatos, Dlinyenki y Tommy, al que otros llaman Pescador, que para él no serían menos importantes que el príncipe Igor. Sir Walter Scott es el dueño de Hinse, que volvía locos a los perros, burlándose de ellos con sus travesuras. Hinse le hace escribir: «Los gatos son una especie misteriosa; en su mente pasan muchas más cosas de las que podemos imaginar.»

Lo sabe perfectamente Lewis Carroll, que parece que ya ha leído lo que un siglo más tarde diría el escritor argentino amante de los gatos Osvaldo Soriano: «Un escritor sin gato es como un ciego sin lazarillo. Pero no es posible usar al gato para nada personal, no hay manera de privatizarlos.» En «Alicia en el país de las maravillas», Carroll hace personaje al enigmático Gato de Cheshire. El gato aparece en cualquier lugar para desconcierto de la pobre Alicia y del mismo modo desaparece cuando le viene en gana, como hacen los gatos, dejando el rastro de su irónica sonrisa en el aire... Deleuze nos hará ver que a Alicia sólo le queda «una sonrisa de gato sin el gato», una quimera de gato. Sintetiza Carroll todas las contradicciones de las perennes dudas y cavilaciones que nos somete el gato a nuestra consideración, en el famoso diálogo:
«Alicia le preguntó al Gato de Cheshire:
—¿Podrías decirme, por favor, qué camino debo coger para salir de aquí? —preguntó Alicia.
—Eso depende mucho de adonde quieras ir —respondió el gato.
—No me importa demasiado adonde...
—Entonces no importa qué camino cojas —dijo el gato.
—... con tal de que vaya a algún sitio —agregó Alicia a modo de explicación.
—¡Oh! —respondió el gato—, de eso puedes estar segura, con tal de que camines lo suficiente.»

El gato ya está enseñoreándose de la literatura, medida de todas las cosas, brújula de todos los caminos de la creación y del pensamiento.

Alexandre Dumas ya tiene a su lado a su gato Le Docteur. Nicolás I, el zar de todas las Rusias habidas y por haber, se entretiene con Vashka. El papa León XII, para no escaparse a la moda de su época, tiene en el Vaticano a Micetto, un gato gris y negro que se le metía bajo la pontificia sotana. George Sand tiene a Minou, que desayuna en su mismo plato. Se habla mucho del violín del pintor Jean Auguste Dominique Ingres, pero su gato Procope merecería al menos semejantes honores, por la afición que le tenía. Hasta la Reina Victoria de Inglaterra tenía un gato, White Heather, un persa blanco y negro, que le sobrevivió y que pasó, junto con la Corona del Imperio, a Eduardo VIL Y si tenía un gato la Reina Victoria, significaba que en el mundo entero civilizado estaban consagrados, defendidos, exaltados, glorificados los gatos. Madre o abuela de todas las testas coronadas de Europa, Inglaterra era el espejo de las buenas maneras, de la educación victoriana, de los gustos eduardianos. Es la Inglaterra del gato de Charles Dickens, al que le pasó lo contrario que a Remo. Dickens creía que tenía un gato y lo llamó Williams. Hasta que un día notó que aquel gato tenía la barriga demasiado gorda, aunque no le dio la mayor importancia; la cosa llegó a mayores el día que el presunto Williams tuvo tres gatitos en el propio escritorio de Dickens. Quien no pudo menos que pasar a llamar Williamina a Williams, como nosotros le pusimos Remo inmediatamente a Roma, y exclamar: «¡Qué mejor regalo que el amor de un gato!»

Aquella Inglaterra del Imperio, dominadora del mundo, trajo a las islas y al continente europeos el gusto por lo exótico, por las rarezas de Asia, de la India, de los países árabes. El té de Ceilán o el agua tónica y el juego del polo de la India no podían quedar sin gatos exóticos al lado. Fue entonces cuando comenzaron a llegar a Europa las razas orientales, el angora turco, el persa, el siamés. Los ingleses difunden estas razas y fijan su pureza, frente al gato común europeo, que queda relegado a un segundo plano, por común y poco elegante. Hay que construir pabellones de caza que recuerden palacios indios y casas de campo que parezcan mezquitas árabes. Y hay que tener en casa un gato persa, siamés o de angora para demostrar hasta dónde llega el Imperio, y no como estos franceses, estos italianos o estos españoles, que se han quedado en las pobres fronteras de sus gatos romanos, católicos y sentimentales.

Pues bien, ni por el prestigio social que le dieron la Reina Victoria y el Imperio Británico, ni por el esplendor literario y artístico de los escritores y artistas del Romanticismo consiguió en España el gato que la realeza y nobleza lo aceptaran como animal palaciego. Conocemos los coches, los caballos de carrera, los perros de caza del Rey Don Alfonso XIII, pero nunca se ha sabido que tuviera gato. Ni que la Reina Doña Victoria Eugenia imitara a su abuela la Reina Victoria de Inglaterra. Cuando el Rey Don Alfonso XIII marcha al exilio, el Comité Republicano toma el Palacio Real de Madrid y coloca la bandera tricolor en su balcón principal, en los desiertos salones no hay un solo gato. Como Velázquez en su tiempo, Sotomayor, el gran pintor de Corte de la época de Alfonso XIII, retrata a duquesas a caballo, a marqueses en hábito de una Orden Militar y con un perro a sus pies. Sotomayor no pinta ni un solo retrato de noble madrileño con gato, todos con perros, con caballos, con escopetas, con campo al fondo, nunca con ciudad y con gato. Los gatos no eran de arriba, de los cuartos señoriales de los palacetes de la Castellana; eran en todo caso de abajo, de las habitaciones de los criados. Dicen que la Monarquía de Don Alfonso XIII cayó porque no supo adaptarse a su tiempo y no valoró los cambios sociales, económicos y culturales que se habían producido en Europa tras la Primera Guerra Mundial y en España después de la Huelga General de 1917. Debió de ser por eso, pero también por los gatos. Mientras la Monarquía inglesa tenía siempre un gato de guardia en el 10 de Downing Street, no se conoce que hubiera gato de plantilla en el palacete de la Castellana donde Cánovas o Sagasta se turnaban en la presidencia del Gobierno. Hasta que no hubo gatos en La Mon-cloa no se consolidó la democracia en España.

Los poetas de la Generación del 21 le dedicaban poemas al gato, Picasso los pintaba, pero Don Alfonso XIII, un Borbón que no olvidaba que los gatos habían hecho la Revolución Francesa y no se lo perdonaba, entre perros y caballos no le daba la menor importancia a lo que ciertamente pensaba España, mientras le había entregado el poder al general Primo de Rivera. Lo que pensaba España era lo que escribía Federico García Lorca, que en la Edad de Plata de la Poesía Española le cantaba su nana en la «Canción novísima de los gatos»:
Duerme tú, gato mío, como un dios perezoso, mientras que yo suspiro por algo que voló. El bello Pecopian se sonríe en mi espejo, de calavera tiene su sonrisa expresión. Duerme tú santamente mientras toco el piano, este monstruo con dientes de nieve y de carbón. Y tú, gato de rico, cumbre de la pereza, entérate de que hay gatos vagabundos que son mártires de los niños que a pedradas los matan y mueren como Sócrates dándoles su perdón. ¡Oh gatos estupendos, sed guasones y raros, y tumbaos panza arriba bañándoos en el sol!

El poder no se enteraba de que había gatos que morían a pedradas, como luego habrían de morir los españoles en la más incivil de las guerras civiles. Como tampoco se enteró luego, cuando con la dictadura resultante de esa guerra detentó (que no ostentó) el poder el general Franco. No es que a Franco no le gustaran los gatos. Es que los gatos odian a los dictadores. Una vez los oficiales de su Guardia Mora intentaron llevarle al Caudillo un gato hasta su Palacio de El Pardo, para que lo pintara Enrique Segura en un retrato de Corte, con algún vistoso uniforme de algo de lo mucho que había usurpado de los símbolos del poder de la Monarquía. Todos los perros aristócratas de Madrid que pintaba Sotomayor en sus retratos estaban en el exilio de Estoril y en cuanto a aquellos caballos de las duquesas, habían sido requisados por el Ejército para la Remonta de Erija o el Depósito de Sementales de Jerez. El dictador iba a ser retratado con un gato atraillado como símbolo de su poder, vencedor sobre todas las ideas. Pensaron que Franco debía ser retratado con un gato, un Gato Uno, un Gato Grande. Pero como aquel gato era, como todos los gatos, un Gato Libre, verdaderamente libre, cuando los oficiales de la Guardia Mora intentaron entrarlo en el salón donde el dictador aguardaba y Enrique Segura había puesto ya su caballete y había extendido los óleos sobre su paleta, el gato salió corriendo por aquellos pasillos hasta encontrar la ancha libertad de los montes de El Pardo. Cuentan que iba maullando un raro y extraño sonido. Algunos identificaron ese sonido con una palabra que entonces nadie oía, porque nadie se atrevía a pronunciar. El gato que nunca tuvo Franco iba gritando «Libertad».

Y en su carrera por los montes de El Pardo llegó hasta el cazadero de La Zarzuela, donde a la sazón vivía una Princesa griega pregonada como de España, casada con un Príncipe en el que entonces algunos desconfiábamos, pero que luego, coronado Rey, fue ciertamente el Príncipe Encantado, pues todos estábamos encantados de haberlo conocido como Rey de Todos los Españoles y de todos los Gatos que Pedían Libertad.

Porque llegó un tiempo en que ya pedía libertad hasta el gato.
Todo fue mérito de Doña Sofía, la princesa griega, que vio llegar atemorizado al gato de El Pardo. La princesa se acordó de su tierra, de los mil gatos que llegaron a Atenas en su camino desde Egipto hacia el Mediterráneo. Se acordó de los gatos de la isla de Mikonos, de los helénicos y apolíneos gatos del Partenón, de los gatos de Thera, y lo tomó en sus brazos, enseñándoselo al Príncipe:
—Mira qué gatito más lindo me acabo de encontrar en el jardín.
El entonces Príncipe de España, con cara de asco, le dijo:
—Por Dios, deja ese gato, que los gatos asquerosos son animales de pobres. Y además traen mala suerte.
—Y tanto que dan mala suerte... En Atenas apareció un día un gato precioso por Palacio y papá dijo como tú, que eso era muy populachero, y ordenó a los criados que lo echaran. Al día siguiente ocurrió lo de los coroneles. Así que ve cogiendo al gato...

Así fue cómo Don Juan Carlos I tomó entre sus brazos a aquel gato procedente de El Pardo, lo hizo suyo y le puso la corona de un hermoso nombre: «Constitución.» Gracias a aquel gato los españoles fueron felices durante su Reinado, pues la presencia de «Constitución» impidió un día que una jauría de perros que asaltó el Congreso acabara a dentelladas con las libertades.

Lamentablemente, ni por esa suerte que le trajo aquel gato le ha dado el Rey prestigio a sus congéneres, a pesar de que a la Reina le encantan y le divierten los gatos.

El Rey, como español nacido en noble cuna y como buen Borbón, sigue emperrado con los perros. Ha llenado España de presuntuosos y vanidosos seres que se dicen dueños de un perro que es primo del perro Golden Retriver del Rey. ¡Con lo que nos gustaría a algunos burgueses partidarios de la Causa tener un gato que fuese primo del gato del Rey de España, nada, no hay forma! O que fuese Doña Sofía quien diera garitos paridos por una gata bonita que tuviera en sus ojos toda la profundidad del recuerdo de Grecia...

Pero ni al Rey ni a estos nobles hay quien los saque de los perros y los caballos. La duquesa de Alba, ecologista donde las haya, cuida caballos, loros, perros, muchos perros, tortugas, canarios. Tiene en sus casas de Liria o de Dueñas casi todo el reino animal, al modo de ducal Arca de Noé. Hasta un león tuvo. De todos los animales, menos gatos. Los aristocráticos gatos no han sido nunca aceptados por la nobleza española. Será que les tienen envidia a la altanería de estos gatos que parecen todos grandes de España, inmemoriales felinos cuya nobleza faraónica viene directamente de la antigüedad, con títulos más viejos que todos los de Castilla. O será que todos los que quieren ir a la moda canina tienen, como España, un pasado de hambre y de gatos que quieren olvidar con el perro de la parcelita y del chalé. El gato recuerda demasiado escaleras de las casas de vecinos, azoteas de la España de las carencias y las cartillas de racionamiento. Gatos de los restos de las barricas de sardinas arenques, de las latas de sardina, que cazaban gorriones por las tapias de los corrales. Tener gato es políticamente incorrecto y no está de moda. Lo elegante, lo bien visto, lo que mola, es el perro.

Y aunque no estén de moda y aunque nunca hayan salido en los retratos de Corte, ni los pintara Velázquez a los pies de un Austria cazador, los gatos sí que tienen azul sangre de reyes y de dioses egipcios en la palma de la mano...

Sé que estoy predicando en el desierto. El que otorga elegancia social es el perro. Lograr el prestigio literario y social del gato es tan difícil como llevar una manada de gatos por la carretera.

Reina con gato

Del culto universal al perro, una vez, en una gozosa ocasión, pudimos conocer los españoles que Doña Sofía les daba a los gatos el cariño y la atención que la realeza y la nobleza les suelen negar.

Fue en La Habana.

Escribí una vez que La Habana es Cádiz con más negritos, pero aquel día comprendí que La Habana es Venecia con palmeras o Roma con mojitos y daiquiris.

Por sus gatos.

Me lo hizo ver un gato callejero, que estando los Reyes de España de visita oficial a Cuba y recorriendo la colonial Habana Vieja se le acercó a Doña Sofía.

La Reina acarició a aquel gato habanero como sólo una persona a la que le gustan los gatos podría hacerlo. Con mimo, con respeto, con curiosidad.

En La Habana, como en Roma, en Venecia o en su hermana Cádiz, hay muchos gatos por las calles. La dictadura de Fidel Castro no llega a los gatos. Castro manda en Cuba bastante, pero no hasta el punto de que mande hasta en el último gato. El último gato es un rebelde, un contrarrevolucionario. Un gato que, como no entiende de barcos ni de controles de seguridad, rompió por su cuenta el bloqueo interior del vacío que intencionadamente se le hizo a los Reyes en aquella visita, cuando las autoridades impidieron que los habaneros acudieran libremente a aplaudir a unas personas siempre tan cercanas y queridas en Cuba como los Reyes.

Cuando en Cuba se habla de los Reyes no hay que decir que son los de España.

Cuando los Reyes estaban paseando por La Habana Vieja no había casi nadie por las calles. Menos un gato. Un gato libre que salió de un portal y se fue a los pies de la Reina. Y se acercó a Doña Sofía, dejando que le acariciara el lomo. El gato se quedó coscón y encantado.

Si son orondos, patriarcales, rotundos los gatos de Veneda, adormecidos en las orillas de los canales, están héticos, escuchimizados, vareados estos gatos de La Habana Vieja como el que se acercó a la Reina. Tiene que ser difícil vivir de las sobras de las cartillas de racionamiento. Ya quisieran los dueños de los gatos de La Habana estar alimentados como un gato de Nueva York.

La visita de los Reyes de España a La Habana no influyó para devolver los derechos humanos a los cubanos, pero sí sirvió, y bastante, para el reconocimiento de los derechos gatescos tanto en la isla como en España: «Todo gato tiene derecho a ser acariciado por todos los hombres, desde los Reyes al más humilde de los ciudadanos.»

Ya estaba bien de tanto prestigio de tener perros, de esa exaltación social del perro. Con el tacto que siempre derrocha, la Reina se puso en La Habana Vieja del lado de los que defendemos a los gatos por su independencia, por su rebeldía, por su absoluta falta de adulación hacia sus dueños. Y allí fue cuando pudimos conocer que a la Reina le encantan los gatos, que sabe que hay que comprenderlos para amarlos, pero que por el contrario al Rey le dan alipori. Que por eso en el Palacio de la Zarzuela hay tantos perros y, no hay, ni un solo gato.

La Reina acariciaba al gato en La Habana y le hicieron una foto que luego vino en todos los periódicos, y que era como el poema de Baudelaire en «Las flores del mal»:

> Ven, bello gato, a mi alma amorosa; guarda las garras de tu pata, y hundirme déjame en tus bellos ojos, mezclados de ágata y metal.
> Cuando a gusto mis dedos acarician tu cabeza y tu lomo elástico, y mi mano se embriaga del placer de palpar tu eléctrico cuerpo,
> veo el fantasma de mi amor. Sus ojos,

cual los tuyos, amable fiera,
fríos, profundos, cortan como un dardo,
y, de los pies a la cabeza, aire sutil o aroma peligroso, nadan en torno al cuerpo bruno.

Cuando la Reina estaba agachada en la calle, acariciando al gato habanero que se le acercó, lo cogió y fue a llevárselo en sus brazos a Don Juan Carlos para que hiciera lo mismo, y dijo el Rey castizo, con su farsa y licencia, en un grito que le salió desde su alma nada gatómana y bastante gatófoba:
—¿Yo acariciar un gato? ¡Ni muerto!
Y precisó luego el Rey a alguien de su séquito:
—Yo es que los gatos...

Mal hecho, Señor. El Rey de todos los españoles tiene que serlo de los españoles que les gustan los perros y de los españoles que nos gustan los gatos.

Menos mal que, aunque lejos de su Reino de España, Doña Sofía puso en su sitio a los humildes gatos, por una vez y sin que sirva de precedente. La Reina, con el supremo lenguaje regio de los gestos, vino a decirnos que acariciaba a aquel gato de La Habana porque los gatos son los únicos que tienen verdadera libertad, aun bajo la dictadura de Fidel Castro.

Aun no se sabe si el dictador mandó encarcelar a aquel gato, o fusilarlo al amanecer sin juicio previo.

Por gusano y por contrarrevolucionario, y por haber acudido a rendir homenaje a los Reyes de la antigua colonia española.

Lo que sí sé, de sus augustos labios, es que a Doña Sofía le encantan los gatos. Que sabe tratar a los gatos, respetar sus derechos, comprenderlos, aceptarlos tal como son. El mismo tacto y delicadeza que Doña Sofía tiene con los españoles en sus tristezas y en sus alegrías es el que derrocha con los gatos en sus gozos y quebrantos. La Reina sabe qué hacer para que los gatos no extrañen las casas cuando se les traslada de vecindad, cómo conseguir que no sean ariscos. Cómo acariciarlos. Cómo complacerlos. Cómo servirlos.

Sería precioso que Doña Sofía fuese la primera Reina de España a la que un pintor retratase con un gato, y no con un perro o un caballo. Doña Sofía, que ama los animales, y las plantas, y la protección del paisaje, y las Bellas Artes, debería posar para Antonio López con un sereno gato postrado a sus pies, o teniéndolo entre sus brazos, acariciándole la cabeza y el lomo mientras lo va adormeciendo y mientras un horizonte de perros velazqueños ladra muy lejos de la tranquila estancia.

A la Reina le gustan los gatos porque el gato, al fin y al cabo, es una de las Bellas Artes.

Una noche en que Su Majestad se dignó oír un anticipo del reflejo literario que pensaba hacer en este libro de aquella historia realísima del gato habanero, me atreví a sugerir a la Señora la idea de ese insólito Retrato de Corte de Reina con Gato. Me dijo, muy divertida e interesada:
—Yo estaría encantada, ¡me chiflan los gatos...! Pero habría que buscar un gato tranquilito, que no fuese arisco, para que se estuviera quieto mientras estoy posando para el pintor...
—Señora, ese gato existe: se llama Remo y vive en el antiguo Reino de Sevilla...

Le hice entonces el humilde y humorístico ofrecimiento, que ahora reitero en tiempo y forma, a modo de pleito-homenaje a mi Reina, gatófila por helénica. Con todo el prestigio literario que el gato tiene encima de su lomo con este libro, nada sería más honroso para Remo que lo mandásemos en su transportín a Palacio, para que posara en ese retrato de Corte a los reales pies de Vuestra Majestad, como siempre está, leal subdito, su dueño.

Manolo de La Moncloa

La ausencia de gatos en el Palacio de la Zarzuela o en Palacio Real de la plaza de Oriente, se compensa ampliamente con los gatos de La Moncloa. En la Presidencia del Gobierno de España hay una pareja de gatos de plantilla. Dos gatos del Patrimonio Nacional. Los dos gatos que mejor colocación han encontrado en España, excepción hecha de Remo: dos privilegiados gatos instalados como altos ejecutivos en la más alta institución de la gobernación del Reino de España.

El gato de La Moncloa, un gato chulo y madrileño, se llama Manolo.

La gata se llama Margarita.

De los dos, Manolo es el más conocido. En alguna ocasión se ha visto por televisión a Manolo, el gato de La Moncloa. Un gato ocupadísimo, muy responsable de su tarea como bien de Estado, que está por los jardines trabajando en sus altas gobernaciones de los pájaros y al que cuando José María Aznar, como presidente del Gobierno, ha comparecido ante la Prensa en el exterior del palacio, hablando de pie ante un atril, se le ha visto cruzar al fondo de la imagen, dirigiéndose con prisa de alto ejecutivo a los urgentes asuntos que tenía pendientes en el interior del edificio. Ese gato Manolo es el fontanero de los ratones de La Moncloa. Sabe que su papel es casi constitucional, desde el día que al regreso de un viaje a China, el anterior presidente, Felipe González, repitió la frase de Deng Xiaoping: «Gato blanco o gato negro, lo importante es que cace ratones.» Como es de consenso y de concordia, Manolo es al mismo tiempo gato blanco y gato negro. Por eso caza tantos ratones.

A Manolo y Margarita se los encontró Aznar ya instalados en La Moncloa cuando llegó al poder en 1996. Es voz común que fue Felipe González durante su presidencia quien los llevó o al menos los dejó estar allí, en caso de que fuesen callejeros que hubieran aparecido por su cuenta, como Hernández y Fernández en el portamaletas del coche de Josemi o como Remo en los jardines de casa. De modo que Aznar recibió democráticamente de los españoles el encargo de suceder a González no sólo en el Gobierno de la nación, sino, lo que es mucho más importante, en el cuidado de Manolo y Margarita. Que demostraron ser gatos tan democráticos que aceptaban sin refunfuñar ni enseñar las uñas ni arquear agresivamente el lomo la voluntad soberana de los españoles, porque quedaron encantados con que entrara Aznar. Que, horror de los horrores, llegaba a La Moncloa con algo peor que un programa de derechas: con dos perros, Guffa y Fico. En España la alternancia de partidos en el poder depende evidentemente de los gatos de la Moncloa. Los españoles no elegimos presidente, sino cuidadores de los gatos de La Moncloa. El problema de España no es si tenemos más renta y bienestar con los conservadores que con los socialistas. El verdadero problema de España es: ¿estaban Manolo y Margarita mejor con González que con Aznar?

¿Añoran todavía a González, un sevillano que filosofaba sobre gatos, o están ya encantados con este castellano que llegó con dos espantosos perrazos?

Hombre de concordia, el mejor símbolo de cuanto ha conseguido Aznar bajo su famoso lema de «España va bien» está en estos verdaderos inquilinos de La Moncloa. Los verdaderos inquilinos de La Moncloa son Manolo y Margarita, que son fijos de plantilla y no dependen de las elecciones. Ellos siguen allí y con serenidad de dioses antiguos ven llegar presidentes conforme los eligen estos humanos, que están locos...

En su mandato, Aznar ha conseguido que pacten empresarios y sindicatos, que derecha e izquierda se pongan de acuerdo en importantes asuntos de Estado, que mejore la economía, que desaparezca el servicio militar obligatorio, que España sea una primera potencia industrial. Nada de eso tiene la menor importancia en comparación con su logro más difícil y menos conocido: conseguir que Manolo y Margarita, los gatos de plantilla de La Moncloa, admitieran la convivencia democrática con sus perros Guffa y Fico, que son unos advenedizos al poder, unos perros turnantes que están de paso y cuya continuidad depende de la voluntad de los votantes o de la sucesión en la candidatura del

partido. Cuando Aznar haya abandonado el poder, significará que Guffa y Fico tendrán que dejar La Moncloa, mientras que Manolo y Margarita seguirán allí tan panchos, con su plaza en propiedad y a perpetuidad.

Manolo y Margarita están deseando que los Aznar se vayan de su casa. Porque este José María es un encanto, deja que Manolo haga sus gloriosas comparecencias públicas cuando en sus ruedas de prensa con los jefes de Estado extranjero aparece por allí el gato y pasa muy displicente ante los guardias civiles en uniforme de gala que rinden honores, presentando armas.

Presentando armas a Manolo, por supuesto, que es el que manda allí, no al jefe de Estado extranjero, que es un señor invitado que va de paso.

Y Aznar acaricia también a la coquetona gata Margarita cuando se la encuentra dormitando en las escalinatas del palacio.

Pero la señora Aznar, Ana Botella, es terrible.

A efectos gatológicos, en La Moncloa pasa justo al revés que en La Zarzuela: ella, ella es la terrible, no él.

A Ana Botella no le gustan los gatos. Los detesta como el Rey, frente a Aznar, que los adora cual la Reina. Es de todo punto inexplicable que los madrileños la hayan elegido como teniente de alcalde de su ayuntamiento, cuando a los madrileños les llaman «gatos» y a Ana Botella no le gustan para nada los gatos. Lo ha contado Amando de Miguel, en su «Retrato de Aznar»: «Ana reconoce irónicamente que los gatos "es lo único importante que separa a la pareja". Ella sostiene que los gatos ya estaban en el palacio cuando ellos llegaron, por lo que "habría que considerarlos como semovientes inventariables y se tendrían que quedar aquí cuando nos fuéramos". Ana todavía tolera los dos perros, pero no la pareja de gatos. También es un símbolo pienso yo del carácter centrista de Aznar que ha logrado que convivan con él, en buena inteligencia, dos perros y dos gatos.»

Dos gatos que encandilaron a Bush en su visita oficial a La Moncloa. No nos acabamos de creer que España sea una primera potencia mundial, y aquí está la mejor prueba: los gatos de La Moncloa deslumhran al presidente de una nación como los Estados Unidos, que si ha tenido algo han sido gatos famosos en la Casa Blanca. Sabemos lo de Bush por Valentí Puig, que hizo el mejor elogio literario de Manolo, en un precioso texto que tenemos recortado de «El Norte de Castilla»: «El gato Manolo vive holgadamente en la Moncloa y llamó la atención del presidente Bush. Manolo estaba descansando soberanamente en la escalinata de la Moncloa, como un eco mucho menos subrepticio del fantasma de la Ópera. A los gatos se les atribuye memoria casi histórica. Del mismo modo que la madre del presidente Bush escribió las memorias de su perrita siendo primera dama de la Casa Blanca, tal vez Aznar cualquier día se atreva con los recuerdos del gato Manolo. Las penetrantes pupilas del felino doméstico están reflejando todos los días en el devenir de España, aunque sea con la indolencia escéptica de su condición gatuna... Se supone que la memoria instintiva del gato Manolo no selecciona el tiempo pasado en virtud de las presidencias semestrales de la Unión Europea. Rige su inteligencia algo más duradero, tal vez el recuerdo de viejos imperios o la simple epopeya de la subsistencia de los individuos. En eso estaba el gato Manolo cuando el presidente George W. Bush se llegó a La Moncloa para hablar de escudos antimisiles. Los viejos actores hablan de ese gato que en lo más cerrado de la noche cruza los escenarios de los teatros, como una sombra sigilosa de sí mismos. El gato Manolo de la Moncloa debe tenerles un remoto parentesco, tal vez la misma vocación de soledad y una notoria despreocupación ante todo lo que digan y hagan los humanos. En cualquier caso, a los gatos no les gustan las sorpresas. Es de suponer que los monclovitas le susurran secretos de Estado y Manolo parpadea sin decantarse por nada. No hay mejor candidato para dirigir los servicios secretos.»

¿Por qué dejarlo sólo en los servicios secretos del Cesid y no en más altas instancias del Estado?

Mejor todavía: «Manolo for president.»

Aznar ha designado sucesor para la candidatura a la próxima presidencia a Mariano Rajoy. Con lo fácil que lo hubiera tenido desde que lo vio allí, presidencial y poderoso, nada más llegar a La Moncloa... ¿Quién mejor para suceder a Aznar en La Moncloa que el gato Manolo, que es de la casa?

El gato está reunido

Remo no le tiene la menor envidia a Manolo, el gato de la Moncloa. Le basta con saber que los gatos son símbolo de la civilización y está encantado de haberla conocido.

Remo es un gato de su tiempo.

Un gato posindustrial.

Un gato globalizado.

No hay nada que le guste a Remo más que un aparato electrónico, que un electrodoméstico, que una máquina. Por ejemplo, no hay forma de hacerle una foto con la cámara digital. Lo está uno enfocando y no hay manera de retratarlo, porque se lanza sobre la máquina, como diciendo:
—No, quien va a hacer la foto soy yo a ti... Será muy divertido tener una foto tuya en el momento en que intentas hacérmela sin conseguirlo...

Como Remo sabe que estoy terminando de escribir este libro sobre él, parece como si le diera pena ver acercarse el final, de lo bien que se lo está pasando con su redacción.

Le pasa como a su autor.

Remo, con ese sexto sentido, o séptimo, u octavo que los mágicos gatos tienen, sabe cuándo en la pantalla tengo precisamente el archivo nombrado «gatos_sin_frontera.doc». Estoy escribiendo el artículo de cada día, cartas a los amigos o a los lectores, despachando el correo electrónico, mirando la prensa mundial por Internet, y el gato no se digna aparecer por aquí por el escritorio. Pero en cuanto abro ese archivo de su libro y me pongo a trabajar en él, parece que el ordenador le enviara un secreto aviso, porque inmediatamente el gato entra en el escritorio, se presenta inquisidor ante mi mesa y de un elegante salto se tumba sobre ella, al calor de la bombilla de la lámpara de trabajo, mientras de vez en cuando mira a la pantalla.

Como si ejerciera burocráticamente de censor, vigilando cuanto escribo. Como si me dijera:
—A ver qué estás poniendo de mí ahí, no vayamos a tenerla, que como te metas conmigo te pongo una querella que te avío...

Se tumba plácidamente sobre la mesa del escritorio, a veces se digna poner su garra sobre la pantalla y seguir el cursor del ratón.

Pero habitualmente dormita, como Hornero, pero sin dejarme cometer errores.

Remo debe de tener una infinita confianza en que no va a quedar del todo mal en este libro.

Y aquí sigue supervisando la marcha de su manuscrito, hasta que al otro lado de la casa, si es por la mañana, oye el ruido de la aspiradora con la que está Laura limpiando los cuartos. Y se va como loquito a buscarla. Al comienzo huía como gato que lleva el diablo cuando jugueteaba con el cable de la aspiradora o su tubo neumático y Laura la ponía en marcha de pronto. Ahora es al revés. Ahora acude al ruido de la aspiradora como al reclamo de las croquetitas de su comida seca tintineando en el cristal de su hermético frasco.

Como acude a la lavadora cuando, a la noche, Isabel la pone en marcha. No hay para Remo mejor pantalla de televisión que el redondo ojo de Polifemo de la lavadora. Cuando Isabel está cargando la lavadora, brega con el saco de la ropa sucia y separa todo aquello que le llama la atención, especialmente la ropa interior femenina. ¡Qué gato tan machista y fetichista! Nunca elige unos calcetines míos: siempre un sujetador de Isabel. Y cuando la lavadora está cargada y en marcha, allá

que se queda, sentado ante su ventanilla, admirándose de las vueltas que da aquello. Cuando ante el cristal pasa una prenda de color que le llame la atención, pone su garra como revisándola. Es como si avisara que a Isabel se le ha escapado algo de color entre la ropa blanca. Hecho lo cual, se queda hasta que el programa de lavado está bien avanzado. Parece que estuviera revisando el perfecto funcionamiento de la lavadora.

La otra televisión, la de verdad, le interesa relativamente. Cuando oye una voz de mujer, y, sobre todo, cuando estoy viendo la retransmisión de una corrida de toros. Remo es el primer gato aficionado a los toros que conozco. Debe de ser descendiente de un gato negro y blanco que había en la plaza de la Real Maestranza de Sevilla, que cuando la corrida estaba aburrida, solamente cuando la corrida estaba aburrida, aparecía de pronto por un burladero de los tendidos de sol y se colaba en el ruedo. El público, harto de ver a aquel torero sin interés, coreaba inmediatamente con «oles» las carreras que el gato daba sobre el albero, hasta el punto que quizá lo habrían sacado a hombros por la Puerta del Príncipe de no ser por que el gato, asustado por los oles, siempre hacía lo mismo: despreciaba los honores de su triunfo y muy serio, abandonaba el ruedo, tomaba el olivo, saltaba la barrera y desaparecía tendido arriba, huyendo más que Cagancho en Almagro o que Rafael el Gallo en una espanta.

Remo, buen aficionado, se pone conmigo a ver los toros. Se coloca sentado ante la misma pantalla. Isabel dice:
—Míralo, ya está ahí Remo en su primera fila de barrera.

Menos mal que los gatos no fuman, porque, si no, seguro que hasta nos pedía un puro para encenderlo viendo los toros.

Porque Remo no sólo es aficionado a los toros, sino muy buen aficionado.

Le gustan los toros con casta y bravura, que se muevan, que se arranquen de largo, con recorrido, que repitan la embestida para que el torero pueda templar y engarzar los muletazos de una serie y cuajar faena. Cuando ha salido un toro con esa movilidad y fuerza, Remo se alza de manos ante la pantalla y con su manita le da a su imagen, como si él también quisiera pegarle un muletazo a aquel toro de ensueño que lleva un cortijo en sus lomos. En cambio si ha salido, como suele ocurrir, un toro que no se mueve, sin fuerza, sin casta, al que hay que pegarle los muletazos de uno en uno, Remo no soporta la corrida soporífera y se va a hacer algo de mayor interés que perder el tiempo como nosotros lo perdemos en la plaza o viendo la retransmisión televisada.

También le gusta a Remo oír ópera por televisión. Por femeninos y perceptibles para su oído de melómano, le encantan los agudos de las sopranos. Estaba una noche dormitando sobre nuestra cama. En el televisor del cuarto de dormir estábamos viendo un programa sobre Montserrat Caballé, a la que entrevistaban en el estudio. Remo dormía cuando la Caballé hablaba, pero como curiosidad pusieron el fragmento de un recital, donde Montserrat había cantado el «Duetto buffo di due gatti» de Rossini, como suele a modo de bis tras las ovaciones triunfales del público que le pide seguir oyéndola al final de sus conciertos. Empezó Montserrat Caballé a cantar aquellos agudos y armónicos «miaus» en el diálogo del divertimento operístico sin palabras y sin libreto, y Remo se despertó inmediatamente y se fue para el aparato de televisión, a buscar aquel gato que maullaba con tantísimo arte. No le debió de cuadrar mucho aquello de una señora que maullara como un gato, con lo que le gustan a él las señoras, porque me sentí más que complacido al ganarle a Montserrat Caballé en las preferencias de Remo. Mientras a mí quería sacarme del televisor cuando me entrevistaban en directo, a Montserrat Caballé la dejó que cantara allí y se limitó a oírla complacidamente. Se quedó muy atento y emocionado escuchando todo el dueto, como pensando:
—Qué cosa más rara, esta señora cantando ahí el «miau» de aquella nana que mi madre me cantaba a mí en la cuna...

No hay aparato de la cocina que escape a la curiosidad de Remo. Sabe qué es el microondas y lo que sale de su ventana. Y cada vez que Isabel lo pone en marcha, allá que se pone a su lado, mirando por la ventanita lo que en su interior esté dando vueltas, a ver qué es lo que cae cuando abra la puerta. Con su delectación ante el microondas, Remo desmiente el carácter pernicioso que

dicen que tienen sus radiaciones. Si el micro-ondas emitiera ondas dañinas, ¿de qué y de cuánto este gato listísimo y ecológico iba a ponerse entusiasmado a ver cómo funciona?

Sabe Remo perfectamente que en la nevera suele estar el pescado, sus lomos de merluza, sus huevas, su pulpo. Y sabe que la nevera se abre. A pesar de su hermetismo, huele perfectamente su contenido. Por lo cual, cuando le apetece comer a la carta, se va derecho a la nevera y, alzado sobre sus patas traseras y extendido hacia el mango de apertura, aquel medio metro bien despachado de gato en pie parece que nos dijera, como un cliente exigente y mal encarado que maltrata a los camareros:
—¿A qué estáis esperando para darme ese lomo de merluza que he olido que tenéis ahí, so imbéciles?

Instalado en la modernidad y en el progreso, este gato reconoce también la utilidad de las antiguas tecnologías que se van quedando obsoletas. Casi como un objeto de museo, en el escritorio está instalado un fax que raras veces funciona. A pesar de ello, distingue a la perfección cuál es el timbre del teléfono y cuál el del fax. Cuando, cosa ya rara, alguien me pone un fax, en el instante en que comienza la transmisión y el movimiento del papel impreso a través del rodillo, Remo se coloca al lado, como comprobando la perfecta recepción. Allí permanece, hasta que la máquina cesa en su trabajo. A veces ha funcionado el fax mientras no estaba trabajando, y Remo me ha avisado con todo cuidado de la recepción del fax. Al verme sentado en el escritorio, ha entrado y, yéndose a juguetear con el largo papel del fax, me ha advertido que tenía un mensaje.

Globalizado y posindustrial, pasa con toda facilidad de la Galaxia Gutenberg al Universo Bill Gates. Con el papel de la impresora hace como con el del fax. En cuanto le doy al «aceptar» del programa de la impresora, allá que está Remo, de un salto, puesto en el lugar por donde sabe que va a salir el papel de aquella máquina que ha empezado a hacer un agudo ruido que conoce perfectamente.
Ahora, que nada como el teléfono. A Remo, como en el fondo está enamorado de Isabel tanto como su pretendido amo, le fastidia que ella hable con otros por teléfono. A mí sí me deja. Suena el teléfono de la salita, lo descuelgo, hablo, y a Remo aquello le parece normal. Pero en cambio, no consiente que Isabel hable. Especialmente cuando es ella quien ha marcado el número. Está Isabel llamando a un número de teléfono y Remo inmediatamente deja su más confortable lugar en el cojín del más preciado sillón para ponerse al instante al lado del aparato. Como diciéndole:
—¿Vas a hablar con otro estando yo aquí?

Por eso, en cuanto comienza a hablar, hace todo lo posible para que la conversación termine cuanto antes. Salta sobre las teclas del teléfono y, sobre todo, muerde y tira del cable del auricular. La intentona de censura de conversaciones telefónicas acaba siempre con la voz de Isabel que pide auxilio:
—¡Haz el favor de llevarte a este gato de aquí, que no me deja hablar por teléfono!

La venganza de Remo es tener para él solo el teléfono cuando no estamos y dejamos puesto el contestador. No hay nada que le apasione más que el contestador. Eso de que suene el teléfono, se encienda una luz roja, salte una cinta y luego pueda oír la voz de alguien que deja un mensaje, le apasiona. Cuando hemos querido que no nos molestaran y hemos puesto el contestador aun estando en casa, lo hemos observado. Está Remo quizá profundamente dormido y de pronto suena el teléfono y salta el contestador. De un salto se pone al lado del aparato, como comprobando muy atento el perfecto funcionamiento de las luces rojas que han de encenderse y de la cinta magnetofónica que ha de rodar. Y cuando el comunicante habla para dejar su mensaje, pega atentísimo la oreja a las ranuras del altavoz.

Observábamos que muchas veces, al volver a casa, cuando habíamos dejado solo a Remo, el teléfono estaba descolgado al lado del contestador. Tan telefónico es este gato, tanto le gusta hablar por teléfono, que no resistía la tentación de descolgarlo para contestar a quien llamaba. El caso es que nos quedábamos sin la posibilidad de que nadie pudiera dejarnos su mensaje porque, con el auricular descolgado por Remo, el teléfono daría señal de comunicando.

Creí que era por las ganas de Remo de romper a hablar por teléfono, pero Laura, que lo conoce mejor, me dio la verdadera razón cuando se lo comenté:
—No, no es así como usted dice. Lo que pasa es que Remito descuelga el teléfono porque no quiere que lo molesten. Estaría durmiendo, sonaría el teléfono una y otra vez y diría: «Voy a descolgar, a ver si este pesado me deja dormir tranquilo...»

Quizá pronto Remo, consejero-delegado de esta casa, conseguirá que Laura trabaje como su secretaria de dirección, y que cuando alguna gata lo llame por teléfono, diga muy cortes-mente:
—No, Remo no se puede poner ahora, lo siento. Remo está reunido...

Reunido con su dulce sueño en el mejor sillón de la salita.

No quiero ni pensar el día que Remo descubra el teléfono móvil o el mundo de los mensajes cortos por SMS a los gatos de los tejados.

Me temo que, a este paso, con este gato globalizado y posindustrial eso ocurrirá de un momento a otro.

El gato de piso

Quizá por su propia condición posindustrial y globa- lizada, Remo es un gato de piso. Y por lo que veo en la serenidad con que ahora está tumbado al lado de la alfombrilla del ratón mientras escribo, parece que está encantado con su condición de gato de piso. Para el gato de piso no hay veranos ni inviernos, entre la calefacción y el aire acondicionado. Si en invierno se tumba acurrucado y calentito junto a una fuente de calor y en verano extendido, con la panza sobre el suelo fresquito, casi un metro de gato estirado y perezoso de cabeza a punta del rabo, es para cumplir mínimamente o mininamente con las exigencias de almanaque de sus congéneres de campo o de casa con jardín. El gato de piso es gato de piso todo el año.

El gato se acaba de despertar de su somnolencia y me está mirando, como diciéndome:
—Sí, soy un gato de piso, ¡y a mucha honra! ¿Qué, pasa algo, hay algún problema?

Ninguno, Remo, ninguno, tranquilo, no me vayas a sacar las uñas, que no soy una butaca...

Todo lo contrario. Haces verdad la observación de la escritora gatófila canadiense Lucy Maud Montgomery: «Una casa no es un hogar sin la dicha inefable de un gato con la cola enrollada alrededor de las patas.»

Tú, por tanto, Remo, evidencias que la nuestra (la tuya, vamos) es una casa civilizada y feliz, ya que te has dignado estar aquí en lugar de andar callejeando por ahí como era inicial-mente tu destino. Los gatos suelen elegir los pisos donde les gusta quedarse. Así ocurrió con el gato de Sigmund Freud. Cuando visité la casa de Freud en Viena, eché de menos por allí un gato. La de Freud es calle de gatos, casa de gatos, escalera de gatos, piso de gato. En aquel gabinete se echaba en falta un gato. Hasta que por fin lo hallé, leyendo a Juan Rof Carballo en una antología de artículos preparada por Catalina Luca de Tena: «Freud habla a Lou de su gato. Había entrado por la ventana, inesperadamente. Aunque apenas se interesaba por los animales, éste le preocupa, puesto que inicia un peligroso paseo entre las preciadas antigüedades que Freud colecciona y que, por el momento, están en el suelo. Anhelante sigue sus evoluciones hasta que el gato, sin derribar ninguna, termina por enroscarse en un sofá. Busca entonces Freud para él un tazón de leche. La escena se repite y Freud se encariña con su gato. Pero éste le mira con solemne indiferencia desde sus bellísimas pupilas verdes. Freud concluye que es un gato narcisista, un gato que sólo se quiere a sí mismo. Tiempo después el gato enferma de pulmonía, y Freud, que hace todo para salvarle, queda desolado cuando muere.»

Ahora lo comprendo. La tristeza que encontré en la casa de Freud no era por la ausencia del inventor del psicoanálisis.

Era todavía la tristeza de la muerte del gato de Freud.

Entre aquellas paredes, Freud se había quedado sin gato que psicoanalizar y esa tristeza siempre deja huellas.

Los gatos son urbanos por caseros y caseros por urbanos.

Hasta los gatos de campo, los gatos de cortijo, tratan de hacer vida de ciudad. Vida de casa. Vida de piso. Para el gato, el piso es una inmensa y cómoda metáfora perfecta de la selva y del campo. No hay mejores matorrales para curiosear entre ellos que las cortinas; ni mejores troncos de árboles para afilarse las uñas que la tapicería de las butacas; la más segura caza es el aguardo del pienso seco en el comedero. En el piso, además, entran moscas, mariposas, mosquitos, arañas, que son perfectas metáforas de los pájaros para la caza virtual.

Los gatos de piso han descubierto las excelencias del mundo de lo virtual sin necesidad de Internet, de los videojuegos ni de los simuladores de vuelos o carreras. El pasillo puede ser el largo camino de

la guarida del ratón. La madeja de lana puede ser la rata asquerosa. El piso aguza la imaginación del mágico y fantástico gato, le hace crear aventuras. Mi gato parece que siempre está escribiendo novelas de misterio y aventura en sus correrías por el piso. En eso se diferencia el gato de piso del gato de campo, del gato cateto de los pueblos, siempre sentado a la puerta de la casa, como esperando ver pasar el cadáver de su enemigo el ratón, pero sin tomarse gran cuidado en darle muerte, y no como este gato de piso, para quien todo lo que hay en la casa es susceptible de caza, sea portarretratos, cordón de la cortina, piel de encuademación de libro o jarrón de porcelana.

El gato se ha acostumbrado a esta arquitectura antifelina de los edificios de viviendas. A Remo el campo no le gusta nada. Sabe que como se está en casa de uno no se está en ninguna parte y cuando le abrimos la puerta del piso, ni se digna bajar las escaleras. Y cuando sale a las terrazas, aunque lindan con otras a las que puede pasar perfectamente, no tiene el menor interés en descubrirlas. Sabe que las macetas cuya hierba puede mordisquear aquí para purgarse de la ingesta de sus propios pelos son mucho más gratas y seguras que las del vecino, que a saber cómo son.

El gato es el animal perfecto para el piso. Mi maestro don Manuel Halcón hizo el elogio del perro de piso frente al perro de campo, porque tenía un perro de piso, el Corito, un bodeguero jerezano que trajo de Lebrija, y que era como el gato Remo de su discípulo: cazador de ratas. Escribe Halcón: «Algunas castas de perro piden piso y alfombras de nudo. En general, todo perro de piso es feliz en dos ocasiones: cuando sale del piso y cuando vuelve a él. Es feliz cuando sale, por la expansión y por la libertad, y feliz cuando vuelve, por la comodidad enroscada al pie de una butaca donde vive pensando en la próxima salida.» Don Manuel Halcón tenía todos los días que sacar a pasear a Corito para que hiciera sus cosas en la calle, mientras Remo se enfada si lo saco a pasear porque, siendo gato de piso, se cree que lo llevo a la veterinaria o a lo que le da más horror: de vacaciones a la playa.

A Remo no le gusta el campo ni le gusta la playa. Varias veces lo hemos llevado a la playa y entonces es cuando se nos ha rebelado e intentado escapar. Más que nada, despistado con tanto espacio abierto y sin alfombras ni sillones. Como es urbano y de piso, no está acostumbrado a esas incomodidades de la inmensidad del espacio. En una primera salida, este Don Quijote se nos creyó un Supergato y la emprendió con Mila-gritos, una pobre perra coja que había en el restaurante de la playa donde íbamos a comer y a la que enseñó, iluso, sus garras y sus fauces refunfuñonas, tras lo cual la perra dio sólo un ladrido y un amago, un simple amago de lanzarse sobre el gato, a lo que Remo salió huyendo despavorido, subiéndose por el tronco de una palmera para salvarse. El modo como quedó asido a la palmera a mitad del tronco, cuando ya no podía subir más, era como un homenaje a todos los creadores de gatos de los dibujos animados.

Remo estaba asido al tronco de la palmera exactamente como salen en los dibujos animados el Gato Fritz, o Tom, el gato de Tom y Jerry, tan casero como él. ¡La cantidad de gatos en ascensión pavorosa asidos al tronco de una palmera que tienen que haber visto Hanna y Barbera, o Baskhi y Crumb para dibujarlos con tal verismo!

Remo, agarrado a la palmera, le estaba dando un homenaje como de festival de cine a Don Gato y su Pandilla, a Benito, Demóstenes y Cucho eludiendo al oficial Matute. Un homenaje a Jim Davis por haber creado a Garfield. Un homenaje a Silvestre, siempre queriendo poder comerse a Piolín.

Remo le daba un homenaje a Félix el Gato, «el único, único Gato...».

Porque no había por allí moscas piconas ni lo exigía el guión, que, si no, Remo hasta se habría puesto a hablar como sus colegas que se fueron a Hollywood a hacer carrera, que se hicieron famosos en los dibujos animados y ahora deben de estar viviendo su dorada vejez en algún rincón de la casa que se hicieron en Beverly Hills, sin que nadie se haya acordado de ellos para concederles un Osear al conjunto de su obra.

En otro viaje a la playa estábamos en una casita en medio del monte, en la que Remo era feliz cazando arañas, ciempiés y lombrices, hasta que una noche advertimos que el gato no andaba por allí. Una ventana abierta de par en par nos indicó por dónde se había escapado. Era ya noche

cerrada, y sin luna, y en cercanía de perros espantosos que tenían en casas cercanas los alemanes que allí viven todo el año, y que nos habían advertido de lo que entendían peligrosa vecindad para Remo. Como el gato no conocía aquellos andurriales, y temíamos que se nos perdiera, o que muriese en las fauces de un perro si le daba por repetir su osada chulería con Milagritos, la perra coja, nos echamos al monte a buscarlo. ¿Han oído la comparación que hacen los teólogos acerca de la dificultad de buscar a un gato negro en la oscuridad de un túnel? Pues era igual, con la única diferencia de que el gato era atigrado y no negro. Tomamos el frasco de vidrio de su comida seca y lo hicimos sonar a modo de campanilla y entre eso y los gritos que lanzaba Isabel llamándolo en la oscuridad, de golpe vimos como una duda con rabo entre las sombras de los pinos y de la noche:
—¡Me parece que está ahí!
Y los dos llamándolo por aquellas negras espesuras:
—¡Remo, Remooo, Remoooo!
E Isabel, engatusando al gato:
—¡Ven, gatito lindo, que yo ya me voy! —le repetía, con la frase con la que cuando se la dice en casa acude con toda celeridad, se halle donde se halle.

La frase casera fue santo remedio gatuno.

Al instante, aquella movediza sombra con rabo se acercó, pero como un meteoro. Vio que éramos nosotros y no sé si como señal de alegría o buscando más aventuras, continuó corriendo, corre que te corre, salta que te salta, ahora monte abajo. Hasta que por fin, con mucho trabajo de hacerle sonar las croquetitas en su frasco y de prometerle su palabra mágica y gastronómica («¡Latita, Remo, latita de comida!»), el caso es que el gato vino por fin a mis brazos.

Estaba jadeante y satisfecho.

Menuda angustia nos quitó de encima: Remo no se había perdido por los montes. Había renunciado a ser gato montuno, el gato montes del pasodoble torero, liberto gato cimarrón, y volvía con nosotros. Y menudo peso le quitó de encima a Isabel. Mientras lo acariciábamos tras su regreso, Isabel me confesó:
—¿Sabes qué era lo peor? No el que el gato se hubiera perdido, sino pensar: «Cualquiera se lo dice a Laura cuando volvamos a casa y le tengamos que confesar que el gato se nos ha perdido por los montes...»
Laura podía seguir teniendo a su adorado Remo y piropearlo cuando va por el pasillo:
—¡Qué andares de gato más bonito! Remo, hoy estás con el guapo subido...
Por lo que he leído acerca de los gatos, me queda la duda de esta huida de Remo por los montes. No creo que se fuera de casa. Se fue de... ¡aquella! casa que no era la suya, que estaba cerca de la playa, entre el monte y los pinares, tan lejos de su comodidad de butacón y cojines.

Tan lejos de su confortable piso de gato de piso.

Gato de piso ha habido que se ha recorrido trescientos, quinientos kilómetros para volver solo y sin perderse a su casa, cuando lo han llevado lejos. Todo gatófilo de Estados Unidos conoce la historia de Sugar, el gato de los Woods, una familia que, como suelen los norteamericanos cada dos por tres, se trasladó a vivir y trabajar a otra ciudad y, para no llevarse al gato, le buscaron acomodo con otra familia de aquella ciudad que abandonaban. Pero como los Woods no le habían consultado la decisión, a Sugar le pareció fatal y no le gustó nada la casa nueva. Por lo que, dotado de su maravilloso instinto de orientación y de un sentido de la fidelidad que ya lo quisieran los perros, corrió y corrió hasta encontrar a sus antiguos amos, que era con quienes estaba contento y feliz. Sin que nadie le dijera dónde estaba, Sugar encontró la casa nueva de los Woods, a 1.500 millas de la vieja.

Comprendo perfectamente al andariego Sugar, que llegaría el pobre con las almohadillas de sus pies destrozadas, como le ocurrió a un gato extremeño que corrió semejante aventura en un largo recorrido de lealtad, volviéndose desde Cataluña hasta su casa, porque comprendió que en Cataluña no se le había perdido nada.

A esos gatos les ocurrirá como a nosotros cuando llegamos de veraneo a un hotel que no nos gusta nada y donde resulta que ya tenemos pagados quince días de vacaciones, quince días que tenemos que pasar aquí, qué horror. A Remo, probablemente, le pasó eso. Pensó que no sabía cuántos días tenía aún que pasar en aquella casa extraña e incómoda cercana a la playa, en medio del monte, con tantos bichos tan distintos a su ratón de peluche y a sus pelotas con cascabeles, y se acordaría, como ET, de su casa.

De su piso.

Y salió no huyendo hacia el monte, sino corriendo de vuelta a casa.

Camino de su añorado piso.

Estos gatos de piso son tan conservadores que parece que son ellos quienes están pagando la hipoteca todos los meses.

Los gatos más antiguos de Occidente

El civilizado gato pide ciudad. Pide columnas. Pide ruinas. Pide viejos templos, estatuas antiguas, peristilos de deidades. A Nueva York le faltan gatos para ser una gran ciudad. Toda gran urbe es ciudad de grandes pandillas de gatos: Roma, Atenas, Granada, Venecia.

O la trimüenaria Cádiz.

Los gatos más libres de todo Occidente viven en la ciudad más antigua del Poniente europeo, en Cádiz. Mientras rompen las olas, junto a la mar mitológica de Cádiz, sobre los bloques del Campo del Sur tres mil años de antigüedad contemplan los ojos picarones, como de viejos marinos muy navegados, de los gatos callejeros de esta orilla atlántica, tan interesados en perseguir gaviotas como si acabaran de bajar a tierra desde una nave fenicia, desde un barco griego, desde un trirreme de vela latina, romana como su pelaje dorado como el sol del atardecer de este confín de Europa, de este pórtico de América.

O quizá están esperando que llegue un galeón para que los lleve a América con los conquistadores.

Sentados gloriosamente en el malecón están los gatos gaditanos del Campo del Sur. Gatos sin dueño. Manadas de ilustrísimos gatos callejeros gaditanos que viven como unos señores, porque son señores de su propia libertad, gatos doceañistas, gatos liberales diciendo «Viva la Pepa» a la Constitución de 1812. Gatos tan democráticos y soberanos como los de la colina del Parlamento de Ottawa, donde los gatos comunales pasean su acta de diputados a la sombra de la estatua de Lester Pearson y del monumento de la gatófila Reina Victoria.

Son los callejeros y muy marineros gaditanos gatos atigrados en un color canelita como de rizada arena de la Caleta. Gatos blancos y negros, como un homenaje a la libertad de imprenta. Gatos moriscos, de mil colores, como una enciclopedia (Francesa, claro) de todas las culturas que pasaron por Cádiz. Comen de los papelones que les llevan las gaditanas de La Viña, aquellas que se hacían tirabuzones con las bombas que tiran los fanfarrones y que al saber que no eran gatos gabachos, sino fenicios, los adoptaron como mascarones de proa del barrio marinero, frente a las olas. Los gatos beben el agua clara de un cacharro que les llevan como una ofrenda a los dioses fenicios, griegos o romanos que en realidad son. Estos gatos endiosados a la fuerza tienen que ser mitológicos, reencarnación de olimpos de Gadir o de Gades, coja usted por donde quiera los callejones de la Historia.

Están al sol de la tarde tan serenos, tan majestuosos, tan arrogantes, tan libres los gatos del Campo del Sur que probablemente son la mejor agrupación que sale en el Carnaval de Cádiz. Los Gatos del Campo del Sur son cada año y a lo largo de todo el año el primer premio del Carnaval de los Animales. Aunque representan el tipo de Gatos del Campo del Sur, todo el mundo sabe que en realidad son los leones de Hércules, que por Carnaval abandonan por un momento el escudo de Andalucía y se ponen a representar, ¡tipo, tipo!, este disfraz gatuno. En Cádiz hace Carnaval hasta el gato. Este Carnaval de los Animales no tiene música de Saint-Saéns. En todo caso la música es del tanguillo de aquellos «Gatos antiguos» que tanto en Cádiz dieron que hablar, que se encontraba la gente a la orillita del mar, fue la cosa más graciosa que en mi vida he visto yo...

Los gatos callejeros y marineros gaditanos están en el Campo del Sur, están en el Parque Genovés, están en la Punta de San Felipe. Una alemana de la Sociedad Procat se quedó asombrada cuando el crucero que la llevaba de vacaciones atracó en Cádiz y recorriendo la ciudad vio los gatos de los bloques de la Punta de San Felipe. Admirada por el sentido de la libertad de aquellos caballeros, convenció a las asociaciones ecologistas para que adoptaran la romanísima Colonia Felina Gadirense. En Gran Bretaña y en Alemania se recogen ahora fondos para mantener la salud y la libertad de los gatos gaditanos. De vez en cuando, veterinarios y cuidadores de las asociaciones protectoras de animales reconocen a los gatos, los vacunan, los esterilizan. Los capturan

cuidadosamente con jaulas-trampas y los llevan a una clínica veterinaria, donde los dejan que se tranquilicen en unos transportines individuales. En un entorno oscuro y silencioso para no ocasionarles estrés. Les dan antiparasitarios, antibióticos a los que lo necesitan, vacunas a todos. A los que están en la edad de reproducir la colonia hasta extremos preocupantes, los esterilizan, operándolos con la cirugía más adecuada y la sutura de reabsorción más costosa pero más adecuada. Una vez operados y atendidos, los gatos quedan veinticuatro horas en observación, en la Unidad de Cuidados Gatunos, antes de ser devueltos a su lugar de origen: a la Punta de San Felipe, al Parque Genovés, a la plaza de España o al Campo del Sur de mis carnavalescos gatos de los bloques.

Hasta tal punto los gaditanos quieren como algo propio a sus gatos callejeros que una vez que los voluntarios ecologistas estaban recogiéndolos para cuidarlos y vacunarlos, una mujer que los vio los increpó duramente:
—¡Sinvergüenzas, que os lleváis a los gatos para matarlos y comerlos!

Al saber que eran ingleses y alemanes protectores de los gatos más antiguos de Occidente, se puso a colaborar con ellos inmediatamente:
—Pues vengan por aquí, que ahí, detrás de un bloque, hay una gata negra recién parida que está la pobre maullando mucho porque tiene que tener las fiebres del parto...

Si hablo de los gatos gaditanos es porque Remo tiene allí muchos amigos, muchos gatos chirigoteros que sabe que en el fondo son leones de Hércules llegados a más.

A menos, no: a más. No me he equivocado.

Porque los gatos de Cádiz son mucho más numerosos, hermosos, inteligentes y divertidos que los leones de Hércules.

Remo, mirando lo que escribo, contagiado de la guasa carnavalesca de sus compadres los gatos gaditanos, me lo está diciendo precisamente:
—Eso es lo que tenía que haber hecho Hércules, como has hecho tú conmigo: dejarse de leones y haber sido adoptado por una buena pareja de gatos del Campo del Sur...

Los gatos de la cárcel y la gata Manoli

Remo vive en una tierra de toros y de caballos, pero también de gatos. Ocurre en esta tierra que los toros y los caballos han tenido mejor literatura, más pintura, más cine, y, por tanto, más prestigio literario y artístico que los gatos. A los gatos les han faltado Gatomaquias de Goya, más dibujos de cuantos les hizo Picasso. Que el «Sangre y arena» de Blasco Ibáñez tuviera menos sangre y que la arena fuera del cajón sanitario de un gato. Que Bécquer hubiera hablado más de ellos en «La Venta de los Gatos». Que el «Platero y yo» lo hubiera escrito Juan Ramón Jiménez sobre su gato, no sobre su burro. O que de Federico García Lorca, más que el «Llanto por la muerte de Ignacio Sánchez Mejías», se conociera la perfecta «Novísima canción de los gatos».
En la tierra donde vive Remo no es moro todo lo que reluce. Aquí es romano hasta el gato. Nuestros gatos andaluces son primos hermanos, rayados, atigrados, de los que pueblan el Coliseo de Roma. Igual que hay unos cantes flamencos de ida y vuelta con respecto a América, Andalucía tiene unos gatos de ida y vuelta con respecto a Roma. Las ánforas del aceite de la Bética en el monte Testaccio son primas hermanas de los gatos romanos del Capitolio. Los gatos que los romanos llevaban en sus barcos para que acabaran con las ratas, en la navegación de Gades a ese puerto con nombre de blasfemia, y más estando tan cerquita del Vaticano: Ostia.

Como los andaluces en el himno, Remo maulla y dice que nuestros gatos romanos quieren volver a ser lo que fueron: raticidas infalibles, armónicos, elegantes, independientes, hermosos. No hay mejor campaña de desratización que un buen gato romano-andaluz y así entendieron en la cárcel del Ace-buche, en Almería. En sus calabozos había más ratas que en los dibujos de los tebeos con presos de traje a rayas y bola con cadena en el tobillo. Se habían gastado fortunas en productos des-ratizadores, pero las ratas de Almería, que saben más que los ratones colorados, decían que nanai, que la morterada mortífera se la iba a comer el director de la cárcel.

En vista de lo cual decidieron, como en una fábula sin Sa-maniego que la escribiera, llevar cien gatos a la cárcel del Ace-buche y se acabó lo que se daba: allí ya no queda una rata. Los gatos llevan siglos haciendo lo mismo y saben que hay veces, como ésta, en que las raíces culturales de la Antigüedad son la mejor modernización. La modernización empezó a serlo cuando esos cien gatos, libres, independientes, geniales, entraron en la cárcel, que llevar a cien gatos a una cárcel debe de ser tan difícil como darles una pastilla.

Un gato dentro de una cárcel es algo tan lírico como el símbolo de la libertad dentro de los muros donde penan los que la perdieron. Un gato en una celda es un canto a la libertad. Los gatos de Almería cumplieron con su reglamento gatuno e hicieron lo que debían: armar la revolución. En este tiempo globalizado y dócil, sólo los gatos se atreven a lo políticamente incorrecto, como entrar y salir de las celdas a deshoras o meterse en la cocina y armar la zapatiesta gatuna de ollas y tapaderas.

Los gatos de Almería vienen pidiendo poetas. Y como los piden, para ellos van estos versos de García Lorca en su ya citada «Novísima canción de los gatos»:
Son Felipes Segundos dogmáticos y altivos, odian por fiel al perro, por servil al ratón, admiten las caricias con gesto distinguido y nos miran con aire sereno y superior.

Aunque estén dentro de la cárcel, en El Acebuche no hay gato encerrado. Como no lo hay en Adra, también en la gatuna Almería. Lo de «Almería dorada» debió de decirlo Manuel Machado en honor del pelaje de sus gatos anaranjados. Desde Almería, el misionero redentorista Padre Arsenio Diez, como un nuevo fabulista, ha contado la historia de dónde puede llegar el ingenio de un andaluz si se une al ingenio sin límites de su gato. Sabido es que si el gato hace algo extraordinario, le llamamos instinto; si el hombre hace eso mismo, y por la misma razón, le llamamos inteligencia. Del humor que produce la mezcla de la inteligencia de una gata con el instinto de su dueño habla el relato del misionero: «Pues sucedió, no ha muchos meses, que el palacio de Buckingham fue de la noche a la mañana invadido por los ratones, lo cual causó un terrible estupor y malestar en todo el Reino Unido. "Ratones en la cocina de la reina Isabel", decía el titular de prensa. Y a continuación daba una breve

explicación: "Unos ratones se han instalado en la cocina del palacio, convirtiéndose en el último quebradero de cabeza de la reina Isabel II de Inglaterra. Se trata de un número pequeño de roedores, pues sólo se han visto tres ratones, pero la Reina no acaba de creer que la cocina más selecta de Inglaterra esté infestada de ratones. Los fumigadores intentan resolver el problema a toda costa..." Bien, pues aquí es donde entra en escena el protagonista de nuestra historia, que no es la gata Manoli, sino su dueño: José Antonio Martín Rodríguez, con domicilio en la carrera Natalio Rivas, de Adra. Don José lleva desde hace décadas el archivo de la parroquia de la Inmaculada Concepción. Es un hombre trabajador y a la vez simpático y dicharachero. Pero sólo se ríe por dentro, aunque los chistes sean de lo más gracioso. Muy amablemente comienza a contarme cómo organizó el archivo parroquial, pero yo le corto por lo sano y le digo que me interesa más lo de la gata Manoli. El arquea una ceja, como extrañado de que haya llegado a mis oídos la fama de su gata y de la incultura del misionero que prefiere una historieta jocosa a la seriedad de los archivos parroquiales. Y ni corto ni perezoso, me muestra la carta que, por motivos altruistas y sin ánimo de lucro, dirigió a la Reina de Inglaterra, para poner fin a su desolación y posible ridículo de la Corona inglesa ante la opinión pública internacional. Se la presento tal como fue redactada el 14 de mayo del año de gracia de 2001:

«Su Majestad la Reina Isabel II
»Palacio de Buckingham
»Londres
»Habiendo tenido conocimiento por la prensa de la intrusión de unos ratones en su real cocina, me apresuro a escribirle para ofrecerle, desinteresadamente, los eficaces servicios de mi gata Manoli, con la seguridad de que su angustioso problema tendrá rápida solución. Esta gata, además de ser una ejemplar madre de familia, como podrá constatar en la fotografía que acompaño, une a su experiencia cinegética su bondad de trato y su constancia en el trabajo. Gata circunspecta, no da un maullido más alto que otro y sabe mantener con dignidad el estatus que ocupa, cualidades todas ellas que la acreditan para una misión de tal envergadura como ésta. Deseo dejar bien claro, que ni mi gata ni yo cobraríamos nada por el trabajo, si bien todos los gastos de viaje, traslados y papeleo correrían a cargo de Su Real Casa. Sigo creyendo que el mejor remedio contra los ratones es un gato. Si fumigan la cocina, los garbanzos, alcachofas y utensilios de cocina van a tomar "rejumbre", cosa que afectaría muy negativamente a la imagen de la Corona. Tres ratones son poco problema para Manoli y juro por mis antepasados que en menos de una semana mi gata dará por finalizada su misión. Reitero mis respetos y beso sus reales pies, José A.Martín.»

Nunca llamaron a Manoli, ay, desde el palacio de Buckingham. Fuese porque a la Reina de Inglaterra le pasa como al Rey de España, que no le gustan los gatos, fuese porque los ingleses son bastante tacaños y no quisieron pagar los gastos de viaje a la gata de Adra, la verdad es que no sabemos si desde la Corte de San Jaime respondieron la carta.

Sólo sabemos con certeza cómo concluye el misionero la parábola genial de la gata Manoli: «La historia me causó mucha gracia y la recogí para mi pastoral, pero ahora no sé cómo sacarle partido. El Evangelio sí que habla de generosidad y de servicio a los necesitados, cosa que Don José Antonio cumple con creces dentro de su parroquia. Sin embargo, en el Evangelio no he encontrado ningún texto que hable de gatos y ratones, y mucho menos de la Reina de Inglaterra. Sólo se me ocurre pensar que Jesús, que siempre estaba cerca de la gente sencilla, se hubiese reído mucho con este singular relato de la gata Manoli.»

Y tanto... Como que el gato que tenía Jesús de niño en la carpintería de San José fue precisamente el que dejó completamente limpio de ratones el palacio de Herodes...

Los romanos VIC (Very Important Cat)

Remo es un gato romano que sabe de dónde viene y adonde va. Va a vivir como un marqués en clase de gato, y viene directamente de Roma, pasando por la calle donde lo abandonaron. En Roma es donde están los verdaderos gatos romanos, por eso desde que llegó le ha dado a esta casa un aire vivo de abierta ciudad eterna, como de Coliseo sin ruinas.

En Roma los gatos hasta están censados. Y si no votan en las elecciones, es porque no se lo han propuesto. A Berlusconi le encantaría que lo votara hasta el gato.

A uno y otro lado del Tíber de los poemas de Rafael Alberti y del soneto donde Quevedo le hacía buscar a Roma al peregrino, hay censados 120.000 gatos callejeros. Tan simbólicos son de la ciudad, que los han declarado monumento local, algo así como bien bioecológico protegido y sus partidarios celebran el Día del Orgullo Gatuno. Un gato tiene ahora en Roma tanta protección como un lince en Doñana o una foca en un discurso de Brigitte Bardot. Y si Roma los ha hecho patrimonio de la ciudad, me imagino que Venecia hará dentro de poco tres cuartos de lo propio. Hermosos gatos los venecianos, orondos como dogos, rituales como vacas indias, displicentes dueños de las esquinas y canales de la Serenísima República, dicen que tan gordos de hartarse de comer ratas.

Los gatos están en las raíces legendarias de la propia fundación de Venecia, como cuentan los «Annales» de Albert de Statd. Los habitantes de Aquila, perseguidos por las hordas de Atila, se refugian en una isla de la laguna véneta. Antes de partir hacia aquel destierro donde hallan refugio, un hombre rico propone a otro pobre asociarse con él. El hombre pobre, por toda fortuna, tiene dos gatos. La más útil de las fortunas cuando llegan a lo que luego será Venecia, porque los dos gatos cazadores se ponen como los locos a cazar las ratas que pululan en la tierra de promisión. Y así es como aquel capital del hombre pobre dio más rentas que los caudales del rico, porque todos le alquilaban a la comandita los dos gatos cazadores de aquellas terribles ratas de los canales.

Mas ni por estar en Venecia se libraron los orondos gatos de las persecuciones de la Edad Media. Como en el resto de Europa, en Venecia la Inquisición de hartó de hacer perrerías con los gatos. La peste de «Muerte en Venecia» de Visconti es nada comparada con aquellas pestes que los cruzados trajeron de Tierra Santa y que asolaron la ciudad, cuando las legendarias ratas no tenían mitológicos gatos que acabaran con ellas. Dicen que dejando a un lado la mala prensa de brujería que tenían los gatos, decidieron ir a por ellos a Oriente, que en Venecia es como en Cádiz ir a La Habana. Como en una reescritura de la leyenda de la fundación de la ciudad, aquellos gatos traídos de Oriente fueron soltados por las calles y canales, por los puentes y los palacios, y se acabó de momento con la epidemia, que no habría de venir hasta que Thomas Mann necesitó otra para su cinematográfica novela.

Y de aquella llegada de los gatos orientales aseguran que viene la raza autóctona de los gatos típicamente venecianos, más tópicos que los gondoleros, gordotes, de gran cabeza, de grueso lomo, fruto del cruce entre gatos orientales, de Siria, y antiguos gatos romanos que resistieron la invasión de los bárbaros de Atila. Gatos de los puentes, gatos de los palacios, serenísimos gatos callejeros, de los que hay censados 12.000 y por cuyo bienestar cuida una asociación que les asegura acomodo, alimentación y vacunación y que se ocupa del control de su natalidad.

En Roma o en Venecia, los gatos son como emperadores que sobrevivieron a la llegada de los bárbaros. Le dan vida a la piedra de los monumentos. En Roma han decidido proteger esa simbiosis entre gato y monumento. Los 120.000 gatos callejeros de Roma son «patrimonio biocultural» de la Ciudad Eterna, un reconocimiento con el que los felinos romanos se convierten en un bien a tutelar y valorar, dada la gran tradición que les une con los habitantes de esta ciudad.

Como en Venecia, los gatos forman parte de la vida cotidiana de Roma. Los que viven en el Coliseo, los Foros, la Pirámide de Cestio o las ruinas del área sagrada de Largo Argentina son de sobra conocidos por los turistas. Los moradores de otras zonas cuentan también con la estima de sus vecinos, los voluntarios que han adoptado uno o varios felinos y cuidan de ellos. La Junta Municipal del Centro Histórico ha hecho legal esa larga amistad de los romanos con sus gatos desde la

Antigüedad y ha protegido la riqueza que representa el «felinus ro-manus». «Dada la simbiosis entre gato y monumento, visto el gran interés turístico manifestado en la cantidad de solicitudes de adopciones internacionales a distancia, con este acuerdo no hacemos sino reconocer al gato como un bien propio de la Ciudad Eterna por su valor educativo, social y turístico», explicó el promotor de la idea, Claudio Caterisano. Según el representante municipal, este reconocimiento como patrimonio «biocultural» es «muestra de la sensibilidad no sólo nuestra sino de los propios romanos, esos voluntarios anónimos que desde hace mucho tiempo se vienen preocupando por el bienestar del gato de la calle y a los que va dirigido también el mérito». En las ruinas romanas de Largo Argentina, en pleno centro de la ciudad, vive la colonia felina más famosa del mundo: más de 400 gatos, que son una gran atracción para los turistas, convertidos en auténticos VIC (Very Important Cat).

Por ironía histórica, el Foro Romano, que fue centro político del mundo, es ahora el Foro de los Gatos. Roma, donde conducen todos los caminos de los gatófilos, los considera ciudadanos honorarios, y reconoce cerca de 400 colonias de felinos, protegidas por leyes que impiden que se controle el nivel de población con medidas diferentes a la esterilización. Una vieja cultura como la romana sabe, es evidente, que el único modo de ser verdaderamente civilizado es dándole espacio y respeto a lo salvaje en dosis pequeñas, como los gatos.

Gatos del Coliseo, de los que se acuerda García Márquez cuando evoca a Roma: «Sus ventanas estaban tan cerca de las ruinas del Coliseo, que no sólo se veían los miles y miles de gatos adormilados por el calor en las graderías, sino que se percibía su olor intenso de orines fermentados.»

Gatos de las Termas de Caracalla, de las postales de las tiendas de recuerdos para los turistas.

Gatos que en «La arboleda perdida» le hacen escribir a Rafael Alberti un romano y clásico «ubi sunt»: «Un gato, salido de no se sabe dónde, rayo con pelos, atraviesa entre los automóviles la Via Garibaldi, perdiéndose por la de La Scala. Es el primer gato que veo en el barrio, pues aun en la noche casi ninguno hace ahora su aparición entre los restos de comidas arrojados por las trattorías y restaurantes. Repito y compruebo la desaparición alarmante de los gatos en Roma. Antes, bajo la ventana de mi cocina, desde la que se ve una oleada rítmica, y en que diferentes planos, de pálidos tejados maravillosos, dábamos de comer todos los días a más de veinte gatos de todas las edades y tamaños. Las tiernas, y a la vez feroces palomas, descendían de los tejados altos y chimeneas a mezclarse entre el agitado gaterío para aprovecharse de la comida. Siempre observé a los gatos deseosos de merendarse una paloma. Pero éstas los amedrentaban a sacudidas de aletazos, que los gatos recibían sorprendidos. A Baudelaire le hubiera entusiasmado aquella escena. Aunque más le hubiera divertido, quizá, ver una jauría de perros sacados los ojos por los gatos. Pero en mis tejados no queda ni uno. Ya no escucho desde mi cuarto su desgarrado y doloroso amor, lleno de maullidos y silencios impresionantes. Eran batallas nocturnas, crispadas de celos y ensañadas persecuciones, a veces todo presidido por una pálida luna asombrada, mientras los millones de ratas romanas apretaban su terror en las cañerías rotas o en las bocas calladas de las alcantarillas. Ahora he visto, alguna vez, salir ratas de ellas y atravesar, tranquilas aunque sigilosas, la calle, en la pausa impuesta por algún semáforo a los automóviles, yendo a buscar algo que les interesaba en el cordón de la acera de enfrente, volviendo, veloces, a la boca de donde habían salido. ¿Qué será de Roma sin sus gatos? Creo que a cada habitante de la Santa Urbe le corresponden no sé cuántas docenas de ratas. Desde hace tiempo, durante mis últimas y breves permanencias en Roma, me he soñado comido por las ratas, anidadas las cuencas de los ojos de los ratones. Yo miro y miro ahora desde la ventana de mi cocina y sólo veo siempre esa alta oleada de tejados inmóviles, sin aquella atropellada gracia de los gatos que corrían saltando, audaces, sin peligro, de las cornisas a los balcones al filo de las terrazas, para tomar su puesto a la hora de la comida. ¿Dónde se hallan hoy? ¿Adonde se llevaron a todos aquellos decorativos y maravillosos que poblaban el Foro Republicano, en el centro de Roma, coronando columnas y capiteles, sentados sobre los pórticos caídos, entre la maleza de todo aquel em-barandado recinto, desde donde la gente de la calle y los asombrados turistas contemplaban cómo, sobre todo las caritativas ancianas, los alimentaban, llenas de ternura y devoción, tirándoles atinadamente la comida? Me dijeron que a muchos los habían llevado al Teatro Marcello, pero allí no pude notar que hubiesen aumentado, sino que estaban los de siempre, algunos enfermos de los ojos, y recibiendo el alimento diario de mano de sus protectoras ancianas.»

Lenguas de gato

Todo el que tiene un gato, verán que he 4 aprendido mucho con Remo. Remo me ha hecho estudiar Ciencias de la Gatología, de las que es catedrático, dándome clases prácticas que complementaran mis estudios. En cierto modo, este libro es mi tesis doctoral para obtener ese grado en tan complejas ciencias.

Pregúntenme de gatos lo que quieran. Y si me meto a mirar papeles del antiguo Egipto y de Roma es porque he descubierto la absoluta nobleza de este gato, que no es otra que la nobleza de todos los gatos, a pesar de la mala imagen que arrastran los pobres desde la Edad Media. Miro a Remo reflejado en el espejo de la Historia de la Humanidad como el que se sabe hidalgo encarga a un maestro de armas o un investigador que le estudien la genealogía de su apellido en los archivos, para poder probar su nobleza. Remo la tiene de sus cuatro apellidos. Cuando Eva le hizo el pasaporte gatuno de su cartilla sanitaria escribió solamente el nombre con que lo sacamos de pila y de la calle: Remo.

Al cabo del tiempo, ahora que he estudiado su genealogía y he podido probar su nobleza, hasta podría decirle a Eva que pusiera, tras su nombre, sus cuatro apellidos: Remo Romano de Híspalis y de la Bética, Remondo de Losaña y Faraón de Egipto. Dicho sea esto último de su faraónico cuarto apellido por la advocación de la fe taurina que profesa quien ante los hombres, que no ante los otros gatos, pasa por su dueño.

Y si Remo hiciera más vida social de la que tiene, incluso podría pensar en encargarle tarjetas de visita gatuna que pusieran su nombre completo y sus honrosos títulos:
Remo Romano de Híspalis

Gato de piso europeo común, ex callejero.

Y si yo le he puesto todos esos nombres civiles y nobilísimos a Remo, ¿quién le puso gato a los gatos? Hablamos mucho de los gatos de la Roma imperial, pero en tiempos de Julio César el gato todavía no era tal: era elfelis.

Eran felinos, pero no eran gatunos.

Lo explico: eran asilvestrados, primos de la comadreja y de la gineta, compadres del gato montes. No eran caseros, sentimentales, simpáticos gatos propiamente gatunos, gatitos lindos sentados junto a los dioses familiares, como un dios más, en el patio de la casa romana. Dicen que fue Cicerón, en el siglo I a.C, el primero que empezó a pensar en lo que hoy es un gato cuando escribía la palabra felis. Mas cuando el gato doméstico de Oriente llegó a Roma y la Ciudad Eterna se pobló de gatos sin que Rafael Alberti los tuviera todavía que echar en falta, pronto se empezó a usar la palabra catus para designarlos. En el siglo IV, en su tratado «De re rustica», Palladius ya habla de los gatos como lo hacemos nosotros en este tratado sobre los Gatos sin Fronteras. San Isidoro de Sevilla dice en sus «Etimologías» que catus viene del verbo latino «captare», tomar, o «cattare», tener una vista aguda, por cómo en la oscuridad podía ver a los ratones que cazaba. Más reciente y científicamente, Joan Corominas afirma que la etimología de gato viene del latín tardío cattus, gato silvestre, y la documenta como voz usada en la lengua española ya en el año 967.

Viendo actuar a Remo durante horas y horas y habiendo recordado durante años y años lo listo que era Mil Rayas, su ilustre y sentimental antepasado, tengo argumentos suficientes como para abonarme a otra tesis distinta sobre la etimología de gato. Mi tesis es la misma de quienes afirman que los gatos se ganaron su nombre a pulso en la antigua Roma. Que los romanos del Imperio se dieron cuenta de dos cosas:
1. Que aquello se estaba resquebrajando y que de un momento a otro se iba a producir la famosa caída del Imperio Romano, en cuanto llegaran los bárbaros y le dieran un empu-joncito de nada a las columnas del Foro, llenas de gatos.

2. Que los felinos eran listísimos, y que, gustándoles como les gustaban, no había derecho a que llamaran a aquellos deliciosos animales con aquella palabra que evocaba selvas bravias y arañazos emponzoñados.

Comprobaron que elfelis era hábil, astuto, ingenioso. En una palabra: era catus, con una sola T, que en latín clásico significa eso, «hábil, astuto, ingenioso». Es que me estoy imaginando al primer romano admirado por las habilidades, astucias e infinito ingenio de su gato, exclamando maravillado:
—Hic felis catus est!

Que traducido resulta lo mismo que yo, dos mil años más tarde, le digo a Remo tras cada una de sus astucias de filósofo de vida contemplativa o sus habilidades de saltimbanqui detrás del cordón de una cortina:
—¡Qué gato más listo!

Y gato se le quedó Afelis, por listo. En casi todas las lenguas del mundo.

Casi todas las lenguas son lenguas de gato, no lenguas de felis. Las palabras que designan al gato en la mayoría de las lenguas tienen esa raíz del catus, simpático y listo como el hambre de los callejeros. Ninguna que yo conozca tiene la raíz del felis salvaje. En todo caso vienen de su onomatopéyica, miau, como el minou cariñoso con que le dicen los franceses en el siempre vano empeño de llamar la atención de un gato, voz que es prima hermana lingüística del minino castellano. En tailandés, gato es maa-oh. En serbocroata es macka. En húngaro es macska.

Pero en inglés el gato es cat.
En francés es chat.
En alemán es katze.
En italiano es gatto.
En holandés, en danés y en noruego es kat.
En sueco es katt
En polaco es kot.
En ruso es koshka.
En checo es kocka.
En árabe es qit.
Y en portugués es gato.

Para que los españoles nos hagamos la ilusión de que aquí sabe hablar portugués hasta el gato.

Todos los gatos son mi gato

Este gato, como buen hijo de San Francisco de Asís, os ha traído una inmensa paz. La serenidad soñolienta que da siempre un gato a una casa. Remo pone gozo donde había tristeza y nos ha enseñado más que a ser comprendidos, a comprender; más que ser amados, a amar.

Y que nos atrevamos a no comprenderlo ni amarlo, que veremos el arañazo o el mordisco que nos pega...

Remo me ha hecho profundizar en el sentido del humor. Si Bergson asegura que la raíz del humor es el desenlace de lo inesperado, con Remo tengo ocasión para la sonrisa a cada instante, y muchas veces para la risa. Gato igualitario y jacobino, le he enseñado sus deberes. Debe dejarse acariciar de vez en cuando, para poder cumplir aquella ilusión que el gato le da al hombre de haber dominado a un tigre. Debe saber que no debe arañar al menos un par de muebles, pues el resto de los que hay en la casa, como la casa toda, le pertenecen. Debe hacer de vez en cuando una de sus zapatiestas, y quedarse después muy sorprendido si comprueba que nos divierte. Lo que no le he podido enseñar es cuanto traía en sus genes: a usar su cajón sanitario, a ser elegante, a maullar de vez en cuando para que podamos admirarnos aún más de su sereno silencio.

Y a cambio de estas obligaciones, ¡nos ha enseñado tantas cosas! Por ejemplo, a que cumplamos fielmente con nuestras obligaciones para todos y cada uno de sus derechos, que están en una Constitución no escrita, como la inglesa. Debemos respetar que Remo duerma cuantas horas quiera, para que así esté bien despierto a las cuatro de la mañana, que es cuando el cuerpo empieza a pedirle fiesta. Que no acepte collar ni arnés para sacar a pasearlo, porque ha decidido que no se le ha perdido nada en la calle, que demasiada calle tuvo de pequeño, tanta que estuvo a punto de hacerle perder la vida. Nos ha enseñado que tiene derecho a cruzarse con nosotros por cualquier lugar de la casa y a perderse en cada instante por el rincón más increíble. Que todos los armarios, mientras no se demuestre lo contrario, están hechos para que se quede dentro cuando cerramos la puerta y no sepamos luego dónde está ese pobre gato que está maullando tan desconsolado. Y que si lo llamamos, no comprenda nuestro grito de búsqueda: hablando latín como sabemos que habla, le es muy difícil comprender lo que le decimos en castellano. Su latín es latín clásico, no el latín tardío que dio origen a la palabra «gato» a partir de «cattus». Las palabras de honda raíz latina y clásica sí las comprende, no esta degradación románica a la que llamamos castellano. Por ejemplo, «siesta». Remo sabe que la palabra que designa nuestro butacazo posprandial o, como es mi rito, mi siesta de cama y oscuridad, viene de la «hora sexta» del reloj de Roma. Y cuando ya hemos almorzado y me dispongo a tumbarme al menos media hora en la cama, le digo:
—¡Siesta, Remo, siesta!

Y como sabe latín, lo comprende inmediatamente y se va él sólito muy derecho para el cuarto de dormir y me espera tumbado en la cama, si es que antes he ido a lavarme los dientes. Duerme cada tarde toda la siesta a mis pies, acurrucado entre las piernas cuando hace frío, o alargadamente extendido en la cama en los días de calor. Y tiene un particular sentido de la duración de esa romana «hora sexta». Para mí la tal hora de la siesta nunca llega a los sesenta minutos, a los cuarenta y cinco cuanto más. Para él, no. Yo me despierto de la siesta y él sigue allí plácidamente dormido.

Lo he comprendido. Como sabe latín, espera a que sea exactamente la hora nona para despertarse.

Aparte de dormir la siesta conmigo, su particular Constitución gatuna concede a Remo el derecho a sentarse sobre el periódico cuando lo estamos leyendo, a coger nuestro bolígrafo cuando estamos tomando notas, a morder el cable del teléfono cuando estamos hablando, a pasearse sobre la escoba cuando se está barriendo, a esconder cualquier moneda que se encuentre, cualquier calcetín recién enrollado. Debemos reconocerle su inalienable derecho a tumbarse sobre nuestra cama cuando ya nos hemos acostado, para que así, mordisqueándonos los pies, no podamos dormirnos, porque la exclusiva del sueño también es suya. Remo sabe que puede maullar, gemir, llorar o hablar

etrusco en cualquier momento y sin más causa aparente que su capricho, porque está convencido de que así nos preocuparemos mucho más por lo que le pasará a este gato, ¿estará enfermo?, si es que en aquel momento nos habíamos olvidado que nos exige la obligatoriedad de nuestra compañía.

Remo tiene clarísimo que en verdad trabajamos para él, estamos aquí en casa para hacerle compañía y si salimos con los amigos es para hablarles de sus habilidades y travesuras. Como sabe que las plantas de la terraza están hechas para que las vuelque cuando se sube en ellas cazando mariposas o lagartijas. Y que son absolutamente suyos territorios como la encimera de la cocina o la mesa del comedor, sobre los que en el instante más inesperado aparece para poner su bandera de conquista sobre el plato que se está preparando o el que va a ser servido. Y que el pasillo es, evidentemente, un hipódromo, para que se le oiga galopar sobre la moqueta.

Hemos aprendido con Remo una nueva perspectiva del mundo. Que los portarretratos están hechos no para tener fotografías de seres queridos y de momentos inolvidables, sino para que los gatos puedan tumbarlos. Que las camas existen para que los gatos, una vez que nos han dado en los pies todos los bocados de reglamento cuando nos acostamos, puedan meterse debajo de ellas y morder y arañar convenientemente el fondo del canapé. Que las bolsas de basura fueron inventadas para que los gatos, arañándolas al curiosearlas, pudieran dispersar más fácilmente los desperdicios. Que los jardines y las macetas tienen tierra a fin de que las huellas de los gatos queden más indeleblemente señaladas sobre las tapicerías blancas de las butacas. Que en las cajas de la costura hay alfileres y agujas para que cuando estén abiertas pueda llegar el gato y nos deje con la duda de si se habrá tragado alguna cuando se ha llevado jugando esa bobina cuyo hilo aún llega hasta el pasillo.

¿Acompaña o lo acompañamos? ¿Lo tenemos nosotros a él o nos tiene él a nosotros? ¿Son realmente como dicen quienes odian a los gatos, tan ariscos, o en verdad como lo creemos sus adoradores, tan plácidos? La cola de Remo es siempre un apasionante signo de interrogación. Que nos hace preguntarnos si todos los gatos son como este gato o si las que nos pasan con él son exclusivamente las cosas de este gato tan gracioso, tan listo y tan simpático. En Estados Unidos hay, dicen, más de cincuenta millones de gatos. En Francia hay unos ocho millones de gatos. En España, cinco millones y medio de gatos. Es decir, cincuenta millones de americanos, ocho millones de franceses, cinco millones y medio de españoles que tendrán nuestro mismo convencimiento: que como este gato no hay otro ni en esta nación ni en el mundo entero, ni lo hubo en tiempos pasados ni lo habrá en los venideros.

Es lo que cree convencidamente cada gatófilo. Estoy terminando de contar las andanzas y venturas de Remo pero quién sabe si habré de poner en el telar pronto otro libro dedicado a todos sus congéneres, a modo de mapa de las fronteras imposibles de los gatos. Me encantaría conocer esas historias para poder contarlas. Bueno, para contárselas a Remo, a ver si así se le bajan los humos de gato mimado y endiosado, al comprobar que hay tantos como él, e incluso más listos, ocurrentes y divertidos. Quedan estas páginas, pues, como un libro abierto a todas las fronteras increíbles y maravillosas de los gatos.

Historias de los gatos unidos que jamás serán vencidos por su mala imagen y que las hay a miles. Por ejemplo, esta historia que ha contado la dueña de Brendy, la gata que come aceitunas, y de Flory, el gato con aficiones de perro: «Brendy es la gata más lista del mundo... entre ella y yo hay una comunicación especial. Sabe cuándo me siento mal y viene y se echa a mi lado, como para darme apoyo. Y luego es muy graciosa cuando me hace sus "huelgas". Por ejemplo, si algún día no le cambias la arena y le lavas su cacharro del agua, te hace una huelga en toda regla, sentándose dentro del lavabo, hasta que le cambies el agua. Y lo que más le gusta comer del mundo son las aceitunas.. . Se vuelve loca cuando me oye abrir alguna lata, sea de lo que sea, y se la tengo que dejar oler todas para que compruebe que no son aceitunas y me deje en paz. Flory es un "gato-perro" de los que les tiras bolitas de papel y te las traen en la boca. Su pelotita preferida es una que está amarrada a una cuerda de cuero que hace las veces de una gran cola. Fíjate lo que le gusta jugar con ella que si le preguntas "¿dónde está la pelotita?", sale corriendo y te la trae de dondequiera que la guarde y te la entrega para que se la tires bien lejos. Tiene un carácter muy

tranquilo y es buenísimo, salvo por su dichosa manía de comérsele las puntas a los libros. Cada vez que pilla uno me lo desgracia...»

Cada gato es extraordinario para su dueño, pero también en sí mismo, en valores absolutos. Son los gatos que baten marcas, entrando olímpicamente por los cinco aros de lo insólito. Como aquel gatito de cuatro meses de la suiza Josephine Aufdenblatten, que en 1950 subió un grupo de escaladores al monte Matterhorn, en los Alpes Suizos, que tiene una altura de 4.478 metros. Como Towster, una gata tortuga que murió a los 24 años, después de haber cazado en toda su vida un total de 28.899 ratones, a razón de tres al día. Como Dusty, una gata atigrada de Texas, que parió 420 gatitos a lo largo de sus diecisiete años de vida. O como Kitty, que parió su última carnada de dos gatitos a la edad de treinta años y que cuando murió había traído al mundo de los gatos un total de 218 personajes. Como Himmy, un gato australiano, el más grande del que se tiene noticia, que cuando murió, con diez años, pesaba 21 kilos y medía 38 centímetros de cuello y 96 centímetros de cintura, todo un señor gato.

Hasta los gatos de madera son únicos en su especie. Como Kaspar, un gato negro tallado en madera que está fijo de plantilla entre los clientes del restaurante del Hotel Sa-voy de Londres. Cuando a una mesa se sientan 13 comensales y se quiere deshacer el número fatídico, traen a Kaspar y la suma de su buena suerte de gato negro hace desaparecer el maléfico 13.

Todos son gatos insólitos o gatos geniales. Como la historia canaria de Siroco. El gato Siroco tiene ocho años y es un siamés canario. Se lo regaló a Tábata, su dueña, una amiga, a las pocas semanas de su nacimiento. Siroco pesa seis kilos con jaula incluida, según las básculas de los mostradores de embarque de los aeropuertos. Su nombre tiene que ver con un viento seco y caluroso que visita de vez en cuando las Islas Canarias. Siroco es un gato muy viajero, como su ama. La acompaña dócilmente a todos los sitios a donde va y... ¡tiene más horas de vuelo que muchos pilotos! Es muy tranquilo y se adapta perfectamente a cualquier lugar. «Más me vale, con esta dueña. ..», piensa Siroco. Que es cariñoso, dormilón y sociable, con sus lógicos momentos de soledad gatuna. Sólo teme a la aspiradora y a los niños pequeños, de los que huye. Tiene unas aficiones muy parecidas a las de Remo: entre ellas se encuentran meterse en los armarios, beber agua de los grifos, perseguir pelotas de ping-pong y, sobre todo, dormir. Si es posible, encima de algún humano querido que se deje.

Si Siroco se parece a Remo y Flory, debe de haber multitud de gatos que se parezcan a la pareja de Hernández y Fernández, los que tenía Josemi hasta que se le murió el primero y se llevaron al segundo al circo. Sé de una señora que tiene una gata que se llama Cajal, que es hermana del gato Ramón, por lo que su pareja no puede ser más científica: Ramón y Cajal. No pierdo la ilusión de que con este libro haya quienes a sus próximas parejas de gato y gata les pongan Hero y Leandro, o Romeo y Julieta, o Menéndez y Pelayo, o Palomino y Vergara, si son gato y gata jerezanos y buenos catadores de vinos.

Muchos han salvado gatos del arroyo, como el Beni que llegó a Mercedes, como este ilustre Remo que vino hasta casa salvado por Isabel. Incluso hay quienes, como nosotros, creyeron que adaptaban una gata, que resultó ser gato. El trueque del nombre de Roma por Remo no siempre se da, y así hemos conocido la existencia de Maripili, que era gato, y no gata como su nombre indica. Maripili no era transexual, ni travestido ni imitador de estrella, ni drag queen, sino gato macho y bien macho. Que fue llamado así por una confusión de sus dueños con respecto a su sexo. Fue recogido de un cubo de basura y tenía una mala uva impresionante, quizá como señal de protesta por el nombre que le adjudicaron y le mantuvieron aun después de ser sexado. A su manera, Maripili era cariñoso y muy fiel. Hasta que, igual que Mil Rayas, desapareció un mal día. Aseguran que detrás de una gata, para demostrar a sus dueños hasta el último momento que de Maripili no tenía absolutamente nada.

Speedy, para su dueña, es el mejor gato del mundo entero. Es un gran gato siamés de siete años muy bien llevados, mimoso, juguetón y un caradura impresionante, como todo buen gato. En su casa le llaman de apodo «Diente Ligero», porque este gran jefe indio no desaprovecha ninguna ocasión para hincar sus dientes cuando está jugando y se emociona. Speedy vive en León.

En Barcelona vive Rufus, un gato gracioso que fue recogido, abandonado, en un callejón del barrio de Sants, cuando tenía unos seis meses. Ahora Rufus tiene cuatro años, pesa unos seis kilos, abre las puertas, bebe agua directamente de los grifos, es muy sociable y recibe a las visitas. Y podría ser fichado perfectamente como portero por el EC. Barcelona: Rufus devuelve las pelotas que le lanzan para que se las vuelvan a tirar. Es muy parlanchín, exigente y comunicativo: todo lo que quiere lo pide.

Cada gato es un mundo, que a la postre es el mismo mundo de todos los gatos. Como los dos gatos que tenía la sevillana Concha en su casa de Florida, y que cuando tuvo que hacer un viaje a España dejó a una tía, entonces recién enviudada, para que se los cuidara. El cuidado fue definitivo. Porque aquella tía viuda necesitaba compañía, los niños pequeños de Concha les daban muy mala vida a los gatos, persiguiéndolos todo el tiempo y haciendo diabluras con ellos, y los dos personajes estaban tan encantados con la nueva casa, que su antigua dueña decidió dejarlos allí más tiempo. Fue para siempre. Tanto se encariñó con ellos la provisional cuidadora que se convirtió en definitiva, porque al final no regresaron. Ahora, cuando Concha va a visitar a su tía, los gatos ni la reconocen...

Son gatos. Hacen cosas propias de gatos, por más que a los gatófilos nos parezcan siempre extraordinarias, inéditas, sorprendentes, únicas, personales e intransferibles, cinematográficas de gatas de Tennessee Williams sobre tejados de cinc caliente, teatrales del «Cats» de Andrew Lloyd Weber, gatos de Broadway, gatos de Hollywood, gatos de los dibujos animados. Gatos bonitos y famosos. Una mañana entró Antonio el Portero en el escritorio, muy entusiasmado:
—Déme usted dos euros, que voy a comprar en el quiosco el «Hola» de los gatos, porque he pasado por allí y he visto que ¡han sacado la foto de Remo en la portada!

El «Hola» de los gatos era una revista mensual especializada, que dedicaba el número precisamente a los gatos de la raza de Remo: al europeo común. Y como anuncio del contenido, venía muy coquetón, a toda portada, un atigrado y romano gato común europeo que, en efecto, era exactamente igual que nuestro personaje. Un poco más regordete y macizo de cara, si acaso se fijaba uno bien. Pero había que fijarse mucho. A todos los efectos, Antonio tenía razón: mucho antes de aparecer este libro, Remo ya había salido en la portada del «Hola» de los gatos. Me dije, mientras le enseñaba la portada de la revista:
—Que no me entere yo que has cobrado por esta exclusiva, Remo, que me has prometido darme todas las exclusivas a mí, a cambio de escribirte un libro.

Aquel gato bonito de la fotografía de la portada de la revista era Remo porque todos los gatos son el gato, como todos los fuegos son el fuego, todos los mares son la mar y todos los amores son el amor.

Y todas las muertes son la muerte.

Tienes al gato por aquí cerca, jugueteando, durmiendo, mirándote, o sencillamente viviendo, y te acerca una absoluta certeza de la idea de inmortalidad. Un gato nunca tiene la edad que aparenta. Siempre tiene siglos encima y le esperan más siglos aún de vida.

Si creemos en la otra vida del hombre, ¿por qué no hemos de creer en las siete vidas del gato? ¿Sólo siete? El gato parece siempre que acaba de llegar a casa desde ese más allá, cuando se nos aparece de pronto. Por eso se había perdido por la casa y no sabíamos por dónde andaba dormitando o contemplando la vida. Es que estaba en el más allá y su silencio nos había dejado el mismo cartel que un comerciante gaditano pone en la puerta de su tienda cuando se ausenta un instante: «Ahora vuelvo.»

Nunca se va, ni vuelve, ni está, ni se ausenta. Vive su tiempo y su hora, un tiempo y unas horas que no son las nuestras. Su cuerpo tiene otro reloj. Un año no es para un gato lo que para nosotros. Deben de vivir alternativamente en años después de Cristo y antes de Cristo. Dominadores y vencedores del tiempo, Remo pasa del antiguo Egipto a la aldea global en el mismo salto con que se sube a la encimera de la cocina para echarle mano a lo que pesque.

Que siempre es lo que no debía apresar según las costumbres y el tiempo de los humanos.

Su tiempo es otro. Ya se lo dijo Borges a su gato: «En otro tiempo estás.» El gato está en otro tiempo porque otras son sus edades. Según el libro Guinness de los Récords, el gato más viejo del mundo llegó a vivir 34 años. Se llamaba Grampa. Vivió en Austin, Texas, desde 1964 hasta 1998. Al cambio gatuno, Grampa era Matusalén. Lo más normal es que la longevidad media del gato llegue en torno a los 15-17 años, que para un hombre serían los 75 o los 80. Un gato con un año, si fuese hombre, habría cumplido ya los 18. Por eso tienen esos pedazos de bigotes los muy pillos, porque con un añito son ya unos tíos con toda la barba. Y desde los dos años se considera que el gato es ya casi sénior, un veterano de la vida, un tío maduro, hecho y derecho. Piénsese que sus dos años equivalen a los 25 del hombre. Esos gatos gordos y tranquilos de diez años son sexagenarios, en los umbrales del Hogar del Pensionista de los Gatos en que se convierte toda casa con estos veteranos. Gatos jubilados que cobran la pensión bien ganada con su infancia de encantos, su juventud de juegos, su madurez de serenidad. Pienso como Thomas Fuller: «No hay nada más juguetón que un gato joven, ni nada más serio que un gato viejo.»

Me ha llegado en buena hora Remo, que es aquel mismo Mil Rayas del comienzo de mi vida. Por las cuentas que echo, la vida que nos queda a los dos, la viviremos juntos. Como ante todo ser querido, no quiero ni pensar en la idea de la muerte de Remo.

Supongo que Remo, pobrecito, tampoco en la mía.

Remo es inmortal, como lo fue Mil Rayas, y me cabe la esperanza de que, si me voy antes, me podré reencarnar en su alma, hasta que un día alguien le ponga sobre la levedad romana e imperecedera de la tierra que lo cubra aquel epitafio que Lord Byron escribió para su gato: «Aquí reposan los restos de una criatura que fue bella sin vanidad, fuerte sin insolencia, valiente sin ferocidad, y que tuvo todas las virtudes del hombre sin ninguno de sus defectos.»

Epilogo escrito por mi gato Remo

Hola, yo soy Remo, el gato romano del que tanto se habla en este libro.

Este humano a quien permito vivir en mi casa me ha puesto en la pantalla del ordenador el manuscrito de la obra que ha escrito sobre mí y mis congéneres, a ver qué me parecía, por si le quería poner unas palabritas al final, como me ha pedido, sobornándome con el lomo del pescado que más me gusta.

El libro no está mal del todo.

Pero yo lo hubiera escrito mejor.

Muchísimo mejor.

Yo, o cualquier otro gato.

Quienes más sabemos de gatos somos los gatos. Ocurre que como no somos poetas más que cuando nos ponemos a mirar a la Luna llena, no tenemos esta osadía de atrevernos a escribir. Y en cambio estos humanos se arriesgan con todo. ¿Qué sabrán ellos de gatos?

Además, habrá gatos por ahí por el mundo, verdaderamente Gatos sin Fronteras, que sean protagonistas de historias mucho más divertidas, dramáticas, conmovedoras o ejemplares que las que aquí cuenta este humano.

Y como estos humanos no saben nada de nosotros, aunque quieran sobornarme dejándome escribir sólo una ridiculez de epílogo, no estoy dispuesto a que me suplanten más, ni se apropien de mis ideas, y proyecto escribir yo mismo (no él, insisto, yo mismo) una segunda parte de este libro, algo así como «Los Gatos Contados Por Sí Mismos». Intento que muchos gatos de todo el mundo me cuenten sus historias con sus propios miaus, para que seamos nosotros quienes nos reivindiquemos a nosotros mismos, que el buen gato bien se lame.

Así que si eres, como yo, un gato literato, un litergato, y me quieres contar tu historia, pura Litergatura, no sabes con cuántos arqueos complacientes de lomo te lo pagaré.

Pero escribidme vosotros mismos, ¿eh? ¡No dejad que lo hagan vuestros humanos, que no saben nada de lo que pensáis ni de lo que sentís!

A mí, después de este libro, incluso me vendrá muy bien una cura de humildad: no vaya a ser que me crea que soy el único gato sobre la Tierra.

Gatos del mundo: espero recibir el relato de vuestras historias. Me las podéis mandar por correo de toda la vida a:
Señor Don Gato Remo
La Esfera de los Libros
Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos
28002 Madrid, España

Y como hay tanto gato globalizado, multimedia e instalado en las utilidades de las nuevas tecnologías, gatos cazadores del ratón del ordenador, me podéis poner todavía mejor un mensaje electrónico, un e-miau, a uno de estos dos correos:
remogato@terra.es o remogato@yahoo.es

Allí ya me han mandado sus historias algunos litergatos de la España de las Gatonomías y de otras naciones gatunas, historias de gatos contadas por ellos mismos de las que podéis ver un anticipo en www.antonioburgos.com/gatos/princi-pal.html

En ese libro colectivo que os propongo divulgaré vuestras verdaderas historias ante los Gatos sin Fronteras del universo. A ver si así empezamos a tener el lugar que nos merecemos y exigimos de verdad que se respeten nuestros derechos gatunos.

¡Viva la independencia de los gatos frente a los humanos!

¡Viva el gato libre!

¡Por el Orgullo Gatuno!

¡Los gatos al poder!

¡Marramamiau! ¡Miau!

Remo